



DIFERENCIA(S)

revista de teoría social contemporánea

ISSN: 2469-1100





DIFERENCIA(S)

revista de teoría social contemporánea

GUERRA

EDITOR ASOCIADO **FLABIÁN NIEVAS**

N°6 | AÑO 5 | JULIO 2018 | ARGENTINA

DIRECTOR

SERGIO TONKONOFF Conicet/IIGG, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

EDITOR ASOCIADO

FLABIÁN NIEVAS Conicet/IIGG, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

COMITÉ EDITORIAL

DANIEL ALVARO Conicet/IIGG, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

MARÍA SOLEDAD SÁNCHEZ Conicet/IIGG, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

DAVID TARABORRELLI IIGG, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

LUCIA CAVALLERO IIGG, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

SEBASTIÁN STAVISKY Conicet/IIGG, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

ANA BELÉN BLANCO IIGG, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

MARTÍN MONSALVE Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO.

MARIANA FERNÁNDEZ Conicet/IIGG, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

COMITÉ ACADÉMICO

JORGE ALEMÁN Universidad Complutense de Madrid, Asociación Mundial de Psicoanálisis.

DORA BARRANCOS Conicet/Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

EMMANUEL BISET Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

GISELA CATANZARO Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

MARIE CUILLERAI Departamento de Filosofía, Université Paris VIII.

OSVALDO L. DELGADO Facultad de Psicología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

CHRISTIAN DE RONDE Instituto de Ingeniería y Agronomía, Universidad Nacional Arturo Jauretche.

ROQUE FARRÁN Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

ANA MARÍA FERNÁNDEZ Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.

VERÓNICA GAGO Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional de San Martín.

EMILIO GARCÍA WEHBI Artista, Argentina.

MARIANA GÓMEZ Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Córdoba.

EZEQUIEL IPAR Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

SANDRO MEZZADRA Departamento de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad de Bolonia, Italia.

SUSANA MURILLO Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

JEAN-LUC NANCY Universidad Marc Bloch, Francia.

DANIEL SANTORO Artista Plástico.

JAVIER CRISTIANO Conicet - Argentina.

YANNIS STAVRAKAKIS School of Political Sciences, Aristotle University of Thessaloniki, Grecia.

EDUARDO VIVEIROS DE CASTRO Museo Nacional, Universidade Federal de Rio de Janeiro, Brasil.

EDUARDO VIANA VARGAS Universidade Federal de Minas Gerais, Brasil.

IMÁGENES

RODRIGO ABD Fotógrafo

DISEÑO

MARTÍN PASZTETNIK martinpasz@gmail.com

GRUPO DE ESTUDIOS SOBRE ESTRUCTURALISMO Y POSESTRUCTURALISMO - EDITORA.



Presidente Uriburu 950, 6to piso, C.P. 1114, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

TEL: 011 4508 3815

WEB: <http://www.revista.diferencias.com.ar/>

EMAIL: revistadiferencias@diferencias.com.ar

Publicado por:





DIFERENCIA(S)

revista de teoría social contemporánea

DIFERENCIA(S) es una Revista de Teoría Social Contemporánea que nace como iniciativa del Grupo de Estudios sobre Estructuralismo y Posestructuralismo del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Se propone como un foro abierto y plural dedicado a la publicación de trabajos de investigación situados en el espacio de la teoría social. Espacio entendido como el campo dinámico y multiforme que se crea cuando distintas formas de pensamiento se encuentran ante la pregunta por los conjuntos sociales, sus modos de producción, reproducción y transformación. Ello implica afirmar que no sólo la filosofía y las ciencias humanas son capaces de un saber sobre lo social. La arquitectura, las artes plásticas, la música, la literatura y el cine, pero también las ciencias exactas y naturales, tienen mucho que decirnos al respecto.

DIFERENCIA(S) se ofrece como un punto de encuentro para investigaciones que, provenientes de éstas y otras disciplinas, acepten el desafío de promover la convergencia de lenguajes y perspectivas diversas, avanzando en la exploración —y aún en la creación— de sus articulaciones.

DIFERENCIA(S) se propone entonces como un espacio intertextual donde la pregunta por lo social dé lugar a prácticas de producción de conexiones, que no por audaces dejen de ser rigurosas. Es decir, a prácticas características tanto del espíritu científico como artístico. Se trata de provocar intersecciones, zonas de comunicación, entre disciplinas, tradiciones y estilos diversos, pero orientados por la misma vocación heurística y transformadora.

EDITADA POR

GRUPO DE ESTUDIO SOBRE ESTRUCTURALISMO Y POSTESTRUCTURALISMO

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES GINO GERMANI

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES. UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES





CONTENIDOS

DOSSIER GUERRA

INTRODUCCIÓN

PÁG. 15 | La guerra. Un fenómeno paradójico.
Flabián Nievas

PÁG. 19 | Malestares de guerra en tiempos de paz.
Rita Canto Vergara

PÁG. 40 | Ni guerra ni paz: Violencia perpetua.
Flabián Nievas

PÁG. 62 | Durkheim y la guerra: Entre la teoría
y el nacionalismo.
Pablo Augusto Bonavena

PÁG. 86 | El cuerpo, las armas y el combate: hacia una
antropología histórica de la guerra.
Alejandro M. Ravinovich

CONVERSACIONES

PÁG. 113 | “La guerra ha llegado a ser la forma de hacer
economía y no la interrupción de la economía.”
Entrevista a Darío Azzellini
Darío De Benedetti

CONTEXTOS

PÁG. 133 | Leyendo a Clausewitz.
Juan Carlos Marín

TEXTOS

Historizar para criticar, criticar para transformar. | PÁG. 165
La relación entre la teoría política en el debate
postmarxista europeo.

Eugenia Fraga

La dimensión social del síntoma. De la literatura | PÁG. 182
marginal de la época victoriana a las series de
la tercera edad dorada de la TV.

Juan Pablo Duarte

Lenguaje y cooperativismo: la Naturaleza y la Cultura. | PÁG. 204
Un estudio crítico sobre John Searle.

Ariel O. Dottori

IMAGENES

Rodrigo ABD, Fotógrafo. | PÁG. 225

RESEÑAS

Más allá del código. Reseña de Deleuze, G. (2017). | PÁG. 233
Derrames II: Aparatos de Estado y Axiomática Capitalista.
Buenos Aires: Cactus.

Martín Pasztetnik

Deshilvanando nudos (espacio-temporales). | PÁG. 244
Reseña de Colombo, P. (2017). Espacios de desaparición.
Vivir e imaginar los lugares de violencia estatal.
(Tucumán, 1975-1983). Buenos Aires: Miño y Dávila.

Maximiliano Ares Hauret

Las relaciones de poder que invisibiliza el modelo agrícola. | PÁG. 252
Un abordaje desde la ecología política que indaga en las
bases de la civilización occidental. Reseña de Giraldo, O. F. (2018)
Una ecología política de la agricultura. Agroecología y desarrollo.
San Cristóbal de las Casas (Chiapas). Ed. El Colegio de la Frontera.

Nazaret Castro



DOSSIER GUERRA



INTRODUCCIÓN



LA GUERRA. UN FENÓMENO PARADÓJICO.

FLABIÁN NIEVAS

La guerra es un fenómeno paradójico interna y externamente. Desde fuera del mismo, se lo suele ver como una de las máximas expresiones de brutalidad, animalidad, deshumanización, en síntesis, de incivilización. Pero, a la vez, es la máxima expresión del mejor producto de la humanidad: la ciencia y la tecnología. “La guerra”, sostenía Mumford, “es la salud de la máquina”. Casi todos los desarrollos científico-tecnológicos que conforman parte de nuestra cotidianidad fueron productos de los esfuerzos bélicos; la energía nuclear, las transfusiones de sangre, la aviación, internet, la telefonía celular, técnicas quirúrgicas, buena parte de la farmacología, el GPS, las imágenes satelitales y la lista podría seguir. La paradoja, entonces, de que sus destrucciones construyen, de que la humanidad debería agradecer los servicios prestados por el fenómeno más destructivo que ella misma realiza. En cuanto a lo interno, la guerra presenta la paradoja de que la victoria puede ser la condena, como le ocurrió a Pirro, pero además de que la derrota depende de uno mismo, ya que es uno quien decide abandonar el combate y rendirse, mientras que la victoria depende del enemigo, pues mientras él siga resistiendo, yo no he ganado; dependo,

por lo tanto, de su acción para poder ser victorioso. No se agotan allí las paradojas internas. La historia nos inunda de ejemplos en los que el débil es el vencedor y el fuerte termina humillado; desde David y Goliat a Irak, pasando por Vietnam y otras tantas guerras; pero, si la guerra es una medición de fuerzas, quizás la más radical e irrecurrible de todas las formas, entonces, ¿quién gana no es acaso el más fuerte? Si aceptamos esto, David sería el gigante y Goliat el pequeño, Vietnam la superpotencia y Estados Unidos el país atrasado. La historia demuestra que en la guerra no siempre quien tiene mayor fuerza gana. ¿Sirve entonces tener el mayor y mejor equipado ejército? Como se ve, las paradojas abundan en la guerra. Y abunda también el desconocimiento de las mismas. Clausewitz, quien teorizó la aparente paradoja de que la guerra no la desata el atacante sino el defensor —si ante un ataque no hay resistencia, no hay guerra; ésta comienza con el acto de defenderse por parte del agredido—, sostenía que “una gran parte de la información que se recibe en la guerra es contradictoria, una parte aún mayor es falsa y con mucho la mayor parte está sometida a bastante incertidumbre.” Si eso es así para los protagonistas, ¿cómo conocer el fenómeno desde fuera? Se dice que la primera víctima en una

guerra es la verdad; cada bando ofrecerá su versión, casi seguramente en un todo diferente a la que ofrece el enemigo. No hay información *sobre* la guerra, sino que la información *forma parte* de la guerra. Saber sobre mi enemigo y que él no sepa sobre mí es el principio más elemental en toda guerra, y que desarrollan los servicios de inteligencia. Pero, mejor aún, que sepa sobre mí, pero falsedades, parcialidades, que acceda a informaciones que lo desorienten, eso es la contrainteligencia. No hay, por lo tanto, nada parecido a la verdad en la guerra. Lo que hay son conjeturas plausibles. Los hechos raramente son verificables, y se los suele reconstruir en base a estimaciones.

Un fenómeno sobre el que lo único certero es la incerteza pareciera quedar por fuera del abordaje sistemático. Sin embargo, no es así. La dificultad radica en su naturaleza de doble volatilidad: es volátil como fenómeno de violencia colectiva, pero también es cambiante la violencia como tal. Crettiez nos advierte en *Las formas de la violencia* “que la violencia debe ser nombrada para existir, que no existe en cuanto tal, sino que es fruto a la vez de un contexto y de una lucha de poder”, por lo tanto, inestable, variable.

La guerra es, ostensiblemente, un objeto de conocimiento esquivo y complejo,

pasible de múltiples abordajes. En este número de *Diferencias* presentamos un dossier sobre la guerra, con cuatro artículos que dan cuenta de esta posibilidad de discurrir por andariveles independientes. Rita Canto Vergara (UNAM) se interna en el ámbito de la subjetividad sufriente en el capitalismo, a través del seguimiento de las huellas de la guerra en la psiquis, conocida como Desorden de Estrés Post-traumático, cuya afectación desborda el fenómeno bélico y se instala en el núcleo de las relaciones capitalistas. Para dicho rastreo se sirve de la teoría psicoanalítica. El artículo de Flabián Nieves (UBA-CONICET) aborda el problema de la variación de la violencia y cuestiona la mirada clásica de oposición entre paz y guerra y nos propone coordinadas para observar la reestructuración de la violencia colectiva organizada, que ya no sería propiamente “guerra”, pero tampoco “paz”. Hurgando en los fundamentos de la teoría social actual, Pablo Bonavena (UBA-UNLP) analiza la relación contradictoria de Durkheim con este fenómeno, al que consideraba —como en general quedó inscripto en el marco de la Ilustración— predestinado, si no a desaparecer, al menos a mermar en intensidad y frecuencia, razón por la que lo menospreció intelectual y moralmente,

hasta que la historia lo enfrentó con la Gran Guerra (1914-1918), y su sentido cívico lo llevó al nacionalismo concordante con la época de fortalecimiento de las naciones. Alejandro Rabinovich (CONICET-UNLPam) nos propone, en cambio, un estimulante viaje analítico al pasado; en el que nos invita a realizar un análisis social a través del examen de las armas utilizadas en las guerras de la independencia rioplatense.

Además de los artículos, hay una extensa y reveladora entrevista que realizó Darío de Benedetti a Darío Azzelini, un investigador que actualmente trabaja en Estados Unidos, y que ha sido uno de los que más ha indagado en el fenómeno de privatización de la violencia a través de las compañías militares privadas y sus vinculaciones con cuestiones aparentemente distantes, tales como el trabajo, el extractivismo y el neocolonialismo. También se incluye un trabajo de Juan Carlos Marín, surgido de una serie de actividades que internamente se desarrollaban en CICSO en la década del '80 y que luego aparecían publicadas en forma de "Cuadernos". Dejados de editar por CICSO, en 2009 lo publicó el Programa

de Investigaciones de Cambio Social, que se reproduce aquí. Se trata de una reflexión teórica a partir de Clausewitz y Marx sobre el poder y sus condiciones de posibilidad.

Tal vez sea innecesario decir que un fenómeno tan complejo no se puede agotar con cuatro miradas, pero también es cierto que cuatro enfoques (o tal vez menos), pueden despertar el interés para que más personas lo sumen a sus reflexiones y observaciones, ya que está más cerca de nosotros de lo que podemos admitir. Para bien o para mal, la sociedad se ha imbuido de la guerra y nuestras herramientas más fuertemente incorporadas, como he señalado al inicio, son tributarias de los esfuerzos de guerra.

Solo resta invitar a los lectores a este breve pero apasionante recorrido por tan espinoso tema, catalizador de virtudes y ruindades, teniendo siempre presente las palabras de Heráclito de Efeso: "La guerra es el padre y el rey de todas las cosas. A algunos ha convertido en dioses, a otros en hombres; a algunos ha esclavizado y a otros liberado." No es, por tanto, objeto de juicio moral, sino de conocimiento.



MALESTARES DE GUERRA EN TIEMPOS DE PAZ

RITA CANTO VERGARA

Artículo
Recibido: 04/03/2018
Aceptado: 14/05/2018

RESUMEN

Con la frase que da título a este artículo: “Malestares de guerra en tiempos de paz”, se pretende llamar la atención acerca de la lógica –en apariencia contradictoria– que subyace al fenómeno que irrumpe en la vida social de manera sorpresiva, muchas veces violenta, y de forma siempre dolorosa, quedando inscrito en la psique humana bajo la forma de un trauma. Hemos de mencionar que la lógica del trauma responde al armazón subjetivo con el que cuenta cada individuo, pero también al contexto histórico y cultural en el que se reconoce en el devenir de una época, como la nuestra, en la que se observa un proceso cultural en curso en el que la guerra ha dejado de diferenciarse de la paz. Este problema, visto desde el punto de vista del capital, de la subjetividad y del pensamiento contemporáneo, constituye un campo de investigación estrechamente vinculado con la práctica clínica del psicoanálisis que hoy en día rinde testimonio del malestar que emerge al interior de la vida cultural.

PALABRAS CLAVE GUERRA; PAZ; SUBJETIVIDAD; INCONSCIENTE

ABSTRACT

With the phrase that gives title to this paper: “Diseases of War in Times of Peace”, I pretend to direct the attention to the apparently contradictory logic that lies in the phenomena that bursts into the social life, most of the times in a violent manner and always in a painful way, and which remains inscribed in the human psyche as a trauma. I have to mention that the trauma's logic responds to the subjective armature that every subject have but it also responds to the historical and the cultural context, where is possible to observe the transformation of an epoch that develops a cultural process by virtue of which becomes impossible to differentiate the war from the peace. This problem, seen from the point of view of the research about the Capital, the subjectivity, and the contemporary thinking, constitutes an inquiry field closely connected with the clinical practice of the Psychoanalysis, which nowadays gives their testimony about the diseases that emerge in cultural life.

KEYWORDS WAR; PEACE; SUBJECTIVITY; UNCONSCIOUS

1. ANTECEDENTES

Durante los primeros años de la década de los cincuenta, la Asociación Psiquiátrica Americana bautizó con el nombre de “*Gross Stress Reaction*” al conjunto de síntomas derivados de la exposición a acontecimientos altamente estresantes y concretamente a aquellos acontecimientos propios de las situaciones de guerra. En este contexto nace el *DSM (Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders)*; un manual que al día de hoy ha sido editado en cinco ocasiones y que podría ser considerado como el “libro de cabecera” de la psiquiatría.

En su primera edición, el *DSM* reunía el conjunto de estadísticas recogidas por los psiquiatras militares que fueron testigos de las secuelas que la Gran Guerra dejó impresas en la psique de los soldados estadounidenses. Después del conflicto de Vietnam, los desastres de la guerra y la impresión indeleble que éstos marcaron en el inconsciente de los soldados, fueron renombrados con el nombre de “*Post-traumatic Stress Disorder*”. Un término que, dicho sea de paso, cosecha miles de millones de dólares con cada nueva guerra.

Miles de millones que la industria farmacéutica gana comercializando paliativos para el así llamado “mal de guerra”, y hablamos de “paliativos” porque no existe –y muy probablemente nunca existirá– pastilla alguna capaz de curar el mal subjetivo que deja tras de sí una guerra, aún menos, el mal social. Se podría incluso decir que hoy en día esos “paliativos” ejercen las funciones de los “dispositivos”¹ destinados a controlar los discursos, las conductas, los deseos subjetivos y sus expresiones, en una época en la que la guerra ha dejado de diferenciarse de la paz.

No hace falta recorrer un largo camino para encontrar voces críticas que anuncian el error que subyace a la conceptualización del así llamado “*Post-traumatic Stress Disorder*”. Este error puede señalarse a través del célebre *principio de repetición* que Freud vio en los síntomas que aquejaban, entre otros, a los veteranos de guerra. De modo que, con Freud, se puede decir que los efectos de la guerra no deben considerarse como efectos “post-traumáticos”, sino como una huella que está en constante actualización, y esto sucede porque la

¹ Un dispositivo, nos dice Foucault, “siempre está inscrito en un juego de poder, pero también ligado a los límites del saber que lo originan y, ante todo, lo condicionan. Esto es el dispositivo: estrategias de relaciones de fuerza sosteniendo tipos de saber, sostenidas [a su vez] por ellas” (Foucault, 2004: 229)

guerra deja traumas o experiencias que se imprimen bajo la forma del presente continuo en la psique humana, repitiéndose una y otra vez. Por ello, y lejos de cualquier sentido figurado, la guerra continúa persistiendo aún en tiempos de aparente paz.

En este contexto se puede hablar de una especie de “*shock cultural*” a la inversa, en el sentido en el que el *shock* que se produce con los eventos traumáticos que cada guerra arroja, abre el acceso a un mundo en el que las reglas y las certezas que hasta ese momento solían dar sentido a la vida de los sujetos dejan de ser válidas (Green, 2015: 15). De modo que aquí vemos asomar un redoble de la sospecha fundada por Freud según la cual el malestar en la cultura se localiza en el origen de la cultura misma.

Entrar en el mundo de la cultura supone un sacrificio, para Freud este sacrificio es el de la renuncia a los propios instintos. De forma que, una vez dentro, se produce una especie de encuentro que genera una grieta o hendidura, misma que pone de manifiesto el punto en el que se localiza el límite que impide el acceso al lugar mítico en donde se aloja la idea de un estado precedente, como el estado de naturaleza, en el que sería posible llegar a alcanzar la satisfacción total.

Para Freud estar enuncia suponía la

fuerza del malestar que aquejaba la vida cotidiana de sus contemporáneos. Sin embargo, hoy en día vemos asomar un redoble; una especie de mutación por medio del cual el malestar adquiere una nueva forma, en la que la renuncia al anhelo de llegar a alcanzar la satisfacción absoluta, que como tal nunca llegará a producirse, se transforma en el imperativo que impele al sujeto gozar aquí y ahora, sin límite y sin ley.

La cultura es para Freud algo así como un “mal necesario” porque el hombre no puede sobrevivir sin la cultura, pero tampoco puede ser feliz al interior de ella. De forma que el precio a pagar por entrar en ésta es el del propio síntoma, cuya clave radica en su repetición y en el hecho de que, por definición, el síntoma se resistirá a ser interpretado porque en él converge el sentido y el goce sin significación, es decir, en el síntoma converge el sentido y la fuerza del goce improductivo, por lo que un síntoma puede ser caracterizado como una especie de auto tratamiento que el sujeto se impone a sí mismo como respuesta ante un insoportable.

Sin embargo, el malestar que antaño le era atribuido a la represión que aseguraba un punto de tensión que hacía las veces de ligazón o de puente entre el *principio de placer* y el *principio de*

realidad, es decir, entre el principio que tiende a evitar el displacer y el principio que a través de un rodeo busca evitar la satisfacción directa o inmediata del mismo, ha mutado hasta convertirse en otra forma de desazón que se desencadena ahí en donde la tensión entre ambos principios cede ante el imperativo de nuestra época. Este imperativo se traduce en una especie de “llamado cultural a gozar”, el cual podría resumirse bajo la frase: *¡Goza de ti mismo, como si de una mercancía se tratase!*

El *malestar en la cultura* fue publicado por primera vez en el contexto del periodo de entreguerras, al comienzo de la primera gran crisis económica mundial que marcaría el rumbo del desarrollo de Occidente. A través de este libro, Freud buscó una explicación del malestar en lo “evidente”, es decir, buscó una explicación del malestar en los fenómenos cotidianos que, más allá de la superficie, nos muestran que las cosas no son lo que dicen ser.

Los fenómenos cotidianos nos muestran los indicios que nos llevan a caer en la cuenta de que es, en las cosas mismas, en donde se alojan las razones que hacen crecer una interrogante susceptible de llegar a rasgar la realidad para mostrarnos que, detrás de la apariencia, se localiza el haz o envés

constitutivo de los fenómenos que organizan otra cara de la realidad social. En virtud de estos fenómenos, Freud alcanzó a observar y a descifrar la lógica que subyace a los síntomas insertos en la vida cotidiana, sin embargo, con la honestidad intelectual propia de un pensador de su talla, nos dice lo siguiente:

Ninguna de mis obras me ha producido, tan intensamente como ésta, la impresión de estar describiendo cosas por todos conocidas, de malgastar papel y tinta, de ocupar a tipógrafos e impresores para exponer hechos que en realidad son evidentes. Por eso abordo con entusiasmo la posibilidad de que surja una modificación de la teoría psicoanalítica de los instintos, al apartarse la existencia de un instinto agresivo, particular e independiente. (Freud, 1930: 106-107).

Freud se refería a la modificación de la teoría psicoanalítica en relación al problema del instinto de muerte, es decir, en relación al problema de la pulsión y a su vínculo con el deseo al interior del circuito psíquico del sujeto que, a su vez, y como veremos a continuación, está inscrito en el circuito del intercambio económico que motiva la vida social.

2. EL CAPITAL Y SU RELACION CON EL INCONSCIENTE

Para dar cuenta de la relación que se establece entre el circuito económico que subyace al aparato psíquico de cada sujeto y el circuito económico que rige el intercambio social, permítanos, el lector, tomar como ejemplo un proceso cuya irrupción puede datarse el 11 de septiembre de 1973, fecha en la que Chile se transformó en una suerte de “laboratorio” de las políticas neoliberales inspiradas en las teorías económicas de Milton Friedman, y que fueron ejecutadas por el grupo de chilenos que formaba parte del clan de los *Chicago Boys*.

Durante el tiempo que Friedman fue asesor de Augusto Pinochet, se dio cuenta de la importancia de actuar con rapidez en épocas de crisis. De modo que aprovechando el shock psíquico que sufría la población chilena tras el golpe militar, así como el shock económico que se traducía en un violento proceso de hiperinflación, Friedman comprendió que había que apresurarse e imponer paquetes con medidas económicas que contemplaran los recortes en el gasto social, la privatización de los servicios, el

libre mercado, así como un llamado a la liberalización y a la desregulación que aseguraría la transformación del país.²

Las secuelas de aquellas medidas económicas implementadas por la vía de la violencia propia de los campos de exterminio en donde fueron torturados, ejecutados o desaparecidos los opositores a la dictadura militar y económica, fueron testimoniadas desde el punto de vista clínico por un grupo de psiquiatras que durante varios años había tratado, sin aparente éxito, a varias mujeres que fueron víctimas de la tortura durante el periodo de la dictadura.³

Además de los limitados recursos terapéuticos que les ofrecía la psiquiatría de corte tradicional, estas psiquiatras se encontraba con un vacío en el campo del derecho respecto a las atrocidades cometidas en contra de sus pacientes, por lo que después de varios años de tratamiento, y ante la imposibilidad de establecer un vínculo de transferencia con ellas, este grupo de psiquiatras recurrió a la teoría psicoanalítica, con la diferencia de que en vez de tratar individualmente a cada uno de los casos, decidieron darse a la difícil tarea de tratar colectivamente a estas mujeres.

² Para un estudio detallado de la irrupción en el escenario global de las políticas neoliberales inspiradas en las teorías de Milton Friedman, ver en Naomi (2007)

³ Actualmente este grupo de psiquiatras forma parte del Instituto Latinoamericano de Salud Mental y Derechos Humanos (ILAS).

Lo que observaron fue que cuando una mujer se reconocía en el relato de otra mujer, entonces cada una podía finalmente nombrar las torturas que, hasta aquel momento, nunca habían sido verbalizadas. Torturas que ellas mismas no recordaban o que mantenían en la memoria de manera confusa, como si se tratase de un estado de irrealidad. Esta experiencia analítica llevó al grupo de psiquiatras a rendir testimonio clínico frente a la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación celebrada en 1990 en Santiago de Chile. Pero lo que realmente marcó la diferencia en el proceso analítico, lo que devolvió el *shock* o el trauma a la memoria social, fue cuando el vacío legal comenzó a disiparse y el gobierno chileno reconoció, en gran parte gracias a esos testimonios, las torturas y las vejaciones a las que muchas personas fueron sometidas. Porque un principio de curación se entremezcla con un principio de reconocimiento, fue entonces cuando las víctimas finalmente llegaron a afirmar su propio relato: —*Sí, eso fue lo que sucedió*, decían. De este modo la fuerza de la acción terapéutica se desplegó en su pleno sentido, es decir, en el sentido en el que la acción terapéutica es también una forma de acción política, para la cual se vuelve necesaria la tarea de sumergirse en la superficie, nadando

entre los fenómenos de la vida cotidiana que, en su condición de “evidentes”, nos muestran otra cara de la realidad que, sin embargo, no posee el mismo valor. De forma que aquí emerge un punto de torsión que da paso al movimiento por medio del cual la profundidad vertical se convierte en horizontalidad, revelando con ello el haz o envés constitutivo de los fenómenos cotidianos que organizan los intercambios al interior de la vida social. En el lugar en el que esta torsión tiene lugar se advierte una especie de anclaje ontológico; un espacio en el que presuponemos que se localiza una condición, un punto que abre paso a una escisión que nos lleva a sospechar que es posible pensar de otro modo la realidad social, pero aquí habrá que aclarar que no hablamos de un punto originario, de un punto cero desde donde se presupone el comienzo de algo, más bien, hablamos del punto en el que algo no llega a romperse por completo a la mitad, es decir, del punto de fusión o, si se quiere, del punto de quiebre, que hace posible el movimiento por medio del cual el ser de una cosa llega a adquirir su propia consistencia. Hablamos, en suma, del punto en el que se asientan las identificaciones que hacen que una cosa pueda ser reconocida como ella misma y no como cualquier otra. Aunque hemos de recordar que a través del trabajo que

se realiza por la vía de la experiencia analítica estas identificaciones también son susceptibles de caer y de mostrarnos la existencia de otra cara de la misma moneda que, sin embargo, y como hemos mencionado antes, no posee el mismo valor.

La idea de volver nuevamente al problema visto por Freud acerca del estatuto ontológico que adquiere un trauma en la vida cultural surge de la necesidad de atender a ciertos procesos que crecen y se propagan a través de la vida contemporánea, manifestándose con elevadas dosis de malestar que en muchas ocasiones se tornan insoportables. Lo que queremos es recuperar la posibilidad de hacer, una vez más, la pregunta acerca del malestar que se reconoce como estando debajo, oculto o enmascarado, pero que es susceptible de ser escuchado y después de un largo camino es susceptible de convertirse en saber.

Del mismo modo que Zaratustra, al principio de *El capital*, Marx advierte cómo, a diferencia de Perseo, debe sumergirse en la bruma para mostrar con hechos que no hay monstruos ni estigmas profundos, porque todo lo que hay de profundidad en la concepción que la burguesía tiene de la moneda, del capital o del valor, no es en realidad sino superficialidad (Foucault, 1967). De igual

manera, Freud también observó que no es en la profundidad sino en la superficie en donde se recrea el malestar de la vida cultural. En la vida cotidiana, Freud localizó el emplazamiento en el que adquieren sentido los síntomas que por mor de la repetición terminan habitando en la superficie, enmascarados como si fuesen fenómenos “evidentes”.

En este sentido, el síntoma ejerce una función vital en la economía psíquica del sujeto, en la que se revela un decir que vuelve desde el ser Otro o desde el lugar en el que es posible descifrar las coordenadas sintomáticas de la cultura en la que él mismo se encuentra inmerso. Esto puede ser analizado a través de dos dimensiones, por un lado, la dimensión patológica, que es la dimensión que se expresa a través del sufrimiento y, por otro lado, la dimensión que hace posible el anudamiento o la fijación que sostiene al sujeto, ya que la pulsión no trae consigo un objeto fijado y algo deberá fijarse para que el sujeto se constituya como tal. En esto consiste la salida de la infancia, durante la adolescencia algo terminará de anudarse en el sujeto, para el cual el síntoma se revela como la forma de tratar con su goce. De modo que un síntoma bien anudado generará satisfacción porque constituye el *quantum* de energía que se despliega en el inconsciente como efecto

de la palabra.

Una vez que hemos llegado a este punto habrá que advertir que quizás sea imposible definir el término “cultura” desde el punto de vista de una fenomenología de la experiencia patológica, es decir, desde el punto de vista de los fenómenos de emergencia en los que el pathos—que acompaña desde siempre la existencia del *ser-en-el-mundo*—se revela como “algo” que al mostrarse, a su vez, deja entrever “algo” más que permanece oculto. Lo que hace de cualquier intento de definición un intento fallido, en el que cada vez que se busca una definición con la pretensión de llegar a localizar el punto en el que el significado del término “cultura” se estabiliza, entonces obliga al mismo término a revolucionarse una y otra vez, escapando así de todo intento de estabilización.

Sin embargo, del reconocimiento de la dificultad que encierra la pretensión de llegar a establecer una definición no se sigue que el término “cultura” sea un término inaccesible es, más bien, “la filosofía, ella misma un producto cultural, el cauce por donde la cultura se autocritica” (Pérez-Tapias, 1995: 12). La especificidad del término “cultura” requiere una forma siempre viva de pensamiento e interesada por el cambio constante de la realidad humana. Este

cambio, que no se realiza necesariamente como una progresión, depende del movimiento de las relaciones de poder que, a su vez, siempre son relaciones de saber, al interior de las cuales se configura la realidad humana, dando forma a una especie de entresijo de relaciones de saber y de poder que se ponen de manifiesto a través del circuito en el que se lleva a cabo el intercambio entre individuos. En este sentido, la cultura podría comenzar a caracterizarse como el nexo que garantiza el intercambio entre los individuos, por lo que es menester preguntar entonces ¿qué es aquello que intercambian los individuos? Para Marx la cultura es el centro de legitimación del poder y de los procesos de opresión que dan sentido a la forma de organización que adoptan los seres humanos en relación a la actividad económica, al interior de la cual Marx observó que el modo de producción del hombre está íntimamente relacionado con la forma en la que sus pensamientos y sus deseos se determinan. En el producto enajenado del trabajo, Marx localizó la fuente de los fenómenos patológicos que acontecen en la vida del hombre, por lo que hizo del producto enajenado del trabajo uno de los temas fundamentales de *El capital*, a través del cual observó la manera en la que trabaja

lo que nombró como el *fetichismo de la mercancía*; una forma —dice Marx— en la que “la producción capitalista transforma las relaciones de los individuos en cualidades de las cosas mismas y esta transformación constituye la naturaleza de la mercancía de la producción capitalista” (Marx, 1846: 61).

Hoy en día un síntoma social puede ser pensado en el contexto del capitalismo a través de la idea del *fetichismo de la mercancía*, por medio de la cual se observa cómo el valor de una cosa se transpone a otra, y cómo esta última termina adquiriendo la apariencia del valor que se encontraba en la mercancía original. De forma que el valor se convierte en lo contrario, es decir, en su forma aparente. Permítanos, el lector, sugerir como ejemplo a una mercancía A, que podríamos representar como un antidepresivo comercializado con el nombre de “Paxil”⁴. Este medicamento únicamente puede expresar su valor refiriéndose a otra mercancía B, que en el mercado contemporáneo es comercializada bajo el nombre de “Salud”. La mercancía B o “Salud” es equivalente sólo en la medida en la que la

mercancía A o “Paxil” se relaciona con B bajo la forma de la apariencia de su propio valor, pero la apariencia resulta ser exactamente lo opuesto.

El fetichismo consiste en una especie de sortilegio por medio del cual A “Paxil” parece relacionarse con B “Salud”, como si B “Salud” fuera ya en sí equivalente a A “Paxil”. Es decir, como si la propiedad de ser un “equivalente” le perteneciera aún fuera de su relación con A “Paxil”, en el mismo nivel que las otras propiedades efectivas y naturales que constituyen su valor de uso.

En virtud de esta apariencia se abre paso una poderosa ficción por medio de la cual la verdad, en tanto verdadero valor, es distorsionada por completo en función de la figura del fetiche o del falso valor que, sin embargo, ordena y organiza el mundo de la verdad que es también el mundo del valor. De forma que el lugar que ocupa la verdad y el lugar que ocupa la apariencia terminan por invertirse.

En el año 1927 Freud introdujo en la teoría analítica la estructura clínica de la perversión, el “fetichismo” fue un concepto clave para explicar esta estructura que a modo de una imposición

⁴ Compuesto de paroxetina hydrochloride es un medicamento antidepresivo que forma parte de la familia de las drogas llamadas «Inhibidores Selectivos de la Recaptación de Serotonina (ISRS)». En el año 2002 la empresa Glaxo Smith Kline, propietaria de la patente y encargada de fabricar este producto, facturó un total de \$2,12 mil millones de dólares con la venta de este medicamento que es conocido como el método más extendido para tratar el síndrome de estrés postraumático en los veteranos de la Guerra de Irak. Para un comentario crítico acerca de las campañas publicitarias de este medicamento ver en Salecl (2004)

lleva al hombre a “consolarse” de la pérdida de ser y de la pérdida de verdad con falsas figuras de semblante, es decir, a consolarse con figuras que dan la apariencia de consistencia ahí donde “algo” le falta al sujeto⁵. Estas figuras son las formas del nihilismo reactivo, en virtud de las cuales los hombres toman lo falso por verdadero, retirándose así del mundo de la vida, al convertir el mundo que circunda a la muerte en el mundo del valor, en el que la verdad del ser termina exiliada y ahí donde todo deviene insignificante la respuesta sólo puede ser la indiferencia.

En opinión de Freud las enfermedades de la civilización y las enfermedades de los individuos siempre van de la mano, los cambios ideológicos que se dan al interior de la sociedad afectan el sufrimiento de las subjetividades y, en este sentido, podemos observar de qué manera la medicina occidental, de la cual la psiquiatría es parte, se basa en un principio epistemológico que centra su atención de manera casi exclusiva en los procesos biológicos de la enfermedad, olvidando que los síntomas también se

engendran e incluso se modifican en relación a la vida cultural.

Como habíamos visto antes, entrar en el mundo de la cultura supone un sacrificio. De modo que hemos pasado aquí de una forma de relación económica a una forma de relación psicológica, al interior de la cual se articula el efecto que toda renuncia inevitablemente contiene. Sin embargo, la psiquiatría que se ejerce bajo la influencia del DSM no advierte el hecho en virtud del cual se observa que este manual está inscrito en la cultura contemporánea a modo de un canon mediante el cual el comportamiento de una sociedad entera puede llegar a regularse, por lo que una vez incluido en el DSM, un “trastorno” será reconocido como un problema en la cultura popular y esto afectará la manera en la que pensamos acerca de nosotros mismos. Así, una condición que ha sido reconocida como una “enfermedad mental” dependerá en gran medida de factores sociales, políticos y, hoy en día, fundamentalmente de factores económicos cuyas formas de producción recrean enfermedades provocadas por

5 Aunque también hay formas de ser detrás del semblante y a partir de ellas es posible hacerse pasar por lo que, en realidad, se es.

6 Este es el discurso que, de acuerdo a J. Lacan, es consecuencia del discurso del amo en la dialéctica del amo y del esclavo de Hegel. Sin embargo, a diferencia del discurso del amo, el discurso del capitalista constituye un falso discurso porque éste no genera ningún lazo social, que es la función en virtud de la cual el significado del mundo ha sido estructurado.

un estilo de vida impuesto por el discurso del capitalista.⁶

3. MALESTARES EN TIEMPOS DE PAZ

De manera análoga a la forma en la que Adorno y Horkheimer (1998) se refirieron a la industria cultural para hacer notar la capacidad del capitalismo de producir medios de masas capaces de imponer el imperativo de la diversión, hoy se erige la dictadura de la industria farmacéutica que promueve el imperativo de la “salud” bajo el mandato de la “normalización”. Sin embargo, también se contemplan otras vías por medio de las cuales el pensamiento contemporáneo pretende llegar a localizar el origen del malestar que se localiza en las desavenencias de la cultura.

A través de la reelaboración que durante el siglo XX se llevó a cabo al interior de teoría psicoanalítica se puede observar que hay algo del orden de la “causa” o de la “estructura” subjetiva que cuestiona la idea según la cual el poder es el único encargado de producir a los sujetos. Lo que está a la base de esta idea es la intención de dirigirse hacia los centros de poder y cuestionarlos, a modo de una tarea política, ciertamente ineludible, que nuestra época ha de acometer, ya que hay “algo” de esa estructura subjetiva que aún hoy, en la época del exacerbado

triumfo de la vía biopolítica, continúa persistiendo y da cuenta del núcleo en el que se constata la *im-posibilidad* o el espacio-vacío en el que se encuadran las coordenadas que dan consistencia a la existencia de un sujeto, en tanto que sujeto de lenguaje.

En virtud de ese espacio-vacío, en el que la subjetividad adquiere su consistencia, es posible localizar la naturaleza del “acto” mediante el cual los sujetos son susceptibles de articular una vía capaz de sustraerse a la misma lógica del poder que los genera. De forma que hemos de dirigir la mirada hacia el componente patológico que se enuncia a través del discurso, porque lo patológico posee la facultad de rasgar la realidad, dejando entrever los procesos en función de los cuales una cosa llega a adquirir su valor. A través de los fenómenos patológicos es posible escuchar el testimonio del malestar subjetivo que no siempre hace eco en el campo de lo social, pero que sin duda es ahí, en el ámbito de lo social, en donde adquiere su valor y, por lo tanto, su verdad. La vía del psicoanálisis, y concretamente la vía de la orientación lacaniana, asume que la verdad como saber es la verdad a la que se llega después de haber recorrido un camino cuyo proyecto es el de *llegar a saber, sin-saber*. Este proyecto que parte del reconocimiento de que la vida es

portadora de un enigma a través del cual la verdad sólo puede “decirse a medias”. Para que el enigma pueda desplegar su sentido es necesario acceder a la diferencia entre el enunciado y la enunciación. Esta diferencia hace que el enigma probablemente pueda ser una enunciación y decimos “probablemente” porque dependerá de cada quien llegar a convertir el enigma en un enunciado: “Apáñenselas como puedan, como hizo Edipo, sufrirán las consecuencias. En el enigma se trata de esto”, le decía Lacan (1991: 37) a su auditorio en 1970.

Replantear el sentido de la verdad fue lo que Lacan hizo a lo largo de *El Seminario 17: El reverso del psicoanálisis*, en el que durante la sesión del 10 de junio de 1970, aseveraba que “la verdad tiene más de un rostro”. Se trata de una verdad que no cesa de escabullirse entre tropiezos, deslices y choques de los significantes. Es la verdad del deseo inconsciente, una verdad que se revela entre sueños, lapsus, chistes, actos fallidos, es decir, se revela a través de las manifestaciones del inconsciente, pero ¿a través de qué elementos estas manifestaciones adquieren consistencia o alcanzan su verdad?

Para Lacan decir que “el ser es hablante” constituye un pleonismo porque el ser-habla. Esta es una fórmula radical que abre la vía de la búsqueda del saber

a través de la palabra que es, al mismo tiempo, la búsqueda de la verdad a través del ser. Para Lacan, del mismo modo que para Hölderlin, en el principio, “éramos un signo desprovisto de sentido”, éramos olvido, éramos Mnémosyne que se funde en el olvido. Éramos un agujero en el saber que, sin embargo, gobernaba la potencia de las representaciones que determinan la relación de cada individuo con la verdad.

Si al principio fue Mnémosyne, hubo un primer momento en el que tuvo que caer el elemento que asegura la memoria y abre paso al olvido. Esa caída primera del significante que hace posible la presencia del *ser-en-el-mundo* se dio a partir de un proceso de transcripciones en las que un cuerpo de signos se inscribió en otro cuerpo de signos más elevado. De esta manera transcurrieron los años de la infancia; Mnémosyne se inscribió en el sujeto dando paso al sujeto del lenguaje, es decir, al sujeto que es capaz de simbolizar la realidad psíquica a través del lenguaje. A esto fue a lo que Lacan llamó la “condición lógica necesaria para que el inconsciente se ponga en movimiento”; un proceso por medio del cual se reconocerá, una y otra vez, esa caída primaria del significante que dio a Mnémosyne la “libertad” de poder olvidar, la “libertad” de poner en acto un proceso por medio del cual el

significante ausente no cesará. De poner en acto el significante-ausente que explica el paso al acto político por medio del cual es posible cuestionar la idea según la cual el poder posee el monopolio de generar a las subjetividades que se recrean al interior de los discursos que cuestionan o que justifican la lógica económica que sostiene la reproducción o la aniquilación del mundo.

En este sentido, Lacan se refirió a la lógica del *discurso del capitalista*, por medio del que se sostiene la forma de producción del mundo demarcado por la excesiva identificación de los sujetos con los dispositivos que controlan, legislan y reproducen a los mismos discursos, a las conductas, a los deseos y a sus representaciones.

En la época del malestar que se manifiesta a través de las enfermedades propias de la guerra, aún en tiempos de aparente paz, se erige un discurso cuya lógica empuja al sujeto a tratarse a sí mismo como si fuese una mercancía renunciando así a la posibilidad de llegar a ser un individuo para convertirse en un sujeto que asume la paradójica posición en la que, para ser parte de la sociedad, ha de renunciar a su individualidad. Pero ¿cómo ha llegado a sostenerse socialmente esta contradicción?

Lacan se da cuenta de que el *ser-habla*

(*parole-être*) y lo hace a través de un extraño discurso, en el que el ser se vincula al no-ser. De modo que lo que aquí interesa es aquello que dice el ser acerca, precisamente, de su falta en ser, porque a través de su extraño discurso el ser se vincula al no-ser en donde el *pathos* de la palabra se deja oír haciendo eco en la sociedad, lo que puede entenderse como un problema de la “estructura”, en tanto que estructura subjetiva, pero también de la estructura donde se aloja la vida social.

En este cruce de caminos asistimos a un diálogo que no ha hecho más que comenzar. Se trata de un diálogo en el que la teoría y la clínica comparten un objetivo común; el de llegar a descifrar el significado que resguarda la verdad que subyace a las manifestaciones de los fenómenos patológicos de nuestra época, pero no se trata de llegar a localizar fenómenos no alienados o incorruptos, es decir, “puros”, sino de llegar a localizar aquellos fenómenos que han ido transformándose hasta adquirir la condición de “evidentes”, y en virtud de esta condición, son capaces de revelarnos algo acerca del origen del malestar actual, porque no hay algo así como “originales incorruptos” hay –para decirlo con Wittgenstein– “parecidos de familia” o estructuras que como observó Lévi-Strauss nos revelan semejanzas.

De modo que cuando pretendemos estudiar un fenómeno para entender su estructura, no se trata de descubrir las relaciones concretas que aparecen en él sino de construir uno o varios modelos susceptibles de revelar la estructura que ahí se halla encubierta. Por ello hemos de preguntarnos por el ser del malestar subjetivo que se reconoce a través del campo de lo social, a modo del malestar que se erige como seña particular o impronta de una determinada época. En este campo de investigación, la forma de aproximarnos a nuestro objeto de estudio dista mucho de una aproximación cuantificable y medible, ya que el decir subjetivo que rinde testimonio se encuentra en constante cambio. Se sustrae, se presenta de múltiples maneras siendo él mismo y diferente a la vez, aunque es susceptible de llegar a localizarse ahí donde el mismo signo siempre regresa, sin embargo, habrá que recordar que no lo hace siempre bajo la misma máscara, porque el signo está en relación al ser de la vida social y, en este sentido, es conveniente tener siempre presente en el horizonte de nuestra investigación la observación de Marx cuando nos dice que “no es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia” (Marx, 1962: 205).

Desde el punto de vista de la investigación ontológica, el ámbito de la locura y en el ámbito de la sexualidad constituyen los lugares en los que se puede llegar a localizar un punto de inflexión de un decir contemporáneo sin el cual el ser de lo humano no puede ser entendido. Fue precisamente en estos dos ámbitos en los que Freud, Lacan y Foucault respectivamente, llegaron a localizar una hiancia, un punto de ruptura en el que la interpretación final se torna imposible, en la que estos tres autores coinciden en localizar la piedra de toque susceptible de configurar lo más íntimo, y en tanto que íntimo, lo más radical de la subjetividad, entendiendo aquí por “radical” a la esfera cuyo dominio es susceptible de hacer volar por los aires a la propia subjetividad.

Al igual que Foucault, Lacan pensaba que en el delirio, que es la forma de expresión más “evidente” de la locura, que en su centro, “no hay nada que interpretar” (Lacan, 1981). Si esto es así es porque en la locura todo se ha vuelto signo, todo se ha vuelto un sinsentido o, para ser más precisas, todo se ha vuelto un exceso de sentido. Pero Foucault nos recuerda que los signos son interpretaciones que tratan de justificarse y no a la inversa, “así –nos dice– funciona la moneda tal y como se define en la *Crítica de la economía política* y,

sobre todo, en el primer libro de *El Capital*. Es así como funcionan los síntomas en Freud, y en Nietzsche las palabras, la justicia, las clasificaciones binarias del bien y del mal, consecuentemente los signos son máscaras” (Foucault, 1967: 47).

Los signos son máscaras a través de las cuales el inconsciente se erige al interior del discurso como una vía de acceso al campo de lo Real. En lo Real la esfera de la sexualidad, de la muerte, del horror y del delirio, se actualiza a modo de cortes ontológicos que emergen como respuesta frente a lo que no podemos pensar, imaginar o representar y, por lo tanto, emergen como una respuesta ante lo que no podemos poner en palabras. Para recuperar un sentido poco ortodoxo de la frase de Wittgenstein se puede decir que los cortes en lo Real están formados de “lo que no podemos hablar”⁷. En este umbral en el que la palabra cede su lugar al silencio se alcanza a ver la puerta de acceso a los cortes que son expresión de lo Real, para los cuales la clínica analítica ofrece un espacio a través del cual es posible transitar alrededor de ellos, no para desinfectarlos y suturarlos, sino para hacer notar que en el preciso momento en el que el discurso

se detiene, entonces se ha llegado al sitio del que emerge un resto que se le escapa al lenguaje. Un resto que puede llegar a formar un corte que después será incluido, rechazado o exhibido en el discurso del sujeto, y una vez que un corte ontológico ha sido localizado en el discurso, entonces habrá que dar un largo rodeo para poder aproximarse hasta el lugar en el que el corte se detiene.

Para acceder al lugar en el que la palabra cede el lugar al silencio habrá que construir un camino hecho de palabras; un camino que se detiene en una hendidura —que es otro nombre para el objeto a— o el punto en el que el ser de una cosa no llega a dividirse por completo a la mitad. Para Foucault este lugar en el que el silencio adquiere relevancia es el campo en el que acontece lo irreductible, lo inclasificable, lo inasimilable. Es también el lugar en el que el poder disciplinario “encuentra su límite” (Foucault, 2003: 205).

Sin embargo, hoy vemos que esos márgenes, de los que habla Foucault, se han desdibujado porque el poder ha penetrado el campo de lo inclasificable. El poder ha penetrado en el ámbito de lo Real encontrando nuevas formas de

⁷ Aunque, como señala J. Derrida. “lo peor con lo que no se puede decir, es callarlo; lo mejor es escribirlo” (Derrida, 1980: 201)

ejercer violencia, de infligir dolor, formas limpias, invisibles y omnipresentes, por medio de las cuales se observa que el horror ha salido de la esfera de lo Real para instalarse en el campo de lo Simbólico. De modo que, a falta de toda mediación simbólica, podemos decir junto con Baudrillard y junto con Žižek; *“¡Bienvenidos al desierto de lo Real!”*. Bienvenidos al lugar en donde lo Simbólico entero se vuelve terrorífico, en donde la nuda vida yace sin poder morir del todo, y en donde las palabras se convierten en heridas que han perdido la posibilidad de inscribir su letra en el cuerpo.

En su desierto, lo Real se convierte en el lugar en el que la lengua y la vida se tornan siniestras, convirtiéndose en el instrumento que hace volar por los aires a esos engarces ontológicos que hacían posible el acceso al lugar en donde se aloja el recuerdo de un olvido, es decir, el lugar en el que habita la posibilidad de poner fin a la eterna repetición del trauma para entonces dar cabida a un pasado que sea, más bien, un pasado contemporáneo del presente, porque si el poder ha penetrado en lo Real, y lo Real se ha infiltrado en la esfera de lo Simbólico, entonces lo Real es el terreno en el que la vida deambula medio muerta sin poder morir del todo, en donde los cuerpos despojados de humanidad han

sido despojados también de toda protección jurídica y política.

Ya en las primeras páginas de *L'Anti-Edipe* se encuentra la descripción, quizás la más contundente de la que fue capaz el pensamiento del siglo XX, en la que se muestra la forma en la que opera –sin aparente fisura– la máquina de máquina llamada “capitalismo” (Deleuze y Guattari, 1972: 11). Se trata de una máquina de máquina que hace del cuerpo su presa, y extirpándole cualquier rastro de deseo, amputa el impulso que guía a cada individuo en la búsqueda de aquello que ha de constituir la forma de su propia singularidad. Ante la ausencia del deseo, el cuerpo de producción capitalista persevera en el consumo incesante de sobredosis de satisfacción. Sin embargo, cuando la vida presume de estar demasiado satisfecha, la voz alardea de no poder hablar, aunque los cuerpos demasiado satisfechos siempre muestran en qué sentido el exceso termina agolpándose en ellos hasta convertirlos en una inagotable fuente de malestar.

Si fenómenos “patológicos” nos muestran el reverso del signo, es decir, nos muestran en qué sentido éste se convierte en un significante inscrito en el circuito que determina su valor, entonces podemos confirmar que el problema del capitalismo apunta a un problema del

valor. A un problema al que Marx respondió con la hazaña intelectual de haber sacado a la luz la ley económica que rige el movimiento de la sociedad moderna, en la que el proceso de producción es un proceso de producción de valor. Sin embargo, también hay procesos de producción fundados en la esclavitud, en los que se distingue al trabajador como la voz de un instrumentum mutum (Marx, 1975: 238) como la voz de una herramienta inanimada que lejos de emitir palabras tan sólo emite ruidos.

En el contexto de la red de determinaciones en las que acontece el ámbito de la vida social aparecen un conjunto de desplazamientos, una serie de pliegues que organizan el mundo gracias a una conjunto de fuerzas que dan lugar al movimiento que se observa, por ejemplo, cuando alguien pasa a ocupar un lugar distinto al que hasta entonces solía ocupar en la sociedad. Pero en la época en la que la voz del trabajador es la voz de un instrumentum mutum, esta serie de desplazamientos reproducen procesos que con altas dosis de sufrimiento soporta el trabajador, quien ve menguar su posición en la sociedad.

Sin embargo, ahí donde el inconsciente se revela junto con su verdad también es posible hacer crecer significantes

intempestivos, es decir, significantes más singulares, pero para que estos significantes puedan llegar a emerger habrá entonces que suponer un saber al sujeto y, para ello, habrá que suponer un sujeto al inconsciente. Un sujeto capaz de empuñar la voz que habla de las formas de *ek-sistencia* política que emanan del deseo, como un deseo que es inconsciente en su origen y que, a partir de un encuentro dialéctico, pone al sujeto ante las puertas del mundo de la cultura. De lo contrario, el totalitarismo que llegó por una falta de sentido anunciando que el destino del pueblo era destruirse, y que tras la Primera Guerra Mundial dejó malestares de guerra en tiempos de paz, se convierte en una legado que responde a la relación que durante el siglo XX se estableció a modo de una obligación que el sujeto contemporáneo ha de cumplir toda vez que apela al imperativo de los significantes amo de nuestra época, tales como los significantes “salud”, “normalidad” y “felicidad”, como imperativos que hoy en día vemos desembocar en una fórmula anti-política cuyo eslogan es la frase “No future”, cuando esta es enunciada desde el punto de vista de la resignación.

En este contexto será necesaria la mirada atenta de lo que emerge, no como una mirada pasiva que va registrando mecánicamente a los

procesos enfermizos con el fin de establecer parámetros y estadísticas en relación a los datos obtenidos. No se trata de datos, sino de fenómenos que vuelven, pero que, como se ha mencionado antes, no regresan siempre igual.

Sin embargo, estos fenómenos sólo pueden ser revelados en su opacidad, porque una vez que emergen a la superficie, habitan entre sutiles sombras. Este efecto de luces y de sombras hace necesaria una investigación bajo tierra, ya que sólo una investigación subterránea podrá evitar la exposición de estos fenómenos que se han mantenido ocultos durante largo tiempo frente a la luz que los exhibe como si se tratasen de elementos ya siempre presentes y, por lo tanto, de elementos que resultan apenas perceptibles, banales e impotentes, incapaces de transmitir el saber que éstos pacientemente resguardan.

Los fenómenos patológicos que habitan entre las sombras del día han cifrado su mensaje como una forma de resistencia, como una forma de denuncia que con el tiempo se ha acomodado a vivir entre

nosotros a modo de un síntoma perene que, a pesar de la costumbre, aún nos dice algo acerca del presente y nos revela aquello que seremos, mediante aquello que solíamos ser, es decir, nos revela el presente al mostrarnos “ese pasado que habrá sido” (Agamben, 2008: 144). Pero para que el presente pueda aparecer habrá que volver al origen de la fractura, al punto en donde se detiene la hendidura que organiza las cosas del mundo, justo ahí hasta donde alcanzamos a ver, es decir, en la superficie que configura nuestro paisaje. Al centrar la atención en los detalles de la vida cotidiana que se manifiestan bajo la apariencia de “evidentes”, los fenómenos patológicos podrán rendir el testimonio, silenciado aún, del deterioro simbólico que padecen los diferentes ámbitos de la vida contemporánea, en donde se revela algo acerca de un malestar generalizado que puede reconocerse en las nuevas enfermedades sociales. Enfermedades que, tal y como Freud había advertido, encuentran en el ámbito de la cultura su más íntimo lugar de pertenencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Th., y Horkheimer, M. (1998). *Dialéctica de la Ilustración*. Fragmentos filosóficos, tr. Juan José Sánchez. Madrid: Trotta
- Agamben, G. (2008). *Signatura rerum. Sobre el método*, tr. Flavia Costa y Mercedes Ruvitoso. Barcelona: Anagrama.
- Deleuze, G., y Guattari F. (1972). *L'AntiEdipe. Capitalisme et schizophrénie*. Paris : Editions de Minuit.
- Derrida, J. (1980). *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*, tr. Haydée Silva. México: Siglo XXI
- Foucault, M. (1969). *Marx, Nietzsche, Freud*, tr. Carlos Rincón. Dossier Nietzsche, 125 años. Revista Econº 113/5, Bogotá.
- Foucault, M. (2003). *El poder psiquiátrico. Curso del Collège de France 1973-1974*, tr. Horacio Pons. Madrid: Akal, 2005.
- Foucault, M. (2004). *Dits et écrits, vol. III*. Paris: Gallimard.
- Freud, S. (1930). *El malestar en la cultura*, tr. Ramón Rey Ardid. Madrid: Alianza, Biblioteca Freud, 2008.
- Green, M. (2015). *Aftershock: The Untold Story of Surviving Pace*. London: Portobello Books.
- Klein, N. (2007). *The Shock Doctrine: The Rise of Disaster Capitalism*. Canada: Knopf.
- Lacan, J. (1981). *El Seminario 3: las psicosis, 1955-1956*, tr. Juan Luis Delmont y Diana Ravinovich. Buenos Aires: Paidós
- Lacan, J. (1991). *El Seminario 17: El reverso del psicoanálisis, 1969-1970*, tr. Eric Berenguer y Miquel Bassols. Buenos Aires: Paidós
- Marx, K. (1962). *La ideología alemana*, tr. Wenceslao Roces, en Fromm, E. Marx y su concepto del hombre. México: F.C.E.
- Marx, K. (1975). *El capital, volumen I. Crítica de la economía política*, tr. Pedro Scaron. México: Siglo XXI.
- Pérez-Tapias, J. A. (1995) *Filosofía y crítica de la cultura*. Madrid: Trotta.
- Salecl, R. (2004). *On Anxiety*. New York: Routledge.

SOBRE LA AUTORA

RITA CANTO VERGARA

ritacanto@yahoo.com

Doctora en Filosofía por la Universidad de Granada.

Responsable del Proyecto de Investigación 2016-2018: “Psicosis de guerra en tiempos de paz. Capital, subjetividad y pensamiento contemporáneo”. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México. Proyecto ID: PIFFyL 2016012.

Actualmente realizo una estancia posdoctoral en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, a través del Programa de Becas Posdoctorales de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico, U.N.A.M.



NI GUERRA NI PAZ: VIOLENCIA PERPETUA

FLABIÁN NIEVAS

Artículo
Recibido: 12/03/2018
Aceptado: 17/05/2018

RESUMEN

En este artículo planteo cómo se ha reestructurado la violencia colectiva organizada en los últimos años, razón por la que habitualmente cuesta identificar los procesos violentos como tales y se codifican algunos eventos en torno a una supuesta naturaleza inhumana. Estas transformaciones son fundamentalmente sociales, asociadas a la nueva etapa del capitalismo, y se asientan en las nuevas tecnologías.

PALABRAS CLAVE GUERRA; VIOLENCIA; ESTADO

ABSTRACT

In this article, I propose how collective organized violence in recent years has been restructured, which is why it is usually difficult to identify violent processes as such and some events are coded around a supposed un-human nature. These are fundamentally social transformations, associated with the new stage of capitalism, and they are based on new technologies.

KEYWORDS WAR; VIOLENCE, STATE

La guerra es el ejercicio de la violencia de manera colectiva y organizada entre, al menos, dos grupos humanos. Desde mediados del siglo xvii la misma fue crecientemente monopolizada por los Estados, aunque nunca de manera total. Tras la “Guerra de los Treinta Años”, que devastó lo que actualmente es Alemania, se redujeron los ejércitos privados hasta su desaparición (Parker, 2004). Los Estados comenzaron a tener sus ejércitos estables con los que resguardar sus fronteras y sus intereses (que podían incluir vulnerar otras fronteras). Con el transcurrir del tiempo fue el arte de la guerra se fue profesionalizando y tecnificando. De las hachas, machetes y lanzas que eran, en el mejor de los casos, adaptaciones de herramientas de trabajo, se pasó a las armas de fuego, y éstas progresaron hasta ser artefactos complejos exclusivamente para uso militar, como los tanques de guerra. El tipo de guerra resultante, el interestatal, llegó a su punto de mayor despliegue en la mitad del siglo pasado, con la Segunda Guerra Mundial. Significativamente, en dicha contienda desempeñaron un papel destacado organizaciones partisanas, es

decir, formadas por fuera del Estado. Como en todo fenómeno, en el cénit comienza el ocaso. La guerra interestatal comenzó, desde allí a declinar en lo que restaba del siglo. ¿Qué significa, exactamente, esa declinación? Fundamentalmente dos cosas, fue mermando en frecuencia, y fue variando en su naturaleza. Las guerras interestatales se fueron tomando cada vez más inusuales. Malvinas ha sido, con seguridad, la última guerra que corresponde a los cánones del fenómeno teorizado por Clausewitz: entre Estados nacionales. En la década siguiente, las múltiples guerras de los Balcanes no fueron entre Estados sino por la formación de los mismos, aunque luchaban ejércitos regulares o cuasi regulares. Pero el ícono del cambio fue el ataque a Estados Unidos el 11 de septiembre de 2001. No es que ocurriera algo significativamente nuevo y diferente, ya que el proceso de desmonopolización estatal de la guerra había ido desarrollándose de manera progresiva a lo largo del siglo pasado, por lo menos, con claridad, desde la Segunda Guerra Mundial con el despliegue de formaciones partisanas.¹ La singularidad

¹ Estas formaciones fueron de muy distintos signos; además de las conocidas formaciones de maquis franceses y partisanos italianos, en Yugoslavia hubo una resistencia monárquica y la comunista de Tito; en Grecia, el EAM/ELAS (también vinculado al comunismo); una variopinta resistencia polaca, conservadores y antifascistas alemanes contra el régimen nazi; grupos anticomunistas letones; en Vietnam vietnamita; la resistencia de guerrilleros soviéticos al avance alemán, entre otros (cf. Gluckstein, 2013; Kalyvas, 2010; Bushkovitch, 2013; Clogg, 2016; Visacro, 2009).

fue la presentación ante el gran público de un nuevo enemigo mundial —otrotra el comunismo—: el terrorismo, con sus variantes ad hoc, el narcoterrorismo y, asociado, el crimen organizado.

El ataque a Estados Unidos, más allá de su espectacularidad, solo tuvo significación militar en el menos recordado: el del Pentágono, el centro neurálgico del aparato militar estadounidense. Las Torres Gemelas, mucho más recordadas, tuvieron solo impacto mediático y moral. No obstante, una consecuencia no buscada por los atacantes fue el despliegue de una serie de procesos que transformarían de manera radical la apreciación de la guerra.²

El gobierno de Estados Unidos declaró una absurda “guerra al terrorismo”, desatinada toda vez que el terrorismo no es un enemigo sino un método, y no se puede combatir un método. Es más, ni siquiera se lo puede juzgar moralmente, ya que cada bando pelea con las armas, las tácticas y los medios que puede y/o quiere.³ No obstante, la violencia colectiva organizada se configuró de una nueva manera. La falta de evidencia empírica devino en una moralización de

la violencia, construyendo un “eje del mal” y retomando una vieja tematización sobre la “guerra justa”, originalmente propuesta por Tomás de Aquino, devenido luego santo Tomás. Esta apreciación medieval fue uno de los primeros intentos de regulación de la guerra, sustituido por el derecho de gentes, y éste, por el derecho internacional.⁴

De este modo, el derecho internacional quedó derogado de hecho, aun cuando está formalmente vigente. En la llamada “guerra contra el terrorismo” se reintroducen, abierta e indisimuladamente, prácticas premodernas, como la tortura, la acusación secreta, el principio de sospecha, la presunción de culpabilidad.⁵ Los argumentos de Verri ([1777] 1977) y de Beccaria ([1764] 1984) no fueron refutados, sino simplemente ignorados y, en consecuencia, desmontados del aparato de legitimación del uso de la fuerza punitiva.

Debería llamar la atención el desplazamiento del uso de la fuerza militar: de la confrontación a lo punitivo. Pero se naturalizó la respuesta de Estados Unidos contra Afganistán:

³ Gassino y Riobó.

⁴ Un estudio muy pormenorizado de esta cuestión puede verse en Bellamy, 2009 Alex; Guerras justas de Cicerón a Iraq; un trabajo clásico sobre el tema, que recuperó esta noción en el siglo pasado, es el de Walzer ([1977] 2001).

⁵ Hemos desarrollado estas cuestiones en Bonavena y Nievas (2015)

castigo por albergar a Osama bin Laden en dicho país. No se planteó como una relación entre iguales (Estados soberanos) sino una relación jerárquica en la que quien detenta el poder actúa imponiendo sus condiciones, ya que no reglas, dado que estas últimas no están estipuladas ex ante. A partir de ese punto, claramente se disocian la regla de la norma: la primera, explicitada en regulaciones legales poco o nada eficaces, y las segundas, como patrones de acción efectivos.

LA REESTRUCTURACIÓN DE LA VIOLENCIA COLECTIVA ORGANIZADA

La permanencia de Fuerzas Armadas regulares, incluso el desarrollo tecnológico aplicado a las mismas, parecieran indicar que la guerra interestatal sigue estando latente. Y esto no puede desmentirse, pero la probabilidad de su concreción es tendencialmente decreciente debido a dos factores preponderantes: la enorme asimetría militar entre Estados poderosos y Estados pobres, por un lado, y por otro, la cantidad de mecanismos multilaterales de coacción para que los Estados desistan de la opción militar para resolver sus conflictos. Esto ha operado en la notable merma de guerras interestatales que se observa desde al

menos el último cuarto del siglo pasado, pero esto no equivale a afirmar que han mermado las guerras. Conviene pensar en términos de variación en la forma en que se estructura la violencia colectiva organizada. Para comprender mejor esta reestructuración, aunque pueda parecer ocioso, conviene recordar la arquitectura de la violencia en el dispositivo Estado-nación, para contraponerlo al diagrama actual. En la forma Estado-nación, se reorganiza la legitimidad de la violencia, cuyo monopolio pretende el aparato estatal, deslegitimando, en consecuencia, toda forma de violencia popular, a la que se la reduce a la condición de delito. La violencia estatal, en tanto, adopta dos formas bien diferenciadas y mutuamente excluyentes: la gestión de la misma en el interior del territorio, quedó circunscripta a la policía y, eventualmente (en algunos países) a las fuerzas de seguridad. La violencia inter pares se concentró en las Fuerzas Armadas, cuerpos profesionales especializados que desarrollaron una alta capacidad de destrucción. De este modo se estableció una nueva, por entonces, forma de gestión de la violencia, ya que hasta ese momento, al menos en Europa (que es donde surgió la forma Estado-nación), lo corriente era la contratación de ejércitos mercenarios (condottieri, lansquenets, etc.) para

resolver tanto las tensiones internas de las unidades políticas como los pleitos entre príncipes (Münkler, 2005; Trease, 1973).

A partir de entonces (estamos situándonos en un proceso que en la Europa occidental se desarrolló entre mediados del siglo xvii y principios del xviii) cada Estado procuró sostener de manera permanente un ejército profesional, hecho novedoso entonces, pero muy natural a nuestros ojos.

La especialización de tareas entre las fuerzas, diferenciadas en la violencia interna y externa al territorio estatal se profundizaba en la medida en que se desarrollaron técnicas y materiales específicos para las tareas de cada una. Incluso se puede afirmar que los saberes específicos fueron haciéndose mutuamente irreconocibles e inconciliables; los ejércitos fueron desarrollando sus doctrinas y hasta su propia teoría (Clausewitz [1832] 1983) tempranamente. Las policías evolucionaron en sus saberes un poco más tardíamente, y recién hacia la segunda mitad del siglo xix e inicios del xx comenzaron a establecerse biotipos y técnicas específicas como la fotografía judicial y la organización de las huellas dactilares (Mattelard, 2009), la generalización de los documentos de identidad (About y Denis, 2011) fueron

definiendo un campo específico.

Esta segmentación y especificidad de las formas de violencia legitimada no siempre se pudo sostener. En momentos de agudas crisis políticas solían utilizarse los ejércitos para la represión interna. Las Comunas de París, Lyon, Saint-Etienne, Le Creusot, Marsella, Toulouse y Narbona son un claro ejemplo de ello en el siglo antepasado (Lissagaray [1876] 1971). Pero estos hechos, excepcionales, tendieron a ser más frecuentes en determinadas regiones del planeta en la segunda mitad del siglo pasado, en particular en Asia y África, como parte del proceso de descolonización. Esta creciente regularidad, como cualquier fenómeno recurrente, ofrece la posibilidad de buscar invariantes y establecer, si es posible, nexos de causalidad. Es entonces cuando va a surgir la entonces llamada doctrina de la guerra revolucionaria, luego llamada doctrina contrainsurgente. Fueron militares franceses sus principales impulsores, aunque, por supuesto, el conocimiento no tiene fronteras políticas. En función de la experiencia acumulada en la guerra de Indochina y, a continuación, de la de Argelia, comenzaron a sistematizar observaciones y prescripciones sobre cómo actuar contra las insurgencias locales (Visacro, 2009). Estas

teorizaciones originarias, que datan de la década del '50 del siglo pasado, se encuentran en gran medida sintetizadas por Trinquier ([1961] 1977). Pero no se trata de una teoría circunscripta a Francia. Rápidamente se expandió en diferentes direcciones, teniendo particular y favorable recepción en Argentina, como antesala a su llegada a Estados Unidos (Robin, 2005).

En la medida en que la actividad política de una población no era aceptada se usaba contra la misma la represión policial, pero esto no siempre tenía efectos disuasorios; en muchas ocasiones (en especial en los nudos espacio-temporales mencionados, Asia y África, décadas de los '50 y '60, aunque no sólo en ellos) las poblaciones comenzaban o incrementar su resistencia a regímenes que consideraban opresores. La respuesta usual de los gobiernos fue (por orgullo, intereses y/o imprudencia) la asignación a los ejércitos de las tareas propias de las policías (o fuerzas de seguridad) sobrepasadas por la acción de los insurgentes. Como se observa, no es un fenómeno ineluctable. Se puede, mejor, caracterizarlo como un fenómeno de época. De esta manera se iba consolidando una nueva forma de guerra.

Esta nueva forma de guerra, en la que el

enemigo es parte de la propia población, hace que los cuerpos especializados en la confrontación inter pares actúen en un tipo de operaciones para el cual no están preparados ni equipados. Submarinos, tanques de guerra, aviones caza, cañones, son elementos inadecuados cuando se enfrentan con parte de una población civil. Fueron readecuándose saberes y procedimientos: de los mapas topográficos se pasó a los mapas políticos. Pero de fondo operaba una mutación más profunda. En la medida en que este tipo de guerra se desplazó de las colonias a Estados constituidos, comenzaron a socavarse los supuestos mismos sobre los que se fundó el dispositivo Estado-nación. La población propia pasó a ser blanco de las operaciones militares. De este modo el Estado se autonomiza del pueblo, que es la corporeidad de la nación. El desacople entre Estado y nación —que ciertamente nunca fue ni armónico ni estable, ni siquiera en su región de origen (Langewiesche, 2012)— es un fenómeno concomitante con el neoliberalismo y, probablemente, también sea, en gran medida, su condición de posibilidad. En dicho desacople, la mutación morfológica de la beligerancia ha sido un operador preponderante. Se trata de un fenómeno complejo cuya etiología y descripción

detallada nos excede, pero que es necesario señalar. La nación albergaba ciudadanos, cuya pertenencia estaba dada por lazos anteriores a la existencia de cada sujeto. Con la nueva operatoria —y es lo que se expresa en las guerras contrainsurgentes— la población es dividida en ciudadanos y “apátridas” en función de su posicionamiento político. Pero incluso en los países en los que no hay insurgencia interna, este desacople se observa en la merma de “patriotismo”, que se expresa en la dificultad para el reclutamiento de personal militar.

LA ILUSIÓN DE LA GUERRA INCRUENTA

La guerra es una actividad que puede provocar tal repulsa, que suele generar la fantasía de que la misma es posible sin derramamiento de sangre. Esto no es algo nuevo, ya Clausewitz mencionaba esta tendencia y, pese a que la historia daba pruebas de lo contrario, advertía sobre la posibilidad de que la misma reapareciera.⁶ Después de dos guerras mundiales pareciera que ya no podrían quedar dudas sobre los efectos de la guerra, no obstante, medio siglo después

de la última de ellas, nuevamente se instala esta ilusión y la guerra se representa como un videojuego. Así se vio la primera guerra del Golfo Pérsico e, inmediatamente después, la guerra de Kosovo (Ignatieff, 2003).

Diversos motivos alimentan esta tendencia. En la actualidad parecen ser al menos dos los más importantes. Uno es el ya mencionado desacople entre Estado y nación, con la merma del nacionalismo y del patriotismo que tiene como efecto asociado. Otro es de carácter antropológico: al parecer, las sociedades predominantemente urbanas, por su distanciamiento con los ciclos vitales, tienen mayor aversión a la muerte que sociedades con mayor incidencia de la población rural. La combinación de ambas hace que los gobiernos alienten la ilusión de la guerra incruenta, sin muertos —entendiendo por tales a los propios—. Estas guerras fueron asépticas solo para una parte, que no las vivieron, sino que las vieron a distancia.

Refuerza esta tendencia la creciente utilización de artilugios automatizados: bombardeos a distancia (desde barcos o aviones), lanzamiento de misiles

6 “[...] en la época actual casi consideramos que en la economía de la guerra una gran batalla es un mal, que se hace necesario debido a algún error cometido, un estallido mórbido al que nunca hubiera conducido un sistema de guerra medianamente prudente. [...] La historia contemporánea ha destruido esta ilusión, pero nadie puede garantizar que no aparecerá nuevamente en uno u otro lado [...]” Clausewitz, 1983: 202.

teledirigidos, utilización en el terreno de drones y/o robots, sistemas de sensores para el ametrallamiento automático de “intrusos” (RCWS), que suponen, por la distancia que se establece con el campo de acción efectivo de estas armas, que no existe el combate y, en consecuencia, el peligro para el bando que ejerce la violencia de este modo. Demás está decir que, pese a la pretendida precisión, ese tipo de fuego no distingue combatientes de no combatientes, destrozando por igual milicianos armados como población civil. Incluso los pretendidamente más precisos, como los drones, que son accionados manualmente a distancia —desde centros de operación ubicados en Estados Unidos— actúan probabilísticamente.⁷ Esto vuelve inteligible los ataques en ciudades occidentales perpetrados por pequeños destacamentos, los que son presentados por los organismos de inteligencia —y replicados por la prensa— como actos

de terrorismo. Bajo esta denominación se impone la figura del monstruo: el sujeto de apariencia humana pero esencia no humana, al que, en consecuencia, el lícito y necesario eliminar por cualquier método y sin importar regulación alguna, ya que no es humano. La determinación de quién es un terrorista se realiza mediante lo que el ex director de la CIA, general retirado Mike Flynn, llamó “análisis nodal”.

El análisis nodal, según creía Flynn, tendría «el efecto de revelar la infraestructura física de un enemigo hasta entonces poco conocido a propósito de aspectos como su financiación, sus reuniones, sus sedes, sus medios de comunicación y sus puntos de abastecimiento de armas. Gracias a la aplicación de ese análisis, la red investigada se vuelve más visible y vulnerable, lo que priva al enemigo de la ventaja asimétrica de privarnos de un objetivo identificable». En el mismo artículo en el que explicaba esa

7 Un informante clave contestó a la pregunta: “—¿Qué tipo de información de inteligencia bastaba para que ustedes dijeran «tenemos luz verde» [para llevar a cabo una operación de asesinato selectivo fuera de un campo de batalla declarado]?”

—La mayoría eran datos puramente circunstanciales —me respondió—. La mayoría de las operaciones se basaban en inteligencia aplicable, pero no necesariamente irrefutable. Creo que ese fue el aspecto más preocupante de las operaciones que se llevaron a cabo.” Scahill, 2013: 253.

8 Respecto del seguimiento de vehículos es interesante la reflexión de Peters (2007: 32): “Según se dice, los satélites pueden leer una chapa de carro (y más) desde su posición sobre la tierra. Pero pocas veces pueden determinar si un camión Toyota abollado tiene adentro un civil inocente, un bombardero suicida o un jefe terrorista. Si el enemigo no emplea ninguna tecnología comunicacional, hemos regresado al factor humano para detectar los blancos.”

metodología analítica, Flynn añadía: «La recompensa de la aplicación de ese análisis es enorme, pero se requiere paciencia para permitir que la imagen de la red enemiga se vaya definiendo con el tiempo y para aceptar el riesgo asociado de que, durante ese largo intervalo, perdamos de vista la presa». Los miembros de la fuerza operativa llevaban a cabo «seguimientos de vehículos»,⁸ en los que vigilaban el movimiento de aquellos automóviles que creían que estaban siendo usados por insurgentes. En ocasiones, la fuerza operativa recurría a tres patrullas aéreas de combate para vigilar a un objetivo o a un grupo de personas. «No basta con tener varios ojos puestos en un objetivo; tiene que haber varios ojos puestos en el objetivo durante un periodo largo de tiempo», afirmaba Flynn. Ese enfoque permitía «mantener la vigilancia constante de un objetivo y, al mismo tiempo, ir elaborando el patrón de vida de la red a partir del análisis nodal y de los seguimientos de vehículos. Esto proporciona al comandante de la fuerza encargada de la eliminación más alternativas que la elección

inmediata entre matar al objetivo observado o dejarlo ir sin más; con suficiente ISR [inteligencia, vigilancia, reconocimiento], un comandante de una fuerza de tierra puede demostrar una paciencia operativa mucho mayor y, con ello, dar tiempo a que se haga visible una red insurgente más amplia». (Scahill, 2013: 239/40)⁹

Como se observa, se trata de construcción de un observable mediante técnicas que, en la asignación de la gestión de la violencia legítima del período esplendoroso del Estado nación, correspondía a la función policial. No es la única técnica policial. Se utiliza, también, el CTTL (acrónimo, en inglés, de “etiquetado, rastreo y localización clandestinos continuos”), que combina biometría, con un programa de reconocimiento facial a distancia —similar al que está incorporado en Facebook u otras aplicaciones domésticas—, con un “etiquetador biorreactivo”, aplicado discretamente a una persona en cualquier parte de su cuerpo en alguna circunstancia pública, que opera como una “huella térmica” identificable a distancia mediante una

⁹ “[...] aunque algunos ataques se han dirigido contra líderes y cuadros de Al Qaeda, otros muchos han consistido en *signature strikes* contra individuos cuya identidad se desconocía pero que desarrollaban patrones de conducta que supuestamente les vinculaban a organizaciones terroristas e insurgentes.” Jordan y Baqués, 2014: 96.

señal emitida por dicho componente, que permite al JSOC (Mando Conjunto de Operaciones Especiales) monitorear a dichos sujetos “a distancia, lo que le permitía seguir el rastro de las personas las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana y los 365 días del año.” (Scahill, 2013: 240).

Esta pretensión de ejercicio unilateral de la violencia —que ha llevado incluso a pensar que “la violencia armada insiste en llamarse «guerra», mientras ha puesto la guerra fuera de combate” (Chamayon, 2016: 153)— expresa, en realidad, dos cuestiones: la desterritorialización de la violencia colectiva (que abordaremos más adelante) y la carencia de teoría que permita vincular hechos espacialmente distantes pero socialmente unidos, como pueden serlo los ataques “selectivos” con drones y los ataques con aviones, explosivos, armas de puño o, incluso, vehículos civiles, en puntos y momentos distantes, asignando a unos el valor de la seguridad y la justicia, y a los otros el disvalor de la inhumanidad.

Estamos frente a transformaciones fácticas en la gestión de la violencia estatal. Y no se trata de un fenómeno singular que afecta a algún país en particular. Es algo que afecta a los Estados nacionales de constitución más temprana, es decir, los occidentales. En la medida en que diferentes países

asumen la lucha contra el terrorismo —aun cuando no se registren actividades terroristas en su territorio, tal como ocurre con nuestro país, y no es el único en esta situación—, estas prácticas comienzan a deslizarse en todos o la mayoría de ellos.

De manera complementaria y concomitante, las policías comienzan a militarizarse, contando con equipamiento personal, armamentos y vehículos “antimotines” de clara inspiración bélica, acompañados con la instrucción táctica correspondiente. Este es también un fenómeno creciente, que puede entenderse como parte de la tendencia que estamos analizando.

LA CONFIGURACIÓN EN LA GESTIÓN DE LA VIOLENCIA COLECTIVA

Hemos visto como ha mutado la violencia colectiva organizada en su cúspide, la guerra, y cómo la misma se ha reorientado de la forma clásica del Estado nación a una modalidad novedosa, que es la guerra contra el terrorismo, con algunas de las implicancias y modificaciones que esto conlleva. Pero inmediatamente por debajo de la figura del terrorismo está la del narco-terrorismo, un mix entre

organizaciones terroristas y traficantes de narcóticos —siendo el caso paradigmático, pero no el único, el de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, las FARC-EP—. Sin abrir juicio sobre la irrealidad de esta figura, es una composición que tiene importancia analítica en sí misma, toda vez que articula al terrorismo —que persigue, en última instancia, un fin político— con una organización criminal, que es la del tráfico de estupefacientes. Justamente, este otro componente es el que aparece como inmediatamente inferior en la escala de problemas de la seguridad mundial: el crimen organizado.¹⁰ El crimen, en la composición original de la violencia, estaba en la esfera de la policía, no de la “seguridad global”, a la que acceden las Fuerzas Armadas. No implica un gran esfuerzo notar que por debajo del crimen organizado encontraremos el crimen común, cuya gravedad será mayor si son delitos “de

sangre” que si son contra la propiedad. Lo notable es que, a diferencia de lo configurado en la época moderna, ya no nos encontramos ante el binomio mutuamente excluyente: guerra – paz. Hoy tenemos, más bien, un continuo entre la mínima y la máxima carga de violencia, cuya intensidad está en relación directa con la agregación de cuerpos que congrega: se supone que un grupo terrorista está conformado por un mayor número de personas que un grupo dedicado al crimen organizado, entendiendo por “grupo” no sólo el restringido círculo de los participantes directos, sino las redes de simpatías y eventuales apoyos con que se cuenta. En el extremo opuesto, tenemos el pequeño delincuente individual. En este contexto es evidente que se experimentará un desajuste entre los marcos normativos elaborados para el imperio del Estado nación, y la cultura emanada de la nueva disposición social. Los principios fundamentales sobre los que se establecieron los pilares jurídicos

10 Según el pensamiento hegemónico actual, hoy “aparecen nuevas amenazas derivadas de la proliferación de armamento, del terrorismo internacional, de la fragilidad de los Estados y del crimen organizado.” Suárez Pertierra, 2010: 22.

11 “[...] el Derecho penal del enemigo se caracteriza por tres elementos: en primer lugar, se constata un amplio adelantamiento de la punibilidad, es decir, que en este ámbito, la perspectiva del ordenamiento jurídico-penal es prospectiva (punto de referencia: el hecho futuro), en lugar de —como es lo habitual— retrospectiva (punto de referencia: el hecho cometido). En segundo lugar, las penas previstas son desproporcionadamente altas: especialmente, la anticipación de la barrera de punición no es tenida en cuenta para reducir en correspondencia la pena amenazada. En tercer lugar, determinadas garantías procesales son relativizadas o incluso suprimidas.” Cancio Meliá, 2007: 90/1

estatales, hoy están derogados de facto. Así, el principio de inocencia mutó en la presunción de culpabilidad y, por lo tanto, se castiga *ex ante*; las garantías procesales son ahora “incordios garantistas”, y la proporcionalidad de la pena, en la perpetuidad punitiva. Todos estos contra-principios debidamente colectados y armonizados en lo que se conoce como “derecho penal del enemigo”, que pregona un cambio de paradigma jurídico.¹¹ Esta nueva trama argumentativa organiza gran parte de lo que expresa el sentido común en Occidente en general, y en nuestra región en particular. En este nuevo universo, Guantánamo es la materialización de la utopía punitiva neoliberal: un “no lugar” en el que todo el derecho nacional e internacional queda suspendido, un hiato en las normas civilizatorias, un limbo jurídico y

existencial, una punición indefinida (Reverter, 2004).

La violencia colectiva organizada ya no puede asimilarse al comercio —intercambio de equivalentes—, tal como la asociaban Clausewitz¹² y Mahan¹³ sino como una especulación financiera: modulable,¹⁴ intempestiva, volátil. Se concentra y se disipa con gran velocidad, se relocaliza todo el tiempo, funcionando siempre como amenaza plausible. La enorme asimetría de recursos hace que no sea probable una guerra al estilo de las del siglo pasado. Estamos, podría decirse, ante la pesadilla de Schmitt: “Un mundo en el cual se hubiese eliminado y en el que hubiera desaparecido totalmente la posibilidad de la guerra, un globo terráqueo definitivamente pacificado sería un mundo sin la distinción del amigo y el enemigo, y, por tanto, un mundo sin política.” ([1932]

12 “[...] la guerra no pertenece al campo de las artes o de las ciencias, sino al de la existencia social. Es un conflicto de grandes intereses, resuelto mediante derramamientos de sangre, y solamente en esto se diferencia de otros conflictos. Sería mejor, si en vez de compararlo con cualquier otro arte lo comparáramos al comercio, que es también un conflicto de intereses y actividades humanas [...]”. Clausewitz, [1832] 1983: 91.

13 “[...] la necesidad de una Marina de guerra nace del solo hecho de existir una flota mercante, desapareciendo con ella [...]”. Mahan [1890] 1946: 38.

14 “[...] «modular es moldear de manera continua y perpetuamente variable». Simondon, Gilbert; L'individu et sa genèse physico-biologique, citado por Deleuze y Guattari, [1988] 2002: 430.

15 He criticado esta concepción, fundamentalmente imprecisa y contradictoria, proponiendo una sistematización del concepto. Cf. Nievas, 2015.

16 “La stásis —ésta es nuestra hipótesis— no tiene lugar ni en el oikos ni en la polis, ni en la familia ni en la ciudad: ella constituye una zona de indiferencia entre el espacio impolítico de la familia y el espacio político de la ciudad. [...] Esto significa que, en el sistema de la política griega, la guerra civil funciona como un umbral de politización y de despolitización, a través del cual la casa se excede en ciudad y la ciudad se despolitiza en familia.” Agamben, 2017: 25.

2006: 45). El terrorismo, en su concepción vulgar,¹⁵ no sustituye a los grandes enfrentamientos armados; constituye, a lo sumo, el embrión de la *stásis*,¹⁶ cuya evolución tiene velocidad, dirección y sentido indeterminados.

En el continuo de violencia, la misma está regulada según lógicas que ya no son las de la guerra (momento legítimo del conflicto) ni de la paz (momento ilegítimo del conflicto), gestionada por cuerpos aún inespecíficos (militares policializados o policías militarizados, según estemos en cadencias medio-altas o medio-bajas de violencia).

LA NUEVA ESPACIALIDAD

Existe un triángulo indisociable de tres

aspectos de los entramados humanos: la violencia colectiva organizada, la disposición del poder y la arquitectura del espacio. Siempre el poder se manifiesta en la organización espacial, y los cambios en la misma indican variaciones en las relaciones de poder. Por otra parte, la vinculación entre poder y violencia es demasiado evidente como para argumentar sobre ella.

El espacio ha cambiado en el término de un siglo dos veces: hasta principios del siglo pasado la humanidad sólo había existido sobre la tierra (eventualmente desplazándose sobre el agua). El poder y la guerra, en consecuencia, se organizaba y transcurrían sobre una superficie plana. A partir de la irrupción del submarino y el avión, todo se vuelve

17 “Hoy día ya no es posible seguir aferrándose a las concepciones tradicionales del espacio o imaginarse el espacio aéreo como una mera pertinencia o como un ingrediente, sea de la tierra o del mar, lo cual equivaldría a pensar de un modo francamente ingenuo desde abajo hacia arriba. Sería la perspectiva de un observador que, desde la superficie de la tierra o del mar, mira al aire con la cabeza inclinada hacia atrás, desde abajo hacia arriba, mientras que el bombardero que cruza el espacio aéreo produce su tremendo efecto desde arriba hacia abajo. A pesar de todas las diferencias entre la guerra terrestre y la guerra marítima, existía en estos dos tipos de guerra un nivel común, y la lucha se desarrollaba, también en sentido espacial, en la misma dimensión en la que los combatientes se enfrentaban sobre un plano idéntico. El espacio aéreo, en cambio, se convierte en una dimensión propia, un espacio propio que, como tal, no enlaza con las superficies separadas de tierra y mar, sino hace caso omiso de su separación, distinguiéndose, así esencialmente en su estructura, tan sólo por esta razón, de los espacios de los otros dos tipos de guerra.” Schmitt [1950] 2005: 353.

18 El primer teórico de la aviación militar fue Giulio Dohuet, cuya primera experiencia —participó del bombardeo a Trípoli, en 1911 (Headrick, 2011: 284; Lindqvist, 2002: §. 77/80)— antecedió una década a la aparición de su reflexión teórica, en la que anticipaba que, a partir del avión “no hay zonas donde la vida pueda transcurrir en completa seguridad y tranquilidad. [...] Todos los pobladores serán combatientes porque todos estarán expuestos a la ofensiva del enemigo: no habrá división entre beligerantes y no beligerantes. [...] El bombardeo desde el aire no puede ciertamente alcanzar la precisión del tiro de la artillería, pero esto no tiene importancia alguna porque tal precisión no es necesaria. [...] El criterio que debe guiar las acciones del bombardeo aéreo es el siguiente: El bombardeo debe destruir completamente el blanco atacado.” Dohuet [1921] 1930: 15 y 27.

tridimensional.¹⁷ Esto supuso una completa revolución, primero práctica y luego conceptual.¹⁸ La guerra fue la que vitalizó los desarrollos técnicos, y tanto el avión como el submarino, rápidamente alcanzaron un grado de confiabilidad y letalidad destacables. Las Fuerzas Armadas, hasta entonces organizadas en Ejércitos y Armadas, incorporaron las Fuerzas Aéreas. Sobre finales del siglo, la invención de una nueva tecnología, en pocos años conformó una nueva dimensión espacial, conocida como ciberespacio. Al igual que lo ocurrido casi una centuria antes, paulatinamente las Fuerzas Armadas de los distintos Estados comenzaron a abrir una nueva rama. A inicios del xx se abrió la tercera, a inicios del xxi se están abriendo las fuerzas electrónicas / cibernéticas. No se trata de un “agregado”, sino de una transformación profunda tanto en los diagramas espaciales previos¹⁹ como en las formas de gestionar la violencia colectiva organizada como en las formas

de poder y de inteligibilidad de la realidad. La violencia, como vimos, se ejerce a distancia, a veces por mecanismos automatizados —lo que permite realizar crímenes anónimos—. Pero la nueva dimensión espacial afecta toda la vida humana, y a las concepciones militares-punitivas, que crecientemente se centran en el control. Las personas estamos sometidas, en términos de Byung-Chul Han a la “dictadura de la transparencia”:²⁰ todos nuestros actos son registrados o, al menos, registrables, incluso nuestros gustos y preferencias quedan perfectamente captados y procesados por algoritmos que inmediatamente nos invitan a consumir productos o servicios que apreciamos. Pero, de manera inversa, los capitales, que discurren libremente por la red, están protegidos por una opacidad impenetrable aportada por las empresas off shore y los “paraísos fiscales”. En esta dualidad se asientan los mecanismos de gestión de

19 En las últimas décadas se ha acelerado la fragmentación política de la superficie terrestre: en la ONU se incorporaron 32 Estados en la última década del siglo pasado, y 5 en lo que va del presente. Sobre esta tendencia vid Méndez Gutiérrez del Valle, 2011: 133-79.

20 “La transparencia es en realidad un dispositivo neoliberal. De forma violenta vuelve todo hacia el exterior para convertirlo en información. En el modo actual de producción inmaterial, más información y comunicación significan más productividad, aceleración y crecimiento.” Byung-Chul, 2014: 21-2

21 Los vínculos entre economía y violencia son bastante evidentes y circunscribirlos a las “mafias” es, como mínimo, ingenuo. Sirva el siguiente ejemplo como ilustración: en plena guerra de Bosnia entre los bosnios musulmanes contra los bosnio-croatas (católicos) apoyados por Croacia y los serbio-bosnios (ortodoxos) apoyados por Serbia, los presidentes de Bosnia y Croacia “acordaron que las armas seguirían llegando” a Bosnia vía Croacia (contrabando de armas), “a cambio de que los bosniacos continuaran vendiendo electricidad para las poblaciones dálmatas.” Veiga, 2011: 221.

la violencia estatal: ellos mismos son opacos —desconocemos los registros sobre nuestra actividad— a la vez que actúan modulando los niveles de violencia física “necesaria”. La violencia se dosifica como una terapéutica política, aumentando su intensidad en la medida en que la resistencia crece, o vienen función de necesidades coyunturales o económicas.²¹

El ciberespacio es, por definición, un espacio globalizado. Por él circulan capitales sin ninguna restricción. Y también circulan malware. La lucha se da, en este plano, por interrumpir o mantener los flujos de información. Esto impacta de dos formas: la más directa son los sabotajes, como fue el célebre Stuxnet que atacó en 2010 la planta nuclear de Natanz, en Irán. Pero hay otro impacto más desapercibido aunque no menos importante —y quizás más—, que son las batallas de ciber-infantería: *trolls* que instalan escenarios cognitivos

verosímiles, sin que sean necesariamente verdaderos.

La reorganización espacial no se agota en esta nueva dimensión, sino que, como en todo sistema complejo, modifica a la totalidad del sistema. En este caso, tanto la espacialidad como la concepción de la misma es la que varía. Y también la gestión de la violencia colectiva organizada. Las tradicionales concepciones de “frente”, “retaguardia”, “flancos”, “avance” o “retirada”, quedan invalidadas a partir de la modulación de la violencia que tiene, en su cúspide la guerra contra el terrorismo, en la que resultan improcedentes ya que se trata de un uso intensivo de la inteligencia. Pero aún en las operaciones urbanas más apegadas a lo tradicional, ha aparecido lo que se da en llamar “geometría urbana inversa”, inaugurada por las Fuerzas de Defensa Israelíes, y sustentada teóricamente en el pensamiento posmoderno.²²

22 “En su libro *Mil mesetas*, Deleuze y Guattari establecen una distinción entre dos tipos de territorialidad: un sistema estatal jerárquico, cartesiano, geométrico, sólido, hegemónico y espacialmente rígido; y otro flexible, móvil, liso, un espacio nomádico similar a una matriz. Dentro de estos espacios nomádicos, Deleuze y Guattari previeron organizaciones sociales en una variedad polimorfa y difusa de redes operativas. Los rizomas y las máquinas de guerra son organizaciones compuestas por una multiplicidad de grupúsculos con capacidad para dividirse o mezclarse entre sí dependiendo de las contingencias y circunstancias, y que se caracterizan por su capacidad de adaptación y metamorfosis.” Weizman, 2012: 56.

23 “[...] la técnica del enjambre consiste en una llegada simultánea a un objetivo de un gran número de nódulos, si es posible desde los 360°, que actúa con relativa autonomía.» En opinión de Gal Hirsch, otro licenciado de la OTRI, la técnica del enjambre crea un «zumbido ruidoso» que hace muy difícil para el enemigo saber dónde está el ejército y en qué dirección se está moviendo. [...] un enjambre «no tiene forma, parte trasera o flancos, sino que se mueve como una nube.» Weizman, 2012: 23.

Se trata de una nueva conceptualización del espacio: las tropas israelíes circulaban no por las calles, sino por el interior de las casas, haciendo boquetes y tomando como rehenes a sus habitantes para desarrollar los combates con tácticas de “enjambre”.²³ Debe tenerse en cuenta que todo esto se basa en pensamiento que aún no había incorporado a Internet como variable, por lo que, razonablemente, se lo puede considerar desajustado de los parámetros actuales. Una vez más, la humanidad muestra su creatividad para matar congéneres.

CONCLUSIONES

Ya no resultan operativos los conceptos de “paz” y “guerra” para captar el despliegue de la violencia colectiva organizada. La misma se aplica de manera modular, pudiendo concentrarse allí donde se detecta algún grado de resistencia, y desapareciendo cuando la resistencia se diluye. Ya no se puede localizar el mayor grado de violencia en los Estados; sus agenciamientos son

innominadas coaliciones estatales-privadas, que pueden observarse con claridad en Siria, Libia, Irak, Afganistán, Kosovo, que son los mayores conflictos bélicos de las últimas décadas, con grados de violencia intolerables para los combatientes.²⁴ En ellos actúan combatientes estatales, paraestatales y privados —de empresas militares—.

Estamos, entonces, frente a un diagrama de la violencia deslocalizada y modulada, que puede concentrarse de manera caótica, es decir, como efecto de causas nimias y coyunturales, al tiempo que se mantiene la tensión con formas más diluidas de la violencia, con figuras levemente degradadas, pero de idéntica esencia: desde el terrorista hasta el delincuente común, carecen de atributos humanos, lo que se “corroboran” por su acción. Esto explica los linchamientos o cuasi-linchamientos que suelen ocurrir.²⁵ Por otra parte, permite también concentrar la violencia en sus diferentes formas, en lo que se conoce como guerra “híbrida”, en la que no se trata únicamente de poder de fuego, sino de la

²⁴ Los ejércitos regulares no solo rotan a los soldados cada determinado tiempo, aún en pleno combate si ello es posible, y algunos se apoyan en estimulantes químicos y sonoros —ya que no morales, propios de la guerra interestatal— para aumentar la agresividad de los mismos, y luego en la farmacología —suministrando metirapona— para eliminar los recuerdos traumáticos.

²⁵ El último caso fue un joven de 18 años, en Chubut, por la presunción de que había robado un teléfono celular. Falleció el 15/3/18. Cf. Arellán, 2017; Gamallo, 2017; Cortés Domínguez y Pinzón Rico, 2017; y Campelo y Forte, 2017.

combinación de métodos: “medios convencionales, tácticas y formaciones irregulares, atentados terroristas, incluyendo violencia y coerción indiscriminadas, y desorden criminal” (Hoffman, 2007:14). Como se puede observar, es bastante importante el papel que desempeñan los aparatos de inteligencia, que son los que producen y/o coordinan los atentados, la violencia criminal y el desorden generalizado. Claramente puede verse este tipo de conflicto en lo que se conoció como “primavera árabe”, y que fue difundida por los aparatos de inteligencia como una especie de fiebre democrática repentina y espontánea (con la excepción de Túnez, donde comenzó el proceso y que, efectivamente, tuvo un alto grado de espontaneidad), que las almas sensibles y cándidas del mundo compraron con total candidez, toda vez que se asentaba en el extendido prejuicio de que la democracia occidental es un valor positivamente valorado y deseado en todo el mundo. En dos de ellos, Libia y Siria, el despliegue de métodos violentos escaló a su máxima instancia,

apareciendo incluso fuerzas estatales multinacionales. Es el caso, también, de la guerra de Ucrania (Baqués, 2015). Pero no siempre estas situaciones escalan a tal nivel, y no por ello son de una naturaleza distinta.

A diferencia de la configuración de la violencia colectiva que distinguía “guerra” y “paz” como estadios discretos y excluyentes, el diagrama actual es de un continuum en la que las figuras van mutando, adaptándose al entorno, pero de idéntica naturaleza. Ya no hay atributos explícitos que delimiten a los amigos y enemigos, como lo era, por ejemplo, la nacionalidad. Hoy son más laxos y móviles, en gran parte se asientan en el prejuicio popular: son enemigos aquellos que se visualizan como tales. Los hechos son, en el mejor de los casos, accesorios e interpretables. En este plano, podemos decir que el actual capitalismo ha logrado imponer, finalmente, la igualdad de oportunidades: todos somos candidatos para ser blancos eliminables, sin importar demasiado lo que digamos o hagamos.

BIBLIOGRAFÍA

- About, Ilse y Denis, Vicent (2011). *Historia de la identificación de las personas*. Barcelona, Ariel.
- Agamben, Giorgio (2017). Stasis. *La guerra civil como paradigma político*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora.
- Arellan, Pedro (2017). Linchamientos e impunidad en Venezuela. Un concepto en revisión. Ponencia presentada en ALAS XXXI, GT 23. Montevideo.
- Baqués, Josep (2015). El papel de Rusia en el conflicto de Ucrania: ¿La guerra híbrida de las grandes potencias. *Revista de Estudios en Seguridad Internacional*, Vol. 1, No. 1 (pp. 41-60).
- Beccaria, Cesare ([1764] 1984). *De los delitos y las penas*. Buenos Aires, Orbis.
- Bellamy, Alex (2009). *Guerras justas de Cicerón a Iraq*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Bonavena, Pablo y Nievas, Flabián (2015). *Guerra. Modernidad y contramodernidad*. Buenos Aires, Final Abierto.
- Bushkovitch, Paul (2013). *Historia de Rusia*. Madrid, Akal.
- Byung-Chul Han (2014). *Psicopolítica*. Buenos Aires, Herder.
- Campelo, Flavianne y Cavalcante Forte, Elaina (2017). Sistema de justicia, impunidad e linchamientos. Ponencia presentada en ALAS XXXI, GT 23. Montevideo.
- Cancio Meliá, Manuel (2007). ¿«Derecho penal» del enemigo? En Jakobs, Günther y Cancio Meliá, Manuel. *Derecho penal del enemigo*. Buenos Aires, Hammurabi.
- Chamayon, Grégoire (2016). *Teoría del dron*. Buenos Aires, Futuro Anterior / NED Ediciones.
- Clausewitz, Carl von ([1832] 1983). *De la guerra*. Buenos Aires, Solar.
- Clogg, Richard (2016). *Historia de Grecia*. Madrid, Akal.
- Cortés Domínguez, Ana María y Pinzón Rico, Luis Miguel (2017). Linchamientos: una estrategia de securitización promovida por medio de las redes sociales en Bogotá, Colombia. Ponencia presentada en ALAS XXXI, GT 23. Montevideo.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Felix ([1988] 2002). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia, Pre-textos.
- Doheut, Giulio ([1921] 1930). *El dominio del aire*. Buenos Aires, Biblioteca del Oficial de Marina.
- Fisk, Robert (2006). *La gran guerra por la civilización*. Barcelona, Destino/Imago Mundi.
- Jordán, Javier y Baqués, Josep (2014). *Guerra de drones. Política, tecnología y cambio social en los nuevos conflictos*. Madrid, Biblioteca Nueva.

Gamallo, Leandro (2017). Linchamientos, ataques y estallidos. Las formas de la represalia colectiva violenta en Argentina. Ponencia presentada en ALAS XXXI, GT 23. Montevideo.

Gluckstein, Donny (2013). *La otra historia de la Segunda Guerra Mundial*. Resistencia contra imperio. Barcelona, Ariel.

Headrick, Daniel (2011). *El poder y el imperio. La tecnología y el imperialismo, de 1400 a la actualidad*. Barcelona, Crítica.

Hoffman, Frank.G. (2007). *Conflicts in the 21st Century: The Rise of Hybrid War*. Arlington, Potomac Institute for Policy Studies. [En línea] http://www.projectwhitehorse.com/pdfs/HybridWar_0108.pdf

Ignatieff, Michael (2003). *Guerra virtual*. Más allá de Kosovo. Buenos Aires, Paidós.

Kalyvas, Stathis (2010). *La lógica de la violencia en la guerra civil*. Madrid, Akal.

Langewiesche, Dieter (2012). *La época del Estado-nación en Europa*. Valencia, Publicacions de la Universitat de València.

Lindqvist, Sven (2002). *Historia de los bombardeos*. México D.F., Océano / Turner.

Lissagaray, Prosper-Olivier ([1876] 1971). *Historia de la comuna*. Barcelona, Estela.

Mahan, Alfred Thayer ([1890] 1946). *Influencia del poder naval en la historia*. Buenos Aires, Paternon.

Mattelard, Armand (2009). *Un mundo vigilado*. Madrid, Paidós.

Méndez Gutiérrez del Valle, Ricardo (2011). *El nuevo mapa geopolítico del mundo*. Valencia, Tirant lo Blanch.

Münkler, Herfried (2005). *Viejas y nuevas guerras*. Madrid, Siglo XXI.

Nievas, Flabián (2015). Terrorismo: en búsqueda del concepto. *Cuadernos de Marte* N° 15. Buenos Aires (pp. 173-202).

Parker, Geoffrey (ed.) (2004). *La guerra de los treinta años*. Madrid, Machado Libros.

Peters, Ralph (2007). Nuestro problema de inteligencia estratégica. *Military Review*, enero-febrero (pp. 29-33).

Reverter, Emma (2004). *Guantánamo. Prisioneros en el limbo de la ilegalidad internacional*. Barcelona, Península.

Robin, Marie-Monique (2005). *Escuadrones de la muerte. La escuela francesa*. Buenos Aires, Sudamericana.

Scahill, Jeremy (2013). *Guerras sucias. El mundo es un campo de batalla*. Barcelona, Paidós.

Shmitt, Carl ([1950] 2005). *El nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del "Jus publicum europaeum"*. Buenos Aires, Struhart & Cía.

Shmitt, Carl ([1932] 2006). *El concepto de lo político*. Buenos Aires, Struhart & Cía.

Suárez Pertierra, Gustavo (2010). Introducción. Desafíos políticos e institucionales en tiempos de crisis. En Donadio, Marcela (comp.). *La reconstrucción de la seguridad nacional. Defensa, democracia y cuestión militar en América Latina*. Buenos Aires, Prometeo Libros.

Trease, Geoffrey (1973). *Los condotieros (Soldados de fortuna)*. Barcelona, Aymá.

Trinquier, Roger (1961] 1977). *La guerra moderna*. Buenos Aires, Cuatro Espadas.

Veiga, Francisco (2011). *La fábrica de las fronteras. Guerras de secesión yugoslavas. 1991-2001*. Madrid, Alianza.

Verri, Pietro ([1777] 1977). *Observaciones sobre la tortura*. Buenos Aires, Depalma.

Visacro, Alessandro (2009). *Guerra irregular. Terrorismo, guerrilha e movimientos de resistência ao longo da historia*. São Paulo, Contexto.

Walzer, Michael ([1977] 2001). *Guerras justas e injustas. Un razonamiento moral con ejemplos históricos*. Barcelona, Paidós.

Weizman, Eyal (2012). *A través de los muros. Cómo el ejército israelí se apropió de la teoría crítica postmoderna y reinventó la guerra urbana*. Madrid, Errata naturae ediciones.

SOBRE EL AUTOR

FLABIÁN NIEVAS

UBA / CONICET – Instituto “Gino Germani”
Temas de investigación: violencia y espacialidad

flabian.nievas@gmail.com

Dr. en Ciencias Sociales. Prof. Titular de Sociología Sistemática (Fac. de Cs. Sociales-UBA) y de Sociología (CBC-UBA). Investigador independiente de CONICET. Autor de *Lucha de clases. Una perspectiva teórica-metodológica* (Imago Mundi, 2016); coautor de *Guerra: Modernidad y contramodernidad* (Espacio Abierto, 2015); compilador de *Perspectivas sociológicas* (Eudeba, 2015).



DURKHEIM Y LA GUERRA: ENTRE LA TEORÍA Y EL NACIONALISMO

PABLO AUGUSTO BONAVERA

Artículo

Recibido: 05/02/2018

Aceptado: 20/04/2018

RESUMEN

Durkheim manifestó siempre su rechazo a la guerra y a toda exaltación de la actividad guerrera. La contrapartida de esta impugnación fue la confianza en el peso decisivo del industrialismo, que según su parecer le quitaba sentido a la guerra, pues entendía que la violencia iría desapareciendo con la evolución social. Esperaba que el destino pacífico como horizonte de la modernización industrial encontrara, entonces, un fuerte respaldo a través de su sociología.

La Gran Guerra alteró todos los diagnósticos y refutó muchas de las proyecciones sobre el rumbo de la sociedad que Durkheim compartía, al punto que eclipsó su prédica pacifista. Tomó partido en la guerra a través de su participación en las campañas para robustecer la moral de los soldados franceses y organizó un comité para publicar documentos y estudios sobre la guerra, procurando neutralizar la propaganda alemana, entre otras acciones para garantizar la victoria de su país. Este artículo reconstruye y analiza esta etapa de la acción política e intelectual de Durkheim frente a la barbarie de la guerra.

PALABRAS CLAVE GUERRA; PAZ, SOCIOLOGÍA; PATRIOTISMO; NACIONALISMO

ABSTRACT

Durkheim always expressed his rejection of war and all exaltation of warrior activity. The counterpart of this challenge was the confidence in the decisive weight of industrialism, which in his opinion made sense of the war, because he understood that violence would disappear with social evolution. I hoped that peaceful destiny as the horizon of industrial modernization would find, then, a strong support through its sociology.

The Great War altered all the diagnoses and refuted many of the projections about the direction of the society that Durkheim shared, to the point that it eclipsed his pacifist preaching. He took sides in the war through his participation in campaigns to strengthen the morale of French soldiers and organized a committee to publish documents and studies on the war, trying to neutralize the German propaganda, among other actions to ensure the victory of his country. This article reconstructs and analyzes this stage of Durkheim's political and intellectual action against the barbarism of war.

KEYWORDS WAR; PEACE; SOCIOLOGY; PATRIOTISM; NATIONALISM

Durkheim expresó, en muchas ocasiones, su rechazo tanto a la guerra entre naciones como a la guerra entre las clases sociales (Mauss, 1972: 36). Se opuso especialmente a toda glorificación de la guerra, tal como lo hacían dentro del mismo espacio de la sociología de su tiempo Georg Simmel y Max Weber (Berriain, 2005: 98/99). Del mismo modo, mostró reservas respecto de la exacerbación del patriotismo asociado al militarismo, fenómeno que se expandió en su país luego de la guerra franco-prusiana. Esta línea de pensamiento colisionaba con su reivindicación del poder civil y la posibilidad de amalgamar de manera favorable el sentido nacional con la meta de bogar por una unidad entre naciones, si bien no reparaba en rechazar el internacionalismo proletario alentado por varias fracciones del socialismo (Sidicaro, 2010: 148)¹. El 30 de diciembre de 1907, en ocasión de una sesión organizada en la “Sociedad Francesa de Filosofía”, Durkheim entabló un diálogo con Théodore Ruysen y Daniel Parodi, donde postuló la necesidad de acuñar un “patriotismo abierto” con el fin de conciliar la pertenencia a naciones singulares y la

exigencia de universalidad, perspectiva que anularía, especulaba, el carácter aparentemente contradictorio entre el patriotismo y el pacifismo: “Me parece que el pacifismo, si es consecuente consigo mismo, no debe temer darse como ideal la formación de esta patria más grande” (Durkheim, 1908). Su patriotismo, incluso, se asentaba en la solidaridad y en el despliegue a nivel interno del territorio estatal de un “culto a las personas” que implicaba de manera inescindible el respeto por los derechos humanos, la moralidad y la justicia, junto a otros fundamentos del “sentir nacional”, pero sin reivindicar el fanatismo ni el expansionismo geográfico de las naciones (Inda, 2009: 27). Su pacifismo, sin embargo, tenía incuestionables contradicciones, pues planteaba, por ejemplo, que el colonialismo francés podía continuar existiendo, “pero recurriendo solo excepcionalmente a la violencia” (Inda, 2009: 28-29) (Durkheim, 1908).

El trasfondo de este alineamiento contra la guerra y el militarismo, junto con su defensa de la paz y la solidaridad social, fue el correlato, al menos en parte, de los efectos de algunos acontecimientos que impactaron en su pensamiento como la

¹ Acerca de la cuestión del nacionalismo en Durkheim véase Santiago, 2012. Sobre su postura respecto del internacionalismo y la esperanza puesta en la clase obrera ante el riesgo de una guerra, consultar Durkheim, 1906.

ocupación de Alsacia y Lorena por las tropas alemanas durante la Guerra Franco-Prusiana (1870-1871), los ecos de la Comuna de París, el establecimiento de la débil Tercera República francesa y el creciente número de conflictos sociales, así como el desarrollo del movimiento socialista en Europa (Fournier, 2013: 252; Giddens, 1993: 48). La incidencia desoladora de la Primera Guerra Mundial tal vez representó un impacto directo más notorio, que por su magnitud lo alejó de la cotidianeidad académica (Vera et al., 2013: 22; Rodríguez Zúñiga, 2014: 183). En efecto, en 1915 decayó su labor universitaria y, si bien continuó con la docencia el año siguiente, reconocía que su entusiasmo para dicha tarea era tenue, pues sufría en carne propia sus secuelas.²

3. MALESTARES EN TIEMPOS DE PAZ

La situación bélica colisionó con su idea que avizoraba un porvenir promisorio

para la sociedad industrial. Durkheim coincidía, en parte, con las predicciones de Saint Simon, Comte y Spencer acerca de futuro pacífico que supuestamente auguraba la sociedad basada en la industria. Acordaba con ellos en considerar que la humanidad vivió un cambio radical cuando los hombres comprendieron que la explotación de las cosas (industria) era mucho más productiva que la explotación de las personas (guerra) (De Miguel, 1974: 49). Desde este prisma, Durkheim entendía que la violencia debía desaparecer con la evolución de la sociedad tradicional a la sociedad moderna, aunque era más prudente que sus predecesores a la hora de pronosticar su total eliminación; con menos optimismo, en efecto, proyectaba una paulatina disminución del ímpetu guerrero (Bouthoul, 1984: 193; Joas, 2005: 179). Si bien juzgaba que la tendencia a la creciente pacificación aguardada por los precursores de la sociología era correcta, especulaba que la guerra aún perduraba en su época debido a que todavía sobrevivían “viejas

² Sus colaboradores Maxime David, Antoine Bianconi y Robert Hertz cayeron en combate. Recordemos, asimismo, que la mayoría de los alumnos fueron reclutados para la guerra. Nada menos que 293 estudiantes de la Escuela Normal Superior se alistaron en las fuerzas armadas francesas sobre un total de 342; de los cuales 104 murieron en los campos de batalla. Su yerno y 5 sobrinos integraban el ejército, al igual que su hijo André, que perdió la vida durante la guerra en las trincheras del frente de Salónica en abril de 1917, circunstancia que, según varias opiniones, lo llevó a su muerte el 15 de noviembre de 1917 (Lukes, 1984: 540; Lacroix, 1981: 170-171; Riley, 2014: 23-24). Sobre la relación de Emilio Durkheim con su hijo durante la guerra, su padecimiento, las cartas de Durkheim con Marcel Mauss sobre el tema y el historial militar de su hijo resulta muy interesante el artículo de Kermoal, 2012.

condiciones de existencia” (Durkheim, 2003: 134-135). Salvador Giner reseña muy bien su postura al respecto al detectar en ella una “utopía cauta”, que no era “ni ingenua ni lineal”, pues Durkheim era consciente del “estado de anomía legal y moral” con la que tropezaba su época. Este obstáculo, empero, no desanimaba los pronósticos:

...estaba igualmente convencido de que las fluctuaciones y reveses históricos en la senda de la civilización no invalidaban el empuje general del proceso ni la supeditación progresiva, bajo el empuje de la modernización, de las fuerzas «más bajas» de la vida social (tal como la “ley del físicamente más fuerte”) a leyes morales superiores (Giner, 2012: 695-696)

En sintonía con los “padres” de la disciplina, aunque de manera menos enfática, Durkheim también le dio alguna importancia al factor militar en la constitución de lo social, como puede vislumbrarse en la explicación que brindó sobre el impacto de la actividad militar en la primacía social del hombre sobre la mujer (Álvarez Uría, 1999). Sin embargo, el tema de la guerra quedó relegado por el estudio de otros hechos sociales que consideró más preponderantes y su pensamiento sobre el proceso constitutivo del orden social eclipsó en el

mismo el papel de la violencia (Guzmán, 1990).

La Gran Guerra, sin duda, interpeló a la sociología durkheimiana, pues instalaba una crisis social que disipaba toda idea de armonía social, al mismo tiempo que demostraba la fisura de los mecanismos morales de contención llamados a limitar los impulsos y el egoísmo. En el horizonte reflexivo de Durkheim la guerra era una probabilidad por la supervivencia de vestigios de otros órdenes sociales, pero el nivel de violencia que exhibía la Gran Guerra sorprendía a su imaginación sociológica. La intensidad que iba ganando la querrela armada horadaba el supuesto que alegaba una creciente pacificación de la sociedad con más profundidad que un mero episodio. La supremacía de la paz dejaba lugar al “reino de la violencia”, que expandía la “barbarie”, idea que en Durkheim nos remite al concepto de “anomia” (Filloux, 2008: 127). La conflagración suscitó “la aparición de la barbarie en el discurso durkheimiano”; demostraba la vuelta de la “barbarie” (Taurel, 2012: 14; Ortega, 1981: 16). Pensaba que la “pasión beligerante” había logrado quebrar a la “comunidad moral” dejando paso a la agresión (Durkheim, 2011a: 156).

El fundamento para el uso de los cañones esgrimido por uno de los bandos, además, ponía en evidencia la

crisis de su teorización acerca de la relación entre la “nación” y la “religión de la humanidad” que, según argumentó, debía estar a su servicio. Como vimos en un principio, cuando mencionamos el rescate de un “patriotismo abierto”, entendía que existía compatibilidad entre la “religión de la patria” y la “religión de la humanidad”. La idea que acuñó sobre el patriotismo tomaba como referencia la “nación cívica” o “nación a la francesa”, que concebía como un medio para alcanzar la integración humana: “Durkheim veía así legitimado su patriotismo en nombre de una religión de la humanidad que no era sino la aplicación de los ideales de la nación francesa”. El tipo de guerra en expansión mostraba, sin embargo, el equívoco de su planteo (Santiago, 2012: 300-301). Ponía de manifiesto que cada nación podía desarrollar su propia “religión” (“religiones nacionales”), incluso al precio de desprestigiar a los valores universales (Santiago, 2012: 303). El patriotismo y la nación, al ritmo del trazado de las trincheras, se eslabonaban con la “barbarie” y no con los ideales que Durkheim conjeturaba. Los vaticinios de su teoría naufragaban y, probablemente, su construcción teórica no ofrecía las mejores herramientas conceptuales para abordar tanto las causas del conflicto como la explicación

de su derrotero (Rodríguez Zúñiga, 2014: 183). En realidad, su teoría estuvo siempre alejada tanto del estudio del conflicto social en todas sus manifestaciones como de la problemática del poder, y en la coyuntura bélica desnudaba sus limitaciones (Giddens, 1997: 230). El conflicto era ajeno a la teoría de Durkheim y alguna opinión le endilga, incluso, “negligencia” para tratar el tema (Bottomore, 1981: 906).

La guerra produjo en Durkheim un inevitable y profundo impacto teórico y afectivo (Sauquillo, 1992: 248). Sus emociones y el resquebrajamiento de las nociones de Durkheim sobre el pacifismo, la idea de nación y varios de los supuestos teóricos sobre la armonía social tuvieron como correlato su “alistamiento” en la defensa de Francia a través de una actividad política que se orientó a la “industria de la propaganda”. El comienzo del pleito armado, pasado un desconsuelo y desorientación inicial, melló esa prédica pacifista. Antes de la conflagración, Durkheim participó en el movimiento político-intelectual contrario al espíritu guerrero que se diseminaba pasada la primera década del siglo XX y acompañó, en consecuencia, a los sectores de la intelectualidad francesa que esgrimían el pacifismo cuando asomaba la guerra (Sidicaro, 2011: 240).

Fue crítico de la ampliación del servicio militar en 1913 y de toda iniciativa militarista. Una vez instalada la contienda militar, como había ocurrido con el “caso Dreyfus”, comenzó una intensa participación política vinculada a la defensa de la “patria amenazada” ((Mitchell, 1931: 23; Ramos Torre, 2011: 19). Se involucró en la guerra tomando partido por Francia: “el militante de la causa francesa pasó a primer plano” (Sidicaro, 2011: 240). No se sumó al coro de los opositores de la guerra, por el contrario, entró en ella. Se abocó a la redacción, publicación y distribución de propaganda contra Alemania, destinada tanto a sus conciudadanos como a los países neutrales (Vesey, 2014: 402-403; Lukes, 1984: 541). Pretendía, además, contrarrestar la campaña publicitaria emanada desde ese país. Tradujo a varios idiomas materiales y panfletos con ese fin (Lukes, 1984: 546). Fue parte de la reacción patriótica que invadía el país y sus enclaves coloniales. Antes de la conflagración, Durkheim tenía el hábito de participar de asociaciones o comités con diferentes propósitos y con lo guerra prosiguió con esa impronta. En el plano organizativo promovió el “Comité de Estudios y Documentos sobre la Guerra”, cuyo presidente fue Ernest Lavisse. Ocupó allí el puesto de secretario de un colectivo integrado, también, por

importantes personalidades de la comunidad académica como Charles Andler, Henri Bergson, Emile Boutroux, Charles Seignobos, Jacques Hadamard, Joseph Bédier y Gustavo Lanson, miembros de la Sorbona, la Escuela Normal y el Colegio de Francia (Vesey, 2014: 403; Durkheim y Denis, 1915). Entre otros trabajos, editaron dos escritos de Charles Andler, profesor de literatura de origen germánico en el Colegio de Francia y la Sorbona, que trataron de develar el pan-germanismo y la ideología pendenciera de Alemania (“Pangermanismo, sus planes para la expansión alemana en el mundo” y “Los usos de la guerra y la doctrina del Estado Mayor alemán”, ambos de 1915 (Dimitriev, 2002). Integró, asimismo, el “Comité de Publicaciones de Cartas a todos los franceses”, con el objetivo de fortalecer la moral de la población. La militancia ante la guerra, incluso, lo hizo abandonar su abstención de las actividades de la comunidad judía a la que pertenecía su familia, pues apoyó al “Comité Francés de Información y de Acción para los Judíos de los Países Neutrales”. Compartió, igualmente, una comisión con el fin de explorar la situación de los refugiados rusos en Francia (1916), donde se combinan preocupaciones para el sostenimiento del frente externo en la guerra, haciendo

una evaluación del alistamiento de esa fracción de la población, con el control social interno (Durkheim, 2011b) (Sidicaro, 2010: 150). En su correspondencia personal dejó testimonio de la intensidad de todo este emprendimiento propagandístico. En 1915 comentó que nunca, en los últimos veinte años, había trabajado con tanto ímpetu (Fournier, 2013: 252; Lukes, 1984: 546). Ese esfuerzo incluía la participación en equipos asesores del gobierno para trabajar sobre aspectos de la defensa (Sidicaro, 2010: 149).

LAS PÁGINAS “GUERRERAS” DE DURKHEIM

En una carta a Xavier León del 15 de septiembre de 1914, Durkheim hablaba de la “brutalidad alemana” y calificaba a los gobiernos de Austria y Prusia como “antinaturales”, que sometían, argumentó, estrictamente por la fuerza a sus poblaciones (Lukes, 1984: 539). Estas opiniones quedaron plasmadas tanto en escritos que compartió con miembros del “Comité de Publicaciones” como de su única autoría. El enfoque desarrollado por Durkheim junto con otros miembros de esa organización apuntaba a tener un carácter científico (Eulriet, 2010: 66). Dice en una carta a Jean Jacques Salverda de Grave, el 16

de enero de 1915: “En nuestros folletos [...] los temas son tratados con nuestros métodos científicos”. Para remarcar esta tendencia, le comenta a su interlocutor que la divulgación de los mismos correspondía a editores como Colin y Alcan, cuya actividad anterior a la guerra consistió en la difusión de obras sociológicas (Ramel, 2004: 740). Postulaba una mirada objetiva que, sin embargo, parece contradecir la orientación política de los alegatos, que ubicaban rápidamente a Alemania en la “barbarie”. Reconocían que con anterioridad a la coyuntura ese país integraba “la gran familia de los pueblos civilizados”, pero en su presente agredía “los principios de la civilización humana” (Durkheim, 1989: 200).

El 18 de abril de 1915 publicó en el periódico Nueva York Tribune un comentario titulado “Refutación francesa de las acusaciones de mala fe de Alemania”. Cuestionó allí un artículo del Dr. Dernburg, autor de una respuesta a la pregunta sobre quién quería la guerra sin contemplar, según la opinión de Durkheim, las reglas básicas del método científico; argumentó que Dernburg distorsionó la cronología de los hechos con omisiones, recurso que privó a los lectores de un entendimiento riguroso de la progresión de sucesos que desencadenaron las hostilidades.

Durkheim opuso a esta sospechada maniobra la supuesta seriedad de los intelectuales franceses del Comité, al contrastarlo con un estudio realizado por Joseph Bédier, titulado “Los crímenes de guerra después de los testimonios alemanes” (1915). Puso en evidencia que, contrariamente a su impugnado interlocutor, Bédier utilizó los cuadernos de prisioneros de guerra alemanes y entrevistas a varios de ellos, información que acompañó con la explicitación del método utilizado para la investigación junto con los textos originales sobre los que basó su análisis. Luego, con Ernest Lavisé escribió “Cartas a todos los franceses” en 1916 (Durkheim et Lavisé, 1916). La primera carta se tituló “Paciencia, esfuerzo y confianza”; otras cartas llevaron el título “Los aliados de Alemania en Oriente: Turquía, Bulgaria” (quinta carta), “Las fuerzas italianas. Bélgica, Serbia y Montenegro” (décima carta) y “Las fuerzas francesas” (décimo primera carta) (Lukes, 1984: 573). En este emprendimiento participaron, además, el lingüista Antoine Meillet, el crítico literario y profesor Louis

Cazamian, junto a los militares General Pierre Marie Gabriel Malleterre y el Almirante Degouy. Tres millones de copias de estas Cartas fueron distribuidas, iniciativa que incluyó a los escolares. Esta faena fue presentada por Durkheim como contribuciones de expertos; aclaró no eran mera propaganda, pues ya nadie creía en ella, sino exposiciones sustentadas en información verificada sin “ceguera partidista”, para ofrecer de esta manera un cuadro exacto de la situación internacional de los primeros meses de 1916 (Prochasson, 1994: 167-168). El 17 de abril de 1917 abordó otra vez la cuestión de la guerra en un artículo titulado “La política del mañana” (“La política del futuro”), aparecido en el periódico *La Dépêche de Toulouse*, algunos de cuyos aspectos abordaré más adelante (Eulriet, 2010: 66).³

Dos escritos de 1915, no obstante, fueron la base principal de sus planteos de cara al conflicto, basados tanto de libros como de documentos diplomáticos. Son las páginas que lograron mayor trascendencia y con el

3 En 1915, además, Durkheim presentó un artículo, “La Sociologie”, en un compendio titulado “French Science”, publicado por el Ministerio de Educación Pública y Bellas Artes de Francia para ser presentado en la “Exposición Universal e Internacional de San Francisco”. Se lo suele interpretar como un texto de carácter sociológico, indemne a la coyuntura de la guerra. Es menester señalar, sin embargo, que Durkheim allí jerarquizó en un lugar pionero a los estudios franceses en el área de las ciencias del hombre en comparación con la investigación forjada por los alemanes.

paso de las décadas se convirtieron en los textos obligados de referencia cuando se busca la temática de la guerra en Durkheim. Fueron traducidos inmediatamente al alemán para fines propagandísticos y, por su énfasis, seguramente buscaban despejar las acusaciones que recibía por su supuesta amistad con Alemania sobre la que algunos de sus detractores especulaban por haber nacido en Épinal (Alsacia), por su origen judío y por haber reconocido en varias oportunidades su admiración por las elaboraciones intelectuales y teóricas de los alemanes (Joas, 2005: 101).⁴ Su punto de partida para estas reflexiones fue una tesis que impregnó todas sus meditaciones: “una guerra no estalla por causas estructurales favorecedoras si un Estado, auténtico responsable, no la provoca” (Sauquillo, 1992: 248). Uno de estos textos fue redactado en colaboración con el profesor germanista Ernest Denis (“¿Quién quiso la guerra?”), donde a partir de examinar documentos alemanes, franceses, austríacos, rusos, británicos y belgas atribuyeron a Alemania el deseo de la guerra y procuraron, al mismo tiempo, disipar

toda recriminación para su país (Inda, 2009: 28). Confiaban en que con la pura exposición de los hechos que presentan ya se resolvía el interrogante sobre la culpa por el enfrentamiento:

Sólo es necesario dejarlos hablar: dicen de sí mismos quién ha querido la guerra. Obviamente, no es Francia. Incluso sus peores enemigos no han presentado esta acusación en su contra. De hecho, hasta el final y con todas sus fuerzas, ha luchado por la paz” (Durkheim y Denis, 1915: 54).

Con la exposición de los datos pretendían refutar la argumentación alemana sobre el origen del conflicto, que endosaba a Rusia esa responsabilidad, para desnudar que no existía “concordancia alguna entre la política efectiva alemana y su lenguaje: al tiempo que proclamaba un vivo deseo de defender la paz, rechazaba cuantas medidas se le proponían para lograr este fin y no sugería ningún otro” (Rodríguez Zúñiga, 2014: 184). Insiste allí con la demostración de que

no figura en el activo de Alemania ni un solo movimiento serio a favor de la paz, sino palabras vanas. En

⁴ Un periodista del Libre Parole acusó a Durkheim ser un espía alemán, reproche posteriormente utilizado por el senador M. Gaudin de Vilaine para convocar a una investigación parlamentaria sobre la situación de los franceses de ascendencia extranjera “como Durkheim” (Lukes, 1984: 549).

cambio, todos los actos que, poco a poco, han orientado la crisis hacia la guerra han sido: o queridos directamente por ella, o realizados con su apoyo y complicidad (Rodríguez Zúñiga, 2014: 184).

Durkheim y su colega concluyen:

En resumen, no hay un gesto serio de paz por parte de Alemania, sino nada más que palabras vanas. Al contrario, todos los actos que han ido transformando gradualmente la crisis en guerra –nota austriaca, rechazo de cualquier extensión la demora, la declaración de guerra contra Serbia, el rechazo de las transacciones propuestas, la primera convocatoria a Rusia, el ultimátum seguido por la declaración de guerra– todo esto fue directamente querido por ella o hecho con su apoyo y complicidad. Al principio está detrás de Austria, que apoya la política agresiva; entonces, una vez que ha tomado el asunto en sus propias manos, también toma las decisiones y lo impone a su aliado, luego vacilante y preocupado. Así que ella es la culpable (Durkheim y Denis, 1915: 33/61).

Durkheim imputa al gobierno de Alemania por este extravío, como vimos, habida cuenta de que considera sus actitudes como “bárbaras”, pues atacaban y exponían al peligro “no sólo a

Francia, sino a los valores humanos en su conjunto (la civilización)” (Taurel, 2012: 14). Finalizan el escrito, diciendo: “Pero lo obvio que es que los hechos son abrumadores, para que se imponga a aquellos que no pueden reconocerlo sin sufrir cruelmente!”. Durkheim insiste con el recurso de hacer “hablar” los datos como muestra de científicidad para colocar al gobierno alemán “como el autor responsable de la terrible calamidad sufrida por todos los pueblos de hoy” (Durkheim y Denis, 1915: 63). En la introducción, los autores procuran aclarar a los eventuales lectores que eran conscientes de ser jueces y partes en el litigio; luego de la advertencia y como garantía de su seriedad intelectual y política, informaban que se sujetarían a “un relato objetivo y completo de los acontecimientos, sin añadir apreciación alguna” para luego “deducir conclusiones” en el momento en que le sería fácil al leyente “comprobar, por la exposición que los preceda, los resultados a los que hayamos llegado” (Durkheim, y Denis, 1915: 5; Lukes, 1984: 541). De manera semejante buscó exhibir objetividad al recorrer la línea del pensamiento alemán con su obra *“Alemania por encima de todo: La mentalidad alemana y la guerra”*. Allí dio cuenta de una argamasa ideológica que caracterizó como la fuente del

militarismo, considerando a Henri von Treitschke (1834-1896) como un mentor principal, especialmente un libro, "*Politik*", que fue publicado luego de su muerte compilando todos sus ensayos políticos:

Nada mejor podemos hacer, pues, que tomarle por guía; según su exposición haremos la nuestra y aun insistiremos en dejarle hablar, desapareciendo nosotros tras él para no estar expuestos a alterar el pensamiento alemán con interpretaciones tendenciosas y apasionadas (Durkheim, 1989: 200).

Nuevamente, en búsqueda de ostentar ecuanimidad, Durkheim insistió con la táctica de "dejar hablar" a sus fuentes. No vaciló en subjetivar, en última instancia, la causa principal del conflicto: "Como ocurre con todos los acontecimientos históricos, la guerra actual depende, en parte, de causas profundas y lejanas" (Durkheim y Denis, 1915: 3). Advirtió que pasados los acontecimientos llegaría el turno para que los historiadores hallaran otros motivos y condiciones para explicar la génesis de la guerra, pero aseveraba que

cualquiera que sea la importancia de estas causas, no son eficaces por sí mismas. Para que produzcan sus efectos es menester que voluntades humanas se presten a

su acción. Para que estalle una guerra es necesario que un Estado la quiera, y a este incumbe la responsabilidad de dicha guerra (Durkheim y Denis, 1915: 3) (Rodríguez Zúñiga, 2014: 183-184).

Resulta interesante recordar que Durkheim no buscaba explicar las guerras según leyes del desarrollo histórico y sugería, en cambio, por su carácter siempre irrepetible, relatar preferentemente su advenimiento:

Las guerras, los tratados, las intrigas, los actos de los hombres de Estado son combinaciones que jamás son parecidas a ellas mismas; no se puede más que Las guerras, los tratados, las intrigas, los actos de los hombres de Estado son combinaciones que jamás son parecidas a ellas mismas; no se puede más que relatarlas y, para bien o para mal, ellas parecen no proceder de ninguna ley definida. Se puede decir, en todo caso y con certeza, que si tales leyes existen, ellas son las más difíciles de descubrir (Durkheim, 1975: 147).

Vemos que Durkheim no abandonaba su tesis. Esta dimensión explicativa de las hostilidades fue la que lo llevó a recorrer y rebatir, entonces, las ideas de Treitschke. Explicó allí que eligió a este contendiente como blanco principal de

sus cuestionamientos, no por “el valor que se le pueda atribuir como sabio o como filósofo. Por el contrario, si nos interesa es porque su pensamiento es más bien el de una colectividad que el de un hombre” (Durkheim, 1989: 205-206). Entendía que Treitschke no era

un pensador original que ha elaborado en el silencio de su gabinete de trabajo un sistema personal, sino un personaje eminentemente representativo e instructivo en este concepto. Muy unido a la vida de su tiempo, expresa la mentalidad de su ambiente. Amigo de Bismarck, que le hizo llamar en 1874 a la Universidad de Berlín, gran admirador de Guillermo II, fue uno de los primeros y más fogosos apóstoles de la política imperialista. No se ha limitado a traducir en resonantes fórmulas las ideas que reinaban en torno suyo; ha contribuido más que nadie a difundirlas, tanto por la palabra como por la pluma y como periodista, profesor y diputado en el Reichstag, a esa tarea se ha consagrado. Su elocuencia áspera y colorista, abandonada y persuasiva tenía, especialmente sobre la juventud que en torno de su cátedra se reunía, una prestigiosa acción. Ha sido uno de los educadores de la Alemania contemporánea y su

autoridad no ha hecho sino engrandecerse después de su muerte (Durkheim, 1989: 205-206; Sidicaro, 2010: 149).

Desde esta usina de pensamiento brotaba una exaltación de la guerra y la defenestración de la utopía kantiana de la “paz perpetua” (Durkheim, 1989: 200-201). El embate de Durkheim se dirigió contra la apología de la guerra y el menosprecio de la paz. Treitschke, afirmaba:

La guerra no solamente es inevitable: es moral y santa. Es santa, primero, porque es la condición necesaria para la existencia de los Estados y porque sin Estado la humanidad no puede vivir. «Fuera del Estado la humanidad no puede respirar». Pero es santa, también, porque es la fuente de altísimas virtudes morales. Ella obliga a los hombres a dominar su egoísmo natural, ella los eleva hasta la majestad del supremo sacrificio, el sacrificio de sí mismo. Por ella las voluntades particulares, en lugar de desparramarse para perseguir fines mezquinos, se concentran para las grandes cosas, «y la pequeña personalidad del individuo se borra y desaparece ante las vastas perspectivas que abarca el pensamiento del Estado». Por ella «el hombre saborea la alegría de comulgar con todos sus compatrio-

tas, sabios o simples de espíritu en un mismo y único sentimiento y el que ha saboreado esta felicidad no olvida jamás lo que tiene de dulce y reconfortante». En una palabra: la guerra implica un «idealismo político» que arrastra al hombre a superarse a sí mismo. La paz, por el contrario, es el «reino del materialismo»; es el triunfo del interés personal sobre el espíritu de abnegación y de sacrificio, de la vida mediocre y vulgar sobre la vida noble. Es la renuncia «perezosa» a los grandes designios y a las grandes ambiciones. El ideal de la paz perpetua no solamente es irrealizable, sino que es un escándalo moral, una verdadera maldición (Durkheim, 1989: 200).

Como consecuencia de esta matriz de pensamiento, aseguraba Durkheim, se alimentaba la “fogosa política imperialista” (Sauquillo, 1992: 248), pues atentaba contra los criterios de racionalidad que debían prevalecer en las acciones de lo que para el sociólogo francés debía ser un Estado republicano (Sidicaro, 2010: 150). Este perfil estatal dejaba entrever un tema que soslayó en su construcción teórica anterior: “no abordó el problema de que un Estado legislador hacia dentro podía parecer hacia afuera como un Estado poderoso

que no se dejaba someter a ninguna ley” (Joas, 2005: 179). Por eso reflexionaba sobre la relación del Estado con sus ciudadanos y con las leyes internacionales, para subrayar el desprecio del Derecho internacional y del Derecho de Gentes que esgrimía el régimen alemán. Frente al Estado, Durkheim defendía una sociedad civil fuerte y en lo referido a las pretensiones estatales por generar una homogenización de la “conciencia colectiva” defendía la pluralidad (Berriain, 2005: 98). Reseñó su concepción del Estado para comparar esa mirada con la de Treitschke, mostrando como corolario profundas diferencias (Rodríguez Zúñiga, 1989: 196). Durkheim entendía, finalmente, que la Gran Guerra era improbable de explicar sin la presencia de esa mentalidad encarnada en una formación estatal que se colocaba por arriba de todo y todos, sin contemplar que “un Estado no puede sostenerse cuando tiene a la humanidad en contra suya”. Por eso, concluía que la humanidad enfrentaba un claro caso de “patología social”. ¿Cuáles eran sus expectativas frente a la anomalía? Argumentó que Alemania no podía lograr su cometido “sin impedir a la humanidad que viva libremente”, pero confiaba en que

la vida no se deja encadenar para siempre. Se la puede contener y paralizar por una acción mecánica durante algún tiempo, pero acaba siempre por recobrar su curso, rechazando hacia las orillas los obstáculos que se oponían a su libre movimiento (Durkheim, 1989: 227).

Con ilusión evaluaba que la humanidad sólo podía ser detenida en su progreso de manera temporal, para recobrar una y otra vez su rumbo. Veía al agresivo poder alemán como un episodio transitorio (Lukes, 1984: 543). Visualizaba en la política alemana elementos que lo retrotraían a las sociedades donde prevalecía la solidaridad mecánica; era, consideraba, “un intento organizado de volver de la solidaridad orgánica a la mecánica” (Eulriet, 2010: 68; Malešević, 2010: 5). Tal pretensión, dictaminaba, resultaba improbable, retomando con esta afirmación el optimismo heredado de los pioneros de la sociología que, no obstante las zozobras, Durkheim lo conservó durante todo el transcurso de la guerra (Durkheim, 1989: 228) (Lukes, 1984: 540). En última instancia imaginaba que la época de guerra que le tocaba transitar no implicaba “una sentencia a muerte del ideal pacifista” (Joas, 2005: 101).

ALGUNAS PREGUNTAS Y PALABRAS FINALES

Estos pronunciamientos de Durkheim recibieron varios cuestionamientos. Uno de ellos refiere a la existencia de contradicciones entre las premisas de su sociología y el sustento intelectual de sus páginas “guerreras”. Obviamente, como veremos, existen otros señalamientos de debilidades e inconsistencias, aunque no todas las evaluaciones de esta producción son adversas. Su lectura genera diversas cavilaciones que se desprenden de varios interrogantes: ¿Obedecen al desarrollo de su propio discurso científico o son mensajes coyunturales concebidos como “armas” para la guerra? ¿Conforman parte de un camino teórico sistemático o son producto de un circunstancial alineamiento? ¿Su patriotismo desgarró sus premisas teóricas? ¿Su ideario pacifista cambió al calor de las batallas?⁵ ¿Los pensamientos sobre el Estado se corresponden con un desarrollo de su teoría o son la adaptación a una necesidad política por la irrupción de la guerra? ¿Modificó su teoría del Estado para favorecer la ideología de guerra francesa? (Sauquillo, 1992: 248). ¿Durante el conflicto mantuvo su

⁵ Estas dos últimas preguntas tiene como referencia a Imda, 2009: 9-28.

activismo republicano o viró hacia el nacionalismo? ¿Su actitud militante en defensa de la patria puso en crisis la ruta teórica que acuñó por años? ¿El servicio de la patria relegó la ciencia? ¿Perdió el eje de su elaboración teórica?

Uno de los reproches más extendidos afirma que desarrolló el tipo de trabajo que había criticado de forma recurrente. Colette Vesey se ubica en esta posición. Evalúa que la eclosión de la Gran Guerra marcó el final de una etapa en su pensamiento y acción “como un crítico social desinteresado” por las pugnas sectoriales, inspirado únicamente en la defensa de los “principios de la verdad y la justicia”; en contradicción con este ideario, entonces, tomó partido. Esta actitud de aportar al bando nacional francés en la guerra, aunque con una pretendida justificación humanitaria y democrática, incluso científica, “parece completamente en contradicción con el tipo de ideas que había desarrollado a lo largo de su obra” (Vesey, 2014: 392, 401, 404, 403, 405).

Tom Bottomore testifica que los dos trabajos principales de Durkheim sobre la Primera Guerra Mundial evidencian un “desprecio total, asombroso para un sociólogo, por las causas sociales de la guerra”; asimismo, argumenta, Durkheim estudia únicamente “ideas”, desdeñando las causas materiales que

favorecieron el conflicto: “hace un análisis idealista que no se condice con la observación de los «hechos sociales» que pregonaba” (Fenton, 1984: 97).

Luis Rodríguez Zúñiga con dureza sentencia que Durkheim ofreció una explicación escasamente científica de la guerra; enfatiza este déficit al señalar que la mentalidad a la que le atribuye peso explicativo “queda como flotante, inexplicada”, y añade:

Una vez más, pues, la autonomía que Durkheim concede a la conciencia colectiva y su no articulación con la “base material” de las sociedades produce el resultado conocido: proponer como explicación lo que, en rigor, debe ser explicado” (Rodríguez Zúñiga, 2014: 188)

Hans Joas llama la atención sobre el “excesivo alarde de su falta de prejuicios” a la hora de hablar sobre la neutralidad valorativa de sus artículos durante la guerra y, entre éstos y sus obras anteriores, constata que “la contradicción inherente en su cosmovisión sería explícita”, pues la guerra se “sustrajo en buena parte a sus categorías”, aunque “Durkheim se esforzó todo lo que pudo para que sus ideales normativos no cayeran en el remolino de las ideologías nacionalistas”. Por eso Joas concluye que, más allá de

los avatares que implicó la conflagración, no se debe dudar de sus convicciones pacifistas (Joas, 2005: 101-102, 179).

Ricardo Sidicaro arguye que en las notas de Durkheim durante la guerra “el científico y el propagandista se fusionaban bajo la primacía del segundo”, perdiéndose su sociología, con la excepción de “Alemania por encima de todo” donde se encuentran razonamientos de carácter sociológico, acompañados de cierta manipulación reduccionista del complejo pensamiento de Treitschke (Sidicaro, 2011: 240-242). Graciela Inda encuentra que el esfuerzo de Durkheim por conciliar el nacionalismo con el pacifismo es “titubeante” (Inda, 2009: 31).

Vistas estas objeciones y enumeraciones de contrariedades, podemos decir que Durkheim, quizá, quedó esclavo de sus propias palabras, como se puede colegir al recordar una proposición teórica presentada en “La educación moral”: “...las guerras, al estimular el patriotismo, acallan las preocupaciones privadas; la imagen de la patria amenazada toma en las conciencias un lugar que no ocupa en tiempos de paz...” (Durkheim, 1997: 83). No obstante, como afirmé, hay estimaciones favorables.

Robert Alun Jones opina que Durkheim “no se vio afectado por la histeria de la

guerra y, aunque siempre patriota, nunca fue un nacionalista” (Alun Jones, 1986: 23).

Steven Lukes reivindica el artículo compartido con Denis “¿Quién quiso la guerra?”, pues si bien reconoce que fue un “panfleto de guerra”, su explicación resultó compartida por varios analistas rigurosos, aún transcurrido muchos años, “superando admirablemente el paso del tiempo” (Lukes, 1984: 542).

Edward Tiryakian explica que Durkheim pudo sobreponerse a sus inquietudes o sentimientos personales en “Alemania por encima de todo”, para exhibir un análisis que “sigue destacándose por el mismo enfoque objetivo de los hechos sociales que constituía un precepto cardinal de su metodología”. Agrega, inclusive, que hace allí

una aplicación innovadora del estudio de un «carácter nacional», adelantándose en treinta años a tentativas similares de científicos sociales norteamericanos durante la Segunda Guerra Mundial (como el de Ruth Benedict, *El crisantemo y la espada*, dirigidos a descifrar el código cultural del enemigo a partir de éste) (Tiryakian, 1988: 258).

Concluye Tiryakian, que de esta manera se observa cómo “Durkheim se atuvo hasta el fin a los cánones de sus principios metodológicos” (Tiryakian,

1988: 258).

Irène Eulriet, por su parte, juzga que en los escritos aquí transitados Durkheim demostró, basado en ideas sociológicas claves, la posibilidad de identificar las características propensas a la guerra en el sistema de representaciones de los grupos en guerra, así como la factibilidad de detectar las tendencias sociales más amplias con las que este sistema colisionará (Eulriet, 2010: 70).

Frédéric Ramel ve en *“Alemania por encima de todo”* un “libro de circunstancias” y, sin embargo, encuentra allí el enfoque sociológico general de Durkheim. Entiende, por ende, que durante el conflicto Durkheim no suspendió su actividad científica, ya que la guerra le ofreció una oportunidad para aplicar sus herramientas conceptuales. Justamente, esta tendencia se evidencia, según Ramel, en la renuencia a explicar el estallido en términos geopolíticos para enfatizar “un razonamiento eminentemente sociológico más allá del carácter propagandista”. Contrasta este escrito con *“¿Quién quiso la guerra?”* donde, como vimos, recalcó la intransigencia alemana desde julio de 1914 que desató la guerra, pero en su opinión lo hace de manera descriptiva sin aplicar los conceptos sociológicos que animaban su teoría. Concluye, entonces, que este

folleto es de menor interés en comparación con el anterior (Ramel, 2004: 740).

Josetxo Beriain estima que Durkheim nunca perdió su vocación republicana y su juicio acerca de la misión que tenía Francia en la guerra no implicó un “acto de defunción del ideal pacifista” (Beriain, 2005: 98).

Con independencia de cada posicionamiento, queda la incógnita sobre el destino que hubiera adquirido su creación teórica luego de la guerra, pero lamentablemente también lo tuvo como una de sus víctimas. El documento postrero de Durkheim en el contexto de la guerra, que fuera lo último que publicó en vida, permite efectuar algunas conjeturas. Me refiero al ya citado artículo “La política del mañana”, redactado durante 1916 y divulgado en abril de 1917 en el diario *La Dépêche de Toulouse*, periódico portavoz del pensamiento republicano radical, hecho público siete meses antes de su deceso (Queiroz, 2011: 225). Durkheim efectúa suposiciones sobre el impacto de la guerra en las relaciones sociales, especialmente en la economía (Eulriet, 2008: 179). Muestra allí sorpresa por la vivacidad del “sentido de lo social” que la guerra había puesto al descubierto por la integración que promovía al grupo social. Registra que la guerra creaba nuevas

formas de solidaridad:

Preguntado acerca de sus puntos de vista sobre la política de la posguerra, él entiende la guerra como un pasaje: la guerra favorece la transición de un estado social a otro o, más precisamente, de una forma del Estado a otra. De hecho, Durkheim lo ve como una solución a un problema que había estado pendiente desde la revolución francesa, a saber, la organización de la economía por parte del Estado. En otras palabras, Durkheim descifra la guerra como útil (Eulriet, 2010: 69).

¿Esta conclusión, que implicaría entrar en colisión con los cimientos de su sociología, entraña una evolución de su pensamiento hacia otro horizonte? Parece que no, ya que no retira el cuestionamiento a la idea que torna a las

guerras como inevitables. Por otra parte, es fácil redescubrir otros temas presentes en los primeros trabajos de Durkheim y algunas proyecciones para la posguerra que destacan la importancia, nuevamente, de la cuestión moral en la organización (reorganización) de lo social y proyecta una moralidad para el futuro basada en la integración de la nación, teniendo en cuenta el peso de la historia junto a los ideales de justicia y humanidad (Mergy, 2000; Eulriet, 2008: 179/181). La orientación de la publicación en vísperas de la paz parece retomar la línea de su sociología y convicciones políticas, pero especular sobre la cuestión, en definitiva, sólo es “una tentadora invitación para entregarse al fantaseo” (Tiryakian, 1988: 259).

BIBLIOGRAFÍA

- Dimitriev, A. (2002); "La mobilisation intellectuelle", en Cahiers du monde russe. N. 43, 1-38. Francia: Éditions de l'EHESS. Recuperado de <http://monderusse.revues.org/8523>.
- Álvarez Uría, F. (1999); "Emile Durkheim crítico de Marianne Weber"; en *Política y Sociedad*. V. 32, 189-193. Universidad Complutense de Madrid.
- Alun Jones, R. (1986); *Emile Durkheim: Una Introducción a Cuatro Obras Mayores (Los maestros de la teoría sociológica)*. Beverly Hills, CA.: Sage Publications.
- Beriaín, J. (2005); *Modernidades en disputa*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Bottomore, T. (1981); "A Marxist Consideration of Durkheim"; in *Social Forces*. V. 59. N. 4, 902-917. London: Oxford University Press.
- Bouthoul, G. (1984); *Tratado de polemología*. Madrid: Ediciones Ejército.
- De Miguel, J. (1974); "El otro Durkheim"; en *Papers. Revista de Sociología*. V. 2, 43-78. Universidad Autónoma de Barcelona.
- Durkheim, E. (1908); "Pacifismo y patriotismo"; en *Boletín de la Sociedad Francesa de Filosofía*, VIII, 1-7. Bibliothèque Paul-Émile-Boulet de l'Université du Québec à Chicoutimi. Canadá. Recuperado de: http://classiques.uqac.ca/classiques/Durkheim_emile/sc_soc_et_action/texte_3_13/pacifisme_pacifisme.html.
- _____ (1970); "Internacionalismo y lucha de clases"; en Durkheim, Emile, *La science sociale et l'action*, Paris: Presses Universitaires de France.
- _____ (1975); *Textes 1. Éléments d'une théorie sociale*. París: Les Éditions de Minuit.
- _____ (1989); "Alemania por encima de todo: La mentalidad alemana y la guerra"; en *Revista Española de Investigación Sociológica*. N. 45, 199-228. Madrid.
- _____ (1997); *La educación moral*. Buenos Aires: Losada
- _____ (2003); *Lecciones de Sociología*. Buenos Aires: Miño y Ávila.
- _____ (2011a); *Lecciones de sociología*, Madrid: Miño y Dávila.
- _____ (2011b); "Informe sobre la situación de los rusos del Departamento del Sena"; en *Durkheim, É.; Escritos políticos*. España: Gedisa.
- Durkheim, É. y Denis, E. (1915); *¿Quién quiso la guerra?: Los orígenes de la guerra a través de documentos diplomáticos*. París: Librairie Armand Colin. En: <https://archive.org/details/quivouluCheradamelaguerre1915durk>.
- Durkheim, É. et Lavissee, E. (1916); *Lettres à tous les Français*. Paris: Armand Colin.
- Eulriet, I. (2008); "Sociologie et dynamique historique: le guerre chez Durkheim"; en

L'Àrt du Comprendre. París.

_____ (2010); "Durkheim and Approaches to the Study of War"; in Watts Miller, W.; *Durkheimian Studies*. V. 16. Section 2, 59-76. USA: Published Berghahn Books.

Recuperado de:
http://www.academia.edu/3424381/Durkheim_and_Approaches_to_the_Study_of_War.

Fenton, S. (1984); *Durkheim and Modern Sociology*. Canada: CUP Archive.

Filloux, J. (2008); *Epistemología, ética y ciencias de la educación*. Córdoba: Editorial Brujas.

Fournier, M. (2013); "¿Hay algo nuevo que decir acerca de Émile Durkheim y Marcel Mauss?", en *Revista Sociológica*. V. 28. N. 80, 243-258. México; septiembre/diciembre.

Giddens, A. (1993); *Emilio Durkheim: Escritos Selectos*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Giddens, A. (1997); *Política, sociología y teoría social. Reflexiones sobre el pensamiento social clásico y contemporáneo*. Barcelona: Paidós.

Giner, S. (2012); "Sociodicea: Émile Durkheim y la divinización de la sociedad. Las formas elementales de la vida religiosa, a los cien años de su publicación", en *Revista Internacional de Sociología (RIS)*. V. 70. N. 3, 289-302. España.

Guzmán Barney, A. (1990); *Sociología y violencia*. Documento de Trabajo Nro. 7. Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica. Colombia: Universidad del Valle.
Recuperado de

<http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/cidse-univalle/20121129035655/doc7.pdf>

Inda, G. (2009); "A propósito de la relación Durkheim/Weber: algunas distancias e intersecciones entre concepciones del Estado moderno"; en *Sociogénesis. Revista Electrónica de Sociología*. N. 2, 2-35. México: Facultad de Sociología. Universidad de Veracruz.

Joas, H. (2005); *Guerra y modernidad. Estudios sobre la historia de la violencia en el siglo XX*. Madrid: Paidós.

Kermoal, B. (2012); "Un deuil de guerre: André Durkheim, décembre 1915" ("Un luto por la guerra: André Durkheim, diciembre de 1915"). En: "*Les Socialistes au combat : guerre, violence et pratiques militantes* (Bretagne, 1914-1940)". Enklask/Enquête: <https://enklask.hypotheses.org/563>

Lacroix, B. (1981); *Durkheim y lo político*. México: FCE.

Lukes, S. (1984); *Emile Durkheim. Su vida y su obra*. Madrid: CIS.

Malešević, S. (2010); *Sociological Theory and Warfare*. USA: Cambridge University

Press.

Mauss, M. (1972); "Introducción"; en Durkheim, Emilio; *El socialismo* (7-40). Buenos Aires: Schapire.

Mergy, Jennifer (2000); "La politique de demain: un texte inconnu d'Émile Durkheim"; in *Durkheimian Studies*. Vol. 5, 1-7.

Mitchell, M. (1931); "Émile Durkheim and the philosophy of nationalism", in *Political Science Quarterly*. V. 46, 87-106. USA: Academy of Political Science.

Ortega, Félix (1981); "Presentación a la edición castellana"; en *Durkheim, E.; Historia de la educación y las doctrinas pedagógicas. La evolución pedagógica en Francia* (7-17) Madrid; La Piqueta.

Prochasson, Christophe (1994); "Émile Durkheim et Ernest Lavisse, Lettres à tous les Français"; in *Annales. Histoire, Sciences Sociales*. N. 49-1, 167-168. Francia.

Queiroz, J. (2011); "Outro Durkheim"; en *Revista Perspectivas*. Vol. 40, 225-231. São Paulo, Brasil.

Ramel, F. (2004); "Durkheim au-delà des circonstances: Retour sur L'Allemagne au-dessus de tout. La mentalité allemande et la guerre"; dans *Revue Française de Sociologie*. V. 45. N. 4, 739-751. France: Editions Technip & Ophrys.

Ramos Torre, R. (2011); "Prefacio: La sociología de Durkheim y la política"; en Durkheim, Émile; *Escritos políticos* (9-45). Barcelona: Gedisa.

Riley, Al. (2014); *The Social Thought of Emile Durkheim*. London: SAGE Publications.

Rodríguez Zúñiga, L. (1989); "Presentación" a Durkheim, Émile; "Alemania por encima de todo: La mentalidad alemana y la guerra"; en *Revista Española de Investigación Sociológica*. N. 45, 193-197. Madrid.

_____ (2014); "Durkheim: su concepción del Estado y la Primera Guerra Mundial"; en Sociología Histórica. *Revista de investigación acerca de la dimensión histórica de los fenómenos sociales*. N. 4, 183-189. España: Universidad de Murcia.

Santiago, José (2012); "El nacionalismo y Las formas elementales de la vida religiosa: deudas y críticas"; en *Revista Política y Sociedad*. V. 49. N. 2, 293-311. España: Universidad Complutense de Madrid.

Sauquillo, J. (1992); "Arte y ciencia en la teología política de Emile Durkheim"; en *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*. N. 11, 239-276. España.

Sidicaro, R. (2010); "La sociología de la política de Durkheim"; en *Revista Postdata*. V. 15. N. 2, 131-311. Buenos Aires.

_____ (2011); "Posfacio" a *Émile Durkheim. Escritos políticos* (217-252). España: Gedisa.

Taurel, J. (2012); "Civilización y barbarie en Durkheim"; ponencia presentada en las VII

Jornadas de Sociología. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

Tiryakian, E. (1988); "Émile Durkheim"; en Bottomore, Tom y Nisbet, Robert compiladores; *Historia del análisis sociológico* (218-272). Buenos Aires: Amorrortu.

Vera, H.; Galindo, J. y Vázquez Gutiérrez, J. (2013); "Las formas elementales de la vida religiosa, un tótem vivo"; en Durkheim, E.; *Las formas elementales de la vida religiosa: El sistema totémico en Australia y otros escritos sobre religión y conocimiento* (11-45). México: FCE.

Vesey, C. (2014); "Scholar, Sociologist and Public Figure: The Intellectual Trajectory of Émile Durkheim in fin-de-siècle France". Doctoral thesis, University College London.

SOBRE EL AUTOR

PABLO AUGUSTO BONAVERA

Instituto Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Área Conflicto Social
Temas de investigación: conflicto social y guerra

bonavenapablo@yahoo.com.ar

Licenciado y profesor de Sociología. Investigador del Instituto Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Profesor de varias asignaturas en las carreras de Sociología Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Director de Cuadernos de Marte. Revista de Sociología de la Guerra del Instituto Gino Germani. Miembro del Comité Académico de la Revista Conflicto Social del Instituto Gino Germani.



EL CUERPO, LAS ARMAS Y EL COMBATE: HACIA UNA ANTROPOLOGÍA HISTÓRICA DE LA GUERRA

ALEJANDRO M. RABINOVICH

Artículo
Recibido: 02/02/2018
Aceptado: 10/04/2018

RESUMEN

Este trabajo explora la potencialidad de un enfoque que combine la antropología y la nueva historia social de la guerra en un estudio a la vez social y cultural de la manera en que los ejércitos revolucionarios rioplatenses aplicaron los sistemas de armas propuestos por el arte de la guerra europeo de la época, adaptándolos a las condiciones locales del conflicto. Se plantea así un doble recorrido que, tanto en la caballería como en la infantería, privilegia paulatinamente el uso de las armas blancas por sobre las de fuego, a contramano de las tendencias predominantes en otras latitudes. El trabajo adopta una perspectiva “desde abajo”, analizando el uso concreto del armamento por parte de la tropa, las representaciones sociales que iban ligadas a ese uso, y los mecanismos de negociación y pedagogía ensayados por las jefaturas militares para lograr un cambio en el mismo.

PALABRAS CLAVE ARMAS; COMBATE; ANTROPOLOGÍA HISTÓRICA; RÍO DE LA PLATA

ABSTRACT

This paper combines the approaches of anthropology and the new social history of war in a cultural and social study of the way in which the revolutionary armies of the River Plate region adopted the weapon systems proposed by the contemporary European art of warfare, by adapting them to the local conditions of the conflict. We state that both in the cavalry and in the infantry, edged weapons were gradually favored over the use of fire, in a trend that contrasts sharply with what was happening in other latitudes. The work adopts a bottom-up perspective analyzing how the troops utilized the armament, the social representations that were tied to this uses, and the mechanisms of negotiation and pedagogy by which military authorities tried to change or influence these practices.

KEYWORDS WEAPONS; COMBAT; HISTORICAL ANTHROPOLOGY; RIVER PLATE

En las últimas décadas, los estudios consagrados al fenómeno de la guerra se han renovado de manera considerable. El ejército, los combates y la cultura de guerra toda han dejado de ser patrimonio exclusivo de la historia militar tradicional y positivista para interesar al conjunto de las ciencias sociales. De este renuevo han surgido algunos encuentros particularmente fructíferos. Uno de los que mejores resultados ha dado es el cruzamiento de la historia militar y la antropología (Keeley, 1996; Clastres, 1997; Guilaine y Zammit, 2001). Si bien es difícil determinar linajes en un esfuerzo colectivo que se da a través de distintas disciplinas y en distintos países, uno de los precursores insoslayables de este nuevo campo de estudios es el historiador británico John Keegan.

En su pionero *The Face of Battle*, de 1976, Keegan revolucionó la manera de entender y estudiar la batalla, alejándose de la trillada narración de la táctica desplegada por los comandantes para centrarse en el uso concreto de las armas, en las diversas experiencias de los combatientes y en las limitaciones impuestas por condicionantes tanto tecnológicos como humanos. Luego, en el magistral *A History of Warfare* de 1993, el autor desplegó su hipótesis principal: la guerra sólo puede ser

aprehendida en sus diversas formas cuando se la entiende como una expresión de una determinada cultura. Es decir, que desde los guerreros zulúes hasta las tropas de la OTAN, lo que se manifiesta en un tipo de guerra es un modo de vida, una manera de organizar la sociedad y la economía, una forma de entender el mundo.

Las repercusiones de los trabajos de Keegan han sido numerosas, tanto por los trabajos de sus seguidores directos en el mundo anglosajón como por su influencia sobre otras escuelas (Hanson, 1989; Muir, 1998). En el caso de Francia, por ejemplo, es de particular interés la apertura metodológica planteada desde lo que se ha dado en llamar la antropología histórica del combate (Audoin-Rouzeau, 2008). Como muestran los estados del arte más recientes, sin embargo, es mucho el camino que resta por recorrer en un campo que puede considerarse aún como en etapa de formación (Bruyère-Ostells, 2017).

El presente trabajo se nutre de los avances realizados hasta ahora y pretende red desplegarlos en el ámbito de los conflictos bélicos hispanoamericanos de la primera mitad del siglo XIX, con especial énfasis en las guerras revolucionarias rioplatenses. Como la bibliografía ha demostrado largamente,

el tránsito a la independencia de las antiguas colonias españolas se caracterizó, a nivel continental y con muy pocas excepciones, por un nivel de actividad militar rara vez equiparado durante el período colonial (Marchena Fernández y Chust, 2008; Ortíz Escamilla, 2005; Lempérière, 2004). La mayor parte del territorio americano se volvió un vasto laboratorio donde viejas y nuevas formas de hacer la guerra debieron ser adaptadas a sociedades, climas y condiciones materiales específicas muchas veces muy diversas de las que les dieron origen en Europa. En líneas generales, podríamos señalar una serie de clivajes que parecen estar presentes en todos los intentos de readaptación de la guerra por parte de las nuevas repúblicas independientes:

- El paso de una organización militar dirigida desde la metrópolis hacia otra, independiente, en que los hispanoamericanos se auto-organizan en función de sus propias posibilidades e intereses.
- La mestización de los dispositivos militares europeos con armas, tácticas y prácticas propias de los pueblos indígenas americanos o de la tradición miliciana colonial.
- El eco más o menos inmediato del proceso de cambio inherente a la tradición militar europea, en la que las

novedades surgidas de las Guerras Napoleónicas encontraban aún resistencias y dificultades de aplicación.

- La penuria crónica de los nuevos Estados independientes, que impuso la necesidad de montar grandes mecanismos militares en un contexto de absoluta escasez de recursos.

- La movilización revolucionaria de la población local que produjo, no sin contradicciones, la incorporación política de amplias franjas hasta ahora ajenas a la arena pública, lo que se manifestó tanto en una mayor disponibilidad de reclutas como en unas fuerzas militares menos “profesionales” y más “politizadas”.

El presente artículo indaga las maneras en que estos clivajes generales se manifiestan en una cuestión específica de gran importancia antropológica: el modo de utilización concreto de las diversas armas de guerra por parte de los distintos tipos de combatientes. Esta cuestión se traduce en una serie de preguntas orientadoras: puesto que el fusil, la bayoneta o el sable eran elementos mayormente importados de Europa y cuyo modo de empleo estaba rigurosamente estipulado en ordenanzas y reglamentos, ¿se hacen visibles cambios importantes en su utilización a partir del paso de una organización colonial a otra independiente? ¿Se

perciben hibridaciones con el uso del armamento propio a la población local? ¿Se reciben exitosamente las novedades surgidas en los últimos años de guerra en Europa? ¿Se encuentra una manera de mantener en funcionamiento la maquinaria bélica ante la agudísima dificultad para procurarse armamento sofisticado de calidad? Y por último, ¿el pueblo revolucionario es un dócil ejecutor de las políticas militares del gobierno o constituye un actor que encuentra, en el modo mismo de utilización de las armas, una forma de expresarse y de dar sentido a su accionar?

Para intentar dar respuesta a estos interrogantes, hemos de centrarnos en el caso puntual del Río de la Plata revolucionario, cuya situación política militar presentaba determinadas particularidades. Ante todo, la región había sido invadida y conquistada momentáneamente por fuerzas británicas en 1806 y 1807. La crisis resultante de sendos ataques había aniquilado a las tropas de línea de la Corona, con el consecuente fortalecimiento de milicias urbanas cuyas más grandes unidades estaban en manos de hispanoamericanos (Beverina, 1992; Rabinovich, 2010). Al estallar la revolución en mayo de 1810, sus líderes echaron mano de dichas milicias para

imponerse fácilmente a los partidarios del virrey. Pero mientras el gobierno revolucionario se esforzaba por transformar sus milicias en verdaderos regimientos de línea, la reacción realista tomaba forma en la ciudad amurallada de Montevideo (sede local de la marina real) y en los gruesos contingentes provenientes del virreinato del Perú. La lucha se daría entonces en estos dos frentes al que se sumaría luego, con la caída de los patriotas en Chile, un tercero a lo largo de los Andes.

Los esfuerzos revolucionarios serían recompensados con algunos éxitos resonantes como la liberación de Chile en 1817, pero se saldarían también con terribles derrotas como la separación del Paraguay, la pérdida del Alto Perú y la ocupación portuguesa de la Banda Oriental. Lo más grave, sin embargo, resultaría ser la división interna del territorio a partir de la oposición de los pueblos situados sobre los frentes de combate ante la dirección centralista y autoritaria de Buenos Aires (los pueblos del Litoral bajo el mando de José Artigas, los del norte con Martín Miguel de Güemes). Cansados de soportar sobre sus espaldas lo peor del costo de la guerra, estos pueblos se levantarían en armas contra el gobierno central y terminarían destruyéndolo en 1820, lo que abriría un período en que las

provincias seguirían existiendo en total autonomía (Halperín Donghi, 1979 y 2005; Míguez, 2003; Fradkin, 2009 y 2010; Frega, 2005; Garavaglia, 2003). Dentro de este vasto proceso histórico, nuestro análisis se focalizará en los ejércitos de línea revolucionarios que actuaron en los tres frentes de conflicto entre 1810 y 1820. Estudiaremos la manera en que se constituyó el sistema de armas propio a la infantería y a la caballería y veremos que las mayores tensiones se generaron en torno de la preferencia por el uso de las armas de fuego o de las armas blancas, y la consiguiente divergencia entre el modelo de la lucha a distancia y el del choque cuerpo a cuerpo. Siguiendo las peripecias del uso de cada arma iremos viendo aparecer las representaciones y las afinidades de la tropa respecto de ellas, y la manera en que estos elementos aparentemente subjetivos terminaban influyendo de manera poderosa en la táctica utilizada. Ahora bien, estas representaciones, estas afinidades y estas tácticas no eran estáticas: eran objeto de negociación, innovación y aprendizaje a partir de la propia experiencia guerrera, lo que iba generando un modo de hacer la guerra cada vez más adaptado al terreno y a la población local. Entre las armas blancas y las de fuego, la

cultura militar española moderna daba su preferencia a las segundas, rodeándolas de un prestigio especial, sobre todo en el caso de la artillería (Luqui Lagleyze, 1995: 118). Este rasgo estaba presente en el ejército colonial americano y los primeros ejércitos independientes del Río de la Plata lo heredaron. Así, en los cuerpos voluntarios formados para rechazar las invasiones británicas de 1806, como en los regimientos revolucionarios de 1810, predominaron claramente las unidades de infantería, cada hombre armado de un fusil. Los arsenales reales, en general pobremente surtidos, rebalsaban de viejas piezas de artillería (en especial en la plaza de Montevideo) que serían profusamente utilizadas por los independentistas. Incluso la caballería, armada de carabinas, tercerolas, pistolas y cañones de campaña, utilizaba el fuego como arma principal. Este estado de cosas, sin embargo, sufriría un vuelco dramático con el correr de la guerra de independencia. Describir, comprender y analizar las circunstancias de este profundo cambio en la forma de hacer la guerra constituye el objetivo principal de este trabajo. Para eso estudiaremos brevemente el conjunto de prácticas y actitudes que se anudaban en torno de las principales armas de guerra utilizadas en el período que nos

concierno, intentando develar la manera en que el uso del fuego, en aparente paradoja, fue dejando paso al arma blanca.

EL FUSIL

Según los parámetros militares de la época, el fuego de infantería debía ser el arma predominante de todo ejército civilizado. En las guerras napoleónicas, por ejemplo, el efectivo de un ejército de línea estaba compuesto por fusileros en un 60 a 90% (Muir, 1998: 69). Los tipos de fusiles utilizados variaban ligeramente pero eran, por lo general, instrumentos bastante incómodos y rústicos, midiendo alrededor de un metro y medio y pesando hasta cinco kilos (Best, 1960: 124-132). Todos los modelos eran aún de avancarga y de chispa (Schmidt y Gallardo, 1889), lo que hacía difícil y peligroso el proceso de carga y disparo¹. En teoría, un soldado bien entrenado podía recargar y abrir fuego hasta tres veces por minuto, pero en las condiciones reales del combate lo más común era que la tropa tardase hasta un minuto en recargar. Los accidentes debidos a la sobrecarga de los fusiles y al mal manejo de la pólvora eran

cotidianos.

Es por estas deficiencias técnicas que a fines del siglo XVIII y principios del XIX el debate sobre la superioridad de las armas de fuego no estaba definitivamente saldado. Los partidarios de la fusilería aportaban argumentos de peso: el fusil podía alcanzar a un enemigo a 150 metros, podía ser fabricado en serie y cualquier persona podía aprender a utilizarlo en escasas semanas. Sus detractores, en cambio, señalaban que el fusil era un arma de muy escasa puntería, por lo que la mayor parte de los disparos se perdían en el aire. El célebre Guibert –la máxima autoridad en táctica militar para los revolucionarios de ambos lados del atlántico– decía: “En la práctica hay una infinidad de causas, conocidas u ocultas, que contribuyen a que los disparos de nuestros fusiles sean inciertos y caprichosos” (Guibert, 1773: 29-35, 71). De esta forma, el fuego de fusil no era decisivo más que a quema ropa, distancia a la cual era preferible de todos modos el uso del arma blanca.

Los manuales de instrucción de la época se hacían eco de esta dificultad para dirigir el fuego de fusilería. En vez de apuntar a un blanco particular, el soldado

¹ Reglamento para el ejercicio y maniobras de la infantería en los ejércitos de las Provincias Unidas de Sud América (1817), pp.35-36.

aprendía a dirigir su fuego en una dirección general, ya sea hacia adelante o en oblicuo hacia la izquierda o la derecha. El soldado no disparaba así contra otro soldado, sino sobre un batallón entero o sobre la masa enemiga. El único ajuste realizado era el de la altura del disparo en función de la distancia al blanco. De todos modos, como se utilizaba aún pólvora negra cuya espesa humareda bloqueaba toda visibilidad, luego de la primera descarga los fusileros seguían disparando al bulto, sin poder distinguir realmente al enemigo.

El fuego de fusil no era entonces un arma individual sino colectiva: sólo cuando un batallón bien dirigido disparaba al unísono su efecto se hacía sentir².

Ahora bien, los batallones de infantería bien entrenados no abundaban en el Río de la Plata revolucionario. La mayoría de las unidades improvisadas entraba en acción a las pocas semanas de su creación, con una instrucción bastante somera que no incluía más que las maniobras básicas. En cuanto a la puntería propiamente dicha, el método de instrucción más ambicioso no preveía más que diez tiros al blanco por año y por

soldado. En consecuencia la ineficacia del fuego se volvía realmente notable y los participantes de los combates no paraban de sorprenderse de su escaso efecto.

En el combate principal por la reconquista de Buenos Aires de manos británicas, en 1806, ambas partes se batieron durante horas en las calles de la ciudad, terminando en una intensa balacera en la plaza principal. Cuando el estruendo de los fusilazos cesó, se volvió difícil explicar el bajísimo número de muertos en relación con los miles de disparos efectuados. Un soldado voluntario que había participado del combate quedó así perplejo. Por un lado, su primer combate le había parecido “el Juicio universal, no se distinguía el fuego de ambas partes, todo era confuso y graneado de cañones, fusilería, pistolería y trabuquería, un desorden”. Pero por otro lado la cantidad de bajas no se correspondía en absoluto con el esfuerzo realizado:

No puedo ni será creído cuanto se comparase sobre el fuego que ha habido de parte a parte. El pueblo que no estaba en la fiesta juzgase el no quedar uno vivo de ambos, ni un

² Sobre este punto, el capítulo 4 de la primera parte del Essai général de tactique, titulado “De los Fuegos”, era la máxima autoridad. Este texto de Guibert, traducido y adaptado por Luis de Yturribarria, fue publicado en Buenos Aires bajo el nombre de Tratado de la teoría de los tiros de fusil y golpe de ojo militar de un país, Imprenta de niños expósitos, 1814.

casco de la recova, fuerte y demás edificios de la plaza. Parece que a la mano del Todopoderoso lo debemos y juzgamos que de estos fuegos los más pasaron del aire (Anónimo, 1960: 38).

Este tipo de experiencias, muchas veces repetidas, generaron la impresión general de que el fuego de fusil, en definitiva, hacía mucho ruido pero poco estrago. El examen de los cadáveres tras las batallas confirmaba una y otra vez ese diagnóstico: la mayoría de los caídos presentaban heridas de arma blanca, siendo muy pocos los muertos por una bala de fusil.

LA BAYONETA

En estas condiciones, los jefes militares empezaron a buscar alternativas, sobre todo al tomar en cuenta las enormes dificultades que los ejércitos de la época encontraban para mantener los fusiles en buen estado y procurarse las piedras de chispa, pólvora y municiones necesarias. La solución era obvia: si el oneroso fuego producía poco efecto había que privilegiar el uso de la bayoneta, cuya utilización no presentaba costo material alguno. Como los combates napoleónicos lo habían demostrado, un ejército revolucionario bien motivado podía hacer un uso

devastador de la bayoneta decidiendo la batalla en una única carga triunfal. El problema es que el combate cuerpo a cuerpo de infantería requería una resolución extraordinaria por parte del atacante. Durante varias decenas de metros había que avanzar bajo el fuego enemigo sin perder el orden de la formación, para luego batirse mano a mano. Esta experiencia podía ser traumática para los infantes, cuyo reclutamiento se realizaba mayormente en el espacio urbano. Con la bayoneta fijada en el cañón el fusil se transformaba en una lanza enorme y maciza de casi dos metros de longitud, su esgrima era tosca y brutal. Para ultimar a un adversario era necesario cortarlo y atravesarlo repetidas veces, viéndolo agonizar. La vida ciudadana no preparaba de ningún modo para este tipo de pruebas: los reclutas preferían el combate mecánico, anónimo y distante ofrecido por el fuego de fusil.

Se vio entonces desde los primeros combates revolucionarios que los soldados, al recibir la orden de cargar a la bayoneta, tenían una tendencia a quedarse clavados en su lugar, continuando el uso del fuego hasta agotar sus cartuchos. Se hacía pues necesario modificar la sensibilidad de la tropa: era imperativo hacerla preferir el combate cuerpo a cuerpo. Los ejércitos

revolucionarios eran hábiles en este tipo de maniobra pedagógica. Tras unos primeros intentos fallidos en 1810 y 1811, el año de 1812 fue destinado a consagrar la bayoneta como el arma principal.

Ya a finales del año los efectos se hacían sentir. Al alba del 31 de diciembre de 1812, en las puertas de Montevideo, el ejército realista sitiado intentaba una salida para sorprender al campamento patriota. En un primer momento el ataque fue un éxito: los revolucionarios fueron barridos de sus posiciones sobre la colina del Cerrito y estaban a punto de ser quebrados. Sin embargo, algunos oficiales lograron reunir a la tropa en retirada y la llevaron en una feroz carga colina arriba, con la bayoneta calada. Los realistas, que no estaban acostumbrados a ese tipo de resistencia, rehuyeron el combate cuerpo a cuerpo y se retiraron con grandes pérdidas. ¿Cómo es que los patriotas habían logrado semejante hazaña? Todo había radicado en el uso del ejemplo. Según la ordenanza española los oficiales de infantería no llevaban fusil, sino que combatían espada en mano. Para lograr que la tropa cargase a la bayoneta, sin embargo, en

la colina del Cerrito los oficiales desoyeron la ordenanza y combatieron a la par del soldado. Incluso el comandante del principal regimiento de infantería, a riesgo de ser sancionado, tomó un fusil y cargó a la bayoneta como todos los demás³.

Este tipo de artilugios motivadores eran eficaces. A cientos de kilómetros de distancia, en el frente norte, el comandante en jefe de las fuerzas patriotas ensayaba una maniobra similar. Unas horas antes de la decisiva batalla de Tucumán, el general Belgrano hizo saber a sus comandantes de batallón que el plan de acción se reduciría a cargar inmediatamente a la bayoneta sobre la línea contraria. Como muchos de sus inexpertos infantes no poseían bayoneta se distribuyeron largos cuchillos para ser amarrados en su lugar. La orden recorrió las filas y con los primeros fuegos los revolucionarios cargaron (Paz, 2000, vol.1: 55). La bayoneta se mostró muy útil en el entrevero siguiente y la victoria coronó los esfuerzos patriotas. Desde ese día la bayoneta ganó una enorme reputación en la infantería rioplatense. Belgrano informaba al gobierno:

3 El comandante del n°6 era el teniente coronel Soler. Quien lo acusa de haber cargado a la bayoneta como un soldado es uno de sus enemigos personales, el comandante en jefe Rondeau. Ver Rondeau J. (1963), Autobiografía del brigadier general don José Rondeau. Boletín Histórico, N. 96-97, 60-61.

4 "Belgrano al Gobierno, Tucumán, 12 de enero 1813", AGN, X-3-10-5.

La tropa marcha con el mayor orden, llena de alegría y entusiasmo para arrojar a los Tiranos de las Provincias oprimidas; de su disciplina y subordinación me prometo, mediante Dios, los resultados mas favorables, y sobre todo del gran aprecio que hacen de sus bayonetas; habiendo conocido la importancia de esta arma, y que a su presencia nuestros Enemigos abandonan el puesto ⁴.

En efecto, desde 1813 vemos que la carga a la bayoneta se vuelve la maniobra preferida de los ejércitos revolucionarios. Conociendo cada vez mejor las fortalezas y debilidades de los soldados locales, los estrategas rioplatenses simplificaban cada vez más las tácticas utilizadas, desechando toda maniobra compleja y limitando en lo posible el uso del fuego. Así vemos que, incluso en las ocasiones más decisivas, los patriotas optaban por arriesgarlo todo en una única carga al arma blanca. En la trascendental batalla de Maipú que dio la libertad a Chile, la orden general dada por San Martín antes del combate era de una simpleza lacónica:

Los comandantes de cuerpo, en el momento de la acción, luego que

vean enarbolar el pabellón nacional de Chile y una bandera blanca, cargaran a la bayoneta y sable en mano a los enemigos que tengan al frente. ⁵

La lógica de estos ataques “a la brusca” (como se los llamaba entonces) era clara: puesto que la disciplina de la infantería local dejaba mucho que desear, era preferible apostar a su entusiasmo inicial en vez de afrontar las posibles complicaciones de una lucha prolongada. Para los soldados, en cambio, se trataba ya de una cuestión simbólica fundamental: sólo el ataque al arma blanca era digno de los ejércitos de línea compuestos de hombres libres, mientras que toda maniobra sofisticada o evasiva constituía en definitiva una muestra de cobardía. De este modo, el desprecio por las armas de fuego y la utilización ostentosa del arma blanca se transformaron en rasgos profundamente anclados en el ethos militar local.

LA CABALLERÍA EN LA ENCRUCIJADA

Este tipo de actitudes respecto del uso del fuego eran aún más marcadas en la caballería, que siguió una evolución

⁵ “Orden general expedida por el general San Martín para presentar la batalla al ejército enemigo”, Archivo Histórico Museo Mitre, Anexo San Martín.

similar a la que venimos de trazar para la infantería. La larga historia de la caballería a nivel mundial ha estado siempre marcada por períodos en que las armas de lanzar se imponían sobre las de golpear, y viceversa. Para Europa, esta historia es bien conocida. La revolución militar desencadenada, entre otros factores, por el uso masivo de armas de fuego portátiles, cambió radicalmente el rol de la caballería a partir de la segunda mitad del siglo XVI. Los caballeros medievales cubiertos de acero y armados de pesadas lanzas cedieron progresivamente el lugar a jinetes más ligeros que se servían de armas de fuego cortas. La táctica de esta nueva caballería era muy distinta de la precedente: en vez de cargar a fondo buscando el contacto se utilizaban movimientos evasivos como el de la “caracola”, donde oleadas sucesivas de jinetes abrían el fuego a corta distancia para luego retirarse a retaguardia a recargar. Este uso exclusivo del fuego fue cuestionado por Gustavo Adolfo y luego por Federico II. Para el inicio de las guerras napoleónicas, la caballería había vuelto a buscar el contacto cuerpo a cuerpo, con tropas ciertamente menos

pesadas que en el medioevo pero armadas de sables, espadas y lanzas (Parker, 1988; Chauviré, 2004; Weck, 1980).

Se podría decir que esta larga evolución realizada en el transcurso de tres siglos, se reprodujo en el Río de la Plata de manera acelerada, demorando apenas unos años. La caballería propia a los pueblos indígenas de la llanura pampeana era formidable, con sus lanzas largas, para el choque frontal. Sus contrincantes coloniales, viendo a quien debían medirse, adoptaron pronto el modelo de los dragones, tanto en las milicias como en las tropas de línea. Ahora bien, el dragón colonial no era realmente un jinete ligero sino que se trataba más bien de un infante montado. Su entrenamiento, su armamento, su táctica estaban concebidas para un soldado que podía desplazarse a caballo, pero que se batía preferentemente a pie y recurriendo al fuego⁶.

Las primeras unidades de caballería revolucionaria, formadas en esta tradición, encontraron en las primeras campañas de la Guerra de la Independencia dificultades extremas para cumplir su misión en el campo de

6 Los dragones del Río de la Plata fueron formados por la ordenanza real de 1784. En 1802 el Marqués de Sobremonte la adaptó y la reimprimió en Buenos Aires para que sirviese de modelo a las nuevas milicias. Prontuario o extracto del ejercicio, y evoluciones de la Caballería conforme a la Real Ordenanza de 8 de Julio de 1774, Buenos Aires (1802).

batalla. Armados de pistolas, carabinas y fusiles, estos jinetes se batían, incluso cuando lo hacían de a caballo, como verdaderos infantes. José María Paz, que por entonces era un joven e inexperimentado oficial de caballería, nos ha legado algunas páginas extraordinarias acerca de ese momento en que los jinetes del Río de la Plata tuvieron que reaprender, literalmente, a hacer la guerra a caballo. Según su autorizada opinión, de hecho, hasta 1814 la caballería patriota no merecía siquiera el nombre de tal. Como explica:

La instrucción elemental se reducía al manejo del fusil de la infantería, adaptado a la carabina, y a las mismas maniobras que cada uno aplicaba lo mejor que podía; el mecanismo de la carga, su importancia, los períodos de ella, todo era desconocido; no se daba más voz que la de avancen, y lo hacía cada uno como se le antojaba. Pero qué mucho, ¡si no se sabía apreciar la utilidad, mejor diré, la necesidad del arma blanca para la caballería! (Paz, 2000, vol.1: 59)

Las armas de fuego eran útiles en las escaramuzas de avanzada, pero al momento de la batalla la carabina (por no hablar del fusil) era un instrumento inútil en manos del jinete. Si su manejo era incómodo y peligroso para un infante, el

hecho de estar a caballo incrementaba la dificultad hasta un punto ridículo. El caballo se sobresaltaba con las detonaciones y recargar un arma de avancarga mientras se sostenían las riendas era una tarea ardua. De modo que, en la práctica, el jinete llegaba al campo de batalla con la carabina cargada, avanzaba hasta ponerse a tiro, disparaba en dirección del enemigo con muy poco efecto y partía hasta la retaguardia para recargar tranquilo, volviendo largo rato después.

Sin embargo, los ejércitos patriotas, formados por reclutas criados en el seno de una verdadera cultura ecuestre, estaban casi forzados a mantener numerosos escuadrones de caballería voluntaria, a los que había que hacer participar de una manera u otra. Esta incoherencia del dispositivo “táctico-tecnológico” produjo en los primeros afrontamientos de la guerra de Independencia verdaderos impasses. Paz, que en esa época era ya oficial del regimiento de dragones, narra algunos incidentes insólitos.

El 1 de octubre de 1813, en las pampas de Vilcapugio, al ejército revolucionario del norte le faltaba una victoria más para abrirse definitivamente paso hacia el Perú. El día de la batalla, los dragones formaban en la izquierda de la línea patriota, montados en malas mulas o en

caballos reventados. Estaban armados de fusiles y carabinas, salvo un tercio del efectivo que usaba espadas tomadas al enemigo. Paz confiesa con candidez que una vez comenzado el combate, él y sus colegas no sabían demasiado qué hacer, pero como el resto del ejército se batía, ensayaron algunos esbozos de carga que hicieron huir a la aún peor caballería realista.

En un momento dado, y sin saber cómo, Paz se encontró a la cabeza de una sección de dragones que cargaba, no sobre la caballería, sino sobre la infantería enemiga, bien formada en línea. Estos infantes venían de abrir fuego, por lo que se encontraban con las armas descargadas. Los dragones avanzaron entonces sin dificultad, carabina en mano. Ahora bien, a medida que los dragones se acercaban al galope, los infantes instintivamente comenzaron a apiñarse hasta formar una masa compacta e impenetrable. Viendo esto, cuando los dragones se encontraron finalmente en posición de cargar sobre ellos, sin que nadie pronunciara una orden pararon en seco su carrera. Quedaron clavados en su lugar, ¡a apenas cuatro metros de la infantería!

Los instantes que se sucedieron fueron indescriptibles, surreales, casi oníricos. Allí, en el medio del campo de batalla, la

línea de jinetes y la de los infantes se miraban la cara, absortos, paralizados de sorpresa, sin que nadie supiese cómo reaccionar. Paz lo describe así: “Se siguieron unos instantes de silencio, de mutua ansiedad y de sorpresa. Si hubiésemos tenido armas adecuadas, era cosa hecha, y el batallón enemigo era penetrado y destruido.” Pero la caballería rioplatense no había comprendido aún los principios que podían hacerla eficaz como arma de choque. Los dragones no sabían cómo reaccionar.

Pasaron así unos segundos más hasta que un dragón rompió el sortilegio, avanzó unos pasos a su caballo, se inclinó, tomó el fusil de un infante e intentó arrancárselo. El infante logró atraparlo por la culata e intentó herir al jinete con su bayoneta. El dragón no se dio por vencido y mientras tironeaba del fusil con una mano, con la otra se servía de su carabina a modo de garrote. Durante el tiempo en que esta torpe esgrima tenía lugar, el resto de las dos unidades contemplaban el duelo en silencio, hasta que Paz volvió en sí, levantó su sable de oficial y lo descargó con toda su fuerza sobre la cabeza del infante más próximo. El sable rebotó sobre el shakó del soldado sin herirlo, pero éste arrojó su fusil y se dio a la fuga. Según Paz, toda esta escena duró entre dos y tres minutos: una verdadera

eternidad en medio de un campo de batalla. Finalmente, algunos infantes recargaron sus fusiles, dispararon y los dragones se retiraron a toda velocidad. Para entonces ya todo el ejército revolucionario huía y la campaña estaba perdida. La guerra en el extremo sur del continente requeriría de diez años más de esfuerzos para recuperar lo perdido en Vilcapugio. Para los dragones, la experiencia de su impotencia militar en la jornada quedaría grabada como un recuerdo amargo. Esta impresión se reforzaría aún más en la batalla de Ayohuma, algunas semanas más tarde, en que la escena se repitió casi idéntica (Paz, 2000, vol.1: 110-111, 133-135).

EL SABLE

Se hizo así evidente a los jefes de la caballería que un cambio de armamento era indispensable. El mismo se produjo de manera tan clara que podríamos seguir su implementación paso a paso, de provincia a provincia, de escuadrón a escuadrón. Para reducir el análisis a sus rasgos básicos, digamos que la reforma comenzó en Buenos Aires a fines de 1812 con la organización del nuevo regimiento de Granaderos a Caballo. Con la onerosa creación de este cuerpo el gobierno pretendía dar un nuevo modelo a la caballería de sus ejércitos. Como en

un laboratorio, se aplicaría la nueva táctica francesa napoleónica, privilegiando el uso de la carga a fondo al arma blanca en el momento decisivo del combate.

Tras aplicar meticulosamente el método de entrenamiento descrito por el reglamento francés, los granaderos hicieron sus primeras armas en el combate de San Lorenzo, el 3 de febrero de 1813, sobre las barrancas del río Paraná. Dicho día, el escuadrón de elite se ocultó tras un convento mientras que un batallón de 250 infantes realistas desembarcaba para saquear los alrededores. Sin ningún tipo de preámbulo, los jinetes se lanzaron a la carga sable en mano (y una parte de ellos armados de lanza por falta de sables) y masacraron a la infantería. El pequeño combate al arma blanca conquistó inmediatamente la imaginación del público local: en una sola carga, elegante y poderosa, 120 jinetes habían matado más de 40 enemigos y herido a otros 15. Los detalles del ataque fueron recogidos y llevados por la prensa hasta los últimos rincones del territorio y se cantan en los colegios argentinos hasta la actualidad (Espejo, 1916: 68-88; Olazábal, 1972: 5-13).

Tanto a un nivel discursivo como táctico, la victoria de San Lorenzo marcó el

triumfo del sable como arma privilegiada en el Río de la Plata. Antes de dar inicio a la famosa carga que decidió dicha jornada, San Martín había prohibido estrictamente a sus hombres que se sirviesen de sus armas de fuego (por ordenanza los granaderos portaban tercerola). En el parte oficial de la jornada, rápidamente publicado por el gobierno, el coronel decía que la victoria era fruto de “una carga sable en mano”. La expresión se volvería famosa y haría escuela. Cargar sable en mano se volvió una frase sinónimo de coraje y de ardor revolucionario hasta el punto de que es raro leer un parte de caballería de la época en que el comandante se prive de utilizarla.

Luego de San Lorenzo, en efecto, los sables de los Granaderos se volvieron un tema de conversación general. Los soldados del regimiento practicaban cotidianamente su esgrima y lo mejor de la sociedad porteña se acercaba al cuartel a observarlos ⁷. El espectáculo era interesante. El entrenamiento

consistía en una carrera donde se simulaba el corte a sable de las cabezas enemigas: se plantaban en el piso una cantidad de estacas con una sandía clavada en su extremo, luego los granaderos se lanzaban a toda carrera en sus grandes caballos, golpeando a derecha e izquierda.

San Martín había prometido a sus reclutas que las cabezas de los realistas explotarían de la misma forma que las sandías, y su promesa fue cumplida. Desde los primeros ensayos guerreros, los campos de batalla donde habían participado los granaderos comenzaron a presentar extraños restos. Cadáveres humanos cortados de parte a parte, cabezas separadas del tronco, miembros seccionados, cráneos prolijamente divididos en mitades, cañones de fusil partidos en dos ⁸. Los observadores confirmaban que se trataba de la obra de los sables, y por su sorpresa ante los nuevos hallazgos se deduce que tales destrozos no eran corrientes hasta el momento ⁹.

⁷ La esgrima del sable de caballería era bastante rudimentaria, con seis golpes de corte y uno de estoque, más las defensas. Reglamento para el ejercicio y maniobras de la caballería, Buenos Aires (1874).

⁸ Espejo compila varios testimonios en este sentido, además del suyo propio tras la batalla de Chacabuco, donde estudió con atención el campo de batalla. (Espejo, 1916: 556-557, 563).

⁹ El sable utilizado por los granaderos no era en sí mismo diferente del utilizado en otras unidades. Era un sable corvo de caballería, bastante pesado, de unos 90 centímetros de largo. Su particularidad residía más bien en su afilado, sobre el que las fuentes se explayan en diversas ocasiones. La tarea del afilado recaía muchas veces en los barberos de la ciudad más cercana, contratados a tal efecto. (Espejo, 1916: 614-615; Anschütz, vol.1, 1945: 82).

De modo que el espectáculo brindado por los sables granaderos era el perfecto contraste de la inutilidad de la carga de los dragones de Paz. La caballería se había vuelto un arma temible y desde entonces reinaría suprema sobre los campos de batalla del cono sur del continente. Este nuevo ethos del soldado de caballería fue rápidamente extendido a la totalidad de los ejércitos revolucionarios. Ni bien terminado su entrenamiento, los escuadrones de granaderos fueron destinados a cada uno de los frentes de combate, donde sirvieron de modelo táctico para las demás unidades de caballería. En apenas unos meses, los húsares, dragones y cazadores de la patria mostraban el mismo apego a la carga frontal y al combate cuerpo a cuerpo. La utilización del arma de fuego se había vuelto un gesto de indecisión y de debilidad ¹⁰.

En la guerra de guerrillas que se libraba cotidianamente al nivel de las vanguardias, en especial, se veía como algo esencial el establecer la superioridad moral sobre las partidas enemigas con las que había que batirse. Un joven oficial de caballería, Gregorio Aráoz de Lamadrid, era considerado uno

de los maestros en este tipo de lances. Una noche, marchando con su patrulla de caballería por terreno montañoso, fue divisado por el centinela del campamento enemigo, que dio el quié vive. Sabiendo que las fuerzas realistas eran mucho más numerosas y que no tardarían en estar sobre ellos, Lamadrid ordenó por lo bajo a uno de sus ayudantes que abriese fuego sobre el centinela. Cuando partió el tiro gritó a plena voz, simulando enojo: “¡No hay que tirar un tiro, carabina a la espalda y sable a la mano! ¡A degüello!” (Lamadrid, 1968: 36). Pese a lo que podría esperarse, a menudo este tipo de tretas se mostraba eficaz: ante la ostentación del recurso al arma blanca el enemigo creía tener frente así a un enemigo superior numéricamente, desencadenándose un pánico difícil de contener.

LA LANZA

Dejar de servirse del arma de fuego y cargar al arma blanca pasó a ser el emblema de la caballería del período. Ahora bien, si durante los primeros años de la Guerra de la Independencia el sable fue adoptado fácilmente como el arma ideal para el combate cuerpo a cuerpo, la

10 Por ejemplo, antes de la batalla del Gamonal, Manuel Dorrego prohibió a su ejército, bajo pena de muerte, el abrir el fuego. (Yates, 1888: 316).

utilización de la lanza conoció por parte de la tropa una resistencia sorprendente. Respecto de los soldados revolucionarios de aquellos años, Paz decía:

A falta de sables y armas de chispa, se daban alguna vez lanzas, y los soldados se creían vilipendiados y envilecidos con el arma más formidable, para quien sabe hacer uso de ella. He visto llorar amargamente soldados valientes de caballería porque se les había armado de lanza, y oficiales sumergidos en una profunda tristeza porque su compañía había sido transformada en lanceros. Ya se deja entender que en la primera oportunidad se tiraban las lanzas, para armar al caballero con una tercerola o un fusil largo, con el que, llegado el caso de un combate, hacía su disparo, sujetando su caballo para cargar, cuando no tomaba la fuga. Yo, como uno de tantos, participaba de la crasa ignorancia de mis compañeros, y no valía más que los demás (Paz, 2000, vol.1 : 59).

Esta actitud, decíamos, es sorprendente, y lo es por tres motivos. Primero por que la eficacia de la lanza en la carga frontal era evidente, particularmente para atacar a la infantería: sólo el largo de la lanza

podía dar al jinete la posibilidad de golpear a un infante armado de fusil y bayoneta antes de que éste clavase su arma en el pecho del caballo. Segundo, porque la lanza y la pica han sido siempre —a causa de su utilidad para conducir al ganado— las armas típicas de los pueblos ganaderos como el rioplatense (Henninger, 2004). Tercero, porque en la región que nos compete la lanza era utilizada con gran provecho por los guerreros indígenas, quienes gracias a ella habían derrotado en más de una ocasión a las tropas de línea de caballería. En efecto los indígenas seminómades de la región del Chaco y de la Pampa luchaban siempre a caballo, armados de lanzas muy grandes, de hasta seis metros de largo, hechas de cañas de tacuara (Rabinovich, 2009). El efecto de estas cargas indígenas era devastador: al momento del choque apuntaban las puntas de sus lanzas a la frente del caballo contrario, el que rehuía sistemáticamente el contacto, haciendo caer a su jinete.

¿Tal vez los soldados rioplatenses, tras haber sufrido en carne propia los destrozos de las lanzas indígenas, se

11 López Osornio señala en esta dirección. Según el autor, los Blandengues y demás tropas de frontera habrían abandonado el uso de la lanza durante el gobierno del virrey Vértiz. Éste, habiendo comprendido que la superioridad de los indígenas en el manejo de la misma era irreparable, habría decidido contar exclusivamente con el miedo que producían las detonaciones de la fusilería. (López Osornio, 1995: 125-126).

negaban a utilizarla por considerarla un arma de salvajes, indigna de un verdadero militar? No es fácil probarlo¹¹. En todo caso, el desagrado de la tropa para con la lanza causaba serios inconvenientes a la organización de la caballería revolucionaria, teniendo en cuenta que las armas de fuego y los sables eran siempre insuficientes y caros. En una carta extraordinaria que nos permite echar un vistazo a la intimidad del pensamiento táctico de los dos generales más importantes del Río de la Plata, Manuel Belgrano establece concretamente el problema presentado por la aversión de los reclutas hacia el uso de la lanza y los medios pedagógicos que pensaba poner en acción para contrarrestar la situación. Escribía Belgrano a San Martín:

Creo a Guibert el maestro único de la táctica, y sin embargo convengo con V. en cuanto a la caballería, respecto de la espada y lanza; pero habiendo de propósito marchado cuando recién llegué a este Exto, mas de treinta leguas hacia el enemigo con una escolta de ocho

hombres con lanzas, y sin ninguna otra arma, para darles ejemplo, aun no he podido convencer, lo conozco, a nuestros paisanos, de su utilidad; solo gustan de la arma de fuego y la espada: sin embargo, saliendo de esta acción, he de promover, sea del modo que fuese, un Cuerpo de Lanceros, y adoptaré el modelo que V. me remite. ¹²

Estos esfuerzos de los jefes para modificar las inclinaciones y gustos de la tropa producían su efecto. Paz confirma que, incluso antes de la llegada de San Martín al Ejército del Norte en 1814, y gracias a los esfuerzos concertados de Belgrano y Balcarce, los soldados comenzaban mal que mal a aceptar el uso de la lanza¹³. Sin embargo, pasarían años hasta que la misma fuese considerada un arma honorable. Tan tarde como en 1827, a inicios de la guerra contra el Imperio del Brasil, el oficial José María Todd afirmaba que los soldados de caballería seguían indecisos al respecto:

Esta arma estaba muy mal recibida por nuestros soldados, especial-

¹² “Carta de Manuel Belgrano a José de San Martín, Lagunillas, 25 de sept. 1813”, en Weinberg, 2001: 234-235.

¹³ En 1814, el ministro de guerra expresaba su preocupación por el rechazo que los soldados hacían de la lanza. Para mejorar la opinión que tenían de ella, recomendaba armar de lanzas a todos los cuerpos de caballería, incluidos los carabineros, de modo que los lanceros no se sintiesen disminuidos. Proponía incluso que los jefes de cada ejército portasen la lanza para dar el ejemplo. “El Ministro del Departamento de la Guerra manifiesta su opinión sobre el arreglo de Milicias en la campaña”, AGN Montevideo, Archivos Particulares, Archivo Garzón, n°37.

mente por los salteños que se creían degradados por ellas, pues solo la usaron los gauchos en la guerra de la Independencia a falta de otra arma. (Todd, 1892: 30-32)

Pero esta actitud fue completamente trastocada tras el combate del Ombú. Dicha acción, en efecto, fue decidida por un gran choque de caballería entre los mejores escuadrones rioplatenses y sus pares, muy famosos, del estado de San Pablo. Luego de repetidas cargas los primeros lograron acorrallar a los segundos contra el margen de un río no practicable. Una última carga contra los brasileños atrapados produjo una mortandad muy elevada. Ya dueños del campo de batalla, los soldados rioplatenses tuvieron tiempo de recorrer el escenario del reciente combate, constatando con sus propios ojos que la mayor parte de los enemigos muertos presentaban heridas de lanza. Desde ese momento el prestigio de esta arma fue general y ya nadie pondría en duda su utilidad (Todd, 1892: 30-32). Sólo el remington, medio siglo más tarde, pondría fin a su reinado.

CONCLUSIONES

Termina aquí un doble recorrido que nos llevó, por un lado, del uso del fusil a la preferencia por la bayoneta, y del uso de

la tercerola o carabina a la preferencia por el sable y luego por la lanza. Por otro lado, es un recorrido que habla de una preferencia general de la caballería por sobre la infantería. Al salir de la Guerra de la Independencia esta doble tendencia ya estaba profundamente anclada en el modo de hacer la guerra de las fuerzas rioplatenses. El gran ejército de línea formado en 1827 para enfrentarse al Imperio del Brasil estaba compuesto por 5.529 soldados de caballería (71%), 1.731 de infantería (22%) y 464 de artillería (7%) (Baldrich, 1905: 201-211). De estas tropas, la caballería estaba en su mayoría armada de lanzas y los infantes eran todos cazadores, entrenados para desplazarse a caballo y cargar a la bayoneta en el momento de la batalla. El Río de la Plata parecería entonces ir a contracorriente de la historia. Mientras que en esos mismos años, en Europa y su vasta región de influencia, la tendencia era hacia unos ejércitos cada vez más predominantemente nutridos de infantería, a su vez armada de fusiles cada vez más sofisticados y letales, en el extremo sur de América hasta los mejores jefes militares aceptaban presentar en batalla ejércitos puramente ecuestres y armados al arma blanca.

¿Constituye esto una paradoja o un retroceso histórico? ¿Estaban los

rioplatenses equivocados? El recorrido que hemos realizado muestra que no. En realidad, el tipo de unidad táctica dominante para el final de la guerra de la independencia (el escuadrón de lanceros de caballería) era el resultado de una especie de “selección natural” entre todos los tipos de unidad ensayados. Era el tipo de arma que se adaptaba mejor al terreno, a la población y a los recursos existentes en una situación concreta. A lo largo del trabajo hemos visto que este vuelco táctico respecto de los reglamentos militares no era la obra de un jefe militar iluminado ni la victoria de la tradición indígena o americana por sobre el modelo europeo. Era el fruto de un largo proceso de experimentación en el que habían participado estrategias europeas, oficiales de carrera americanos, jefes milicianos autodidactas y la tropa en todas sus

formas.

A lo largo de ese proceso hemos señalado repetidas veces la importancia de las preferencias y las representaciones de la tropa respecto de cada arma, pero hemos visto también que estas no eran un dato estático: un esfuerzo pedagógico, y en especial la experiencia misma del combate, podía muy bien modificar esas preferencias y esas representaciones. Es que en la guerra hay una sola verdad definitiva: la victoria en el combate, primero, y en la totalidad de la campaña, después. Si las unidades de lanceros a caballo terminaron imponiéndose es porque encontraron una forma de triunfar en los combates y de decidir a la larga las campañas. En cuanto las condiciones que hacían posible este resultado cambiaron, cambiaron también los modos de hacer la guerra.

BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo (1960). *Diario de un Soldado*. 1806-1810. Buenos Aires: Comisión Nacional ejecutiva 150° Aniversario de la Revolución de Mayo.
- Anschütz, C. (1945). *Historia del Regimiento de Granaderos a Caballo, 1812-1826*. Buenos Aires: Círculo Militar.
- Audoin-Rouzeau, S. (2008). *Combattre. Vers une anthropologie historique de la guerre moderne (XIXè-XXIè siècle)*. Paris : Seuil.
- Baldrich, J.A. (1965). *Historia de la guerra del Brasil: contribución al estudio razonado de la historia militar argentina*. Buenos Aires: Imprenta La Harlem.
- Best, F. (1960). *Historia de las guerras argentinas*. Buenos Aires: Ed. Peuser.
- Beverina, J. (1992). *El Virreinato de las Provincias del Río de la Plata. Su organización militar*. Buenos Aires: Círculo Militar.
- Bruyère-Ostells, W. (2017). Bilan historiographique et limites de l'approche purement historienne de la violence de guerre au XIXe siècle. *Corps*, V.15, N. 1, 249-259. doi:10.3917/corp1.015.0249.
- Chauviré, F. (2004). La charge de cavalerie, de Bayard à Seydlitz. *Nouvelle histoire Bataille II*, Cahiers du CEHD, N. 23, 93-131.
- Clastres, P. (1997). *Archéologie de la violence : la guerre dans les sociétés primitives*. Paris : Editions de l'aube.
- Espejo, G. (1916). *El paso de los Andes. Crónica histórica de las operaciones del Ejército de los Andes para la restauración de Chile en 1817*. Buenos Aires: Librería la Facultad.
- Fradkin, R.O. (2009). Tradiciones militares coloniales. El Río de la Plata antes de la revolución. En Heinz, F. (comp.), *Experiências nacionais, temas transversais: subsídios para uma história comparada da América Latina*. São Leopoldo: Editora Oikos.
- Fradkin, R.O. (2010). Las formas de hacer la guerra en el litoral rioplatense. En Bandieri, S. (comp.), *La historia económica y los procesos de independencia en la América hispana*. Buenos Aires: AAHE/Prometeo Libros.
- Frega, A. (2005). Guerras de independencia y conflictos sociales en la formación del Estado Oriental del Uruguay, 1810-1830. *Dimensión Antropológica*, N. 35, 25-58.
- Garavaglia, J.C. (2003). Ejército y milicias: los campesinos bonaerenses y el peso de las exigencias militares, 1810-1860. *Anuario IEHS*, N. 18.
- Guibert, J.H. de (1773). *Essai Général de Tactique, précédé d'un discours sur l'état actuel de la Politique et de la Science Militaire en Europe avec le plan d'un ouvrage intitulé : La France politique et militaire*. Paris.

- Guilaine, J. y Zammit, J. (2001). *Le Sentier de la guerre : Visages de la violence préhistorique*. Paris : Seuil.
- Halperín Donghi, T. (1979). *Revolución y Guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1979.
- Halperín Donghi, T. (2005). *Guerra y finanzas en los orígenes del Estado argentino (1791-1850)*. Buenos Aires: Prometeo.
- Hanson, V.D. (1989). *The Western Way of War. Infantry Battle in Classical Greece*. Berkeley: University of California Press.
- Henninger, L. (2004). Border reivers et Moss troopers. La guérilla frontalière entre l'Écosse et l'Angleterre, XVIe-XVIIe siècle. En Romer J.C. (dir.), *Face au barbares - Marches et confins d'empires, de la Grande muraille de Chine au Rideau de fer*. Paris : Ed. Tallandier.
- Keegan, J. (1976). *The face of battle*. New York : Penguin Books.
- Keegan, J. (1993). *A history of warfare*. New York : Vintage Books.
- Keeley, L. (1996). *War before Civilization*. Oxford.
- Lamadrid, G. (1968). *Memorias*. Buenos Aires: Eudeba.
- Lempérière, A. (2004). Revolución, guerra civil, guerra de independencia en el mundo hispánico, 1808-1825. *Ayer*, N. 55, 15-36.
- López Osornio, M. (1995). *Esgrima criolla. Cuchillo, rebenque, poncho y chuza*. Buenos Aires: Nuevo Siglo.
- Luqui Lagleyze, J.M. (1995). *El ejército realista en la guerra de la independencia*. Buenos Aires: Instituto Nacional Sanmartiniano.
- Marchena Fernández J. y Chust M. (eds.) (2008). *Por la fuerza de las armas. Ejército e independencias en Iberoamérica*. Castelló de la Plana: Publicaciones de la Universitat Jaume I.
- Míguez, E. (2003). Guerra y orden social en los orígenes de la Nación Argentina, 1810-1880. *Anuario IEHS*, N. 18, 17-38.
- Muir, R. (1998). *Tactics and the experience of battle in the age of Napoleon*. Londres: Yale University Press.
- Olazábal, M. (1972). *Episodios de la Guerra de la Independencia*. Buenos Aires.
- Ortiz Escamilla, J. (2005). *Fuerzas militares en Iberoamérica, siglos XVIII y XIX*. México: El Colegio de México.
- Pardo, A. (1900). *Partes oficiales y documentos relativos a la Guerra de la Independencia*. Buenos Aires.
- Parker, G. (1988). *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800*. Cambridge University Press.

- Paz, J.M. (2000). *Memorias Póstumas*. Buenos Aires: Emecé.
- Rabinovich, A.M. (2009). Les formes de la guerre et la situation stratégique de l'Indien. Les armées des guerres de l'Indépendance dans les régions de la Plata au début du XIXe siècle. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Recuperado de <http://nuevomundo.revues.org/index56423.html>
- Rabinovich, A.M. (2010). The Making of Warriors: The Militarization of the Rio de la Plata, 1806-1807. En Bessel, R., Guyatt, N. y Rendall J. (eds.), *War, Empire and Slavery, 1770-1830* (pp.81-98). Basingstoke: Palgrave-Macmillan.
- Rondeau, J. (1963). Autobiografía del brigadier general don José Rondeau. *Boletín Histórico*, N. 96-97, 60-61.
- Schmidt, R. (1889). *Las nuevas armas de fuego portátiles adoptadas como armas de guerra*. Bâle: H. George éd.
- Todd, J.M. (1892). *Recuerdos del Ejército de Operaciones contra el Emperador del Brasil*. Salta: Ed. La Velocidad.
- Weck, H. de (1980). *La Cavalerie à travers les âges*. Lausanne : Edita-Lazarus.
- Weinberg, G. (2001). *Epistolario belgraniano*. Buenos Aires: Taurus.
- Yates (1888). *Memoria sobre la guerra civil en las provincias argentina en tiempos de las montoneras de Ramírez y Carrera 1820-1821*. Revista Nacional, V. 6, N. 30.

SOBRE EL AUTOR

ALEJANDRO M. RABINOVICH

CONICET/UNLPam

Alejandro M. Rabinovich es Doctor en Historia y Civilización por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Se desempeña como investigador adjunto del CONICET y profesor de Historia Argentina en la Universidad Nacional de La Pampa. Es autor de los libros *La société guerrière. Pratiques, discours et valeurs militaires dans le Río de la Plata, 1806-1852* (Presses Universitaires de Rennes, 2013); *Ser soldado en las Guerras de Independencia. La experiencia cotidiana de la tropa en el Río de la Plata, 1810-1824* (Sudamericana, 2013) y *Anatomía del pánico. La batalla de Huaqui o la derrota de la Revolución (1811)*, (Sudamericana, 2017). Especialista en el estudio del fenómeno de la guerra en Hispanoamérica, ha recibido el premio de Historia Militar de Francia en 2010.



CONVERSACIONES



“LA GUERRA HA LLEGADO A SER LA FORMA DE HACER ECONOMÍA Y NO LA INTERRUPCIÓN DE LA ECONOMÍA.”

ENTREVISTA A DARÍO AZZELLINI

DARÍO DE BENEDETTI

Quisiera comenzar la entrevista con algunas referencias relativas a su formación y a su trayectoria intelectual.

Actualmente soy investigador y estoy dando clases en Estados Unidos. Hice un doctorado en Sociología y otro en Ciencias Políticas. Sociología estudié en Puebla, México, y Ciencias Políticas en Frankfurt, Alemania. He trabajado en Austria como profesor asistente, y mi trayectoria de investigación, lo que me interesa desde que hice mi maestría en 1993, que la hice de hecho sobre conflictos étnicos y procesos de autonomía en la Costa Atlántica de Nicaragua es movimientos sociales, emancipación de las relaciones sociales y modelos socialistas de gobierno, de vida y de trabajo. Y en esto ya que me he concentrado mucho en mi trabajo en América Latina principalmente pero ampliando, la dimensión inevitable de los conflictos militares, las guerras.

He estado en Nicaragua, luego a principios de los 90s en El Salvador, luego en Chiapas, en Colombia. Y al mismo tiempo siempre he tenido la línea alternativa de investigaciones sobre cuestiones económicas y de trabajo. Entonces estudiando Colombia y el narcotráfico llegué a analizar el narcotráfico como un modelo posfordista de producción y comercialización. Es

decir, con todos los elementos que tiene el posfordismo del just in time: la externalización, la fragmentación de las cadenas productivas, etc. De ahí empecé a estudiar más todo ese proceso posfordista en la economía legal, y de ahí otra vez regresé a los cambios en la conducción de guerra, como también un desarrollo posfordista neoliberal, que implica cambios sustanciales sobre cómo hay que entender la guerra y de cómo funciona. De allí, por un lado mi foco en la externalización, que serían las empresas militares privadas, pero no solo eso, sino también fenómenos como el paramilitarismo que considero el hermano "malo" de las empresas militares. En el sentido que también el paramilitarismo, de por sí, aparece siempre apoyado por élites y representando sus intereses y apoyado muchas veces también por servicios secretos, por militares, etc. Especialmente en Colombia, pero también en México, y en otros países, si queremos salir de esa área a otros conflictos en el mundo, en África, o en donde sea. Entonces, es el hermano feo, o el hermano ilegal de la privatización oficial que se ha vuelto un negocio limpio. Es decir, mientras antes los mercenarios tenían esa aura de ser feos, malos y sucios, ahora ya son empresas cotizadas en la bolsa. A mí lo que me

chocó en un primer momento fue conocer la situación en Colombia. Hay análisis que parten de que hay "Estados fallidos", que los Estados están perdiendo el control sobre las acciones militares, etc., a causa de la privatización de operaciones militares, del paramilitarismo, etc. Pero si tu vienes del análisis empresarial a nadie se le ocurriría pensar que alguna empresa está perdiendo el control de la producción de carros porque ha externalizado el 90% de sus operaciones a otras empresas. Pues no. Y creo que lo mismo pasa con los asuntos de la militarización y de la guerra. Entonces por eso, de allí mi camino para llegar al final a analizar otra vez aspectos de guerra, militarización y especialmente privatización de servicios militares.

¿Qué son estas empresas militares privadas y qué relación tienen con los mercenarios?

Empresas militares privadas, contratistas militares privados: hay varios términos que se usan, hay también contratistas de seguridad privados. Ahí se mezcla, porque cada vez es más difícil diferenciarlos, entonces muchas veces ya se habla de contratistas, militares y seguridad privados.

Son empresas que asumen cualquier tipo de tareas que antes eran tareas

específicas de ejércitos nacionales, bajo el control de una estructura militar nacional. Y eso hace una gran diferencia, no es que sea defensor de los ejércitos nacionales o de las guerras. Pero obviamente, estructuralmente hacen una gran diferencia si hablamos de una empresa privada o si hablamos de un ejército o estructura militar nacional que tiene que responder a unas instancias políticas por ejemplo. Las empresas militares privadas son compañías legales, que ofrecen un muy amplio rango de servicios y que se supone compiten entre sí (digo se supone porque luego voy a explicar un poco más). El asunto es que un negocio global que probablemente alcanza, según varias estimaciones, alrededor de los 250.000 mil millones de dólares al año. Y es uno de los sectores económicos que crecen más rápidamente. Tiene un crecimiento anual de un 7.4 o 7.5 %. Esas son estimaciones del relator especial de la ONU sobre empresas militares privadas. Entonces ya no son mercenarios en el sentido anterior que se veían como algo sucio, o como algo extra-legal, o como algo que no era bien visto en el juego político, en la guerra ni por otros países. La misma declaración de independencia de Estados Unidos define que es uno de los actos más deplorables y repudiables que el Rey Inglés esté usando

mercenarios para combatir a los rebeldes americanos que luchan por la independencia. Hoy, Estados Unidos es el país que más empresas militares privadas tiene, y que más las usa, para cualquier asunto que uno se pueda imaginar. Desde drones y misiles que son manejados por empresas militares privadas a unidades especiales, secretas, cárceles militares manejadas por empresas militares privadas. De esos 250.000 millones de dólares que se gastan al año en empresas privadas, Estados Unidos gasta más de la mitad de esa suma global ¿Qué ofrecen? desde construcción y administración de campos de entrenamiento en Estados Unidos y en el mundo, hasta prisiones militares, transporte, entrenamiento, modernización de fuerzas militares, mantenimiento de sistema de armas. Ese es un buen ejemplo de cómo el negocio cambia la estructura de la guerra. Es decir, las empresas de producción de armas, como por ejemplo helicópteros de combate, antes te vendían el helicóptero, eso significaba que la agencia nacional necesitaba un año o dos para poderlo usar, necesitaba formar mecánicos, entrenar pilotos, etc. Hoy en día esas la empresas, si quieres, te venden o te prestan de mecánicos y pilotos con las armas que te venden. Por lo tanto, un asunto importante es que el uso de todas

esas armas llega a ser inmediato. Además, se evade la responsabilidad y la posibilidad de control democrático institucional.

El primer concepto que obviamente cambia es quien es combatiente. La reglamentación que existe respecto a la guerra o a los conflictos bélicos, o de intervenciones, o las cuestiones de decisiones democráticas sobre intervenciones militares, etc. están basadas en conceptos de ejército nacional de combatientes que no tienen ya nada que ver con la realidad. Para dar algunos ejemplos: primero si alguien que pertenece a un ejército comete algún crimen de guerra es sentenciado según la ley marcial del ejército del cual pertenece, esas empresas militares privadas no son militares. Ellos según la ley son civiles, así que no están sometidos a ninguna ley marcial como tampoco están sometidos a la ley civil de los países en los cuales actúan, porque normalmente esas empresas firman contratos. Por ejemplo, las empresas que trabajan para Estados Unidos en Iraq: Estados Unidos firma los contratos diciendo que ellos no pueden ser sometidos a ley civil en los países donde actúan. Entonces se crea ahí un campo de impunidad organizada. De ahí las consecuencias que vemos, masacres que han sido cometidas por empresas

militares privadas. La más conocida es la cometida en el 16 de septiembre del 2007, cuando siete empleados de Blackwater abrieron fuego en la rotonda Nusoor en Bagdad, matando 17 personas, y dejando 27 más gravemente heridas. Se sintieron amenazados y empezaron a disparar a mansalva a personas y a carros.

Luego se averiguó que no había ninguna amenaza y que si había alguna no estaba justificada esa reacción. Pero no pudieron someterlos a juicio en Iraq, y es uno de los pocos casos, porque ha sido tan conocido, que al final un juicio que terminó hace poco en Estados Unidos. El gobierno Iraquí prohibió a Blackwater continuar operando. Unas pocas semanas después la decisión fue revocada por Estados Unidos. Debido a la presión pública, el FBI investigó el incidente, y en el 2015 un ex empleado de Blackwater fue sentenciado a cadena perpetua y otros tres a 30 años por una corte de los Estados Unidos. Treinta testigos vinieron desde Irak a testificar. Pero eso fue un caso excepcional. El Centro de Derechos Constitucionales de Estados Unidos, una organización de DDHH de Estados Unidos, se encargó del juicio. Llevó a testigos de Iraq a Estados Unidos, para hacer una causa contra esos mercenarios. Pero eso también te hace ver que no caen bajo las leyes

existentes. Entonces tú tendrías que llevar un juicio en el país de origen de esa gente y ser capaz de conocer sus nombres y, además, llevar acusadores y testigos del país donde se ha cometido el crimen.

Estaba pensando, por ejemplo, en el caso de la cárcel de Abu Ghraib donde la empresa militar estaba contratada como servicios de traducción. Un contrato que ocultaba, entre otras cosas, la práctica de la tortura, y donde los delitos contra los DDHH finalmente descubiertos terminaron cayendo en la culpabilidad de los soldados individuales, como si hubiesen sido delitos de esas personas y no de una estructura estatal coordinada de tortura.

La mayoría de las prisiones militares en Irak y Afganistán son administradas por CPMS. En cuanto a la infame tortura en la prisión Abu Ghraib en Irak, sólo diez soldados fueron presentados ante la justicia porque los interrogatorios y la seguridad de la prisión eran responsabilidad de los empleados de Caci and Titan – que nunca han sido llevados a juicio. El otro asunto es que la responsabilidad penal pasa desde una estructura de comando estatal organizada a un nivel individualizado, donde se evita por cualquier medio asumir esa responsabilidad. Y cuando ya no se puede evitar son los pocos individuos que quedan condenados, pero

nunca la estructura que tomó las decisiones ni que dio las órdenes. Además, tenemos también el lado de la responsabilidad política. Esto es, si una estructura militar hace algo –más allá de la confianza que tengamos en la democracia liberal burguesa– formalmente el parlamento le puede pedir al ejército que rinda cuentas, y ellos están obligados a hacerlo. En cambio, con una empresa militar privada, no tienen ninguna responsabilidad de rendirle cuenta a nadie. Al contrario, todas las leyes prevén que si ellos se podrían culpar a ellos mismos, tienen el derecho de rehusar cualquier testimonio. Muchas veces firman contratos con el Pentágono que no están obligados de testimoniar, o directamente lo tienen prohibido.

Me gustaría preguntarle ¿bajo qué matriz o constelación teórica se ubica su trabajo? ¿Cuáles son, en su opinión, las limitaciones o reformulaciones teóricas necesarias para el estudio de las guerras contemporáneas?

Puedo decir más bien en qué me diferencio de los conceptos teóricos más comunes y corrientes: no creo en absoluto que haya una pérdida de control de parte de los Estados. O donde la hay creo que se quiere perder el control para perder la responsabilidad.

Hay entre muchos analistas una

concepción errónea de lo que es el Estado. Es decir, ven al Estado como un conjunto de instituciones y no desde un análisis más marxista o gramsciano, donde el Estado es un conjunto de fuerzas institucionales, sociales, etc. que comparte ciertos intereses generales pero también puede tener ciertas diferencias y contradicciones, y siempre actúa en diferentes campos. Si lo vemos así, eso no es una pérdida de control del Estado ni está fuera de control del Estado, sino que el Estado representa la posibilidad para las élites de seguir ciertos intereses, y lo hacen fuera y dentro de las instituciones, conectando con las instituciones a veces de manera más oficial, a veces de manera menos oficial, pero el control sobre eso no desaparece – a menos de que sea el Estado mismo el que quiera que desaparezca.

Es un planteo muy interesante. Gran parte de la bibliografía presenta las compañías militares como una erosión del poder estatal y muchas veces lo que señalan es por ejemplo como las compañías militares privadas no terminan obras o rehúyen al combate, donde prima la lógica capitalista del beneficio y termina perjudicando al propio Estado. Esos serían algunos indicadores que ven estas posiciones teóricas ¿Como ve ese problema donde la empresa tiene una lógica mercantil capitalista en contra del interés particular del Estado de ganar una guerra?

Creo que el asunto es que ha cambiado qué es la guerra y para qué es. Yo diría que antes la guerra era la interrupción de la economía corriente. Claro que había otra economía en tiempos de guerra, pero luego se regresaba a un modelo económico diferente, si se trataba de cambiar el sistema político- económico, o igual, bajo otro mando, o el mismo bajo el mismo mando si la parte ganaba la guerra. Hoy en día, la guerra es la economía y no en el sentido de que lo es sólo por la venta de armas y el uso de armas. Sino que lo es por varias razones. Primero porque cierto tipo de relaciones laborales sólo se pueden mantener en situaciones de guerra: en Colombia que hubo una reducción del 90% del salario industrial en 20 años, pues sin el paramilitarismo que mata a trabajadores y sindicalistas no puede haber eso. Por eso también creo que en el contexto colombiano no puede haber una paz, hasta que no cambie el modelo económico. El modelo económico colombiano está basado en una guerra permanente, sin guerra ese país no puede funcionar económicamente. En el sentido en que en una situación en la que los pueblos indígenas y afro-descendientes pueden reclamar sus derechos constitucionales sobre las tierras pues no puede seguir el modelo extractivista que tiene Colombia.

Es el fin de la utopía liberal del fin de las guerras por el capitalismo.

Es exactamente lo contrario, hay que mantener la guerra porque es la posibilidad de mantener los márgenes de ganancia y las posibilidades de inversión que se dan con la existencia de esa guerra y que desaparecerían si no la habría.

Ahí hay teorías que enfocan más en lo político, por ejemplo la llamada "Desestabilidad estabilizadora". Hay análisis que dicen que la estrategia militar en Estados Unidos respecto a América Latina y a otras zonas del mundo ha cambiado, en el sentido de que hoy se trata de generar una desestabilización continua porque eso es lo que daría estabilidad. Eso se puede conectar con el asunto de la guerra permanente. También hay que ver cómo ha cambiado el modelo del Estado, del que se hablaba en los 60 y 70. El Estado liberal y esa burguesía liberal ilustrada que, aunque capitalista, proponía "desarrollo" (dejando a un lado, por ahora, toda la crítica correcta al concepto de desarrollo y la noción eurocéntrica, racista etc. que conlleva). Las estructuras capitalistas mafiosas de hoy, y no en el sentido del crimen organizado, lo saben mejor que todos. Como el caso de Macri en Argentina. Me refiero a esa economía financiera que está completamente

conectada con estructuras criminales, que no te asaltan en las calles, que te asaltan en los bancos, que ven el Estado como un mecanismo para enriquecerse, donde el Estado tiene cada vez menos capacidad de ser el capitalista ideal que pone en balance los diferentes intereses capitalistas para salvar al capitalismo. Si no que está cada vez más cercado por esas fuerzas depredadoras. De hecho cuando se hacen análisis de las empresas militares ¿porque no se miran simplemente quién está en el directorio de esas empresas? Son todos políticos o ex políticos, o jefes o ex jefes de servicios de inteligencia y de estructuras militares en Estados Unidos. Es decir, son todas personas que vienen desde el corazón de la estructura institucional de los Estados Unidos, y están justo ahí por los buenos contactos que tienen y que mantienen con toda la política del gobierno y del Estado. Y, sin embargo, son ellos mismos los que una vez tras otra estafan al Estado y al gobierno. Empresas que cobraron 50 millones de dólares para volar fruta y verdura para los soldados desde Estados Unidos a Iraq cuando lo podían comprar en el mercado de al lado, o que facturaron un precio de combustible varias veces superior al precio real. La “Base Federal de Datos de Contratistas de Conducta Inadecuada” listó 893 instancias de conductas

inadecuadas que reunían montos mayores a 40 billones de dólares. Todas cosas que evidencian que es un cuento de hadas liberal que esa clase tenga ese interés o esa integridad de preservar.

Pareciera que se está borrando esa dicotomía que se había conformado en la modernidad entre lo militar y lo civil, y de ahí la necesidad de llamar a empresas militares privadas, ¿algo así?

La posibilidad también de poder llevar a cabo operaciones militares sin tener que pasar por la política. Esto es, las empresas militares privadas ofrecen la posibilidad de que las élites, las empresas y los militares hagan su política de intervención militar sin tener que pasar por las instancias políticas supuestamente responsables de tomar esas decisiones según la ley vigente. Es decir, si quiero hacer una intervención militar en algún país tengo que pasar por el parlamento que tiene que decidir que el ejército va a intervenir militarmente allí. Todo eso no lo tengo que hacer sí el Pentágono simplemente contrata a una empresa privada para hacer un trabajo privado (entre comillas) en algún país. Así, por ejemplo, el senado de Estados Unidos puso el tope máximo de quinientos soldados de Estados Unidos en Colombia, más no podía haber al mismo tiempo. El pentágono tuvo dos mil empleados de empresas militares

privadas que envió a Colombia con experiencia de guerra en medio mundo (en El Salvador, en Chile, por ejemplo). El senado en Estados Unidos tiene que ser consultado sobre que cualquier contrato con empresas militares privadas de más de cincuenta millones de dólares, tiene que hacerse público y tiene que ser aprobado por el senado. Entonces lo que hace el Pentágono es fragmentar los contratos y darle a la misma empresa varios contratos de menos de 50 millones cada uno.

Pareciera entonces que la utilización de mercenarios tiene alguna utilidad en lo que es la conflictividad social, la lucha de clases, ¿qué relación hay con esos fenómenos?

Muy grande, muchas de las empresas militares privadas surgen —especialmente luego de las nuevas estrategias de guerra— porque Estados Unidos tiene problemas de guerra. En Vietnam son tres elementos que han hecho que perdiera la guerra: seguro el Vietcong, pero también la resistencia dentro del mismo ejército de Estados Unidos en contra de la guerra con los soldados que se rebelaban y rehusaban luchar, y, por el otro lado, también la resistencia en Estados Unidos en contra la guerra. Todo eso prácticamente desaparece. Los empleados de las empresas militares privadas son

pagados para actuar, saben el riesgo que corren, y ganan muy bien. Es decir, no es gente que sea forzada a hacer nada. Los muertos que tienen no tienen ningún peso público. Sabemos que en Estados Unidos uno de los peores traumas son los body bags, o sea, los sacos negros que regresan a Estados Unidos con los cuerpos de los caídos, que son jóvenes. Eso ya no pasa porque si muere un empleado de una empresa de seguridad en Iraq, en Afganistán o donde sea — y han muerto miles y miles y miles—, tiene tanto efecto en la opinión pública como si muere un empleado de una transnacional de un infarto en Hong Kong. No se cuentan en las estadísticas de caídos, ni las acciones militares que ellos hacen. Aparecen en los reportes militares, pero eso es otro elemento.

¿Cómo se llega a conocer en la guerra de Irak un agrupamiento cada vez más amplio de empresas militares privadas en combates? Bueno, hay un campamento militar en el cual se encuentran varios periodistas y en un momento es atacado por fuerzas los rebeldes. Se desarrolla un combate de más de nueve horas, hasta con armas pesadas, entre los atacantes y los defensores y después esos periodistas intentan obtener informes oficiales militares sobre lo que pasó. ¿Qué pasa? Pues qué no los hay, ¿porque no los hay?

Pues el ejército de Estados Unidos contesta que es porque no había militares de Estados Unidos involucrados. Fueron todos empleados de empresas militares privadas que estaban encargados como servicio de seguridad. Por eso digo que también los límites ahí son difíciles de separar. Es una empresa, supuestamente, con tareas de seguridad que está encargada de prestar seguridad al campamento militar de Estados Unidos. Como es una empresa privada militar no es parte de la estructura militar del ejército, lo que pasó no aparece en los reportes del ejército de Estados Unidos – que es la única fuente oficial para reportar sobre lo que pasó en las zonas de guerra. Lo que ha pasado no ha pasado, no existe. Sólo existió porque, por casualidad, había cuatro o cinco periodistas gringos ahí, pero de otra manera no existiría. Es un mecanismo de ocultar intervenciones militares, de hacerlas, de sustraerlas al control liberal democrático, al control parlamentario, a la atención pública. Un mecanismo para evitar que haya un conocimiento y un desconcierto público por lo que está pasando, por los muertos que puede haber, por los muertos del propio lado pero también del otro lado. Todo esos son elementos para hacer más invisible la guerra al tiempo que más incontrolable.

Generalmente se piensa que el nacionalismo es la forma más acabada del poder de movilización de un Estado. Pareciera que ya no lo necesita, con un Estado que se mueve a través del capital.

De hecho muchas de esas empresas militares están también en una alianza con propietarios de empresas de recursos naturales, empresas mineras, por ejemplo. Algunas hasta han sido pagadas, especialmente en África, en participaciones mineras. Las llevaban para hacer acciones militares para asegurar una mina de diamantes y luego les pagaban con acciones mineras. Hay algunas que son copropietarias de otras empresas mineras o al revés. También se decía que, por ejemplo, Monsanto, supuestamente, había comprado una empresa militar privada. No me sorprendería porque si queremos entrar en un escenario apocalíptico tipo MadMax, podemos imaginar empresas militares privadas llevando servicios militares de seguridad para defender los campos de soja en Argentina en contra de los locales que se les están cayendo los pies o los brazos por los agroquímicos que usan, o por campesinos que necesitan tierra o agua. Hacia esos escenarios apocalípticos nos estamos moviendo, hacia esas alianzas perversas que le sustraen el control formal sobre las acciones militares al

Estado formal.

Muchos Estados, Australia por ejemplo, han tenido que reformar sus estatutos militares para permitir a sus soldados pasar ciertas temporadas en las compañías militares privadas, puesto que ganan más en el sector privado ¿Qué pasa con esta mano de obra armada flotante al servicio de cualquier empresa? Hay soldados ugandeses, colombianos, chilenos, es esa situación. Realmente es una masa internacional de mano de obra.

El primer problema es que obviamente ellos están acostumbrados a esa impunidad que gozan trabajando como privados. Una ventaja para Estados Unidos es, obviamente, que los estándares que se usan en las empresas militares privadas la mayoría son de Estados Unidos. Entonces ellos ya tienen prácticamente un ejército escondido a nivel mundial o global, que está acostumbrado tanto al armamento como a las directrices y líneas de comando estadounidense. Es decir, que el ejército de Estados Unidos prácticamente tiene pequeños ejércitos stand by, que en cualquier momento podrían también movilizar cuando corresponda a sus intereses políticos – especialmente en Latinoamérica, pero también en otros lados. El problema adicional es que muchos de esos pequeños ejércitos son, para decirlo así, de proveniencia dudosa. Cada vez que termina un conflicto en

algún lado hay una masa de ex militares acostumbrados a la guerra que son altamente valorados por las empresas militares privadas. Vemos que durante un tiempo muchos de los ex militares expulsados del ejército chileno por crímenes en contra de los derechos humanos son asumidos por las empresas militares privadas. En su momento fue con esos militares expulsados del ejército chileno por crímenes en contra de los DDHH, luego pasó lo mismo con muchos de los militares de El Salvador y de Colombia. Con lo que he publicado sobre empresas militares privadas se da la absurdidad que sigo recibiendo desde hace años, una vez al mes mínimo, un correo en mi página web de alguien (casi siempre colombianos) que me dice: “soy colombiano, tengo experiencia con ese tipo de combates, sé manejar esas armas, no me puede dar algún contacto con una empresa militar privada para encontrar trabajo”.

Tendrá que pensar en fundar una.

Sí (Risas). Es gente que ve mi página web, ve el mapa con las empresas militares y piensa: “bueno voy a preguntarles si tienen trabajo”. Se está creando esa masa global-internacional de mercenarios de verdad del peor tipo, que están dispuestos a trabajar por

dinero en cualquier circunstancia. Están acostumbrados al poder violar los derechos humanos y obtener impunidad prácticamente completa. Y si luego leemos las entrevistas de ex trabajadores de esas empresas, algunas pocas hay, dicen que la mayoría de estos soldados están bajo la influencia de drogas todo el tiempo (cocaína, heroína, etc.). A cada rato se dan en casos de violaciones, de tráfico de mujeres, de niñas. Hubo casos en Colombia, en Kosovo y en otros lados. Es realmente una masa espantosa porqué así los quieren, eso es lo que se necesita para esas guerras.

Las compañías militares privadas parecería que han florecido en contextos donde los Estados luchaban con sujetos no estatales. Hoy se tiende a considerar que la superpotencias, a punta de lanza de Estados Unidos, están poniendo su foco nuevamente la guerra entre Estados, pensando sobre todo en China. ¿Considera que esto va a fortalecer el sistema de las compañías militares privadas?

Sí, en el sentido en que los Estados no tienen responsabilidad. Es decir, para tomar un caso que no es en los Estados Unidos, sino el de Rusia, por ejemplo. Cuando hace algunos meses hubo ese ataque de parte de Estados Unidos a una base militar (como supuesta respuesta a un ataque anterior de las fuerzas mercenarias a una zona petrolera bajo

control de Estados Unidos) y mataron un centenar, algo más, de mercenarios rusos en Siria. Rusia también está usando muchos mercenarios en Siria porque no quiere repetir algunas experiencias de Afganistán o de otros lados donde regresaron demasiados muertos. También porque sí tú tienes una empresa privada puedes hacer cualquier acción y si algo sale a la luz pública, si algo va mal, siempre puedes decir: bueno, nosotros no tenemos nada que ver no hemos dado la orden de hacer esto, nos distanciamos de eso, o lo que sea. Así fue con Rusia que no se asumió ninguna responsabilidad sobre los supuestos ataques de parte de esa base a otros lados.

Hay una reconfiguración de lo político y de lo que es lo militar, es una reconfiguración de absolutamente todo. Por eso digo que hay que verlo con un concepto diferente de lo que hoy es el Estado. Hay que verlo con un concepto diferente de qué es la guerra y para qué, y de cuál es la forma de crear plusvalía en ese contexto. No es que se gasta para luego crear plusvalía, si no la guerra misma es la que crea las condiciones para la creación de plusvalía necesaria. Entonces, no le veo ninguna contradicción con el asunto que se regresa cada vez más a guerras entre Estados. Muchos de los servicios se han

privatizado y tienen que ver con este tipo de guerra. Si piensas en campos de entrenamiento, por ejemplo, que están casi todos privatizados en Estados Unidos, llevados adelante por empresas como CUBIC u otras. Hasta hay empresas privadas que prestan servicios de inteligencia y las mismas transnacionales de minería petróleo y los recursos naturales también están cada vez más enredadas con empresas militares o asumen ellos mismos servicios que hasta hace poco eran considerado servicios militares. Como por ejemplo, muchas de las empresas de petróleo asumen cada vez más tareas que hasta hace poco eran considerados militares, de seguridad y de asesoría de riesgos, etcétera. Entonces es cada vez más difícil distinguir. Y por eso digo que la guerra ha llegado a ser la forma de hacer economía y no la interrupción de la economía, o no la forma de introducir otro modelo económico sino que la guerra es el modelo. No en el viejo sentido de vender las armas sino por las condiciones que se crean.

En este sentido, parte de su obra se dedicada a varios tema economía, control obrero de fábrica. ¿Ve algunos puntos de contacto entre el estudio de la guerra, las empresas militares privadas y tus otros campos de estudio?

Sí, un punto fue claramente el del cambio

de las estructuras del Estado, cómo cambia la economía del Estado en el sentido neoliberal y postfordista. Veo ese cambio desde la estructura del narcotráfico a la privatización de la guerra a los sectores clásicos de producción y las cadenas de valor en la producción. Me he dedicado, también al estudio de la guerra, de la privatización militar, de las estrategias de militares, etc. Creo que para no terminar completamente loco y paranoico, me empecé a dedicar a aspectos más positivos como el control obrero, la autogestión, la autogestión local y la autogestión laboral para ver que sí hay alternativas a ese infierno que nos está pintando como decía Thatcher: "TINA – There is no alternative". En ese sentido es un punto de conexión. Y el otro es que, obviamente, si no queremos ser demasiado voluntaristas, cada construcción de lo positivo implica, también, la lucha en contra de todas las fuerzas que quieren destruir lo que estás haciendo y lo quieren impedir. Construir otro mundo no es un mero acto de voluntarismo y de tu voluntad férrea, sino, también, de combatir y enfrentar a todas las fuerzas que lo quieren impedir. La guerra y la militarización, que sigue aumentando, la conexión entre explotación capitalista que necesariamente tienen, que abarcan

cada vez más áreas y más territorios. Significa una constante destrucción de los tejidos sociales y de todo lo que necesitas para poder crear otro mundo.

La solución no es volver al estado anterior al Estado moderno de los 50' ni a esa forma de capitalismo.

No, más allá de que considero que es simplemente imposible, por varias razones: es imposible porque yo parto de un análisis marxista y considero que el modo de producción que tienes determina el modelo político que vas a tener. El modelo político liberal democrático fue un modelo ligado de manera muy intensa al capitalismo industrial, luego la época de la democracia liberal ha significado el marco en el cual fue posible ampliar derechos, y siempre a través de la lucha porque esa ampliación nunca ha sido parte del modelo liberal democrático. El Fordismo fueron las décadas doradas en las cuales la democracia liberal fue el marco para poder ampliar derechos. Pero ya ha pasado, ha terminado el fordismo y no logramos ni mantener el status quo de antes. Entonces, significa que no es el marco ideal, de hecho hemos visto millones y millones de personas en las calles. La Argentina fue uno de los primeros países en levantamientos anti-representativos.

Hemos visto que la gente siente profundamente que la democracia liberal no es democrática, que no tienen nada que decir en la democracia liberal, que no tienen posibilidad de participación democrática. Primero por las estructuras económicas de la globalización no podemos regresar al viejo Estado nacional. Segundo, también el Estado nacional, no hay que olvidarlo, nos trajo la guerra (una característica intrínseca del Estado nacional). El modelo que acompañó a esa modernidad, el modelo de la de la democracia liberal, no es un modelo político que es democrático, ni puede funcionar. Yo creo que lo que hay que construir es una alternativa desde abajo, una alternativa que es, también, una línea con la realidad. Tenemos un mundo que tiene límites, y entonces, la idea del crecimiento ilimitado que está en la base del capitalismo no puede funcionar, no puede haber un crecimiento ilimitado en un planeta con límites en sus recursos y capacidades. Tenemos que pasar a un modelo donde la gente tome decisiones sobre su propia vida y donde participe en esas decisiones. Creo que es todo un proceso.

Por lo que dice, las políticas anti-sistémicas de izquierda también se construyeron a partir de identidades nacionales ¿Usted plantea que debería haber una reconfiguración por ese lado?

Sí, una reconfiguración como proceso, no lo podemos ni forzar, muchos de los parámetros que existe no van a desaparecer porque los negamos o porque no los queremos. Yo estoy convencido que el Estado no es un mecanismo de liberación, sin embargo, sólo porque el Estado no me gusta no lo puedo ignorar, ni va a desaparecer. Es un poder fáctico, hay relaciones de poder, y estamos en una situación internacional. Si hoy abolimos el Estado no vamos a tener el comunismo igualitario sino vamos a tener las empresas militares privadas en conjunto con las empresas transnacionales que van a tomar el poder y decidir ellas que hacer. Hay que manejar todo en relación con las realidades en las cuales vivimos. Me han parecido muy interesantes varios de los procesos en América Latina durante las últimas dos décadas. Los llamé un tipo de cambio de dos bandas, desde un poder constituyente y un poder constituido, lo analizo como una relación conflictiva y como un antagonismo. El antagonismo es el motor pero no es, como algunos vieron, que el Estado y la izquierda (o los movimientos) ahora forman una fuerza en conjunto y el conjunto cambia. No, juntos cambian las cosas pero es una relación de antagonista, de cooperación y conflicto. No un juntarse armónico de las fuerzas,

son dos lógicas opuestas. Sin embargo creo que no nos queda otra, vivimos en el mundo en el cual vivimos, debemos tomar en serio las relaciones de fuerza y las condiciones que existen. La revolución se hace bajo las condiciones que uno encuentra, como decía Marx en el Dieciocho Brumario.

¿Le gustaría agregar algo?

Sí, un asunto que es cómo con esas guerras o el uso de esas empresas militares privadas y la primacía de las compañías extractivas, se regresa a un modelo colonial en muchos lugares. Construyendo un tipo de economía de enclave como había en el Caribe en el mil seiscientos. Es decir, donde se defendían militarmente unos pequeños lugares de donde se sacaba el jarabe de azúcar de caña o el oro y la plata, para transportarlo a España, asegurando las rutas de transporte y las ciudades portuarias.

Sí, un asunto que es cómo con esas guerras o el uso de esas empresas militares privadas y la primacía de las compañías extractivas, se regresa a un modelo colonial en muchos lugares. Construyendo un tipo de economía de enclave como había en el Caribe en el mil seiscientos. Es decir, donde se defendían militarmente unos pequeños lugares de donde se sacaba el jarabe de azúcar de

caña o el oro y la plata, para transportarlo a España, asegurando las rutas de transporte y las ciudades portuarias.

Algo parecido a la Liga Helvética al principio de la modalidad que manejaba caminos, ejércitos.

Eso es lo que vemos, por ejemplo, en Irak o en Libia, o en otros lugares, donde las fuerzas de empresas militares privadas, que muchas veces cuando ha pasado la punta alta del conflicto hasta son pagadas directamente por las empresas privadas y también pasa en muchos lugares en África, como el Congo con el coltán o en Sierra Leona con los diamantes. Se ocupan exclusivamente de asegurar militarmente sus lugares de extracción, todo el resto del país no importa, sólo la infraestructura para sacar sus recursos, importa salvaguardar y darle seguridad a esos lugares de extracción y punto. Todo el resto del país no importa, hasta el colonialismo clásico tenía la idea de construir un modelo político o de crear cierto tipo de infraestructura, claro que para sus intereses; pero hoy en día no se transfiere ni parte de su aparato a esos países. Es la simple extracción, sin la creación de absolutamente nada más allá de la extracción, ni de estructuras políticas.

El ejercicio del poder como algo menos sutil.

Sí, eso ya no se hace, a las empresas no les importa el gobierno, ni que haya estructuras. Lo mismo pasa en muchas otras zonas de los Países Árabes, en África también. Lo mejor para ellos es que no haya gobierno que cobre impuestos. Estamos regresando ahí a un modelo con una economía de guerra que no es ni la clásica economía de guerra. Ésta era una economía centralizada que producía para la guerra, para luego en algún momento terminar la guerra. Hoy la producción nacional es destruida, muchos de los actores de la guerra se financian a ellos mismos, las empresas transnacionales pagan a las empresas privadas militares, que al mismo tiempo tal vez les pagan en acciones o en minas. Las elites locales se financian no en un cuadro nacional o colonial ordenado, sino que lo hacen por los impuestos que ellos mismos ponen sobre la exportación de recursos naturales.

Y se empieza a perder la distinción entre paz y guerra.

Es la guerra global permanente, ya la paz no existe. La distinción oficial sí existe, pero, durante los últimos 20 años, ninguna de las guerras que hemos tenido

sido declarada, ni la guerra de Arabia Saudita contra Yemen, ni la guerra en Libia, ni la de Irak.

Pareciera que este escenario va a seguir.

Lamentablemente sí. Ese es, por lo menos por un rato, el camino y la tendencia que tenemos. Lo más importante es crear conciencia, porque todo el modelo que se creó con las empresas militares privadas está hecho para ocultar de la percepción y de la decisión pública lo que está pasando.

Hay cambios a nivel de ciudadanía o población que busque restringir el uso de las compañías militares.

Muy pocos, hubo algunos intentos en Sudáfrica donde se prohibieron las empresas militares privadas. Entonces los mercenarios se fueron y trabajaron para otras empresas, o las empresas se declararon empresas de seguridad. En algunos países están pensando en cambiar sus leyes para prohibir a sus ciudadanos combatir en ejércitos foráneos pero no en empresas militares. Hay unos pocos intentos en la ONU, en la comisión que investiga a esos asuntos, pero es muy contradictorio porque la ONU ha pasado, también, a usar en sus

misiones empresas militares privadas, por ejemplo en Haití. Hay muy poco conocimiento, hay muy poca conciencia, y donde hay conocimiento es porque están interesados en que sea así.

SOBRE EL ENTREVISTADO

DARIO AZZELINI

Doctor en ciencia política y Doctor en sociología, School of Industrial and Labor Relations, Cornell University, Ithaca, Estados Unidos. Trabaja sobre procesos de transformación social, movimientos sociales, democracia, autogestión local y autogestión obrera. Es compilador y autor principal de “El negocio de la guerra. Nuevos mercenarios y terrorismo de Estado,” traducido a varios idiomas. Ha publicado más de una docena de libros traducidos a diferentes idiomas. Recién publicó “Communes and Workers’ Control in Venezuela: Building 21st Century Socialism from Below (Haymarket 2018) y editó “An Alternative Labor History: Worker Control and Workplace Democracy” (Zed Books 2015). Junto a Michael G. Kraft editó “The Class Strikes Back. Self-Organized Workers’ Struggles in the Twenty-First Century” (Brill 2018) y junto a Immanuel Ness “Poder obrero. Autogestión y control obrero desde La Comuna hasta el presente” (La Oveja Roja 2018). También realizó varios documentales, entre otros –con Oliver Ressler– el documental “Comuna en construcción” (2010) sobre Consejos Comunales y autogobierno en Venezuela. También con Oliver Ressler está realizando “Occupy, Resist, Produce”, una serie de documentales sobre empresas recuperadas en Europa. Azzellini es miembro y fundador del archivo digital plurilingüe www.workerscontrol.net.

Más información: www.azzellini.net



CONTEXTOS



LEYENDO A CLAUSEWITZ¹

JUAN CARLOS MARÍN

1 Publicado en Agosto de 2009 por Colectivo Ediciones y Ediciones PICASO (Programa de Investigaciones sobre Cambio Social, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires). Originalmente, el autor incluyó en el artículo una serie de notas al margen de distinta índole. Para esta edición, a los fines de facilitar su lectura, se decidió incluir aquellas que constituyen un comentario analítico como notas al pie, dejando afuera las que operan como simples marcaciones del texto.

CONVERSACIÓN I. EL DUELO

Clausewitz escribe a mediados del siglo XIX:

1. Introducción

Nos proponemos considerar, en primer lugar, los diversos elementos de nuestro tema; sus distintas partes o divisiones y finalmente el conjunto en su íntima conexión. Procederemos, de este modo, de lo simple a lo complejo. Pero en esta cuestión más que en otra alguna, es necesario comenzar por referirse a la naturaleza del conjunto, ya que en esto la parte y el todo deben siempre ser considerados simultáneamente.

2. Definición

No vamos a comenzar con una definición pedante y cargosa de la guerra, sino que nos limitaremos a su esencia, el duelo.

El punto de partida de la exposición de Clausewitz es el duelo; lo que veremos a lo largo de su obra es como va

reestructurando esta imagen del duelo². Cuando Clausewitz habla del duelo está reordenando todos los elementos preexistentes sobre teoría de la guerra y el avance de su conocimiento práctico; pero, además, sobre esta tesis va a construir su edificio teórico. El duelo es así punto de llegada de su reflexión e implica el reordenamiento del preexistente avance teórico en el campo de la teoría de la guerra. Y es punto de partida de su texto, de la construcción en que se expresa su edificio teórico.

Continúa Clausewitz: La guerra no es otra cosa que un duelo en una escala más amplia.

Primera incorporación: Después de haber señalado su punto de partida: el duelo, señala que “la guerra” es un “duelo en escala más amplia”. El duelo, punto de llegada de su reflexión, punto de partida en el texto es remitido por él a una imagen de escala mayor³.

Si concibiéramos a un mismo tiempo los innumerables duelos aislados que la forman, podríamos representárnosla bajo la forma de

² El duelo tiene el mismo estatus teórico-metodológico en su exposición, que la noción de “mercancía” para Marx. Esto no quiere decir que “mercancía” = “duelo”, sino que nos remite al inicio de *El Capital*, cuando Marx señala que “La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un ‘enorme cúmulo de mercancías’, y la mercancía individual como la forma elemental de esa riqueza...” (K. Marx: 1978, p. 43.)

³ De esta manera –la “guerra como el conjunto de los duelos”– es que Clausewitz intenta ampliar su exigencia de que “la parte y el todo deben...” en el punto 1. Introducción. Volveremos sobre esta decisión metodológica.

dos luchadores, cada uno de los cuales trata de imponer al otro su voluntad por medio de la fuerza física; su propósito *inmediato* es *derribar* al adversario y privarlo de toda resistencia.

Él desplaza nuestra imagen convencional del duelo y construye una imagen que es patrimonio de su teorización: esta imagen inicial es la de dos luchadores, que son tales en tanto usan la fuerza, y “tratan” de imponer al otro su voluntad.

En este texto entran en juego varios elementos: *Un medio*, la fuerza física; un objetivo teleonómico, imponer la voluntad al otro; pero también una cierta inmediatez, la *condición* para lograr imponer la voluntad al otro es “derribar al adversario y *privarlo de toda resistencia*”⁴. El punto de partida es la relación entre “dos iguales”; tanto “uno” como el “otro” tienen la misma meta: imponer su voluntad, derribar al otro para quitarle la capacidad de resistir. *Son simétricos e iguales*, no hay diferencia. El duelo, es al inicio, una relación simétrica entre iguales.

Aparecen dos propósitos. El primero es el de imponer su voluntad, pero para lograrlo es necesario un medio: la fuerza física. La situación buscada es una

situación intermedia: arrebatar la capacidad de resistencia.

Al avanzar en su modelo del *duelo* Clausewitz retorna a la guerra: La guerra es, en consecuencia, un acto de violencia para imponer nuestra voluntad al adversario.

Todo acto de violencia para imponer nuestra voluntad al adversario: eso es guerra.

Los atributos de la guerra son hasta ahora:

1. Uso de la fuerza (“violencia”), para:
2. Quitar la capacidad de resistencia al adversario.
3. Imponer la propia voluntad.

La violencia para enfrentarse con la violencia, recurre a las creaciones del arte y de la ciencia.

Él ha llamado violencia al uso de la fuerza, pero ¿qué es la fuerza? Retomemos el texto y analicemos su caracterización de la fuerza está aquí: “uno de los cuales trata de imponer al otro su voluntad por medio de la fuerza física”. Por el momento, la noción de fuerza nos remite a fuerza física.

Pero además, en la frase que encabeza este párrafo, Clausewitz sustantiviza la violencia porque está centrando la atención en el ámbito de la violencia para

⁴ El subrayado es nuestro.

caracterizarla. Así la “personifica”: la violencia, como si fuera una persona “recurre” a “las creaciones del arte y de la ciencia”⁵.

La *referencia* a ciencia nos remite al *conocimiento*, la *referencia al arte*, nos remite al *uso de ese conocimiento*. Recurre, entonces, a la constitución de un conocimiento y al uso de ese conocimiento.

Va acompañada de restricciones insignificantes que es casi inútil mencionar, que se impone a sí misma y son conocidas bajo el nombre de leyes y usos internacionales, pero que en realidad no debilitan su fuerza.

Este “sujeto”, esta personificación, este elemento sustantivo que es la violencia, tiene una limitación. La violencia en Clausewitz, es decir, el uso de la fuerza física material en el contexto del duelo, está “cerrada” por leyes de carácter jurídico-institucional, tanto nacionales como internacionales. El uso de la violencia no se reduce a la plenitud de las leyes físicas de la naturaleza, sino que está acotada, entornada, por este

marco jurídico-institucional.

Recordemos que Clausewitz se está dirigiendo a un lector. Hay una complicidad: su mundo, su medio, su momento. Pero Clausewitz no se subordina a esa complicidad, aunque inicialmente diga: “que es casi inútil mencionar”, “que se impone a sí misma”; tratando de no soslayar la concepción del mundo del lector. Lo sustantivo es señalado al final del párrafo: “pero que en realidad no debilitan su fuerza”. Aquí relativiza el peso de estas leyes, le restringe su papel: su consecuencia no es el debilitamiento de las fuerzas existentes. ¿Qué se traduce de toda esta línea? Que el desarrollo de la fuerza física está constituida por dos procesos: el de existencia de las leyes naturales y el jurídico-normativo.

La guerra no es el uso infinito y ciego de la violencia, pero –diría Clausewitz– en la guerra se usa infinita y ciegamente la violencia.

Clausewitz ha utilizado ya varios conceptos:

- Fuerza

5 Personificación que es una analogía de la reificación. Es la forma de reificación de procesos (relaciones que se cosifican mediante la personificación).

Estos comentarios pretenden no sólo comprender al autor en términos teórico-metodológicos. Procuramos también comenzar a elaborar una distancia crítica, la posibilidad de objetivarlo.

6 La lectura de la fuerza física actual, presente en el duelo y en la guerra, sólo es inteligible si es la consecuencia de la articulación de dos procesos: uno en el campo físico-natural, otro en el social. Clausewitz no dice esto pero allana el camino, elimina los obstáculos para que esto pueda ser tenido presente.

- Violencia

Es necesario caracterizar la palabra violencia ¿no nos remite a una situación? ¿Es solo fuerza o fuerza aplicada de determinada manera? La noción de fuerza física es, estrictamente hablando, un tipo de realidad del campo de las leyes físico-naturales, estén o no involucrados cuerpos humanos.

Es al hablar de duelo que aparece la idea de violencia, de dos luchadores que usan la fuerza física para imponer su voluntad al otro.

Violencia es, en realidad, el proceso de imposición de la voluntad a otro mediante el uso de la fuerza. La guerra es el uso de las violencias.

Clausewitz prosigue caracterizando la violencia como violencia física:

La violencia, es decir, la violencia física (porque no existe violencia moral fuera de los conceptos de ley y estado), es de este modo el *medio*: imponer nuestra voluntad al enemigo es el *objetivo*⁷.

Clausewitz analiza los duelos innumerables, observa en ellos la fuerza física y señala: es un medio, es necesario diferenciarlo del *objetivo*.

Para tener la seguridad de alcanzar este objetivo debemos desarmar al

enemigo; y este desarme es, por definición, el propósito específico de la acción militar, propósito que reemplaza al objetivo y en cierto sentido prescinde de él como si no formara parte de la propia guerra.

Este párrafo es sustantivo porque el objetivo que era antes la noción de imponer la voluntad, es dejado fuera de este modelo y desarmar al enemigo ocupa el lugar que hace consistente el uso de medios. El uso del medio –fuerza física– tiene como propósito inmediato y directo el desarme del enemigo, pero *no tiene como propósito inmediato imponer la voluntad al enemigo*.

Dice Clausewitz:

...y este desarme es, por definición, el propósito específico de la acción militar; propósito que reemplaza al objetivo *y en cierto sentido prescinde de él como si no formara parte de la propia guerra*.⁸

La guerra no es definida por el criterio de imponer la voluntad. Esto, veremos luego, está más bien ligado con la relación entre “guerra” y “política”, independientemente de la relación que se establezca entre ambas. Los objetivos de la política no constituyen el ámbito de la guerra; *la guerra pretende el desarme*

⁷ Violencia moral es remitida al ámbito “jurídico” y “estatal”, no “físico”.

⁸ El subrayado es nuestro.

del otro, ese es su ámbito. Clausewitz lo está despejando, reduciendo a su esencia.

La guerra queda así definida por un medio: el uso de la fuerza física; y por un objetivo: desarmar al enemigo. La legitimidad del uso de la fuerza está dada en función del *nivel e intensidad del desarme alcanzado*.⁹

CONVERSACIÓN II. LA VOLUNTAD

Seguimos con Clausewitz:

3. Uso ilimitado de la fuerza

Muchas almas filantrópicas imaginan que existe una manera artística de desarmar o derrotar al adversario sin excesivo derramamiento de sangre, y que esto es lo que se propondría lograr un verdadero arte de la guerra. Esta es una concepción falsa que debe ser rechazada, pese a todo lo agradable que pueda parecer. En asuntos tan peligrosos como la guerra, las ideas falsas inspiradas en el sentimentalismo son precisamente las peores. Como el uso máximo de la fuerza

física no excluye en modo alguno esta fuerza con crueldad, sin retroceder ante el derramamiento de sangre por grande que sea, obtiene ventaja sobre el adversario, siempre que éste no haga lo mismo. De este modo dicta su ley al adversario y cada cual empuja al otro a la adopción de medidas extremas que le oponga el contrario.

Es así como debemos encarar este asunto ya que el tratar de ignorar el elemento brutalidad, a causa de la repugnancia que inspira, sería un despilfarro de fuerza por no decir un error.

El límite de la fuerza física es fuerza física. En la guerra hay una relación entre fuerzas físicas. Cuando se analiza al enemigo no se lo puede ver solamente como él se ve a sí mismo, sino como objetivamente es, con toda la fuerza física que él es, la use o no.

Lo que subraya Clausewitz al decir que “las leyes y usos internacionales” no debilitan la existencia de violencia, es que él no soslaya a esas “almas filantrópicas” que quieren evitar el

⁹ Violencia sería, entonces, el proceso del desarme del otro mediante el uso de la fuerza física. Interesante, pues no se trataría sólo del uso de fuerza material sino, y esencialmente, del desarme del otro. De la eliminación del poder material y/o fuerza física del otro; de la fuerza que el otro tiene para continuar la lucha [proceso de expropiación del poder de los cuerpos.]

De aquí podemos extraer varias conclusiones: en principio, intentar imponer nuestra voluntad a alguien que ha sido “derrotado” pero no desarmado sería un error. En tal sentido, un prerequisite para imponer la voluntad a otro es el desarme porque mientras el otro esté armado estará en lucha. Plantearse imponer la voluntad sin este prerequisite del desarme, es continuar la guerra sin saberlo.

derramamiento de sangre. Pero el acento de Clausewitz está puesto en que ni los sistemas jurídicos, ni las almas filantrópicas frenan el uso de la fuerza, lo único que la frena es que se le contraponga otra fuerza material.

Clausewitz está mirando una relación, no uno de los polos de ésta. La guerra es una relación en la que entra toda la fuerza física preexistente, lo que hay que estudiar es cómo se ordenan, cómo se contraponen y cómo se relacionan entre sí tales fuerzas.

Si las guerras entre naciones civilizadas son menos crueles y destructoras que las de las no civilizadas, la razón reside en la situación social de los estados considerados en sí mismos y en sus relaciones recíprocas. La guerra surge, con esa condición y sus circunstancias concomitantes. Pero tales elementos de por sí, no son parte de la guerra, sino que preexisten con respecto a ella. En filosofía de la guerra no podemos introducir en modo alguno un principio moderador sin caer en el absurdo.

Una vez creadas las condiciones para el ejercicio de las “leyes de la guerra” toda la fuerza en juego se usa.

En los conflictos entre los hombres intervienen en realidad dos

elementos diferentes: el *sentimiento hostil* y la *intención hostil*. Hemos elegido el último de estos dos elementos como rasgo distintivo de nuestra definición por ser el más general. Es inconcebible que un odio salvaje, casi instintivo, exista sin la intención hostil, mientras que hay casos de intenciones hostiles que no van acompañados de ninguna animosidad o, por lo menos, de ningún sentimiento de animosidad predominante. Entre los salvajes prevalecen las intenciones de origen emocional; entre los pueblos civilizados, las inspiradas por la inteligencia. Pero esta diferencia no reside en la naturaleza intrínseca del salvajismo o de la civilización sino de las circunstancias que los rodean, sus instituciones, etc. Por lo tanto, no existe necesariamente en todos los casos, pero prevalece en la mayoría de ellos. En una palabra, hasta las naciones más civilizadas pueden inflamarse con pasión en odio recíproco.

Vemos, por lo tanto, cuán lejos estaríamos de la verdad si atribuyéramos la guerra entre pueblos civilizados a actos puramente racionales de sus gobiernos, y si la concibiéramos como libre siempre de todo apasionamiento, de modo que en

conclusión no habría de ser necesaria la existencia física de los ejércitos, sino que bastarían las relaciones teóricas entre ellos o lo que habría de ser una especie de álgebra de la acción.

La teoría comenzaba a orientarse en esta dirección cuando los acontecimientos de las últimas guerras le imprimieron un nuevo. Si la guerra es un acto de violencia, las emociones están necesariamente involucradas en ella. ¹⁰

Comienza a incorporar “lo social”, a partir del carácter físico que tiene lo social. No lo introduce a partir de las formas sociales, que son punto de llegada, sino a partir del punto de partida mismo.

Si las emociones no dan origen a la guerra, éstas ejercen, sin embargo, una acción mayor o menor sobre ella, y el grado de la reacción depende no del estado de la

civilización sino de la importancia y duración de los intereses hostiles.¹¹

El uso de la violencia depende de la relación entre fuerzas materiales en cada momento. Aquí, introduce por primera vez dos elementos que desarrollará después: intensidad y duración de la fuerza. La guerra es una relación entre fuerzas físicas; así solo haya cuerpos humanos, en principio, estos están presentes en tanto son capaces de generar fuerza material.

Por lo tanto, si vemos que los pueblos civilizados no matan a los prisioneros, ni saquean las ciudades, ni arrasan los campos, esto se debe a que la inteligencia desempeña un papel importante en la conducción de la guerra y les ha enseñado a aplicar su fuerza recurriendo a medios más eficaces que los de esas brutales manifestaciones del instinto.

La finalidad de Clausewitz en todo este

¹⁰ El concepto de Clausewitz son las guerras napoleónicas que rompen el discurso teórico-idílico sobre la guerra.

¹¹ El tema de las “emociones”, no desarrollado plenamente en este momento del texto, tendrá más tarde expresión al tratar la “iniciativa”.

Adelantando algunos elementos, la cuestión del “estado de ánimo” tiene un lugar sustantivo en el tema de la “iniciativa”, porque es un proceso, no se revierte la iniciativa de uno de los contendientes, sino es mediante la voluntad y en el proceso de “construcción de la voluntad”, el estado de ánimo, las bases emocionales son esenciales.

La toma de conciencia es la transformación, ordenamiento y articulación de los “puntos de partida”, y los puntos de partida no son otra cosa que “estados de ánimo” (relaciones sociales que deben ser conocidas). Para plantearse la cuestión de la iniciativa, es necesario no sólo un desarrollo teórico-intelectual en quien se la plantea, sino también un desarrollo moral y emocional. No se plantea el problema de la iniciativa alguien que no odia, que no confronta en crisis real como es su existencia social.

párrafo es reiterar que el “estado de ánimo”, las “emociones”, etc. no son una explicación causal para la relación de guerra, en tanto relación de fuerzas materiales.

Son una variable interviniente, pero no causal. No se establece una relación de guerra por el “estado de ánimo”, si bien éste es componente esencial en el proceso mismo de esa relación material. Clausewitz decía, al iniciar este párrafo, que es necesario distinguir entre el *sentimiento* de hostilidad y la *intención* hostil, y que él se ocupaba esencialmente de la intención hostil, porque la *intención hostil* es la que norma el tema de la violencia, del uso de la fuerza. El sentimiento hostil es un componente.

Una relación de hostilidad como es la guerra, supone dos vectores: intención y sentimientos. Involuntariamente, para la mayoría de las personas, se diluye el vector intención y se tiende a enfatizar el vector “estado de ánimo”, “sentimiento”. Clausewitz, respondiendo a esta visión, enfatiza el elemento de la *intención*.

Pero el núcleo es que la relación de hostilidad tiene dos vectores. El vector de la *intención* es el que tiene fuerza explicativa acerca de la *forma* y el *contenido* de esa relación de hostilidad. El vector “estado de ánimo” tiene el carácter de un elemento interviniente,

pero que no tiene la fuerza de ser explicativo, ni por supuesto limitativo.

La invención de la pólvora y el constante perfeccionamiento de las armas de fuego muestran por sí mismos, con suficiente claridad, que la necesidad inherente al concepto teórico de la guerra, la de destruir al enemigo, no ha sido en modo alguno debilitada o desviada por el avance de la civilización.

Repetimos por lo tanto nuestra afirmación: la guerra es un acto de violencia y no hay límite a la manifestación de esta violencia. Cada adversario impone su ley al otro y esto redundará en una acción recíproca que, teóricamente, debe llegar a sus últimas consecuencias. Esta es la primera acción recíproca que se nos presenta y el primer extremo.

(Primera acción recíproca)

AXIOMA I. TODA LA FUERZA MATERIAL INVOLUCRADA ENTRA EN JUEGO.

Este axioma es como el “principio de inercia”¹² del modelo, no nos responde aún el problema del cómo.

A esto Clausewitz lo llama “Primera acción recíproca” porque está siempre intentando caracterizar una relación, no a un luchador aislado. La guerra *es una relación que debe ser caracterizada*, es

una relación que depende, en primera instancia, de la fuerza material existente. No se reduce a esto, pero esto es algo que Clausewitz nunca soslaya.

4. El propósito de desarmar al enemigo

Hemos dicho que el desarme del enemigo es el propósito de la acción militar, y queremos mostrar que esto es necesariamente así, por lo menos en teoría.

Para que nuestro oponente se someta a nuestra voluntad debemos colocarlo en una posición más desventajosa que la que implica el sacrificio que le exigimos. Las desventajas de tal posición no habrán de ser naturalmente transitorias o, al menos, no habrán de parecerlo, ya que de lo contrario nuestro oponente habría de esperar un momento más favorable y se

negaría a rendirse. Como resultado de la continuación de la acción militar, todo cambio en su posición debe conducirlo, por lo menos teóricamente, a posiciones aún menos desventajosas. La peor situación ha que debe ser llevado un beligerante es la del desarme completo. Por lo tanto, si por medio de la acción militar obligamos a nuestro oponente a hacer nuestra voluntad, debemos, o bien desarmarlo de hecho, o bien colocarlo en tal condición que se sienta amenazado por la posibilidad de que lo logremos. De aquí se desprende que el desarme o destruir al enemigo (cualquiera sea la expresión que elijamos) debe ser siempre el propósito de la acción militar.

Pero la guerra no es la acción de una fuerza viva sobre una masa

12 "La piedra angular del método científico es el postulado de la objetividad de la Naturaleza. Es decir la negativa sistemática de considerar capaz de conducir a un conocimiento 'verdadero' toda interpretación de los fenómenos dada en términos de causas finales, es decir de 'proyecto'. Se puede datar exactamente el descubrimiento de este principio. La formulación de Galileo y Descartes, del principio de inercia, no fundaba sólo la mecánica, sino la epistemología de la ciencia moderna, aboliendo la física y la cosmología de Aristóteles. Cierto: ni la razón, ni la lógica, ni la experiencia, ni incluso la idea de su confrontación sistemática habían faltado a los predecesores de Descartes. Pero la ciencia, tal como la entendemos hoy, no podía constituirse sobre estas únicas bases. Le faltaba todavía la austera censura planteada por el postulado de la objetividad. Postulado puro, por siempre indemostrable, porque evidentemente es imposible imaginar una experiencia que pudiera probar la no existencia de un proyecto, de un fin perseguido, en cualquier parte de la naturaleza.

Mas el postulado de objetividad es consustancial a la ciencia, ha guiado todo su prodigioso desarrollo desde hace tres siglos. Es imposible desembarazarse de él, aunque sólo sea provisionalmente, o en un ámbito limitado, sin salir de la ciencia" (Monod: 1970, p. 31.). De aquí se desprende un elemento que deberíamos desarrollar, cuyo interrogante sería: ¿el proyecto establece el ámbito del azar y no el de la necesidad en los procesos sociales? Subsidiariamente, debiéramos interrogarnos acerca de cómo se vincula esto a la discusión sobre la teoría del ensayo-error en la práctica social.

inerte (la no resistencia absoluta no sería guerra en forma alguna), sino que es siempre el choque entre dos fuerzas vivas, y damos por sentado que lo que hemos dicho sobre el propósito último de la acción militar se aplica a ambos bandos. Tenemos aquí nuevamente, una acción recíproca. Mientras no haya derrotado a mi adversario debo temer que él pueda derrotarme. Yo no soy, pues dueño de mí mismo ya que él me impone su ley al igual que yo impongo la mía. Esta es la segunda acción recíproca que conduce a un segundo extremo.¹³
(Segunda acción recíproca)

De aquí desprendemos la “Segunda acción recíproca”, es decir, el

AXIOMA II. CADA UNO SE RELACIONA CON LA PROPIA FUERZA PARA INTENTAR DESARMAR AL OTRO.

Clausewitz habla de un estado de enajenación en que “no soy dueño de mí mismo”. Lo que remarca es que existe un grado de subordinación a las fuerzas

materiales, y que esta subordinación “se impone” como algo ya ajeno al control individual.¹⁴

Hay aquí una imagen de “fuerzas ciegas” que no pueden ser controladas por la voluntad.

5. Máximo despliegue de fuerzas

Si queremos derrotar a nuestro adversario debemos regular nuestro esfuerzo de acuerdo con su fuerza de resistencia. Esta se manifiesta como producto de dos factores inseparables: la magnitud de los medios a su disposición y la fuerza de su voluntad. Es posible calcular la magnitud de los medios de que dispone ya que estos se basan en cifras (aunque no del todo); pero la fuerza de la voluntad sólo puede ser medida en forma aproximada, por la fuerza del motivo que la impulsa. Suponiendo que por este camino lográramos un cálculo razonable aproximado del poder de resistencia de nuestro oponente, podríamos regular nuestros esfuerzos de acuerdo con dicho cálculo e intensificarlos para obtener una ventaja o bien sacar de ellos el máximo posible, si nuestros medios no bastaran para asegurarnos esa ventaja. Pero nuestro adversario

¹³ Clausewitz busca establecer los aspectos “objetivos” y distinguirlos de los “subjetivos”. De ahí su señalamiento de “fuerzas vivas” para el campo de la subjetividad, y su relación con “las acciones recíprocas” que se establecen entre las fuerzas materiales. Su señalamiento de que “no soy dueño de mí mismo” nos habla también del campo de la subjetividad. Estamos ante lo que Marx llamaba “fetichismo de la mercancía”, aquí sería el “fetichismo de las fuerzas materiales”.

¹⁴ Leyes físicas, naturales. Hasta este momento el modelo que Clausewitz está construyendo es un modelo de “acciónreacción” no depende de la individualidad humana sino de leyes estrictas que norman el comportamiento de las fuerzas materiales. Clausewitz está tremendamente influido por el modelo de la “inercia” de la mecánica y su impacto en la constitución de la metodología científica.

procede del mismo modo y surge así entre nosotros una nueva pujanza que desde el punto de vista de la teoría pura nos lleva una vez más a un punto extremo. Esta es la tercera acción recíproca que encontramos y el tercer extremo.¹⁵ (Tercera acción recíproca)

Recapitemos los Axiomas descriptos:

- I. Toda la fuerza entra en juego.
- II. Cada uno se relaciona con la fuerza buscando desarmar al otro, y

AXIOMA III. ES NECESARIO EL CONOCIMIENTO DE LA FUERZA DEL ENEMIGO, DE ACUERDO A DOS MAGNITUDES: LA MAGNITUD DE FUERZA Y SU VOLUNTAD.

Hasta este momento la guerra sólo es visualizada como un modelo de intención

hostil, cuyo punto de partida es que la guerra es un conjunto de duelos entre iguales. La guerra es por ahora sólo el uso de fuerzas materiales, y en tanto fuerzas materiales sólo así los Axiomas I, II y III se cumplen.

Pero estos tres elementos no son los únicos que actúan para determinar la magnitud de la fuerza y como ésta se emplea. Porque si bien la guerra es una relación, no es la única relación que entra en juego. Como relación de fuerzas únicas se rige por las Tres Acciones Recíprocas, por los tres axiomas que tienden al uso extremo de las fuerzas.¹⁶

CONVERSACIÓN III. LA REALIDAD.

6. Modificaciones en la práctica
En el dominio abstracto de las concepciones puras, el

¹⁵ La centralidad de la voluntad, como fuerza material, en el tercer axioma. Esto es esencial no sólo en la "guerra" sino en el "poder". La reflexión y no sólo el conocimiento en su más alto grado se transforma en voluntad, al límite y al inicio de su transformación en fuerza material. La reflexión transformada en voluntad es capaz de transformar el mundo. "Cierto es que el arma de la crítica no puede aplicar a la crítica de las armas, que el poder material tiene que ser derrotado por el poder material, pero también la teoría se convierte en un poder material cuando prende en las masas. Y la teoría puede prender en las masas a condición de que argumente y demuestre ad hominem, para lo cual tiene que hacerse una crítica radical. Ser radical es atacar el problema por la raíz. Y la raíz, para el hombre, es el hombre mismo."(Marx: 1982, p. 501-2).

Entonces la reflexión como la búsqueda del código que hace comprensible (comunicable-transformable) una determinada situación. Esto está vinculado a la voluntad, en tanto ella es justamente esa reflexión, de ahí que sea capaz (la reflexión) cuando se transforma en voluntad, de transformar materialmente el mundo.

¹⁶ Un problema pendiente es la relación que existe entre la guerra y el resto de las relaciones sociales. Esto podrá hacerse desde la perspectiva de que:

- a) La guerra se reduce a un tipo de relación social
- b) es un conjunto de relaciones sociales
- c) es un conjunto de relaciones sociales que tienen, entablan, un tipo determinado de relación entre sí.

Es en el tema de la voluntad en el que encontraremos una articulación con las otras relaciones. . .

pensamiento reflexivo no descansa hasta alcanzar el punto extremo porque es con extremos con lo que tiene que enfrentarse, con un choque de fuerzas libradas a sí mismas y que no obedecen a más ley que la propia. Por lo tanto, si queremos deducir de la concepción puramente teórica de la guerra un propósito absoluto, preconcebido y los medios a emplear, estas acciones recíprocas continuas nos conducirán a extremos que no habrían de ser más que un juego de imaginación producido por el encadenamiento apenas visible de sutilezas lógicas.

Clausewitz comienza aquí la tarea de señalar y reafirmar que los tres axiomas anteriores sólo son válidos en el campo de la reflexión, y, además de una reflexión que sólo tuviera en cuenta la específica existencia de esas fuerzas materiales. Es decir, en tanto sólo existen esas fuerzas materiales, las tres acciones recíprocas serían verdaderas. Este es el campo de la abstracción pura, y de una sola abstracción pura, la que hace referencia solamente a esas fuerzas materiales.

Si, ciñéndonos estrechamente a lo absoluto, nos proponemos eludir con una simple afirmación todas las dificultades y con rigor lógico insistimos para ofrecer el máximo de resistencia y hacer frente al máximo de esfuerzo, esa afirmación

será letra muerta y sin aplicación en el mundo real.

Si suponemos también que este máximo de esfuerzo es un absoluto, fácil de determinar, debemos admitir sin embargo que no es fácil que la mente humana se someta al gobierno de esas fantasías lógicas. En muchos casos, el resultado habría de ser un derroche inútil de fuerza que se vería restringido por otros principios del arte de gobernar. Esto requeriría un esfuerzo de voluntad desproporcionado en relación con el objetivo que nos proponemos e imposible de realizar. En efecto, la voluntad del hombre nunca extrae su fuerza de sutilezas lógicas.

Todo cambia de aspecto, sin embargo, si pasamos del mundo abstracto al de la realidad. En el primero todo debía quedar supeditado al optimismo, de modo de concebir ambos bandos no sólo tendiendo a la perfección sino alcanzándola. ¿Sucederá esto siempre en la práctica? Las condiciones para ello serían las siguientes:

- 1) Que la guerra fuera un acto totalmente aislado: que surgiera súbitamente sin conexión con la vida anterior del estado;
- 2) Que consistiera en una decisión única o en varias decisiones simultáneas;
- 3) Que su decisión fuera definitiva y que la consiguiente situación política no fuera tenida en cuenta ni influyera sobre ella.¹⁷

7. La guerra nunca es un acto aislado

¹⁷ Estas serían las condiciones de verdad, para que se cumplieran los tres axiomas señalados.

Al referirnos al primero de estos tres puntos debemos recordar que ninguno de los dos oponentes es para el otro un ente abstracto, ni aun en lo que concierne al factor de la capacidad de resistencia que no depende de cosas externas, o sea, la voluntad. Esta voluntad no es algo totalmente desconocido; lo que ha sido hasta hoy nos indica lo que será mañana **18**. La guerra nunca estalla súbitamente ni su propagación se produce en un instante. De tal modo, cada uno de los adversarios puede, en gran medida, formarse una opinión sobre el otro, por lo que éste realmente es y hace, y no por lo que teóricamente debería ser y hacer. Sin embargo, por su imperfecta organización, el hombre se mantiene siempre por debajo del nivel de la perfección absoluta y así estas deficiencias, inherentes a ambos bandos se convierten en un principio moderador.

Tomando los supuestos anteriores la imagen es el uso total de la fuerza, el agotamiento de la fuerza. Clausewitz ahora trata de establecer las condiciones de existencia de las fuerzas materiales, ahora va a mostrar las condiciones de existencia objetivas de esas fuerzas materiales.

“La guerra nunca es un acto aislado”:

porque la existencia de estas fuerzas materiales no está aislada de sus condiciones objetivas.

En este inciso 7, Clausewitz hace una primera aproximación a su noción de tiempo. Su noción de tiempo estará articulada con la sucesión de los enfrentamientos, con la existencia de las fuerzas materiales.

Su noción de tiempo va a estar signada por las formas que en la realidad van tomando los encuentros, y las fuerzas involucradas en esos encuentros.

En su argumentación anterior, Clausewitz anulaba la dimensión espacio-temporal; espacio y tiempo tendían a 0, pero ahora, él comienza a cuestionar esto. La dimensión tiempo de Clausewitz va más allá del reloj y el calendario, depende de lo que sucede: de la magnitud de las fuerzas y sus interrelaciones, de la forma en que estas fuerzas se articulan.

El contenido de la dimensión temporal va a estar definido por la sucesión de las relaciones entre fuerzas. Así, Clausewitz dice: “La guerra nunca estalla súbitamente ni su propagación se produce en un instante”.

En la primera teorización de Clausewitz,

18 Al decir Clausewitz en este punto 7, refiriéndose a la voluntad: “lo que ha sido hasta hoy nos indica lo que será mañana” comete un error desgraciado sobre la noción de probabilidad. En el texto, usa a veces correctamente esta noción, pero en otros casos pasa lo que aquí sucede: usa la probabilidad de manera determinista, como capacidad predictiva en función de lo que ha sido. (Para la noción de probabilidad véase M. Bunge, 1978, La causalidad.)

en los III Axiomas, están siempre presentes los volúmenes totales de fuerza, la intensidad total de la fuerza, por eso la fuerza tendía al agotamiento; el uso total de la fuerza se daba en un instante donde el espacio y el tiempo tendían a 0.¹⁹

Ahora vamos a comenzar a ver como él nos da los criterios, los atributos, para comprender cuál es la forma de existencia real de ese total de fuerza. Esta forma real de existencia, adopta características específicas peculiares, que no son las del desarrollo abstracto anterior.

Primera advertencia, entonces: existe la dimensión tiempo. El tiempo se refiere a los volúmenes de fuerza existentes en una secuencia y no en un instante.

8. La guerra no consiste en un golpe sin dirección.

El segundo de estos tres puntos nos sugiere las siguientes observaciones: Si el resultado de la guerra

dependiera de una decisión única o de varias decisiones simultáneas, los preparativos para esa decisión o para estas decisiones diversas deberían llevarse hasta el último extremo. Nunca podría recuperarse una oportunidad perdida; la única norma que podría darnos el mundo real para los preparativos pertinentes, sería, en el mejor de los casos, la medida de los preparativos de nuestro adversario, por lo que de ellos llegaríamos a conocer, y todo lo demás habría de quedar nuevamente relegado al campo de la abstracción. Si la decisión consistiera en varios actos sucesivos, cada uno de éstos, con sus circunstancias concomitantes, podría suministrar una norma para los siguientes y, de este modo, el mundo real ocuparía también aquí el lugar del mundo abstracto, atenuando de acuerdo con ello, la tendencia hacia el extremo.

El segundo Axioma estaba fundado en que la tendencia, en la relación entre

19 Al anular la dimensión "temporal", en realidad lo que impone es que la "fuerza material" sea considerada como una "totalidad" (por supuesto abstracta) es decir, la "suma" total o el conjunto total hipotético de los concretos reales de las fuerzas materiales del "duelo".

Se trata de un recurso metodológico de Clausewitz que tendrá no menos de dos consecuencias: por un lado, para Clausewitz, le permite señalar y enfatizar sobremanera que estamos en el "duelo" frente a un conjunto de relaciones de fuerzas materiales, que, de alguna manera, imponen ciertas condiciones en el desarrollo del "duelo" como consecuencia de su realidad –concretez material–; y por otro, para nosotros, una sugerencia importante respecto al tratamiento acerca de una "dimensión temporal" de los procesos sociales.

Nuestra dimensión temporal (su construcción metodológica), acerca de los procesos sociales tendrá que ver con la existencia de fuerzas materiales "parciales" y con su articulación (formación de una totalidad concreta de carácter estructural) en una fuerza "total". Es decir, que nos remitirá a problemas de orden "táctico" (fuerzas parciales) y de su relación con el orden estratégico ("fuerza total") que se expresan en el desarrollo de la trayectoria de "encuentros" ("duelos") que toda "guerra" ("lucha de clases") impone.

ambas fuerzas, era al agotamiento de la fuerza; en cambio, al hacer entrar la dimensión temporal, Clausewitz cuestiona esta tendencia al agotamiento de la fuerza.

Si en el enfrentamiento se usa toda la fuerza, la tendencia sería a un solo combate en el cual está toda la fuerza implicada. Esta imagen deja de lado el desarrollo de la relación entre fuerzas, porque ese desarrollo exige que no entre en forma instantánea y total la fuerza, sino que se efectúe una “distribución”, una secuencia de esa fuerza.²⁰

Sin embargo, toda guerra quedaría reducida necesariamente a una decisión única o a varias decisiones simultáneas, si los medios disponibles para la lucha fueran puestos en acción a un tiempo o pudieran ser puestos de este modo. Un resultado adverso reduciría estos medios; y si hubieran sido empleados o agotados todos en la primera decisión, no habría base para pensar en una segunda decisión. Todas las acciones en esencia parten de la primera, y sólo constituirían su continuación.

Pero hemos visto que, ya en los preparativos para la guerra, el mundo real ha ocupado el lugar de la idea abstracta, y que una medida real ha ocupado el lugar de un extremo hipotético. Cada uno de los oponentes, aunque no fuera por otra

razón, se detendrá por lo tanto en su acción recíproca lejos del esfuerzo máximo y no pondrá en juego al mismo tiempo la totalidad de sus recursos.

Pero la naturaleza misma de estos recursos y de su empleo, hace imposible la entrada en acción simultánea de los mismos. Estos recursos comprenden las *fuerzas militares propiamente dichas, el país con su superficie y población y los aliados*.

Aquí empieza a establecer el entorno de la existencia de las fuerzas materiales y de sus relaciones. Comienza a suplantar las condiciones de verdad teóricas, lógico-abstractas, por condiciones de existencia real-concreta de esas fuerzas materiales, es allí donde enumera los recursos:

- “Las fuerzas militares”.
- “El país con su superficie y población”
- “Los aliados”.

El país, con su superficie y población, no sólo es la fuente de las fuerzas militares propiamente dichas, sino que, en sí mismo, es también una parte integral de los factores que actúan en la guerra, aunque solo sea la parte que suministra el teatro de operaciones o tiene marcada influencia sobre él. Ahora bien; todos los efectivos militares pueden ser movilizados simultáneamente, pero esto no se

²⁰ Ver capítulo V.

aplica a las fortalezas, los ríos, las montañas, los habitantes, etc., en una palabra, el país entero, a menos que sea tan pequeño que la primera acción bélica lo envuelva totalmente. Además, la cooperación de los aliados no es cosa que dependa de la voluntad de los beligerantes, y ocurre frecuentemente, por la misma naturaleza de las relaciones políticas, que no se hace efectiva sino más tarde, o se refuerza con el propósito de restablecer el equilibrio perdido.

Clausewitz quiere señalar en esta etapa que los elementos que constituyen las fuerzas materiales, invalidan la concepción del “instante”; es decir, invalidan cualquier concepción donde no aparezca el elemento tiempo [t = 0].

La primera imagen de fuerza material, es una imagen “sin tiempo ni espacio”, lo que comenzamos a desarrollar en esta parte es cómo se constituyen las nociones de “tiempo” y “espacio” en Clausewitz, en la guerra. El “tiempo” es la forma concreta en que se articula la existencia de una fuerza material, su proceso de formación y constitución, y sus relaciones con otras fuerzas materiales. La secuencia en que se

construye y se articula una fuerza material es el “tiempo”.

Este elemento nos ayudará a constituir los verdaderos vectores de la dimensión “tiempo” en la lucha de clases.

El “espacio” más que la referencia a la localización geográfica —que es la concepción en la que hemos sido construidos, y que permanentemente nos gana— es la referencia a las “formas” constitutivas de las fuerzas materiales y su relación con otras.

Pero entonces ¿cuál es la diferencia entre “tiempo” y “espacio”? Una cosa es observar la articulación de las fuerzas, y otras es observar el proceso mismo de constitución de lo que se va articulando. Observar la articulación nos ayuda a construir nuestra dimensión temporal; al observar el proceso mismo de constitución, estamos construyendo la dimensión “espacio”.

¿Es esta la concepción de “tiempo” y “espacio” que tiene Clausewitz? Se trata más bien, de la que se desprende del desarrollo de su modelo. El “tiempo” y el “espacio” son atributos de existencia de estas fuerzas materiales concretas. ²¹

Más adelante explicaremos con lujo de detalles que esta parte de los

21 Este libro de Clausewitz no está ordenado en un sentido riguroso. No es como en *El Capital*, en que cada personaje que aparece sólo aparece por razones necesarias y rigurosamente. En este texto, en cambio, la exposición no tiene una articulación rigurosa, lo que no invalida que exponga una teoría rigurosa.

medios de resistencia que no puede ser puesta en acción a un tiempo es, en muchos casos, una parte del total mucho mayor de lo que podríamos pensar a primera vista y que, por lo tanto es capaz de restablecer el equilibrio de fuerzas, aun cuando la primera decisión se haya producido con tal violencia que de ese modo haya alterado seriamente el equilibrio. Por ahora, bastará con dejar sentado que es contrario a la naturaleza de la guerra el que todos nuestros recursos estén en juego al mismo tiempo. Esto, en sí mismo, no habrá de motivar la disminución de la intensidad de nuestros esfuerzos en la decisión de las acciones iniciales, ya que un comienzo desfavorable es desventaja a la cual nadie se expondría de intento, dado que si bien la primera decisión es seguida por otras, mientras más decisiva sea, mayor será su influencia sobre las que le sigan. Pero el hombre trata de eludir el esfuerzo excesivo al amparo de la posibilidad de que se produzca una decisión subsiguiente y, por lo tanto, no concreta ni pone en tensión sus recursos para la primera decisión hasta donde hubiera podido hacerlo, de no mediar aquella circunstancia. Lo que uno de los adversarios no hace por debilidad, se convierte para el otro en base real y objetivo para aminorar sus propios esfuerzos y, de este modo, a través de esta acción recíproca, la tendencia hacia el extremo se reduce una vez más a un esfuerzo limitado.

En su primer modelo (el que se regía por los tres axiomas o acciones recíprocas), las fuerzas tienden al agotamiento, es decir $F \rightarrow 0$. En el modelo que presenta ahora, más complejo, se mueve entre una tendencia al agotamiento $F \rightarrow 0$ y una tendencia al infinito $F \rightarrow \infty$. Las fuerzas, en abstracto, tienden al agotamiento; en concreto, tienden a la prolongación infinita. [El modelo implícito es el del cálculo infinitesimal].

En realidad los dos modelos son abstractos, teórico-metodológicos. En el primero, tiene sólo en cuenta la existencia de fuerzas materiales –sin humanidad, diríamos–. Si la guerra es sólo existencia de fuerza material tiene una tendencia al agotamiento. En el segundo, tiene en cuenta el modelo concreto de guerra, aún cuando en términos de la existencia de fuerzas materiales, sin humanidad plena, todo se transforma en un infinito. Se trata, primero, de un modelo de fuerzas materiales en abstracto ($F \rightarrow 0$) después, de un modelo de fuerzas materiales en concreto ($F \rightarrow \infty$).

[El modelo que él va a construir es un modelo que posibilita la desmitificación de las fuerzas materiales.]

9. El resultado de la guerra nunca es absoluto.

Por último, la decisión final de una guerra total no siempre debe ser

considerada como absoluta. El Estado derrotado, a menudo ve en ella un mal transitorio para el que puede encontrarse un remedio en las circunstancias políticas venideras. Es evidente que esto atenúa en gran medida, la violencia de la tensión y la intensidad del esfuerzo.

En el siguiente párrafo, que es sustantivo, se va a producir un corte, una línea divisoria entre los dos modelos. Pero es una línea que establece una articulación entre las dos polaridades:

10. Las posibilidades de la vida real ocupan el lugar de lo extremo y de lo absoluto conceptuales.

De este modo, toda la acción de la guerra deja de estar sujeta a la ley estricta de las fuerzas compelidas hacia el punto extremo. Dado que no se evita ni se busca ya el extremo, se deja que la razón determine los límites del esfuerzo, y esto sólo se puede hacer con la ley de las probabilidades por deducción de los datos suministrados por los fenómenos del mundo real. Si los adversarios no son ya abstracción pura sino estado y gobiernos individuales; si el curso de los acontecimientos no es ya teórico, sino que está determinado de acuerdo con sus propias leyes, entonces la situación real suministra los datos para determinar lo que se espera, la

incógnita que debe ser despejada. De acuerdo con la ley de las probabilidades y por el carácter, las instituciones, la situación sacará sus conclusiones respecto a cuál será la acción del contrario y de acuerdo con ello determinará la suya propia.

¿Qué tipo de racionalidad sugiere Clausewitz?: Una racionalidad probabilística.²²

Inicialmente, cuando suponía la relación entre dos fuerzas materiales, no introducía aún el elemento probabilístico; pero lo introduce una vez que concretiza su concepción de relación entre fuerzas materiales. Por lo tanto, la racionalidad que permite entender esas fuerzas desiguales es probabilística.

Una mirada probabilística está fundada en la teoría del azar, construye un discurso teórico “azaroso”, que tiene en cuenta los factores “necesarios” y los factores “imponderables”.

[Clausewitz se adscribe a un discurso teórico que se construye entre los siglos XVIII-XIX].

A los tres puntos de llegada de Clausewitz, éste opone una razón probabilística que pondera las fuerzas existentes y limita esos tres puntos. La razón probabilística se convierte en *razón normativa*.

²² Causalidad Probabilística (Bunge: 1978).

CONVERSACIÓN IV. LA TOTALIDAD.

Precondiciones para las nociones de estrategia y táctica.

Imagen de TOTALIDAD.

Clausewitz, mediante el doble movimiento de la construcción de los axiomas y de su crítica posterior, construye las bases sobre las que se fundará el status teórico de las nociones de estrategia y táctica.

La estrategia, hace referencia al campo de la decisión de los encuentros que un determinado volumen de fuerza va estableciendo, se refiere a la decisión sobre la distribución de los encuentros.

La táctica, hace referencia a las fuerzas parciales involucradas en los encuentros. La noción de estrategia se refiere al volumen total de la fuerza, a la distribución de la fuerza en relación al conjunto de los encuentros; mientras la noción de táctica se refiere a la distribución parcial de la fuerza en cada encuentro.

En esta parte del texto, Clausewitz está sentando las bases para la formulación de las nociones de táctica y estrategia, a partir de la delimitación de las dimensiones tiempo y espacio.

Clausewitz intenta hacernos comprender la necesidad de observar los volúmenes

parciales y totales de fuerza; para ello remarca una etapa preliminar: las relaciones entre fuerzas siempre deben ser leídas en función de que esa relación específica y particular que toman las fuerzas es la resultante de la existencia de un volumen total de fuerza, y del hecho que ese volumen total de fuerza no se presenta como un volumen total abstracto, sino constituido de fuerzas parciales en relación.

Clausewitz aún no ha llegado a la imagen de la dimensión estratégica y la dimensión táctica, pero está dando los prerequisites para que su noción de fuerza tenga la simultaneidad de ser un “conjunto total” constituido por “conjuntos parciales” interrelacionados (Piaget, 1980). Para construir la imagen de “totalidad” apela a una reflexión que es abstracta en la medida en que parte de la fuerza material “*in abstracto*”. La forma específica, la existencia real concreta de esa fuerza material, no deviene sólo de su existencia total, sino de su existencia en cada momento, de sus “parcialidades”.

La centralidad de su énfasis siempre va a estar dado porque su objeto son fuerzas materiales; pero todavía no analiza sus *formas de existencia*, quiere previamente asentar de manera sólida la imagen de la “totalidad” de la fuerza material.

Esta premisa de Clausewitz es válida,

porque al analizar una confrontación su comprensión sólo es posible si tomo en cuenta la presencia de la totalidad de la fuerza, y por otra parte, si tengo claridad de lo que objetivamente es la existencia real de esa fuerza.

Sólo lograré captar si una estrategia tiene un carácter de ofensiva o defensiva, si tomo en cuenta la totalidad y la existencia parcial de las fuerzas materiales.

Volviendo al texto de Clausewitz, e intentando sintetizar, veremos que en esta primera parte del libro, hay un primer movimiento en el plano de la reflexión abstracta porque no tiene en cuenta la dimensión real y concreta de esta dimensión del análisis que es la *fuerza material*.

La vulgarización de la noción de fuerza material —como algo fetichizado y reificado— piensa a las fuerzas materiales como cosas.

Clausewitz está hablando de “fuerza material” como una dimensión teórica. Comienza su proceso de reflexión, tratando de fundar esta dimensión que es la fuerza material. En tanto se mueve en una abstracción, señala tres axiomas, que tendrá su modelo abstracto del duelo. Al criticar este modelo, Clausewitz va a criticar estos tres axiomas de acción-reacción para construir nuevas dimensiones abstractas del modelo, cuyo

anclaje es el campo de la realidad; empieza, así, un proceso de aproximación al campo de la realidad, pero construyendo un nuevo ámbito de la reflexión abstracta. Va trasladándose del ámbito de una totalidad abstracta, a la construcción

de una totalidad concreta (constituida por partes).

Es decir, él construye desde el inicio una totalidad, pero una totalidad abstracta, que irá transformándose en una totalidad concreta (concreto-abstracta).

En el estructuralismo la noción de totalidad como abstracción, muchas veces es reificada en un concreto falso. La función de la totalidad como abstracción no debe perderse al construir la totalidad concreta.

CONVERSACIÓN V. CONDICIONES DE VERDAD

Algunas conclusiones metodológicas.

Clausewitz en los tres axiomas —y por eso los comparábamos con el principio de inercia— se refiere estrictamente al *proceso entre las fuerzas materiales existentes*; por este motivo, hace abstracción de todo el resto.

El siguiente paso que da, es definir las condiciones necesarias para que los tres axiomas se cumplan. Es aquí que

Clausewitz introduce una mirada distinta; a partir del señalamiento de la imposibilidad de que se den las *condiciones* de existencia de los tres axiomas, introduce una serie de *principios moderadores*. Es decir, comienza a corregir su modelo inicial, teórico-abstracto. ²³

Clausewitz al invalidar los primeros tres axiomas, está intentando obtener otros, consistentes con los principios moderadores.

En los puntos 7, 8 y 9 del texto desarrolla la corrección de sus afirmaciones iniciales y la incorporación de otros señalamientos.

Cuando en el título del punto 7, afirma: *La guerra nunca es un acto aislado*, recordemos que uno de los presupuestos metodológicos del que parte su modelo inicial es que la guerra es un conjunto de duelos, con lo que anulaba la dimensión espacio-temporal, tomaba simultáneamente también parte y todo. Ahora, en cambio, comienza a otorgarse un valor a la dimensión espacio-temporal.

Por su imperfecta organización, el hombre se mantiene siempre por debajo del nivel de la perfección absoluta y así estas deficiencias,

inherentes a ambos bandos se convierten en un principio moderador.

La distancia entre lo que cada fuerza “es” y lo que “debe ser” funciona como un principio moderador del uso de la fuerza: “De tal modo cada uno de los adversarios puede, en gran medida, formarse una opinión sobre el otro, por lo que realmente éste es y hace, y no por lo que teóricamente debería ser y hacer”. Clausewitz construye los tres axiomas primeros, a partir de una hipótesis: que alguien es lo que potencialmente puede llegar a ser. Abstraía el duelo en la pura noción de fuerza material; observaba toda la fuerza material, la realidad era todo lo que potencialmente podía ser. Ahora, en cambio, parte de que el enemigo no puede verse como el volumen total de la fuerza material que tiene, ese es su deber ser, su ser hace al acotamiento de su fuerza, al uso real de la misma.

El primer modelo se basa en el volumen total de la fuerza material y en ciertas relaciones que entre los volúmenes totales de fuerza se establecen, librados sólo a la influencia de las leyes de la

23 Un proceso similar es el desarrollado por Marx (1978) en el capítulo IV de El Capital, para explicar el proceso D-M-D'. Marx agota todas las posibilidades que ofrecen las relaciones sociales de cambio y muestra que cualquiera de las respuestas en este ámbito es inconsistente, no es lógicamente viable. Para desarrollar el modelo y explicar la transformación D-M-D', instaura un nuevo ámbito: las relaciones sociales de producción.

naturaleza.

Para hacer existente la dimensión espacio-temporal, para que ésta deje de tender a 0, es necesario *instaurar* el campo de lo *social* en el modelo. Esto no quiere decir olvidarse del punto de partida anterior, sino acotarlo. No se trata de anular el ámbito de las “leyes de la naturaleza” que regía el modelo anterior, sino de trazarle límites, por eso se trata de principios moderadores. [Por supuesto, Clausewitz instauro “lo social” desde su perspectiva, desde su tiempo histórico y sus coordenadas sociales]. Es un *principio moderador* el comportamiento de quienes participan en el duelo, de la personificación social de las fuerzas materiales. [Esta es una traducción marxista de Clausewitz, no es en rigor lo que él dice.]

En el punto 8, Clausewitz afirma: *La guerra no consiste en un golpe sin duración*. Una vez que demostró que el duelo no está aislado, comienza a desarrollar la crítica de la noción de que el tiempo es igual a 0. La guerra tiene una secuencia, un ordenamiento.

¿Qué tipo de modelo está tratando de construir? Un modelo donde la existencia de fuerzas parciales sólo es inteligible a

partir del conjunto total de la fuerza. En la guerra, la fuerza parcial tiene un ordenamiento construido en función de la fuerza total, pero no de una totalidad abstracta, sino de la expresión parcial, concreta, de esa fuerza total.

El contenido de la *dimensión espacio-temporal* es, para Clausewitz, la fuerza material y su forma de ordenarse secuencialmente. Así se definirán tiempo y espacio.

Clausewitz empieza aquí a trazar los fundamentos de sus nociones de estrategia y táctica. La táctica es una relación entre fuerzas parciales, determinada por el conjunto total de la fuerza. Clausewitz trasciende, con mucho, la estrecha concepción de la táctica como mediación.

La estrategia se refiere al uso de la fuerza total, no porque se use toda simultáneamente, sino porque siempre se mide a partir de la fuerza total. Sólo la lectura del conjunto de la fuerza permite conocer el valor estratégico del encuentro, y, por lo tanto, la decisión del uso de la fuerza parcial.²⁴

La centralidad de la guerra es siempre el desarme, la noción de aniquilamiento, de destrucción de la fuerza material del

23 La fuerza con que se responde a un ataque, está determinada por la medición de la fuerza total en juego, no la fuerza empleada por el enemigo en ese encuentro preciso, sino por el conjunto de la fuerza del enemigo, por eso tiene que ser muy superior. Un ejemplo es, al principio de la Revolución Cubana, la respuesta al grupo contrarrevolucionario en el Escambray. “Sin embargo, aun cuando ese núcleo contrarrevolucionario se desarrolló allí y tuvo dos, o trescientos, o cuatrocientos, y llegó a tener quinientos, pocos eran del Escambray porque allí fue a parar mucha gente lumpen, y, en cambio, las fuerzas que perseguían a los contrarrevolucionarios tenían tres mil campesinos del Escambray. Es decir, las milicias revolucionarias del Escambray tenían tres mil mientras ellos no tenían ni cien...” (Castro: 1976, p. 416).

enemigo. Esta es la diferencia entre la guerra y otros usos de la fuerza material como la represión policíaca.²⁵

Cuando un hombre piensa en términos revolucionarios, a partir de ese día, está en guerra. Debe entonces tener la concepción total de las fuerzas en pugna, sólo así puede entender la totalidad del proceso social porque las fuerzas materiales son procesos sociales.

Para la lectura de procesos revolucionarios sugerimos entonces la siguiente hipótesis: la lectura de todo encuentro exige, para llegar a comprender el volumen e intensidad de la fuerza involucrada en él, no sólo la lectura (táctica) de ese encuentro preciso, sino el conocimiento de su valor estratégico, y para ello es necesario llevar en cuenta el volumen total de la fuerza involucrada.

La meta de Clausewitz en *De la guerra es*, además de construir la dimensión estratégica y la dimensión táctica, delimitar la diferencia cualitativa esencial entre *ataque y defensa*.

Pienso que la centralidad de Clausewitz es fundar rigurosamente el corte entre ataque y defensa. Define, además, que el operador central de la guerra es la defensa; es ella la que marca el inicio de la guerra. Estos elementos son esenciales en la teoría de la lucha de clases.

La burguesía se comporta como una clase dominante –propietaria– de un territorio social y no sólo material, lo cual puede objetivarse cuando se analizan los aportes tecnológicos en sus estrategias político-militares. La *estrategia y la táctica* se vuelven los operadores básicos de toda reflexión sobre la lucha de clases –ya sea desde la perspectiva de la decisión de la burguesía, como de la reflexión revolucionaria y en particular sobre toda posibilidad de periodización de los enfrentamientos. Ambas categorías –la estrategia y la táctica– nacieron como consecuencia de la necesidad de objetivar las relaciones, las operaciones, que se producían en los enfrentamientos armados entre las

25 Nos referimos por supuesto a la guerra moderna. En otros contextos históricos, como se desprende del siguiente texto, esto no ocurría.

"Históricamente la guerra oscila entre la caza y el torneo, entre la matanza y el deporte. El elemento de rivalidad le es esencial, la orienta lo mismo hacia el atentado que hacia el duelo. Una sociedad de tipo feudal, dividida en señoríos prácticamente autónomos y en los que una casta privilegiada se reserva el oficio de las armas, favorece eminentemente esta segunda tendencia: la guerra se presenta ahora como una lucha reglamentada que ofrece todas las características convencionales del juego. Se comprende que se desarrolla según leyes estrictas dentro de un tiempo y espacio limitados. Algunos golpes están prohibidos. No se ataca a un enemigo desarmado o desprevenido. Además, no se busca ni la muerte ni el aniquilamiento del adversario. No se desea sino la aceptación de su derrota". (Caillois: 1975, p. 30)

fuerzas sociales de las clases dominantes; esas categorías nos indicaban las relaciones de fuerza existentes en relación a los diferentes niveles de enfrentamiento entre fuerzas sociales. La guerra —lucha social desde la perspectiva de la burguesía— presupone la búsqueda del aniquilamiento de la fuerza moral y material del enemigo; el encuentro —la decisión por las armas— se constituye en el eje sustantivo del ordenamiento social de la guerra. La estrategia y la táctica están necesariamente subordinadas al encuentro.

Pero, ¿cuándo comienza la guerra en la perspectiva burguesa? ¿Cuándo es que considera necesario imponer la decisión por las armas?

Clausewitz es elocuente al respecto:

Si pensamos cómo surge la guerra veremos que la concepción de la guerra no surge con la ofensiva, porque esta tiene como objetivo absoluto, no tanto el combate sino tomar posesión de algo. La guerra surge primero con la defensa, porque esta tiene como objetivo directo el combate, ya que la acción de detener el golpe y el combate son, evidentemente, una misma cosa. Detener el golpe es una

acción dirigida por entero contra el ataque y, por lo tanto, lo presupone necesariamente; pero el ataque no está dirigido contra la acción de detener el golpe, sino hacia otra cosa: la posesión de algo y, en consecuencia, no presupone a la primera. Por consiguiente, es natural que quien haga entrar en acción primero al elemento de la guerra, quien desde su punto de vista sea el que primero conciba dos bandos opuestos, establecerá también las primeras leyes para la guerra, y es natural que lo sea el defensor.

Es la conciencia de clase poseedora que la burguesía tiene de sí misma —como expresión de su ser social— la que la lleva permanentemente a “sentirse” atacada ante cada intento de conquista, recuperación social y política de los sectores desposeídos.

CONVERSACIÓN VI. LA RAZÓN.

Para regresar posteriormente al modelo del duelo, analizaremos aquí el modelo de las relaciones de intercambio.²⁶

En las relaciones sociales de cambio, hay sólo dos tipos de relaciones posibles:

- Venta
- Compra

26 En el Capítulo IV de El Capital (Marx: 1978), están planteados los problemas que aquí desarrollamos. Allí se refieren las respuestas incorrectas que la economía clásica daba al surgimiento de la plusvalía. Pero para explicar las causas, el origen de la plusvalía, es necesario remitirse al Capítulo I, donde queda claro que el valor es una relación social; y al Capítulo V, donde se encuentra la solución real al problema en el ámbito de las relaciones sociales de producción.

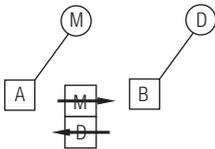
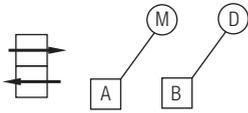
A Vende \longrightarrow M. En el mismo instante A no puede vender- comprar.

D Compra \longrightarrow B es necesaria una secuencia, u otro sujeto, B que compra con D.

Dentro de la fórmula de Marx D-M-D' hay un esquema más complejo, que es el que desarrollaremos. Se trata de un lenguaje codificado para describir un proceso social.

Nuestra simbología será la siguiente:
 □ sujeto social, la letra lo individualiza.
 ≠ propiedad.
 ○ propiedad que compra y/o vende.

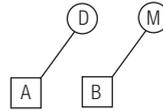
Relación de intercambio:



¿Cuántas relaciones sociales tengo aquí?

- Relaciones sociales de propiedad.
- Relaciones sociales de cambio.

Veamos cómo, mediante un tipo de relación social (de cambio), altero otras relaciones (de propiedad), porque la resultante del proceso es:



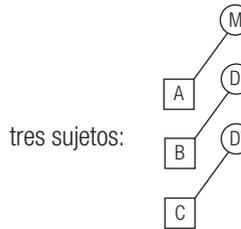
El problema es que para explicar este proceso D-M-D' me hacen falta otras relaciones. Hasta ahora:

- Relaciones sociales de propiedad: Mercancía en sus distintas formas.
- Relaciones sociales de cambio:

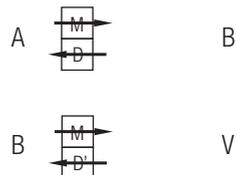
Vende
 Compra

Veamos:
 En D-M-D'
 Tengo:
 M-D-M-D'-M
 D' = D

El modelo que podría presuponer es:



Que intercambian

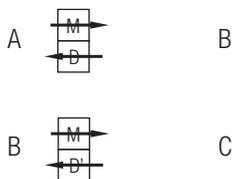


¿Pero qué pasó aquí?

En la primera relación de intercambio, utilizamos a dos sujetos sociales (A y B) que tenían dos pares de relaciones sociales cada uno: propiedad y venta-compra.

Pero para hacer referencia al proceso de D-M-D' requiero apelar a C, para explicar de dónde proviene D', lo cual es una falacia. Porque C tendría que poder ser reemplazado por un gesto antojadizo de A o B, ya que A o B podrían vender algo después de haberlo comprado...

En términos de exigencia lógica C es una muletilla, podríamos haber hecho lo siguiente:



Y así aparece la falacia, porque como en un acto de magia aparece D'.

En realidad, lo que sucedió es que como había tres cosas (D-M-D') decidimos arbitrariamente poner tres propietarios, cada uno de los cuales estaba definido

por la acción de vender o de comprar.

Pero en la lógica estricta de la relación de cambio, tendría que bastar con dos. Esta es la famosa "alquimia" a que hacía referencia Marx: mágicamente D se transforma en D', obtenemos más dinero. Incorporar C es una forma de fetichismo, de personificar D' para intentar explicarlo.

El cambio nos permite describir la alteración de las relaciones de propiedad, pero no la alteración de las mediaciones (D). El intercambio describe y señala —no explica—, es el cambio en las relaciones de propiedad, pero no tiene capacidad ni de describir, ni de explicar, cómo D se transforma en D'. No explica el cambio de la realidad mercancía, cualquiera sea su forma.

El tercer personaje (C) da la apariencia de la consistencia, que encubre el error. Hay un tonto que vende más barato y uno que vende más caro. Pero si volvemos al esquema inicial se hace evidente el absurdo. (Para ello sólo requerimos que el sistema sea reversible, hecho que nada contradice hasta ahora).

El mecanismo que se utiliza —lo veíamos ya cuando Clausewitz personifica la violencia— es en vez de resolver la emergencia de D', que es la referencia a un proceso que lo constituye, personificar este proceso.²⁷

²⁷ Clausewitz personifica la violencia al decir: "La violencia, para enfrentarse con la violencia, recurre a las creaciones del arte y de la ciencia".

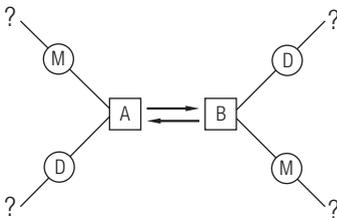
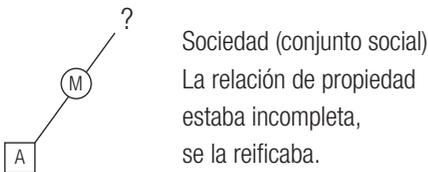
La teoría del fetichismo de la mercancía tiene un amplio espectro de significación. Aquí nos referimos a dos: la "reificación" (plasmear relaciones sociales en cosas) y la "personificación" que consiste en personificar un proceso, ante la carencia de una explicación para el mismo (por ejemplo: el Estado, la violencia, la vida, la muerte, etc.).

Así, para explicar a D' se hace aparecer la personificación de C, un capitalista, un ganancioso.

Inicialmente teníamos un código definido a partir de dos tipos de relaciones sociales: de cambio y de propiedad. Las relaciones de cambio definían a su sujeto en términos de acciones posibles (vender o comprar) subordinadas a las relaciones de propiedad establecidas.

Hasta ese momento no habían tenido importancia las mediaciones, no resultaba fundamental saber de qué se era propietario. Pero ¿qué quiere decir que alguien es propietario de algo?

En nuestro modelo inicial existía una reificación porque llamábamos sociales a las relaciones de propiedad; y sin embargo, las hemos tratado como una relación con cosas. En realidad, son relaciones sociales entre personas a través de cosas. Nuestro modelo estaba incompleto:



El proceso de intercambio cambia la relación con el conjunto total.

En D-M-D', el guión es un signo de equivalencia. Pero no sabemos cómo establecerla, porque entre D y D' no hay equivalencia.

Llegados a este punto, aparece la necesidad de ir hacia otros conjuntos, hacia otros espacios sociales.

Ya no basta con hablar de M, sino de las "n" formas que puede asumir M. No basta conocer las mediaciones de las relaciones sociales, es necesario observar el proceso de constitución, de producción de las mediaciones.

Ello remite a los problemas tratados en los capítulos I y V de *El Capital*; al análisis del valor, como unidad entre el valor de uso y el valor de cambio, como mediación que expresa una relación social. Esto nos lleva, al mismo tiempo, al análisis del proceso de formación de valor y al proceso de valorización. Nos remite, también, a otros ámbitos de relaciones sociales. Este camino es necesario para saber cómo se producen nuestros "preexistentes": M y D.

El modelo inicial de Clausewitz, el duelo, es similar a éste del intercambio. Los dos contrincantes hacen uso de la fuerza; ambos quieren imponer al otro su voluntad y buscan el desarme del otro. Es un modelo simétrico: basta con definir las características de uno de los contrincantes para saber qué es el duelo. ¿En qué momento rompe Clausewitz esta imagen ingenua? En el momento en que no están los dos al ataque, sino que hay una relación de ataque y defensa. A partir de aquí se origina otra ruptura con el modelo ingenuo; irrumpen la pregunta

¿quién comienza la guerra? ¿Cómo se origina esta relación social?

En el modelo de Marx pasa algo similar al preguntarse ¿de dónde surge D'? esta pregunta tiene el mismo status teórico-metodológico que la pregunta de Clausewitz ¿cómo comienza la guerra? (Que tengan el mismo status no quiere decir que sean análogas).

Marx resuelve el problema que él mismo plantea, remitiéndose a otro ámbito que sí tiene capacidad explicativa, el de las relaciones sociales de producción.

Pero ¿cómo resuelve Clausewitz la cuestión de cómo se origina la guerra?: primero rompe la simetría del duelo, define que no hay polaridad, que los contrincantes son distintos. Después define, a partir de la noción de ataque y defensa, que la guerra no comienza a partir de la subjetividad, sino de que se toma posesión de algo y que, por tanto, la guerra no comienza con el ataque (podría la posición afectada con el ataque no ser de importancia para el atacado, no implicar, para él, pérdida de algo, y, por tanto, no provocar una defensa). Quien define el ataque es el atacado.

En realidad, el proceso de la guerra está definido por los dos. La defensa no basta para explicar el origen de la guerra, del proceso global.

El problema de la definición de en qué momento una relación de fuerzas determinada, será considerada un ataque, no puede ser explicada a partir de la polaridad abstracta del modelo del duelo. Porque su explicación nos remite

a otro ámbito; Clausewitz presupone la política. La guerra es una relación social en el ámbito del poder.

Clausewitz presupone el problema del poder, en ese ámbito de relaciones se establece la relación de guerra. Las relaciones humanas, las relaciones sociales, tienen un territorio específico que es el de las relaciones de poder, y el ámbito del poder en su desarrollo, en el proceso mismo de su existencia, constituye la guerra. La guerra en Clausewitz es la política misma, mediante la incorporación de otro instrumento. Para él nunca desaparece la política. Pero la frase “la guerra es la continuación de la política por otros medios”, da una idea que ha sido malinterpretada, una idea secuencial, de sustitución. En realidad la guerra sucede siempre en el ámbito del poder. Para Clausewitz, la guerra está implícita en la política.

No adscribimos a la concepción de Clausewitz, pero sin duda su desarrollo es un avance explicativo sobre el tema del poder. Porque si con algo tiene que ver la política es con lucha, el poder es lucha, pero siempre se lo reifica en un “Estado” —una situación—, cuando, en realidad, la cuestión del Estado nos remite a nada más que el “estado del poder”, “el estado de la lucha”. Pero en la reflexión se quita sistemáticamente el operador lucha, enfrentamiento. Por eso Clausewitz implica un avance en este terreno, en la clarificación de los problemas del poder.



TEXTOS



**HISTORIZAR PARA CRITICAR,
CRITICAR PARA TRANSFORMAR.
LA RELACIÓN ENTRE LA TEORÍA
POLÍTICA EN EL DEBATE
POSTMARXISTA EUROPEO.**

EUGENIA FRAGA

Artículo

Recibido: 02/03/2018

Aceptado: 12/05/2018

RESUMEN

En el presente trabajo indagaremos en los modos en que diversos autores posmarxistas han reflexionado e intentado saldar el clásico dilema entre teoría y práctica política. Así, mediante el análisis de las propuestas de Poulantzas, Balibar, Bobbio, Colletti, Vacca, Negri y Zizek, veremos que emergen como fundamentales, a la hora de trazar puentes entre ambas instancias que sin embargo mantengan su entidad, las nociones de historia y la de crítica.

PALABRAS CLAVE TEORÍA; PRÁCTICA; POSMARXISMO

ABSTRACT

In the present paper we will study the ways in which various postmarxist authors have reflected upon the classic dilemma between political theory and practice. By analysing the proposals of Poulantzas, Balibar, Bobbio, Colletti, Vacca, Negri and Zizek, we will see that the notions of history and of critique emerge as essential in order to bridge the gap between both instances, without their losing their own entity.

KEYWORDS THEORY; PRACTICE; POSTMARXISM

INTRODUCCIÓN

Desde el momento en que Karl Marx (1985) elaboró su crítica materialista al idealismo, la tradición de pensamiento marxista quedó marcada por la necesidad de volver una y otra vez sobre el dilema acerca del lugar, del rol y de la influencia de las ideas y las acciones, o también, del dilema entre teoría y práctica. En particular, dado que el marxismo no solo es una tradición de pensamiento sino también una tradición político-ideológica (Tarcus, 2013), la tensión entre ideas y acciones se desplegó, la mayoría de las veces, en términos de la relación entre teoría y práctica políticas. El marxismo de la época de la Segunda Internacional, así como su versión elevada a ortodoxia en el marco del “socialismo real” de la época estalinista en la Unión Soviética y su cristalización en la Tercera Internacional, dieron respuesta a este dilema de una manera singular, eficaz en términos pragmáticos, pero que en realidad implicaba un alejamiento del elemento crítico originario de todo marxismo y de toda teoría socialista que mereciera el nombre (Andreucci, 1980; Haupt, 1979). Por ello, y como reacción a dicha situación, a partir sobre todo de la segunda mitad del siglo XX comenzaron a emerger voces alternativas dentro de la

propia tradición de pensamiento. Al movimiento producido por sus propuestas se lo suele caracterizar como “posmarxismo”, respuesta disidente frente a la “crisis del marxismo” producida por su conversión en fetiche y herramienta totalitaria (Anderson, 1977; Kolakowski, 1983).

En el presente trabajo rastreamos los diversos modos en que varios de aquellos autores posmarxistas reflexionaron sobre el clásico dilema entre teoría y práctica. Concretamente, nos centraremos en el estudio de tres grupos de discusiones, todos en el marco de la producción europea: el “debate francés” y el “debate italiano” de la segunda mitad del siglo XX, así como el “debate en el siglo XXI”. Como referentes del primer grupo, analizaremos las obras *Estado, poder y socialismo* de Nicos Poulantzas, y *Marx y su crítica de la política* de Étienne Balibar. Como referentes del segundo grupo, analizaremos las obras *¿Qué socialismo?*, de Norberto Bobbio, *Una entrevista político-filosófica*, de Lucio Colletti, y *Discutiendo sobre socialismo y democracia*, de Giuseppe Vacca. Finalmente, como referentes del tercer grupo de discusión, analizaremos las obras *Algunas reflexiones sobre la dialéctica*, de Antonio Negri, y *El sublime objeto de la ideología y Contingencia*,

hegemonía y universalidad de Slavoj Žižek. Por último, trazaremos unas conclusiones comparativas en las que esperamos no sólo resumir los puntos claves del debate y de las respuestas -abiertas- ofrecidas por estos autores al dilema, sino también poder demostrar, aunque sea parcialmente, la hipótesis de que una verdadera teoría marxista debe ser siempre alguna forma de “teoría crítica”.

EL DEBATE FRANCÉS

En *Estado, poder y socialismo*, Poulantzas polemiza con aquella postura que denomina “teoricismo formalista”. En su opinión, ella afirma la existencia de una “teoría general”, en el sentido de una “ciencia única”, poseedora de un “objeto teórico invariante” a pesar de la multiplicidad histórica y geográfica de modos de producción diferentes. Para dicha postura, la noción de “teoría” se define como un “*corpus* sistemático” que, partiendo de “proposiciones generales y necesarias”, construye explicaciones de los diversos modos de producción, a cada uno de los cuales concibe como “expresiones singulares de un mismo objeto teórico”. De este modo, el teoricismo formalista pretende descubrir las “leyes de transformación” que serían la causa de las

“metamorfosis” del objeto en cuestión. Frente a esta postura, el autor sugiere en cambio la construcción de, por ejemplo, una “teoría capitalista” —y no ya “general” o universal—, la cual sería “legítima” porque sus límites coincidirían con los de un modo de producción específico, el cual constituiría su objeto de estudio. Esta idea no va en detrimento de que puedan llegar a avanzarse ciertas “proposiciones teóricas generales”, pero sí en contra de la noción de teoría general como tal (Poulantzas, 1991: 15-16; Jessop, 1985).

En el trasfondo de esta polémica, Poulantzas debate con lo que él señala como la “metafísica de la filosofía política”, con sus “vagas y brumosas” teorizaciones abstractas que buscan “revelar los grandes secretos” de la historia y de la política, pretendiendo constituirse en “filosofías primeras” y/o “filosofías últimas”, sobre la base de una suerte de puesta al día del “espiritualismo tradicional”. Para lograrlo, prosigue el autor, dan forma a toda una serie de nociones “misticadoras”, “ultrasimplificadoras y grandilocuentes”, que “infestan el mercado del concepto” y no explican nada de veras. Todo esto, que según su juicio sucede en el plano teórico, tiene un correlato en el plano histórico por el cual las “masas populares” de todo el mundo

acaban suscribiendo a un “dogmatismo escatológico y profético” que muy poco les sirve a la hora de actuar políticamente (Poulantzas, 1991: 17-18). Respecto entonces a la relación entre la teoría y la práctica políticas, Poulantzas muestra cómo una teoría capitalista, al proporcionar elementos relativos a la “transición al socialismo”, no los concebiría como “leyes”, mucho menos como “profecías”, sino apenas como “naciones teórico-estratégicas en estado práctico”, es decir, como “guías para la acción”, como “paneles indicativos” que sólo mostrarán su productividad o la falta de ella en la práctica concreta. Una teoría de arraigo histórico como la que él propone no puede constituir nunca un “modelo”, una “receta”, pues no constituye ningún universal a “aplicar” en casos particulares”, pero más importante aún, porque no contiene ningún tipo de “garantía teórica”. Esto equivaldría a “pedir a una teoría más de lo que puede dar”. Una teoría puede constituir y es deseable que constituya una guía, pero siempre persiste una “distancia estructural” entre la teoría y la práctica (p. 19-20; Lazagna, 2007). Dicha distancia estructural es por definición irreductible, y cada una de las dos instancias tiene una entidad con valor propio, aunque por supuesto puedan trazarse vínculos. Pero quienes

buscan reducir esa distancia acaban en realidad reduciendo la teoría a la práctica, o dicho más precisamente, acaban realizando “en nombre de la teoría” su propio deseo. Este es un riesgo omnipresente, pues toda teoría, “por más liberadora que sea”, puede eventualmente ser empleada con fines “totalitarios”, especialmente por aquellos que, alabando su “pureza”, elevando su discurso, pretenden “colmar la brecha” entre teoría y práctica, “aplicando textos” y simplificando de manera irrealista lo real (Poulantzas, 1991: 20). Entonces, contra una teoría y una práctica metafísicas, Poulantzas propone la construcción de una “teoría científica”. Esto no significa “recaer en el positivismo y el empirismo”, es decir, no significa que la teoría se construya por “inducción” a partir de la “adición” de casos concretos, ni, como ya hemos visto, por mera “deducción” a partir de la combinación de leyes supuestamente necesarias. Una teoría sólo tiene estatuto científico si logra iluminar los mecanismos y las posibilidades de la “reproducción” y la “transformación” históricas de su objeto también histórico, sin autoproclamarse en modelo conceptual superpoderoso ni en receta práctica inmediata (Poulantzas, 1991: 23).

Por otra parte, en Marx y su *crítica de la política*, Balibar discute con otros dos

tipos de “discursos”, tan concurrentes como errados. Un primer discurso se enuncia como el “análisis de lo que es”; el segundo se presenta como la afirmación “normativa” de lo que “debe ser”. Si el primero se reduce a describir “la historia”, el segundo pretende realizar en cambio el “destino histórico”. Pero a pesar de sus diferencias, ambos discursos constituyen “tendencias ideológicas” que facilitan la constitución de “concepciones apologéticas”: en el primer caso, se produce una apología de lo existente; en el segundo, una apología de una postura normativa determinada. De este modo, ambas, “realidad” y “concepto” según el cual se supone debe orientarse dicha realidad, permanecen sin criticar. Precisamente por ello, el autor sostiene la necesidad de una “crítica radical” de ambas posturas (Balibar, 1980: 108-110; Karczmarczyk, 2013).

Como muestra Balibar, uno de los problemas fundamentales de ambos discursos es aquel que gira en torno de la “teoría”. El primer tipo de enunciado pretende la “ausencia de teoría”, pretende “vérselas inocentemente” con “hechos”. Pero toda realidad histórica está siempre ya “atrapada en una red de representaciones”, sean éstas de tipo “práctico” —asociadas a las diferentes actividades de la vida— o incluso

“teórico” —por ejemplo científicas, pero también religiosas, políticas o incluso mediáticas—. El segundo tipo de enunciado, por su parte, se aferra demasiado a una sola teoría normativa, pues cree en la posibilidad de que la historia se mueva en función de un determinado “plan preconcebido”, a partir de una doble idealización de lo que “es” y de lo que “debería ser”. Pero como ya habían mostrado Marx y Friedrich Engels (1985), esto implica recaer en la “ilusión política”, en la ilusión de creer que las transformaciones históricas son el producto de “decisiones tomadas” (Balibar, 1980: 112-114).

En el medio de este embrollo, Balibar opta por una posición que se equidista de ambas posturas analizadas. Efectivamente no se puede pensar sin teoría, siempre hay teoría mediando en la realidad, pero tampoco se trata de limitarse a construir una teoría y aplicarla a la historia presuponiendo su verdad, su efectividad y su eternidad. Se trata, sostiene el autor, de concentrarse en el análisis de lo existente, pero de un modo teórico; en pocas palabras, se trata de realizar “análisis teóricos” de la historia (Balibar, 1980: 115). Porque como sabe el marxismo desde sus orígenes, toda lucha política supone a su vez una “lucha teórica”, es decir, una pugna por

construir, propagar y volver hegemónicas ciertas “concepciones del mundo” (Balibar, 1980: 119). Pero además, dado que toda teoría es por definición “inacabada”, es decir, incapaz de abarcar de manera “inmediata” la totalidad de los problemas históricos que le competen, e incluso siquiera de plantearlos, la clave es ir produciendo no tanto “una teoría” como múltiples “síntesis teóricas” de las “tendencias” -pasadas, presentes y futuras- observadas en la historia (Balibar, 1980: 141). Sólo de este modo, combinando teoría e historia, o dicho de otro modo, teoría y “crítica”, pueden relacionarse de manera productiva las concepciones normativas y la práctica política concreta, o también, realidad y concepto, en la dirección de la verdadera -y no sólo proclamada- “transformación” histórica (Balibar, 1980: 123; 136; Fornari, 2009).

EL DEBATE ITALIANO

En *¿Qué socialismo?*, Bobbio afirma la indisociabilidad del vínculo entre el “problema de la teoría” y el “problema de la práctica”. Pero la naturaleza de dicho vínculo es compleja, y no puede reducirse, en su opinión, a lo que él denomina “racionalismo puro”. El racionalismo puro sería aquella postura que considera que la práctica se puede

“deducir” de la teoría. Frente a esto, el autor sostiene en cambio la idea de que más bien toda teoría es una “racionalización póstuma” de prácticas ya realizadas, o bien una “racionalización” previa de prácticas que se desearía ver realizadas (Bobbio, 1986: 57-58). En este sentido, señala que toda teoría es ideológica (Bobbio, 1986: 76). Sin embargo, asigna a la “razón” una “función crítica” (Bobbio, 1986: 56). Si las razones argüidas por una determinada teoría se apoyan en algún “principio de autoridad”, sea del signo que fuere, el “espíritu crítico” de la razón se ve “embotado” (Bobbio, 1986: 65). Si, en cambio, y en el extremo opuesto de las posibilidades, se produce un “exceso de espíritu crítico”, por el cual la razón aparece como único factor de una teoría, olvidando su elemento irreductiblemente práctico, se recae en aquel racionalismo puro que ya hemos visto (Bobbio, 1986: 68). Este supuesto exceso de crítica, según el autor, puede llegar a “herir mortalmente” a la teoría que busca orientar una determinada práctica política, volviéndola “estéril” (Bobbio, 1986: 101; Bianchi, 2007).

En una línea algo parecida, en *Una entrevista político-filosófica* con Perry Anderson, Colletti afirma la necesidad de “superar” ciertas formas de lo que denomina “intelectualismo”, de modo de

poder empezar a comprender un poco mejor el complejo problema de la relación entre teoría y práctica política (Colletti, 1975: 63). Este autor debate con la figura del intelectual “al viejo estilo”, el cual, en su opinión, se fundaba en la idea de una “división de trabajo” entre teoría y práctica, por la cual la práctica política podía ser “dejada” en manos de los “políticos profesionales”, sin más reflexión al respecto (Colletti, 1975: 69). Frente a esto, Colletti recuerda la doble “vocación” del marxismo: construir una “ciencia positiva” tanto como una “ciencia crítica” (Colletti, 1975: 81). Si el intelectual al viejo estilo se ocupa sólo de lo primero, un intelectual en sentido marxista debe dar un lugar fundamental no sólo al estudio de la teoría sino también al estudio de la práctica política propiamente dicha, pues sólo así podrá ayudar a constituir una ciencia crítica. Este es, a su juicio, el rol de la sociología: ella logra “dar forma” a las “técnicas” políticas, participando así en la “lucha por la transformación del mundo”. Tal sociología concibe a la práctica como “funcional” para la producción de teoría, y a la teoría como una “función” de la práctica. En otras palabras, ella es tanto una “práctica-teórica” como una “teoría-práctica”, o también, tanto una “ciencia *res gestae*” -de los “hechos”-

como una “ciencia *rerum gestarum*”, -de construcción interpretativa de los “hechos”-. Lo fundamental, evidentemente, es que pueda captar y dar cuenta del “profundo nexos” entre el “profeta” político y el “científico” intelectual (Colletti, 1975: 83). Esta es la “llave de oro teórica” que tanto necesita el marxismo en “crisis” (Colletti, 1975: 92): abrirse a una “actitud crítica” que deje de lado las “idealizaciones”, que sea primordialmente un “autoexamen” o “autocrítica”, de manera de poder tomar “decisiones críticas” a partir de la creación de una “contra-teoría” (Colletti, 1975: 61-62; 66; 75-76; 93; Chatterjee, 1981).

En *Discutiendo sobre socialismo y democracia*, Vacca sostiene que para la realización de alguna “sociedad socialista” es necesaria primero la “emancipación política”; pero para que se alcance dicha emancipación es requisito previo que las masas “critiquen” las “raíces del dominio” incorporados en la división social del trabajo, y que luego se la “apropien” (Vacca, 1976: 122). Ahora bien, para que se den esa crítica y esa apropiación, es preciso que las masas comprendan teóricamente ese dominio. Por otro lado, es necesario que el “modelo” que se construya de sociedad socialista sea uno de tipo “democrático”, y para que esto

suceda también es necesaria la elaboración teórica. Más precisamente, afirma el autor, se precisa “reconectar” una “teoría de la política” con una “teoría de la historia”, para evitar que la primera se vuelva una “abstracta e infecunda modelística”, pero también para que, de algún modo, “aprenda” de la historia (Vacca, 1976: 128). Porque es cierto que “no se conoce la realidad sin una teoría de la realidad”, pero también es cierto que para transformar dicha realidad es indispensable “repensar” y “adoptar críticamente la propia tradición”. En este caso, Vacca se refiere a la tradición “hegelomarxista” de la que forma parte, y a la que adscribe porque ella despliega, en el “plano teórico-filosófico”, el “punto de ataque” a la sociedad capitalista en términos de “crítica”; en otras palabras, ella es la que permitiría la “revolución” de la propia teoría (Vacca, 1976: 130-131; Aricó y Franzé, 1991).

De no darse esta revolución teórica, que implicaría la reunión de “teoría y movimiento”, la práctica política del movimiento obrero se vería crecientemente reducida al “empirismo”, a la vez que la teoría socialista se vería crecientemente convertida en “pobre esquematización”. El marxismo como cuerpo teórico se vería escindido del “cuerpo vivo” del movimiento, y con ello, perdería su elemento “creativo”,

deviniendo una mera “crítica romántica” de la contemporaneidad, que en relación al movimiento obrero no sería más que una “extraña”. El marxismo intelectualista se opondría, en vez de complementarse, a la política de las mayorías que atravesaría a su vez un creciente “achatamiento pragmático” (Vacca, 1976: 133-134). Al recombinarse práctica teórica y práctica política, podrían recombinarse también las bases del pensamiento socialista con elementos del pensamiento democrático, típicamente liberal —aunque modificados—. Así como el quiebre del nexo “intelectuales-masas” es un “dato constitutivo” del movimiento socialista, debe tomarse como punto de partida de la potencialidad del desarrollo teórico marxista, en tanto índice de la “promesa” de su “recomposición”, que permitiría la apropiación de las masas de la política entendida como “ciencia”, como disciplina mediada por conocimiento teórico (Vacca, 1976: 137).

Se trata, para Vacca, de conformar al marxismo no ya como “ciencia positiva”, en el sentido en que lo es la “modelística” jurídica, económica, sociológica o politológica, sino como “ciencia crítica”, es decir, como “fundación estratégica” y “reelaboración teórica” de la propia experiencia del movimiento hacia el socialismo. El

elemento crítico, en este marco, tiene que ver con un “orientar” la reflexión sobre los “defectos” históricos del movimiento, de tal modo de aprender de ellos (Vacca, 1976: 137). Se trataría, según el autor, de una suerte de combinación entre dos postulados clásicos de la tradición marxista. Por un lado, con aquellas postulaciones de Vladimir Lenin (1975) acerca de la relación entre teoría y movimiento, por las cuales la teoría, entendida como “conciencia socialista” fruto de una “concepción completa” de la estructura social y sus interrelaciones de clase y con el estado, es “introducida” en el proletariado “desde fuera” de su “experiencia inmediata” (Vacca, 1976: 139). Pero, por otro lado, con los postulados de Antonio Gramsci (2004) acerca de que la ciencia marxista procede menos de la “mente del filósofo” y más de los “organismos” en los que participan los “protagonistas” de los procesos políticos, de donde en todo caso nace el “pensador colectivo” o intelectual orgánico. La combinación de las ideas leninistas y gramscianas conllevaría la necesidad de una reconexión de teoría y praxis, de instituciones y procesos, de lógica e historia, de concepto y política. En conclusión, un tal marxismo sería una verdadera “organización crítica del saber

sobre la base de la historia” (Vacca, 1976: 145-146).

EL DEBATE EN EL SIGLO XXI

En *Algunas reflexiones sobre la dialéctica*, Negri recuerda cómo el marxismo, en su sentido originario, implicaba una “dialéctica abierta a la crítica”, como opuesta a la “dialéctica cerrada de la ‘crítica-crítica’” del pensamiento idealista (Marx, 1978). En sus palabras, el “dispositivo teórico” marxista debe recobrar esa originaria “exaltación” de lo que denomina lo “particular subversivo”, como instancia distinta y superadora de lo meramente universal pero vacío, de una “actitud ético-política”. Porque una teoría sólo es crítica si se ve acompañada de dicha actitud ético-política. En particular, la teoría marxista y dialéctica es aquella que busca proporcionar, en un mismo movimiento, el “momento de la realidad” y el “momento del conocimiento”. O, dicho de otro modo, el momento histórico por el cual se da cuenta de las “contradicciones” objetivas, y el momento conceptual por el cual emerge la posibilidad de que dichas “contradicciones” puedan comprenderse en conjunto. En este sentido, el “desarrollo lógico” de las “determinaciones teóricas” debería

poder expresar el “proceso concreto” de la emergencia y del despliegue del “objeto real”. La deducción lógica, en este marco, es la “expresión teórica” del desarrollo histórico real y concreto. Sin embargo, no es sólo mediante la dialéctica que pueda llegar a alcanzarse una verdadera “reconciliación” entre teoría e historia (Negri, 2009: 1-2). Es fundamental tener en cuenta que la dialéctica —por ejemplo, entre crecimiento y crisis— es también una de las “armas” del capital utilizadas para la organización de las sociedades. Por ello, es necesario construir una “filosofía histórica del presente” que, asumiendo la “actividad productiva”, la dialéctica creativa, como fuente de cualquier “configuración social”, quiebre la relación entre dialéctica y capital (Negri, 2009: 6; Sherman, 2011).

En Contingencia, hegemonía, universalidad, Zizek da por tierra con la “falsa dicotomía” que parecería aquejar con demasiada frecuencia a la “teoría crítica”. El típico dilema entre “lucha de clases” o “posmodernismo” —es decir, entre una teoría fundada en el marxismo clásico o incluso ortodoxo que giraba en torno del “antagonismo” de capital y trabajo y el ámbito de la “producción” económica, y una teoría fundada en las nuevas corrientes críticas de pensamiento que giran en torno de la

“multiplicidad de identidades” políticas, de la “contingencia radical” y de la “irreductibilidad lúdica” de sus interrelaciones—, no es en verdad un dilema. En opinión del autor, es preciso combinar ambos tipos de preocupaciones y de propuestas en una variante novedosa de teoría crítica marxista (Zizek, 2000: 95). Esta teoría crítica, por otra parte, ha sido “nombrada” como necesaria muchas veces, pero rara vez ha sido “teorizada” de veras (Zizek, 2000: 102; Xun, 2007).

En su intento de hacerlo, Zizek afirma que la “tarea teórica” consiste en primer lugar en explicar la “enigmática” emergencia de los distintos “universales” históricos, por ejemplo, de aquellas entidades postuladas por el marxismo clásico como “sujetos universales” de una “misión histórica —la transformación del capitalismo en socialismo por parte de la clase obrera o proletariado—. Pero, en segundo lugar, y como implicancia inevitable de lo primero, la tarea teórica consiste en “desenmascarar” los “prejuicios” y “exclusiones” particulares al interior de dichas postulaciones universales —por ejemplo, el prejuicio contra otros tipos de potenciales “sujetos revolucionarios”, como aquellas identidades basadas en la situación colonial, la dominación de género, o cualquier otro tipo de minoría, con su

consiguiente exclusión de la teoría marxista ortodoxa—. De aquí se deriva la tercera tarea teórica, que consiste en explorar los cambios en la “lógica de funcionamiento” misma de los universales —por ejemplo, analizar cómo han comenzado a incluirse las identidades antes excluidas y con qué efectos y alcances, y cuáles son sus potencialidades aún no desplegadas (Zizek, 2000: 113).

En este marco, el autor insiste en dos puntos clave. Por un lado, en el hecho de que la crítica del prejuicio y la exclusión particulares se realiza ya siempre “al interior” del “terreno abierto” por la universalidad de la teoría. Así, por ejemplo, criticar las “falsas universalidades” históricas —por caso, la falsa universalidad de un trabajador hombre, europeo, blanco, libre, etc.— no implica poner en duda el concepto mismo de la universalidad, a partir de una suerte de defensa de los “particularismos preuniversales”, sino que ella misma sólo es posible como “tensión inherente” a la universalidad en sí (Zizek, 2000: 110-111).

Por otro lado, como sostiene en *El sublime objeto de la ideología*, el hecho de que el procedimiento mismo de la “crítica” en un sentido marxista es siempre “sintomático”. Esto quiere decir que consiste en detectar los “puntos de

ruptura heterogéneos” al interior de “campos ideológicos” determinados, pero que son siempre tanto rupturistas como “necesarios” para que dicho campo logre su “clausura”. Siguiendo con el ejemplo ya utilizado, una trabajadora mujer, o mestiza, o esclava, o incluso un trabajador en situación de desempleo, son tanto puntos de heterogeneidad y con ello de ruptura de la ideología marxista clásica, como sus límites mismos, que permiten el cierre de su frontera discursiva. Esto implica tener siempre en cuenta que las teorías funcionan con una “lógica de la excepción”: siempre excluyen algo, siempre son ideológicas, siempre constituyen falsos universales, y por ello, ninguna teoría está nunca verdaderamente acabada ni puede decirse que sea definitiva lo cual no quita la relevancia de su constante crítica (Zizek, 1992: 47; Roggerone, 2015).

CONCLUSIONES

Luego de haber desplegado los puntos más relevantes de las obras de diversos autores posmarxistas, podemos trazar unas conclusiones comparativas. El primer punto de comparación a destacar es el hecho de que todos ellos delinear una serie de posturas con las que debaten o polemizan, o en otras

palabras, a las que critican, y frente a las cuales construyen un tercer tipo de postura a la cual adhieren o defienden, que busca tomar los rasgos positivos de cada una de las posturas criticadas, combinándolas y superando sus rasgos perjudiciales.

Así, en el marco de lo que hemos denominado el “debate francés”, hemos visto que Poulantzas: a) alega contra el teorismo formalista, basado en la filosofía política metafísica, y que da lugar al dogmatismo escatológico y dogmático, por el cual la práctica es definida como deducción de la teoría; b) alega contra la reducción práctica de la teoría, por la cual la teoría es vista como modelo universal de aplicación particular y como inducción a partir de la práctica, conteniendo el peligro de uso totalitario; y c) alega a favor de una teoría con límites históricos, constituida por nociones teóricas en estado práctico, por guías conceptuales para la acción puestas a prueba en esa misma acción. Por otro lado, hemos visto que Balibar: a) alega contra el estudio de lo que es entendido como mera descripción de la historia, que lleva a la apología de lo existente, por defender la ausencia de teoría; b) alega contra la afirmación normativa de lo que debe ser entendida como postulación de un destino histórico, que lleva a la apología de un

axioma determinado por su defensa de una única teoría; y c) alega a favor de análisis teóricos de la historia a los que se busca volver hegemónicos, dado que la lucha política es concebida también como una lucha teórica.

De forma parecida, en el marco de lo que hemos denominado el “debate italiano”, hemos visto que Bobbio: a) alega contra las teorías basadas en algún principio de autoridad, las cuales esterilizan la teoría y con ello la práctica; b) alega contra las teorías basadas en el racionalismo puro, las cuales deducen la práctica de la teoría; y c) alega a favor de la teoría definida como racionalización de prácticas pasadas o deseadas políticamente. Por su parte, hemos visto que Colletti alega contra la división clásica del trabajo entre a) el intelectualismo científico y b) la profecía política; y que c) alega a favor de la doble vocación sociológica de constituir una ciencia positiva a la vez que una ciencia crítica, que sea un estudio de la teoría y de la práctica, pues ambas se retroalimentan, y que sea un constructo factual a la vez que interpretativo. Y así también, hemos visto que Vacca: a) alega contra el empirismo que cree poder conocer la realidad sin teoría, y que lleva al achatamiento pragmático de la política; b) alega contra el esquematismo ortodoxo que cree poder aplicar

políticamente su teoría sin autocrítica; y c) alega a favor de la reconexión de una teoría de la política con una teoría de la historia, y de la teoría socialista con la teoría democrática, pues se precisa comprensión teórica para lograr una transformación práctica.

Finalmente, en el marco de lo que hemos denominado el “debate contemporáneo”, o del siglo XXI, hemos visto que Negri: a) alega contra la dialéctica capitalista, reproductora del modo organizativo dado, pero también b) contra la crítica-crítica idealista, dialéctica pero cerrada, que constituye la exaltación de universales vacíos, y frente a las cuales c) alega a favor de una dialéctica abierta, propia del materialismo crítico, que exalte lo particular subversivo, y que constituya una combinación de teoría de la realidad y del conocimiento, que incluya a la historia y al concepto, a las contradicciones objetivas y su superación potencial, al proceso práctico y a la lógica teórica. Y asimismo, hemos visto que Žižek: a) alega contra la teoría marxista ortodoxa, que plantea falsos universales no criticados; b) alega contra la teoría posmoderna no marxista, que defiende particularismos dejando de lado las potencialidades de la apelación

universalista; y c) alega a favor de una teoría marxista posmoderna, que dé cuenta de la emergencia de sus universales, que desenmascare sus exclusiones particulares o falsa universalidad, y que imagine universales novedosos, acerca de los cuales nunca olvide que también excluyen algo, que también requieren ser criticados.

Esto en cuanto al primer punto de comparación. Pero también nos gustaría resaltar que todas las propuestas comparten la idea de que las verdaderas teorías marxistas -es decir, materialistas, históricas, políticas-, son siempre y ante todo verdaderas teorías críticas. Las implicaciones de esta homologación son dos: por un lado, dichas teorías deben elaborar una crítica de la sociedad, de la realidad, de la historia, del modo de producción y del régimen de dominación dados. Pero por otro, y esto es quizás lo novedoso y el rasgo distintivo del posmarxismo, las teorías críticas deben elaborar una crítica, valga la redundancia, de las teorías mismas, incluida por supuesto la propia tradición tanto conceptual como normativa. En una palabra, una auténtica teoría marxista debe ser autocrítica.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, P. (1977). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Madrid: Siglo XXI.
- Andreucci, F. (1980). La difusión y vulgarización del marxismo. *En Historia del marxismo Vol. III*. Barcelona: Bruguera.
- Aricó, J. y Franzé, J. (1991). Una nueva época de la política: entrevista a Giuseppe Vacca. *Nueva Sociedad*, 115: 114-126.
- Balibar, É. (1980). *Marx y su crítica de la política*. México: Nuestro Tiempo.
- Bianchi, A. (2007). "Uma teoria marxista do político? O debate Bobbio trent'anni dopo". *Lua Nova*, 70: 39-82.
- Bobbio, N. (1986). *¿Qué socialismo?*. Madrid: Plaza y Janés.
- Chatterjee, P. (1981). Problems of a marxist political theory. Considerations on Colletti. *Economic and Political Weekly*, 16 (42-43): 2-8.
- Colletti, L. y Anderson, P. (1975). Una entrevista político-filosófica con Lucio Colletti. *Cuadernos Políticos*, 4: 61-98.
- Fornari, E. (2009). Étienne Balibar. La filosofía e le frontiere del politico. Entrevista teórico-biográfica. *Filosofia e Disussione Pubblica*, 22 (1): 31-70.
- Gramsci, A. (2004). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Haupt, G. (1979). Marx y marxismo. *En Historia del marxismo Vol. II*. Barcelona: Bruguera.
- Jessop, B. (1985). Towards a regional theory of politics. *En Marxist theory and political strategy*. Londres: Macmillan.
- Karczmarczyk, P. (2013). La ruptura epistemológica de Bachelard a Balibar y Pécheux. *Estudios de Epistemología*, 10: 9-33.
- Kolakowski, L. (1983). *Las principales corrientes del marxismo, Vols. I, II y III*. Madrid: Alianza.
- Lazagna, A. (2007). Nicos Poulantzas e a teoria regional do político na transicao socialista. *Anais do V Coloquio Internacional Marx-Engels*, Campinas.
- Lenin, V. I. (1975). *Materialismo y empiriocriticismo*. Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- Marx, K. (1978) *La sagrada familia*. Barcelona: Crítica.
- Marx, K. y Engels, F. (1985). *La ideología alemana*. Buenos Aires: Pueblos Unidos.
- Negri, A. (2009). *Algunas reflexiones sobre la dialéctica*. Conferencia sobre pensamiento crítico en el Siglo XXI, Moscú, disponible en: <http://artilleriainmanente.blogspot.com.ar/2013/08/antonio-negri-algunas-reflexiones-sobre.html>.

- Poulantzas, N. (1991). *Estado, poder y socialismo*. México: Siglo XXI.
- Roggerone, S. (2015). El nombre de un problema. Alain Badiou, Slavoj Žižek y la actualidad del comunismo. *Nómadas*, 45 (1): 1-28.
- Sherman, D. (2011). Metapolitics now: Negri, critical theory, praxis. En Sherman, D. et al. (eds.). *Reading Negri. Marxism in the age of empire*. Chicago: Open Court.
- Tarcus, H. (2013). *Marx en la Argentina: sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Vacca, G. (1976). Discorrendo di socialismo e di democrazia. En AAVV, *Il marxismo e lo Stato. Il dibattito aperto nella sinistra italiana sulle tesi di Norberto Bobbio*. Roma: Quaderni di Mondoperaio.
- Xun, W. (2007). The comparison between Žižek and Marx's critical theory of ideology. *Journal of Harbin University*, 5.
- Žižek, S. (1992). *El sublime objeto de la ideología*. México: Siglo XXI.
- Žižek, S. et al. (2000). *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

SOBRE LA AUTORA

EUGENIA FRAGA

Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

TEMAS DE ESPECIALIZACIÓN: Teoría sociológica y teoría social clásica, contemporánea y latinoamericana; Análisis del discurso e historia conceptual; Sociología del cuerpo.

euge.fraga@hotmail.com

Magíster en Investigación en Ciencias Sociales; Doctoranda en Ciencias Sociales; Licenciada en Sociología; Docente en Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires; Becaria UBACyT. Miembro del Grupo de Estudios sobre Problemas y Conceptos de la Teoría Social, con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de Argentina.



**LA DIMENSIÓN SOCIAL DEL SÍNTOMA.
DE LA LITERATURA MARGINAL
DE LA ÉPOCA VICTORIANA A
LAS SERIES DE LA TERCERA EDAD
DORADA DE LA TV.**

JUAN PABLO DUARTE

Artículo

Recibido: 01/04/2018

Aceptado: 12/05/2018

RESUMEN

Desde la relación que el incipiente psicoanálisis mantuvo con objetos culturales aún carentes de legitimidad en el ámbito artístico e intelectual (folletín literario, novelas por entregas, etc.), el presente artículo interroga las posibilidades heurísticas del abordaje psicoanalítico de las series de TV y el particular lazo con el espectador que plantean para el estudio de la dimensión social del síntoma.

PALABRAS CLAVE DIMENSIÓN SOCIAL DEL SÍNTOMA; CULTURA DE MASAS;
SERIALIDAD

ABSTRACT

From the relationship that emerging psychoanalysis had with cultural objects still lacking legitimacy in the artistic or intellectual field (serialised novel, etc.), this article interrogates heuristic possibilities of the psychoanalytic approach of the TV series, and its particular bond with the viewer, for the study of the social dimension of symptom.

KEYWORDS SOCIAL DIMENSION OF SYMPTOM; MASS CULTURE;
SERIALISED NOVEL

1. INTRODUCCIÓN

El seis de diciembre de 1907 Sigmund Freud pronuncia una conferencia sobre la creación literaria en el salón del editor Hugo Heller. Además de ser uno de los primeros miembros de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, editor y distribuidor de la revista *Imago* y del *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, Heller era uno de los principales libreros de la ciudad entre finales del siglo XIX y la década de 1920. Ubicada en el número tres de la calle Bauernmarkt, a solo unas calles del Palacio Imperial de Hofburg, su librería era el lugar de reunión de personalidades destacadas del mundo artístico e intelectual de la talla de Arthur Schnitzler, Gustav Klimt, Rainer Maria Rilke o Arnold Schönberg (Pogoriles, 2011). “Der Dichter und das Phantasieren”, traducido al español como “El creador literario y el fantaseo” (Freud, 1906-1908 [1992]), es el título del artículo en el que Freud pondrá por escrito algunas de las ideas que expuso esa noche de invierno ante unas noventa personas (p. 125). En este breve texto, Freud centra su reflexión en novelas breves, folletines y cuentos populares. Si bien la novela será

considerada años más tarde como el modelo de relato de su tiempo (Carrión, 2001 y Sibilia, 2009), el análisis de Freud excluye las obras de los exponentes “*más estimados por la crítica*” (p.132) y se enfoca en los escritores menos pretensiosos, autores que repiten con variaciones similares fórmulas narrativas. En relación a esta elección, cabe destacar un detalle: Freud se abstiene de mencionar los autores y títulos de las obras a que refiere su comentario. La incipiente cultura de masas parece abordarse aquí como un fenómeno marginal que puede ser leído desde el concepto de inconsciente, del mismo modo que los sueños, los lapsus, los chistes y la psicopatología de la vida cotidiana.

A más de un siglo de distancia del momento de aquella conferencia, en una época en la cual —desde hace décadas— las novedades de la cultura¹ de masas vienen aumentando sus márgenes de legitimidad como objetos de interés en el ámbito académico y artístico, se torna dificultoso calibrar el sentido que pudo tener aquella intervención de Freud. Aunque no se pretenda aquí realizar un abordaje histórico, esta dificultad guía el presente

¹ Dada la ambigüedad que implica el término “cultura”, es conveniente precisar que —salvo aclaración en contrario— en este texto referirá principalmente a las producciones artísticas, científicas, filosóficas, poéticas, arquitectónicas, musicales, etc.

trabajo. La relectura de este texto tiene como finalidad plantear una reflexión acerca de la relación entre la teoría psicoanalítica y la cultura popular.

En la actualidad se verifica un fuerte interés de la teoría lacaniana por este tipo de manifestaciones culturales, especialmente desarrollado en relación al discurso cinematográfico de alcance masivo. Slavoj Žižek dedica numerosos trabajos al cine de Hollywood con referencias que abarcan desde la obra de Hitchcock (Žižek, 1994) a *Matrix* de los hermanos Wachowski (Žižek, 2003). Series televisivas tan distantes en el plano narrativo como *24* (FOX: 2001-2010) y *The Wire* (HBO: 2002-2008) tampoco pasaron desapercibidas en la obra escrita y las intervenciones del filósofo esloveno, que hace del dominio referencial de la cultura pop una marca distintiva en su lectura de la obra de Lacan. La ficción televisiva ha sido objeto de análisis de figuras de primer orden del campo freudiano. Jacques Alain Miller, se refiere a *The Wire* como una serie que “nos muestra un vistazo de la matriz de la que somos los efecto” (Miller, en Voruz, 2015: 245), y Eric Laurent la menciona como uno de los ejemplos que muestra el relevo del relato cinematográfico por el serial televisivo en la cultura contemporánea (Laurent, 2016). Pero el interés del

psicoanálisis por las series no se agota sólo en las más valoradas por la crítica. Gerard Wajcman aborda la mirada científica a través de series como *CSI* (CBS: 2000-2015) y *Numb3rs* (CBS: 2005-2010) —a las que considera “mediocres y aburridas” (Wajcman, 2010, pág. 201)— o la concepción de sujeto “a las antípodas de Lacan” (Wajcman, 2015) que se desprende de *Lie to me* (FOX: 2009-). Desde hace algunos años, las series de televisión forman parte de los contenidos de publicaciones argentinas especializadas en la intersección entre el cine y el psicoanálisis. En su edición de julio de 2012, el Journal *Ética & Cine* dedica íntegramente un número a lecturas de series americanas, europeas y de producción local. La revista *Psine* cuenta con una sección sobre series e incluso abre su último número con una reflexión en torno a la creciente relevancia de estas producciones y el cine (Paulozky, 2017).

La cultura del rock es una referencia menos habitual que el discurso audiovisual en la bibliografía psicoanalítica de habla hispana. *Los Beatles y Lacan: un réquiem para la Edad Moderna* de Henry W. Sullivan fue recibido por un crítico como una anomalía y un “maravilloso capricho” (Hax, 2013) del autor. Tomando como

parámetro el cine de autor, lo mismo podría decirse del abordaje del cómic y la novela gráfica, objetos que comienzan a ser considerados relevantes en la lectura del contexto social a partir de los nuevos contratos con la verdad que contribuyen a instaurar con sus lectores (Carrión, 2016). En el marco de una disciplina que —desde sus inicios— encontró en diferentes manifestaciones artísticas un terreno fértil para impulsar sus investigaciones, la reflexión en torno al estatuto y características de los objetos escogidos para ello podría ser considerada de relevancia.

De manera recurrente, Freud encuentra en autores representativos de la tradición literaria occidental una anticipación a los planteos psicoanalíticos. En agosto de 1930, al momento de recibir el Premio Goethe, señalaba que este autor se aproximó por intuición a conclusiones que el psicoanálisis confirmaría con posterioridad (Freud, 1927-1931 [1992]). Sin forzar demasiado las cosas, podría suponerse que esta misma idea abarca también a otros nombres omnipresentes en su obra, tal el caso de Sófocles y Shakespeare, por mencionar algunos de los más destacados. Pero en *El creador literario y el fantaseo* los títulos y nombres no tienen mayor importancia. Se trata de la literatura de masas un modelo de relato desde el cual es posible

descifrar el contexto en el cual se inscribe el síntoma de una época en su dimensión social.

2. LA DIMENSIÓN SOCIAL DEL SÍNTOMA, LA LITERATURA MARGINAL Y LAS SERIES DE TV

La “dimensión social del síntoma” (2005 [1996], p. 16) es una expresión presente en *El Otro que no Existe y sus comités de ética*, uno de los seminarios de referencia para el estudio de los fenómenos de la civilización desde la teoría psicoanalítica lacaniana. Aquí, las civilizaciones son definidas como: “...un sistema de distribución del goce a partir de semblantes. (...) un modo de goce, incluso un modo común de goce, una repartición sistematizada de los medios y las maneras de gozar” (1996, p. 18). Es posible leer *El Creador literario y el fantaseo* como el análisis una modalidad en que puede operarse esta distribución del goce a partir de una forma narrativa. Los recambios generacionales modifican el lazo entre una obra y su público. El contexto del lazo social en que el folletín y la novela breve estuvieron asociados a lo popular no sólo quedó definitivamente atrás, en muchos casos, el tiempo invirtió el orden de cosas, aumentando la estima de la crítica hacia estos objetos. Como señala Eloy Fernández Porta:

Los que acceden al poder cultural se ocupan de que su *cultura pop* —la que les corresponde por formación, por época, quizá por edad— sea presentada y empaquetada como cultura pop denotativa —y, en última instancia, como alta cultura—. El pop es lo que le gusta a la generación inmediatamente posterior a aquella que acaba de ocupar el poder; lo demás, media mediante, es alta cultura (Porta, 2010, pág. 19)

Las series de la Tercera Edad de Oro de la televisión americana constituyen una parte fundamental de la cultura pop de la generación actual, “la generación del milenio”. Al igual que los folletines y novelas baratas, su pregnancia en la subjetividad no tardó en despertar críticas y sospechas. El énfasis en su “recepción festiva” y en una supuesta primacía del guión sobre el registro (Koza, 2013), de la información sobre la interpretación, el carácter incompleto de la obra o la inversión de tiempo que plantea al espectador (Asmar Moreno, 2017) son algunas consideraciones de la crítica cinematográfica actual. Sin embargo, desde el psicoanálisis, algunos autores no tardaron en señalar la utilidad del lenguaje televisivo para pensar los síntomas de la época actual. Eric Laurent no duda en señalar que asistimos a una

“época de muerte del cine”. Refiriéndose a *The Wire* (HBO: 2002-2008), señala que las series logran demostrar un imposible que no puede ingresar a la forma del relato cinematográfico (Laurent, 2016). Gerard Wajcman sostiene que “*nuestro mundo está estructurado como una serie americana*” (Wajcman, 2010, pág. 152) y Marie-Hélène Brousse las concibe como objetos que “*siguen el camino de la pulsión por medio de los cambios que han ocurrido en el orden simbólico*” (Brousse, 2015, pág. 237).

Superando la clásica disputa entre apocalípticos e integrados, el psicoanálisis encuentra en la cultura de masas una nueva posibilidad de lectura de lo social y sus síntomas. En este contexto *El creador literario y el fantaseo*, puede ser leído a modo de un antecedente de este tipo de abordajes.

3. DE LOS FENÓMENOS MARGINALES DE LO PSÍQUICO A LA LITERATURA MARGINAL

Luego de un preámbulo, en el que se puede leer de manera sucinta la interpretación psicoanalítica de fenómenos tales como el juego infantil, las fantasías neuróticas, la actividad onírica, el humor y los sueños diurnos, Freud ataca el problema fundamental de

su conferencia: ¿de qué manera el creador literario logra conmover a sus lectores, provocando sensaciones de las que estos siquiera se creían capaces? Este interrogante será resuelto al suponer una identificación del lector con determinados elementos presentes en la obra literaria. Al hacer de sus personajes encarnaciones de deseos insatisfechos —en última instancia de naturaleza sexual— el creador literario logra sortear las barreras de la represión a partir de la técnica artística, generando una representación de elementos reprimidos cuya presencia Freud verificaba en las neurosis de su tiempo (Freud, 1906-1908 [1992]).

Las formas clásicas, que encontrarán en los trágicos y épicos —antiguos y modernos— algunos de sus más conspicuos exponentes, se presentan a Freud poco adecuadas para la indagación de este fenómeno. ¿Acaso las dificultades que supone el hecho de que estos autores recojan materiales ya listos en lugar de crearlos libremente (p.137) habría sido un motivo suficiente para renunciar a ellos? ¿El naciente psicoanálisis no obtendría mayor legitimidad al anclar sus conceptos en las obras más representativas del canon cultural de la tradición europea?

Apenas habían pasado siete años desde la publicación de *La interpretación de los*

sueños. Considerada por Freud su obra más importante (Freud, 1900 [1998] y Ellemberguer, 1970), es además la que contiene la mayor profusión de referencias literarias (García de la Hoz, 1993). En *Die Traumdeutung*, la gran literatura —presente tanto en los mitos, sagas y libros sagrados como en las obras de autores de la talla de Goethe, Shakespeare, Schiller y Heine— se enlaza a los sueños y fantasías propios y de pacientes provenientes de la alta burguesía vienesa de finales del siglo XIX. De este modo, formaciones tales como “los sueños de muerte de personas queridas” son asociados a los reiterados ejemplos de rivalidad paterno-filial presentes en los testimonios de la mitología griega, la historia de Edipo se convierte en la expresión de “un material onírico primordial” (p. 275) que deriva de inclinaciones incestuosas asequibles a la escucha psicoanalítica y la tragedia de Hamlet, en una variación de la historia de Edipo en la que se pueden percibir de modo inhibido las fantasías que en aquella se concretan de manera acabada. La demostración freudiana también se apoya en la literatura religiosa, puntualmente en uno de los libros canónicos de la Biblia hebrea —*El Cantar de los cantares*— en cuya interpretación se explicita el modo en el que, desde tiempos remotos, la

comparación y la alusión han servido a la expresión de fantasías sexuales.

Un par de años más tarde, en *Psicopatología de la vida cotidiana* (Freud 1901 [2010]), Freud ilustra con ejemplos de *Ricardo II* y *Don Carlos* — escritos por Shakespeare y Schiller respectivamente — algunas de las motivaciones inconscientes presentes en las equivocaciones en el habla. También retoma un ejemplo de Ernest Jones sobre los relatos *Humo y Padres e Hijos* de Iván Turgénev para ejemplificar la presencia de mociones hostiles en la deformación y olvido de nombres propios. Algunas páginas más adelante, discute con Miguel de Cervantes la exactitud psicológica de un juicio pronunciado por Sancho Panza referido a un acto sintomático y elogia a August Strindberg su peculiar talento para el discernimiento de las acciones sintomáticas.

El proyecto de convertir al psicoanálisis en el relevo científico de supersticiones y creencias presentes en libros sagrados y leyendas, es expresamente formulado en el cuarto apartado de esta obra. Paralelamente, el establecimiento de analogías entre los recuerdos encubridores y olvidos de recuerdos penosos con las sagas y mitos, contribuyen a probar la universalidad de

estos fenómenos. Más adelante, algunos elementos recurrentes de la literatura clásica —muy habituales en el terreno religioso— tales como los mitos del paraíso y del pecado original, Dios, el bien y el mal y la inmortalidad permitirán a Freud situar al psicoanálisis en la tradición y proyectar su campo de estudio. La *metapsicología* —término utilizado por primera vez en un pasaje de esta obra que no reaparecerá sino catorce años más tarde— será la ciencia llamada a transformar en “psicología del inconsciente” (p. 251) lo que en aquella literatura era una psicología proyectada hacia el mundo exterior.

Cuatro años más tarde, en *El chiste y su relación con el inconsciente* (Freud, 1905 [1991]) Freud mixturará parte del tesoro literario de occidente con la inagotable tradición oral del humor judío y las ocurrencias aparecidas en publicaciones dedicadas a géneros menores —tal el caso de los semanarios de humor político o artículos periodísticos de diverso tipo—. Al igual que en las obras antes citadas, abundan aquí las referencias a los trágicos antiguos y modernos. Ya sea que se tornen objeto de los más variados chistes y juegos de palabras o se utilicen para explicar sus mecanismos de construcción, los personajes de Ovidio, Hesíodo y Homero —por mencionar

algunos de los más célebres— son tan útiles como los de Shakespeare, Goethe y Schiller, cuya presencia retornará con mayor profusión en la obra de Freud (García de la Hoz, 1993). Heinrich Heine, por muchos considerado el escritor más representativo del romanticismo, (Elleberguer, 1970) es el autor más citado por Freud a lo largo de este texto². Una ocurrencia de Hirsch-Hyacinth, gracioso personaje aparecido en los *Reisebilder* en el que Freud reconoce el alter ego del propio Heine, no solo sirve para ilustrar uno de los mecanismos centrales de la técnica del chiste —la condensación— sino que además permite postular un lazo universal entre el chiste y las condiciones subjetivas de su autor.

Un sinfín de ocurrencias satíricas de Heine, brindará a Freud la ocasión de ilustrar los modos en que el inconsciente revela su secreto en formas del lenguaje como el doble sentido, la alusión, la acepción múltiple, el equívoco, el juego de palabras, la unificación de elementos dispares, las semejanzas en lo desemejante, las analogías, lo tendencioso, la obscenidad, etc.

La interpretación de los sueños, Psicopatología de la vida cotidiana y El

chiste y su relación con el inconsciente, constituyen obras fundamentales del *corpus* freudiano en las que, como señala Jacques Lacan, los primeros objetos científicos de la experiencia analítica son expuestos mediante el análisis de fenómenos marginales de la vida psíquica, como lo son el sueño, el lapsus y la ocurrencia chistosa (Lacan, 1958-1959 [2014]). Los síntomas y formaciones marginales de la vida psíquica, encuentran su lugar en las obras clásicas del canon literario occidental ¿Esto significa que este tipo de obras tienen una mayor potencia heurística par la investigación psicoanalítica?

Buena parte de las obras literarias citadas en aquellos textos pertenecían al acervo común de europeos —mayoritariamente, franceses, alemanes o ingleses— que accedieron a una educación clásica. Como señala Henry Elleberguer, la estricta disciplina intelectual impartida por estas instituciones implicaba, entre otras cosas, un intenso contacto con la cultura greco-romana. En estas instituciones, la relación a la literatura escrita en latín durante veinticinco siglos, se establecía en arduos ejercicios de memorización,

² Es notoria la frecuencia con la que Freud alude a Heine en *El chiste y su relación con el inconsciente*. Al dar inicio a su seminario sobre las Formaciones del inconsciente Jacques Lacan se referirá a Heine como una fuente de la que Freud “verdaderamente se empapa” (Lacan, 1957-1958 [2010. P.24]).

composición y traducción —verdadera ascesis que ha sido comparada con los ejercicios espirituales de los jesuitas— cuyo fin radicaba menos en el placer estético que en la obtención de mayores capacidades de concentración y síntesis mentales. Esta misma disciplina también hacía de la familiaridad con autores modernos de diferentes países —en sus lenguas originales— algo natural. Acerca de este particular clima intelectual de la Europa decimonónica, Ellenberguer sostiene:

El francés, el inglés o el alemán que seguían una educación clásica eran así más ingleses, franceses o alemanes que sus descendientes actuales, pero al mismo tiempo más europeos, porque todos ellos compartían el conocimiento de la base común de sus culturas respectivas. Compartían además un tesoro común debido a su conocimiento de los clásicos. Eran capaces de reconocer numerosas citas y alusiones de autores griegos y latinos, lo que pocos conseguirían hoy. Por ejemplo, no era nada extraordinario epigrafiar un libro científico con un verso de Virgilio, como hizo Freud en La interpretación de los sueños. No solo Rousseau o Puysegur, sino también contemporáneos, como Frazer o Myers, lo hicieron. Esperaban que el lector entendiera la cita, la localizara en el contexto del poema, y captara su significado (Ellenberguer, 1970: p. 303).

Una “atmósfera de cultura clásica

intensiva que impregnaba todos sus pensamientos” es — según sostiene Ellenberguer— uno de los elementos imprescindibles para comprender a Freud, sus maestros y contemporáneos (p.514). En esta línea, podría suponerse que, más que apuntar a una legitimación cultural del psicoanálisis, los tesoros literarios que exhiben las obras de Freud, podrían haber constituido el lenguaje común en que el descubrimiento del inconsciente se transmitió en el contexto de la Europa cultivada de fines del siglo XIX. Pero sucede que el uso de estas referencias también podría sugerir la idea de una jerarquía literaria en lo que hace a la legitimidad de las fuentes del psicoanálisis. ¿Sería acaso impensable que los escritores inmortales hayan descifrado para siempre el alma humana y que, por este motivo, el canon literario sea a su vez la fuente por excelencia de todo aquel que se introduce al estudio del inconsciente?

Después de todo, autores nada desdeñables adhirieron a esta perspectiva. Por aquellos años, el Olimpo literario ofrecía a Karl Jaspers una verdadera garantía en la formación del investigador del alma humana. La *Psicopatología general*, en su afán de dotar de autonomía al saber clínico-psicológico en un contexto orientado mayormente hacia la

reducción de los fenómenos psíquicos al saber médico, apela a esta literatura como una de sus fuentes primordiales³. Siguiendo la popular sentencia del “eres lo que lees”, Jaspers introduce a las fuentes literarias de su “Psicología de la comprensión” con esta sugestiva frase:

Para todo investigador es asunto de su nivel humano qué y cómo puede comprender. Los actos creadores de la comprensión han sido hechos en los mitos y en la comprensión de los mitos, por los grandes poetas y artistas. Solo el estudio detenido, durante toda la vida, de Shakespeare, Goethe, los trágicos antiguos, también de los modernos, por ejemplo Dostoievski, Balzac y otros nos proporcionan la contemplación interior, el ejercicio de la fantasía comprensiva, la posesión de imágenes y figuras, por los cuales puede ser guiada la comprensión actual concreta (...). Solo el trato con los grandes poetas y con la realidad de los grandes hombres crea el horizonte en donde se vuelve esencial e interesante también lo más destacado y lo más mediocre (Jaspers, 1999, p. 355).

Quizá esta frase también contribuya a obtener algún reflejo del clima intelectual de la psiquiatría de la época. Después de todo, como indica Pérez Rincón, la *Psicopatología General* no solo fue considerada un texto obligatorio en la formación del especialista durante varios años en diferentes lugares del mundo. Además, el diálogo entre la escuela alemana y francesa que la obra expone, expresa en sí mismo la historia de la psicopatología del siglo XIX y buena parte del XX (Pérez Rincón, 1999). Pero, así como los rigores de la educación clásica formaron aquellos lectores europeos de elite que —luego de arduos trabajos— eran capaces de contemplar con plenitud los frutos de una larga tradición, la revolución industrial y la prensa de masas (Marco *et al.*, 1984), sumadas a los avances en la alfabetización que comenzarían a producirse durante el siglo XIX (Sibilia, 2009) creaban un nuevo tipo de lector y ¿por qué no? una nueva relación a la cultura.⁴

Es esta nueva forma de lectura la que aborda Freud en “El creador literario y el fantaseo”. Aunque no lo mencione

³ Desde la concepción de Jaspers, la filosofía constituye otra fuente fundamental en el esclarecimiento de la comprensión. En la *Psicopatología General* el autor indica rastrear los fundamentos de la comprensión en la filosofía antigua, especialmente en Platón, Aristóteles y los estoicos. San Agustín es para Jaspers quien aporta “el mundo entero de la comprensión occidental del alma”. La *Fenomenología del Espíritu* de Hegel está incluida como la única obra sistemática sobre el tema y mientras que Søren Kierkegaard y Friedrich Nietzsche son calificados como “enteramente únicos y los más grandes de todos los psicólogos comprensivos (Jaspers, 1999, p. 356)

expresamente, puede inferirse con facilidad que los escritores que serán la materia de su comentario, son los autores de los folletines literarios y novelas de aventuras que circulaban abundantemente durante el siglo XIX y comienzos del XX en urbes como Viena, París y Londres. Esta literatura se asoció a un público mediocre y fue poco estimada por la crítica, pero no pasó desapercibida en la *intelligentzia* europea. Freud no necesita explicitar a su auditorio —ni ante los lectores del periódico *Die Zeit* donde sería publicado al día siguiente— las obras ni los autores a que se está refiriendo más que con esta lacónica alusión:

... prescindamos de los poetas que recogen materiales ya listos, como los épicos y trágicos antiguos, y consideremos a los que parecen crearlos libremente. Detengámonos, pues, en estos últimos, pero sin buscar, con miras a aquella comparación, a los poetas más estimados por la crítica, sino a los menos pretenciosos narradores de novelas, novelas breves y cuentos, que en cambio son quienes encuentran lectores y lectoras más numerosos y ávidos (Freud, 1906-1908 [1998], p. 132)

Podría resultar paradójico que, llegado al corazón de la elite cultural vienesa, Freud hable sobre un género literario menospreciado y marginal a ese contexto. Considerada por los médicos un veneno que afectaba el cuerpo y la mente de las jóvenes y un mero negocio por la alta cultura, esta literatura no poseía mayor dignidad que aquella que la psiquiatría decimonónica adjudicaba a las formaciones del inconsciente; al igual que éstas, se trataba de un fenómeno residual, marginal, si no en el sentido psiquiátrico, en el sentido pleno de ambos términos. Desde este objeto, que difícilmente podría ser considerado artístico, Freud interroga el misterio de la creación artística en el terreno de la literatura y su lazo con los lectores.

4. EL HÉROE Y LA AVIDEZ POR LO QUE NO CESA DE ESCRIBIRSE

“Aidez” es el término que escoge Freud para nombrar el particular modo de lazo que se produce entre estas obras y sus lectores. Las ansias de conocer la continuación de la ficción, daba lugar a fenómenos desopilantes. Tal es el caso de la multitud de lectores americanos

4 Siguiendo al escritor e historiador de medios de comunicación Roma Gubern, también podría decirse que esta “nueva relación” entre la audiencia popular y un objeto literario constituiría una reedición laica de la serie que se inicia en la literatura oral clásica y se continúa en la literatura sagrada (Marco, et al, 1984).

que, en 1841 se agolparon en el puerto de Nueva York preguntando a gritos a las tripulaciones inglesas si Neil Trent —una de las protagonistas de la novela por entregas *The Old Curiosity Shop*, escrita por Dickens entre 1840 y 1841— continuaba con vida (Carrión, 2011, y Artusi, 2013). El fuerte enganche con sus lectores que propiciaba la literatura de ficción llevó a que se la considere un producto ajeno a la verdadera cultura. Desde comienzos del siglo XIX algunos médicos advertían acerca de los prejuicios físicos y mentales que podría acarrear el alejamiento de las faenas de la vida real que ofrecía el refugio en la ficción (Sibilia, 2009)⁵. Desde la perspectiva freudiana, los efectos de esta literatura reposarían en una fuerte propensión de los seres humanos a habitar en “castillos en el aire” (p. 128) de la fantasía. Relevo adulto del placer infantil que se extraía del juego, la fantasía compartiría el mismo fin: insertar las cosas del propio mundo en un nuevo orden más agradable. Pero, en presencia de los poderosos efectos que estos productos provocaban en los

lectores, podría suponerse que este nuevo orden no se limitaría a producir un placer estético sino que implicaría además un cambio en su economía libidinal. Impulsado por políticas de alfabetización dirigidas a las clases populares y la extensión de la prensa de masas, entre otros fenómenos este cambio en el contexto social, determina un nuevo modo de goce común la lectura ávida de novelas y folletines con propósitos de evasión de la realidad.

Al escoger una literatura de escasos valores estéticos para la época, Freud se permite interrogar psicoanalíticamente aquel jardín privado de juegos donde el deseo inconsciente encuentra una articulación en el lenguaje y la pulsión se enlaza a un nuevo objeto. La figura del héroe es para Freud un elemento de peso para comprender el papel de la fantasía inconsciente en la relación libidinal que el lector establece con la literatura de ficción. Más allá de las formas singulares que pueden asumir en cada caso, el tratamiento que Freud hace de estos personajes apunta a esclarecer la dinámica propia que rige la relación a

5 Incluso Freud estaba en contacto con la idea de una literatura tóxica desde hacía tiempo. Entre las asociaciones en torno a “El sueño de los abejorros” —comunicado en *La interpretación de los sueños*— una sus pacientes evoca el temor de que el veneno de la literatura de Guy de Maupassant haya caído en manos de su joven hija (Freud, 1900 [1998]). En *El creador literario...* advierte incluso que el refugio en la fantasía constituye el estadio previo a la caída en la neurosis o en la psicosis, idea que también podremos encontrar muchos años después en “Los caminos de la formación del síntoma”, una de las Lecciones de introducción al psicoanálisis escrita entre 1916 y 1917.

estos objetos:

Si al terminar el capítulo de una novela he dejado al héroe desmayado, sangrando de graves heridas, estoy seguro de encontrarlo, al comienzo del siguiente, objeto de los mayores cuidados y en vías de restablecimiento; y si el primer tomo terminó con el naufragio, en medio de la tormenta, del barco en que se hallaba nuestro héroe, estoy seguro de leer, al comienzo del segundo tomo, sobre su maravilloso rescate, sin el cual la novela no habría podido continuar (Freud, 1906-1908 [1992] p. 132).

Desde esta perspectiva, la invulnerabilidad, la excepcionalidad del héroe es lo que garantiza que la historia permanezca esencialmente inacabada, al menos hasta que sus acciones restablezcan algún tipo de orden o estabilidad. Ciertamente, el héroe puede encarnar diferentes virtudes, pero resulta interesante que, más allá de esto, el héroe constituya el elemento que hace de esta literatura un objeto de satisfacción, una vía para obtener el

placer que se obtenía del juego en la infancia y al que jamás podría renunciarse⁶. La carencia de originalidad a la que alude Freud para caracterizar este género literario se compensaría con la satisfacción incesante de una ficción que prosigue ad infinitum, una ficción que, como señala Fernando Savater, sobrevive el gusto infantil de vivir en paralelo con una narración a la que se exige la misma eternidad que el niño exige para su propia vida y que acompaña al lector en las interrupciones del relato.

Mi hijo de siete años, que siempre me está preguntando sobre cuándo llega la tercera parte de *La guerra de las galaxias*, el otro día, después de haber mencionado que iba a venir el año que viene en marzo, me decía: «Imaginate qué estará pasándole ahora a Fan Solo». Entonces, claro, me di cuenta de que él realmente iba viviendo paralelamente la historia y que en ese momento lo que estaba preguntando es qué estará pasando ahora. No estaba en ese tiempo acabado, cerrado de la obra literaria, sino en algo que continúa y que por lo tanto tiene que renovarse eternamente y que no puede morir (Savater en Marco *et al.*, 1984).

⁶ Desde la óptica freudiana, la relación del hombre al placer difícilmente admite renunciaciones: “El hombre es, justamente, un «incansable buscador de placer» —ya no sé en qué autor he hallado esta feliz expresión—, y le resulta hartamente difícil cualquier renuncia a un placer que ya haya gozado una vez” (Freud 1905 [1991], p. 121). En este pasaje de “El chiste y su relación al inconsciente”, Freud se refiere al juego con las palabras que implican los mecanismos del chiste —algo que también puede observarse en la poesía y la literatura— como una de las modalidades de recuperación de aquel goce perdido.

La búsqueda de esta satisfacción no podría reducirse a la mera falta de sofisticación del público del folletín literario. Si Freud ubica en este género un componente fundamental del vínculo entre el lector y la creación literaria, debería poder rastrearse su presencia y sus transformaciones en las ficciones de diferentes épocas, incluso en las de la actualidad. Posibilitadas por un modelo de mercado global, Internet y una potente industria televisiva, las series de la Nueva Edad Dorada de la televisión americana permiten hacerlo en estas primeras décadas del nuevo milenio.

5. LA AVIDEZ POR LO QUE NO CESA DE ESCRIBIRSE

La “serie-síntoma” es la denominación que acuña Gerard Wajcman para diferenciar la estructura que plantean las series respecto a modelos de relato de épocas precedentes. Para este psicoanalista y escritor francés, las series presentan diferencias respecto al mito y la novela. A diferencia del mito, las series no expresarían las relaciones fundamentales que hacen a la estructura del Otro. A diferencia de la novela —en su fase prejoyceana— tampoco expresarían el fantasma de un sujeto. Las series, a diferencia de ambos relatos, siquiera apuntarían a lo sublime de la

creación artística. Como obras del malestar de la época, se trata para este autor de relatos que ponen en escena el goce en el marco de un discurso en el que triunfa el fragmento (Wajcman G. , 2010). Mónica Dall’Asta señala que, al igual que otros textos seriales, las series de TV implican una extensión virtualmente infinita y tanto su producción como su consumo se realiza en fragmentos (2012). Tomando como antecedente la instrumentalización informativa del cine llevada a cabo por Dziga Vertov en la década del veinte, esta investigadora italiana señala la inconclusión del texto serial como un principio formativo. La capacidad factitiva —la posibilidad de hacer con el texto— descansa en lo que separa los cortes y las discontinuidades del relato. Aquí radica la posibilidad de generar formas nuevas, siempre provisorias y contingentes a partir de elementos que, al adicionarse, vuelven productivos los anteriores.

Los estudiosos de la ficción televisiva contemporánea se cuentan hoy entre aquellos que han tomado a su cargo la tarea de agrupar diferentes formas de relato desde la óptica de la satisfacción que entraña la obra inacabada. Remedando las primeras líneas del Génesis, Jorge Carrión comienza su ensayo *Teleshakespeare* haciendo esta

desenfadada genealogía:

En el principio no fue el cine.

En el principio fue la oración. Y la poesía y el mito y la tragedia y el cuento y la comedia. Y, después, la novela —tragicómica—. Y el ensayo. Y la pintura. Y la fotografía. Y, finalmente, el cine.

Y su hija, la televisión.

Lo que los une es la repetición: el rezo, lo poético, el relato, mucho antes de que pudieran ser escritos fueron memorizados y repetidos, mediante fórmulas retóricas, mediante estructuras emuladas, mediante la mnemotecnia que articula la cultura. La imprenta no es más que una máquina de repetir. De multiplicar las lecturas y, por tanto, las imitaciones; y, por tanto, las variantes; es decir, las series (Carrión, 2011, p. 9).

Por su parte, apoyándose en los trabajos de Eric Ros y Xavier Pérez, Alberto Naum García Martínez realiza una semblanza en la que repasa los principales mojones del relato serial desde la tradición oral de las *Las mil y una noches* hasta la televisiva de *The Wire*:

Para evitar que le cortaran la cabeza, Sherezade inventó la serialidad en *Las mil y una noches* (Ros: 2011, 23-24). La ansiedad narrativa que distingue las teleficciones modernas —el “necesito-ver-otro”— entronca con ese relato a medio contar con el que

la doncella aseguraba la atención del sultán y un día más de vida. Como ha estudiado Pérez, es posible rastrear una genealogía de la serialidad que, partiendo de mitos griegos y figuras bíblicas, arranque en el universo artúrico de Chrétien de Troyes, atraviase la Comedia del Arte y el drama shakesperiano y aterrice en el folletín decimonónico, esa literatura por entregas propia de una sociedad industrial y urbana (2011, 13-19). Ya entonces era posible encontrar las dos estructuras básicas del relato seriado: la historieta auto conclusiva (series) y la narrativa continua (serial). Es decir, Conan Doyle frente a Dickens, las aventuras de Arsenio Lupin contra La comedia humana... *CSI* versus *The Wire*, en definitiva (García Martínez, 2012).

Freud resistió a la tentación de iniciar una crítica a la cultura de los Estados Unidos (Freud, 1930 [1992]), sin embargo, es allí y no en Europa occidental donde se producen las ficciones que, como señalan Lucena y Sola, conforman “el material imaginario flotante en nuestras sociedades” (2016, pág. 21). Por la capacidad de expansión de sus producciones culturales —y por ende, de sus síntomas— en el discurso social del mundo globalizado, Estados Unidos de América constituye para Jacques-Alain Miller una civilización

privilegiada en la que el psicoanálisis podría operar el desciframiento de la dimensión social del síntoma contemporáneo (1996). Por tratarse de un nuevo producto masivo de la cultura industrializada que, desde este país, se expande al resto del mundo, el serial televisivo podría constituir una vía privilegiada para complejizar un modo de goce común que las condiciones tecnológicas actuales introducen en la cultura contemporánea.

La relación de las series americanas de la denominada nueva Edad Dorada de la televisión (Cascajosa Virino, 2007) con las formas populares que le precedieron no debe opacar su especificidad ni sus contrastes. La relación con la realidad que median las diferentes narrativas es uno de los puntos que permite orientarse en esta vía. En este sentido cabe observar que, mientras las novelas de aventura y el folletín decimonónico ofrecían, desde la perspectiva freudiana, modos de evasión de la realidad, la ficción televisiva contemporánea apela a la incorporación —directa o alusiva— de fenómenos sociales traumáticos de la realidad social a la trama ficcional. Esta es otra de las características que hacen de las series un objeto de interés para el psicoanálisis actual, las series logran acercar al acontecer social y la actualidad en un contexto de increencia

en los medios tradicionales de comunicación (Jost, 2002) transformándose en las grandes aliadas del periodismo (Carrión, 2017).

Los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, las repetidas incursiones bélicas a medio oriente, las crisis financieras que rápidamente tomaban escala global, una inútil guerra contra las drogas y todo esto sumado a la impotencia del Estado para responder a un espectro de cuestiones que abarca desastres naturales, pobreza, un sistema de salud deficiente, y el aumento de la violencia, constituyen núcleos temáticos de una ficción que, como señala Jorge Carrión, “va a remolque de lo Real” (Carrión, 2011, p. 21). A diferencia del folletín, un relato que —vía la identificación al héroe— convocaba al lector a un lugar de excepción desde el cual lograba re-estabilizar el relato contra todas las contingencias que pudieran presentarse. El discurso de las series de televisión pone en escena la dimensión real de los síntomas sociales. Este elemento traumático que no logra ingresar a la estructura de ficción ni puede resolverse a partir de un ser excepcional, es el motor de las series. Si bien Carrión no afilia su noción de Real a la teoría psicoanalítica lacaniana, creo que —tomada en su literalidad— su frase no carece de pertinencia en el

marco de la misma. Jacques Lacan propone diversas definiciones de lo Real a lo largo de su enseñanza. En la clase del 20 de marzo de 1973 de su seminario Aún, Lacan asimila lo real a una categoría modal que toma de Aristóteles: lo imposible.

Lo imposible es para Lacan aquello que “no cesa de no escribirse” (Lacan, 1972-1973 [2007]). En este sentido implica un valor traumático que no admite cronología ni temporalidad y aún encuentra en la sexualidad y la muerte las coordenadas que permiten su inscripción en el discurso (Bassols, 2012). Las historias de los seriales americanos no avanzan hacia la resolución de los conflictos, tampoco hay una vuelta a la calma ni una promesa de armonía futura (Balló, 2014). En lugar del ideal, el Padre o el héroe —eso que no cesaba de escribirse— la ilimitación de las series tienen que ver con lo real y el fracaso repetitivo de su escritura. Como si la imposibilidad velada por el ideal de

la familia burguesa, la ética del trabajo, las instituciones democráticas y la administración de justicia, empalmara en el pasaje interminable de un episodio a otro.

De ser este el movimiento que empuja a las series, el lazo que sellan con el telespectador y la dimensión social del síntoma a que refieren no pueden ser interpretados como la creación de una realidad alternativa, una ficción pasatista en la que encontrar refugio o un mero objeto de consumo. En el *Creador literario y el fantaseo*, Freud logra reducir la estructura de ficción, lo que no cesaba de escribirse en diferentes variaciones. La nueva Edad Dorada de la televisión plantea al psicoanálisis el desafío de interpretar una versión de lo real que quizá no permita organizarlas como casos particulares de una misma estructura sino como síntomas, signos equívocos de un real que no se sitúa a partir de la estructura de ficción de la verdad.

BIBLIOGRAFÍA

- Artusi, N. El paraíso de los guionistas (*Revista Ñ*, 6 de febrero de 2013). Recogido el 16/12/14
http://www.revistaenie.clarin.com/escenarios/television/paraiso-guionistas-television_0_858514184.html
- Asmar Moreno, L. (21 de Marzo de 2017). Qué desgracia Netflix. *Día a Día Córdoba*.
- Balló, J. (2014). Introducción a la narrativa televisiva [Video]. *Mooc La tercera edad dorada de la televisión*. Universitat Pompeu Fabra.
- Bassols, M. (2012) “Lo real del psicoanálisis”. Virtualia. Revista digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana. Año XI. Número 25. Recogido el 14/09/2015 de: <http://virtualia.eol.org.ar/025/template.asp?Lo-real-en-la-ciencia-y-el-psicoanalisis/Lo-real-del-psicoanalisis.html>
- Brousse. (2015). Codes Vs. Numbers. En Assef (Ed.), Cine y Psicoanálisis. *Un partenariat possible* (págs. 237-242). Córdoba: Alción.
- Carrión, J (2011). *Teleshakespeare*. Madrid. Errata Naturae. p. 46, 48
- Carrión, J. (14 de Abril de 2017). *Las series de la era Trump*. Recuperado el 10 de junio de 2017, de New York Times Es:
<https://www.nytimes.com/es/2017/04/14/las-series-de-la-era-trump/>
- Carrión, J. (5 de Marzo de 2016). Nuevos contratos con la verdad. *El País*.
- Casajosa Virino, C. (2007) La nueva edad dorada de la televisión americana. *Secuencias*. Nº 29 - I semestre 2009. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Cigüela Sola, Martínez Lucena (Eds.). (2016). *The wire university. Ficción y sociedad desde las esquinas*. Barcelona: UOC.
- Ellenberguer, H. *El descubrimiento del inconsciente*, Madrid, Gredos, p.p 514, 234, 302, 303
- Freud, S. (1900 [1998]). La interpretación de los sueños. En Obras Completas, Volumen IV, Buenos Aires, Amorrortu. p.p 13,
- Freud, S. (1901 [1991]). Psicopatología de la vida cotidiana. En *Obras Completas, Volumen VI*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1905 [1991]). El chiste y su relación con el inconsciente En *Obras Completas, Volumen VIII*, p.13, Buenos Aires, Amorrortu. Pp. 135-136, 36, 39, 40, 66, 67,82, 85,200
- Freud, S. (1906-1908) [1992]). El delirio y los sueños en la “Gradiva” de W. Jensen y otras obras. En *Obras Completas, Volumen IX*. Buenos Aires, Amorrortu Ediciones.
- Freud, S. (1927-1931) [1992] El porvenir de una ilusión. El malestar en la cultura y

otras obras. *Obras Completas, Volumen XXI*. Buenos Aires, Amorrortu. p. 208

Freud, S. (1930 [1992]). *Obras Completas. Tomo XXI*. En S. Freud, El porvenir de una ilusión. El malestar en la cultura y otras obras. Buenos Aires: Amorrortu.

García de la Hoz, A. (1993) "Freud y la cultura literaria". *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*. Vol. XIII, Nº 45. P. 142

García Martínez, A. N. (2012): "Una máquina de contar historias. Complejidad y revolución del relato televisivo". *La Televisión en España. Informe 2012*. Deusto, Barcelona, pp. 225-246.

Hax, A. (9 de Agosto de 2013). Los Beatles y Lacan: un libro de culto, polémico y emotivo. *Clarín*.

Jaspers, K. (1996) *Psicopatología General*. México. Fondo de Cultura Económica. p. 335, IX.

Jost, F. (2002). Jost, F (2002). "El culto de la televisión como vector de identidad". *Revista del instituto de la comunicación e imagen*(13).

Koza, R. (30 de Octubre de 2013). *Revista Tónica*. Recuperado el 10 de Junio de 2017, de <https://revistatonica.com/2013/10/30/cual-es-tu-serie-favorita-parte-iv/>

Koza, R. (30 de Octubre de 2013). *Revista Tónica*. Recuperado el 10 de Junio de 2017, de <https://revistatonica.com/2013/10/30/cual-es-tu-serie-favorita-parte-iv/>

Lacan, J. (, 1958-1959 [2014]) "El deseo y su interpretación" en *El seminario de Jacques Lacan. Libro 6*. Buenos Aires: Paidós. p. 11

Lacan, J. (, 1972-1973 [2007]) "Aún" en *El seminario de Jacques Lacan. Libro 20*. Buenos Aires: Paidós.

Laurent, E. (2016). Videoentrevista a Eric Laurent. *Revista Psine Nº 2*. (D. Paulozky, Entrevistador) París.

Marco, J. et al. (1984) "El folletín por entregas y el serial". Anàlisi: Quaderns de comunicació i cultura Anilisi. Universitat Autònoma de Barcelona y Universitat Oberta de Catalunya. Núm. 9. Barcelona. p.p 143-166

Miller, J. A. y Laurent, E. (2005) *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Bs. As. Paidós. p. 16.

Paulozky, D. (2017). Psicoanalicéfilos ¿Quién dijo que el cine está muerto? *Psine*, 6-8.

Pérez Rincón, H. (1996) "Presentación". En Jaspers *Psicopatología General*, México. Fondo de Cultura Económica.

Piglia, R. (Abril mayo de 2003). *Los sujetos trágicos*. Recuperado el 3 de mayo de 2016, de *Virtualia. Revista digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana*: <http://virtualia.eol.org.ar/007/default.asp?notas/rpiglia-01.html>

Pogoriles, E. (29 de enero de 2011) "El librero de Viena" en *Clarín*. Disponible en:

http://www.clarin.com/viajes/titulo_0_418158218.html

Porta, E. F. (2010). *Afterpop. La literatura de la implosión mediática*. Barcelona: Anagrama.

Sibila, P. (2009) *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica. p.p. 50, 78

Wajcman, G. (2010). Tres notas para introducir la forma "serie". *Revista del Departamento de estudios psicoanalíticos sobre la familia – Enlaces [ICF – CICBA](15)*, 150 – 152.

Wajcman, G. (2015). La verdad en la punta de un hisopo. En A. (Ed.), *Cine y Psicoanálisis. Un partenerato posible*. Córdoba, Córdoba, Argentina: Alcion.

Žižek, S. (1994). *Todo lo que usted siempre quiso saber de Lacan y nunca se atrevió a preguntarle a Hitchcock*. Barcelona: Paidós.

Žižek, S. (6 de Junio de 2003). *Slavoj Žižek en Español*. Recuperado el 5 de Julio de 2017, de <http://www.geocities.ws/zizekencastellano/artMatrixrecargado.html>

SOBRE EL AUTOR

JUAN PABLO DUARTE

TEMAS DE INVESTIGACIÓN: Psicoanálisis, Cultura de masas, Cine, Series de TV.

juanpduarte2@hotmail.com

Licenciado en Psicología por la Universidad Nacional de Córdoba (U.N.C), Responsable de Formación del Programa de Extensión “Psicoanálisis, narrativas y discurso audiovisual contemporáneo” (UNC), Coordinador General del Ciclo de Cine y Psicoanálisis de la Universidad Nacional de Córdoba. Coordinador de la Secretaría de Redacción de la revista académica cuatrimestral *Ética y Cine* (Editada de manera conjunta por la Facultad de Psicología de la U.N.C y la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires). Integrante de la Secretaría de redacción de la publicación académica de la Maestría en Teoría Psicoanalítica Lacaniana de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Córdoba *Lapso*.



**LENGUAJE Y COOPERATIVISMO:
LA NATURALEZA Y LA CULTURA.
UN ESTUDIO CRÍTICO SOBRE
JOHN SEARLE.**

ARIEL O. DOTTORI

Artículo

Recibido: 01/02/2018

Aceptado: 08/05/2018

RESUMEN

En el presente artículo pondremos en consideración la posición naturalista de John Searle respecto al lenguaje y al cooperativismo. Nuestra pretensión fundamental es subsanar la tajante brecha entre la esfera de la cultura y de la naturaleza. Un análisis completo del lenguaje no debe dejar de lado nuestra herencia biológica; ningún estudio serio –dentro del campo de la filosofía, la sociología o la antropología– puede soslayar un hecho básico: los seres humanos somos animales. Si bien es cierto que los animales humanos podemos hacer cosas que el resto no puede, las diferencias comportamentales (mucho menos las genéticas) no son abismales, como suele suponerse. Otro elemento central en nuestro análisis será el cooperativismo. Nuestro análisis se distancia en este punto, de la posición de Searle para acercarse a la de Tomasello (quien considera, a diferencia de Searle, que el cooperativismo es una capacidad *exclusiva* de nuestra especie animal). Comparar nuestro comportamiento con el de nuestros parientes más cercanos, los chimpancés, nos permitirá dar cuenta de esas pequeñas (aunque *fundamentales*) diferencias que le permiten a nuestra especie lo que ninguna otra es capaz de desarrollar: un mundo cultural que sólo es posible construir a partir de nuestra herencia biológica. La incorporación y el desarrollo del lenguaje implican elementos naturalistas tales como la cooperación. Podemos hablar porque estamos predispuestos a cooperar los unos con los otros; y esa predisposición, a los primates humanos les *nace*, no se trata de una práctica *adquirida*. A partir de esa predisposición, sin embargo, serán necesarios muchos años de entrenamiento y aprendizaje para que un infante se constituya en un hablante competente.

PALABRAS CLAVE LENGUAJE; NATURALISMO; COOPERATIVISMO
BIOLOGÍA; CULTURA

ABSTRACT

In the present article we will consider John Searle's naturalistic position regarding language and cooperativism. Our fundamental pretension is to correct the sharp gap between the sphere of culture and nature. A complete analysis of language must not leave aside our biological inheritance; No serious study – within the field of philosophy, sociology or anthropology – can ignore a basic fact: human beings are animals. While it is true that human animals can do things that the rest cannot, the behavioral differences are not abysmal, as is often assumed. Another central element in our analysis will be cooperativism. Our analysis distances itself at this point from Searle's position to approach that of Tomasello (who considers, unlike Searle, that cooperativism is an exclusive capacity of our animal species). Comparing our behavior with that of our closest relatives, chimpanzees, will allow us to account for those small (though *fundamental*) differences that allow our species what no other species is capable of developing, a cultural world that can only be built from our biological inheritance. The incorporation and development of language imply naturalistic elements such as cooperation. We can talk because we have we are predisposed to cooperate with each other; and that predisposition to human primates is *born*, it is not an *acquired* practice. From that predisposition, however, many years of training and learning will be necessary for an infant to become a competent speaker.

KEYWORDS LANGUAGE; NATURALISM; COOPERATIVISM;
BIOLOGY; CULTURE

INTRODUCCIÓN

En la primera parte del presente trabajo pondremos de manifiesto la posición naturalista de John Searle respecto al lenguaje humano. Esa problemática deriva en uno de los puntos más controvertidos de la filosofía contemporánea; nos referimos al problema del significado, que ha actuado como una suerte de parte aguas entre la filosofía de la conciencia (filosofía moderna) y la filosofía del lenguaje (filosofía contemporánea)¹. Tras adoptar una posición contraria a la de Searle, y acercarnos hacia los puntos de vista de Dummett, Davidson y Apel, es decir, defendiendo la prioridad metodológica del lenguaje proposicional con respecto a la conciencia intencional, nos centraremos en nuestro segundo eje temático, el cooperativismo. Aquí, nuestra posición tampoco es afín a la de Searle; propondremos un acercamiento hacia la obra de Michael Tomasello, quien sostiene que la capacidad de “hacer cosas juntos”, no sólo es *natural*, sino que es *exclusiva* de nuestra especie; no existen otros animales capaces de cooperar del modo en que nosotros lo hacemos. Será entonces el lenguaje,

junto al cooperativismo, algunos de los elementos *naturales* que nos permitirán construir nuestro mundo cultural característico.

EL LENGUAJE COMO FENÓMENO NATURAL

En *What is language* (Tsohatzidis, 2007), Searle afirma que es un error no entender el lenguaje como una continuidad, una extensión de nuestra herencia biológica específicamente humana. Ello se debe, según su entender, a que la filosofía del lenguaje se ha desarrollado junto a la lógica matemática. Frege, en efecto, inventó la filosofía del lenguaje y la lógica moderna. Posteriormente, la filosofía de lenguaje se desarrolló (junto a Russell y el primer Wittgenstein) como una aplicación de la lógica matemática. Si bien el Wittgenstein tardío y Austin protestaron contra ese excesivo logicismo, tampoco tuvieron en cuenta el componente biológico del lenguaje². Pero lo que aquí nos interesa es comprender, ¿qué significa abordar la problemática del lenguaje en términos naturalistas?

En primer lugar y según su punto de vista, lo anterior implica entender el

² Estas críticas son injustificadas. Los problemas de la filosofía analítica son otros. Así y todo retomamos el planteo de Searle porque nos resulta útil para referirnos a los problemas que aquí queremos plantear.

significado lingüístico como una extensión de las formas más fundamentalmente biológicas de la intencionalidad –tales como las creencias, los deseos, la memoria y las intenciones–, como una evolución del desarrollo de unas formas de intencionalidad más fundamentales; Searle se refiere especialmente a la percepción y a la acción intencional. Ubica a la percepción³ y a la intención-en-la-acción entre las formas más primitivas en términos biológicos; las ubica junto al apetito, la sed y el deseo sexual. Así, entiende que debe observarse la fundación biológica del lenguaje en la intencionalidad prelingüística. La pregunta de Searle es acerca de la relación lógica y conceptual entre las formas prelingüísticas de conciencia e intencionalidad y las formas lingüísticas evolucionadas.

La posición de Searle es opuesta, por ejemplo, a la de Davidson (1984) y Apel (2002). Mientras Davidson –y todos aquellos que se ubican dentro de la lógica semántica, como Dummett (1993) por ejemplo– sostiene que únicamente un ser dotado de lenguaje puede ser capaz de poseer estados intencionales diferenciados (EID), es decir, no es

posible tener creencias, intenciones y deseos sin antes haber incorporado el lenguaje proposicional, Searle, por el contrario, afirma que,

Muchas especies animales tienen percepciones, realizan actividades y son capaces de adquirir creencias, deseos e intenciones, aunque no posean lenguaje. Además, muchas especies son capaces de poseer procesos pre-lingüísticos de pensamiento. Sugiero pensar al lenguaje humano como una extensión de aquellas capacidades pre-lingüísticas (Tsohatzidis, 2007: 16).⁴

Según su punto de vista, no sólo los seres humanos estamos en posesión de EID; los animales de nivel superior también los poseen. Aquí estamos frente a uno de los problemas fundamentales de la filosofía contemporánea: el problema del significado, que desarrollaremos a continuación.

SOBRE EL SIGNIFICADO

Tanto para Searle como para Husserl, y para toda filosofía anterior al linguistic turn, la pregunta fundamental respecto al significado lingüístico es la siguiente, “El

³ Este punto Searle lo desarrolla en su último libro (2015)

⁴ La traducción de esta obra es propia.

problema del significado es: ¿cómo la mente impone Intencionalidad sobre entidades que no son intrínsecamente intencionales? ¿Cómo es posible que meras cosas puedan representar?” (Searle, 1999: 175).

El enfoque de la Intencionalidad que Searle adopta en *Intentionality* (1983) es naturalista. Searle sostiene que los estados intencionales, al igual que la digestión, el crecimiento y la secreción de bilis, son procesos que forman parte de nuestra historia biológica (Searle, 1999: 168). Evolutivamente, el significado y el lenguaje aparecen tardíamente en la historia del ser humano, y si bien hay otras especies —como los primates no humanos—, que cuentan con creencias, intenciones y deseos, la especie humana tiene la distintiva forma de Intencionalidad que solemos asociar al lenguaje y al significado. Según Searle (a diferencia, como veremos, de Apel) estas formas de Intencionalidad tienen un basamento biológico. El punto central, sostiene Searle, es ver que en la realización del acto de habla, la mente impone intencionalmente las mismas condiciones de satisfacción sobre la expresión física del estado mental expresado, que el estado mental en sí mismo. Allí está la clave del significado. Dummett por su parte, en *Origins of*

Analytical Philosophy (1993), sostiene que “la única ruta hacia el análisis de los pensamientos es a través del análisis del lenguaje” (Dummett, 1993: 128); a ello lo denomina el axioma fundamental de la filosofía analítica. En *Intentionality* (1983), Searle se aparta del axioma fundamental, afirmando que la vía para el análisis del significado no debe ser el análisis del lenguaje sino el de la Intencionalidad de la mente. Mientras que en *Speech Acts* (1969) parecía trabajar a partir del axioma fundamental de la filosofía analítica, con *Intentionality* rompe con él, retrocediendo hacia el terreno de la filosofía de la conciencia, hacia una filosofía mentalista. Sobre este cambio en los argumentos de Searle han llamado la atención, principalmente, Apel (1994, 2002) y Habermas (1990, 1999, 2002, 2008).

Lo curioso del planteo de Searle es el modo en que es ejemplificado. En este punto introduce un ejemplo en torno al gesto de una señal convenida convencionalmente:

Supongamos que usted y yo estamos de acuerdo de antemano en que si yo levanto mi brazo ese acto cuenta como una señal de que tal y tal es el caso. Supongamos, en un contexto militar, que le señalo a usted una colina mientras que yo estoy en otra de que el enemigo se

ha retirado, y por un acuerdo previo señalo esto levantando mi brazo. (Searle, 1997: 174, 175).

El problema del significado para Searle, tal como citamos más arriba, es el siguiente: ¿Cómo la mente impone Intencionalidad sobre entidades que no son intrínsecamente Intencionales? ¿Cómo es posible que meras cosas puedan representar? La respuesta de Searle es que el acto de emisión se realiza con la intención de que la emisión tenga condiciones de satisfacción. Las condiciones de satisfacción de la creencia (en este caso, que el enemigo está en retirada) se transfieren a la emisión por medio de un acto Intencional. El significado, según su planteo, se origina en la mente para materializarse posteriormente, en un acto de habla. En el ejemplo de Searle, es la intención lo que provoca que mi brazo suba y dé la señal. El paso de la intención de representar a la intención de comunicar es, asegura, muy simple. La intención causa que mi brazo suba. Se tiene la intención de que la emisión tenga la dirección de ajuste mente (o emisión) a-mundo⁵. Searle sostiene que el paso de la intención de representar a la intención de comunicar es simple porque

la intención de comunicar consiste en que el oyente reconozca que el acto se realizó con la intención de representar. Así, cuando hago las señales levantando la mano, mi intención es conseguir que mi compañero reconozca que le estoy señalando que el enemigo se ha retirado y puede avanzar. Ahora bien, cabe preguntarnos aquí, ¿cómo es esto posible? ¿No se ha comprendido el significado porque la señal misma presupone ya convenciones lingüísticas? Llegados a este punto, retomamos la pregunta que al principio del apartado habíamos planteado; se trata, sin lugar a dudas, de una de las cuestiones más disputadas del siglo XX. Apel plantea el problema del siguiente modo:

¿Qué es más fundamental (*more basic*) para la fundamentación de una teoría del significado: el significado de los signos fijado en el sentido de convenciones lingüísticas, o el significado que prestamos a los signos en virtud de la intencionalidad prelingüística de nuestra conciencia, al otorgarle vehículos sígnicos físicos? (Apel, 2002 : 92).

Como hemos visto, la argumentación de Searle toma el segundo camino, el de la intencionalidad prelingüística de nuestra

⁵ Lo que Searle denomina dirección de ajuste, da cuenta del modo en que nuestra mente (o nuestras emisiones) se relaciona o modifica la realidad (mundo). Esta dirección de ajuste puede ser de mente-a-mundo, o de mundo-a-mente.

conciencia. No es esa la posición que aquí adoptaremos sino que trabajaremos teniendo en cuenta la primera de las alternativas: las convenciones lingüísticas. El problema de Searle, para decirlo de otro modo, es el de la relación entre la Intencionalidad prelingüística y la institución del lenguaje. Searle ilustra la problemática del siguiente modo, “Supongamos que hubiese una clase de seres que fuesen capaces de tener estados Intencionales como creencias, deseos e intenciones pero que no tuviesen un lenguaje, ¿qué más necesitarían para ser capaces de realizar actos lingüísticos?” (Searle, 1997: 184). Esto es altamente curioso porque, según parece, incluso ciertos animales de nivel superior como los delfines y las abejas, al comunicarse presuponen un código lingüístico condicionado por el instinto. Es muy difícil siquiera imaginar algún tipo de criaturas que tengan EID sin poseer, *a la vez*, algún tipo de lenguaje, ya sea uno convencional (como es el caso de los animales humanos) o un código de signos instintivos. Teniendo en cuenta el caso de la evolución humana, es posible suponer que la diferenciación de los estados intencionales y de las intenciones significativas posibles, por un lado; y la diferenciación de los significados convencionales, por otro, se han condicionado recíprocamente. Esa

suposición, precisamente, no nos habilita a reducir unilateralmente los significados lingüísticos posibles a la intencionalidad no lingüística de la conciencia (Apel, 2002: 97, 98). Lo que se pretende poner en duda aquí es tanto la independencia de las intenciones significativas de la intención comunicativa, como su independencia del lenguaje; para ello se adoptará el punto de vista del *linguistic turn* de la filosofía contemporánea. El caso de Searle es especialmente sugestivo porque en su ya clásico libro de 1969, *Speech Acts*, aparecía enteramente como un representante del *linguistic turn*. En esa obra parecían integrarse, en el sentido de una ‘pragmática del lenguaje’, la *semántica* de las oraciones con la *pragmática* de los actos de habla que se producen al enunciar las oraciones; así, el significado lingüístico puede ser entendido a partir de la *doble estructura performativo-proposicional* de toda oración lingüística explícita. Por otro lado, la función representativa del significado y la función comunicativa performativa indicada están siempre ya –y por principio–, co-determinadas por un lenguaje desarrollado (diferenciado) usado en la comunicación (Apel, 2002: 98, 99). Cuando catorce años más tarde, en 1983, apareció el libro *Intentionality, the philosophy of language* se había

retrotraído a una *philosophy of mind*. Una vez aclarada nuestra posición respecto a la prioridad metodológica del lenguaje por sobre la conciencia intencional, estamos en condiciones de continuar con nuestro análisis de la posición de Searle respecto al lenguaje y las formaciones sociales.

LENGUAJE Y SOCIEDAD

Pretenciosa y provocativamente, Searle afirma que ni la lingüística, ni la filosofía, ni mucho menos la sociología han dado una problematización satisfactoria respecto del lenguaje. Los estudios de las sociedades desde Aristóteles hasta nuestros días, según su entender, “mal interpretan el rol del lenguaje” (Tsohatzidis, 2007: 18) pues dan por sentada la existencia del lenguaje y luego se preguntan cómo se construye la sociedad. Los teóricos, continúa, no se preguntan ¿qué es el lenguaje? puesto que asumen su existencia. Un ejemplo son los teóricos del *Contrato Social*; ellos asumen la existencia de un grupo de seres dotados de lenguaje que realizan un contrato. Searle, por el contrario, supone que en una sociedad con un lenguaje común, ya hay contrato. Searle propone una argumentación genética. Imaginemos que existe una especie de seres como nosotros, con

plena conciencia pre-lingüística, acciones voluntarias y procesos prelingüísticos de pensamiento, pero *sin* lenguaje. ¿Qué capacidades extra necesitarían para crear un lenguaje por ellos mismos? Vale aclarar que los simios, según Tomasello (1999, 2010, 2010a) comparten con nosotros, los animales humanos, alrededor del 99% de su material genético; una diferencia crucial como hemos visto, es que nosotros hablamos (poseemos un lenguaje proposicional orientado no por el instinto sino por convenciones públicas); ellos no poseen ese tipo de lenguaje. La interrogación acerca de aquello que denominamos “cultura” o “sociedad” debe referirse a ese 1% que nos diferencia del resto de los animales. Uno de los elementos que componen ese mínimo (pero altamente complejo) porcentaje es el *cooperativismo* o, en los términos de Searle, la *intencionalidad colectiva*; ¿pero se trata de una característica exclusivamente humana? Veamos.

SOBRE EL COOPERATIVISMO

Searle desarrolla sus argumentos al respecto, principalmente en *La construcción social de la realidad* (1997), en *Mente, Lenguaje y Sociedad* (2004) y en *Haciendo el Mundo Social* (2010).

Principalmente nos centraremos en la primera de las obras mencionadas. Searle comienza a desplegar su argumento del siguiente modo, “*Muchas especies animales*, la nuestra señaladamente, poseen una capacidad para la intencionalidad colectiva” (Searle, 1997: 41. El destacado me corresponde). Como vemos, en primer lugar, Searle señala que esta capacidad —la intencionalidad colectiva o cooperativismo—, no es privativa de los seres humanos, sino que, *muchas especies animales* la poseen. Pero, ¿a qué nos referimos específicamente cuando hablamos de *intencionalidad colectiva*? Este tipo de intencionalidad no debe ser confundida con la intencionalidad desde el punto de vista mentalista, con el estar *dirigido* a de nuestra conciencia (en el sentido de Husserl y del propio Searle II). Cuando hablamos de intencionalidad colectiva nos referimos a un tipo de conducta cooperativa, y además a la capacidad de compartir creencias, deseos e intenciones. Es posible que los seres humanos hagamos cosas *juntos* porque, *además* de la intencionalidad individual, poseemos este otro tipo de intencionalidad; ello hace posible que yo haga algo, sólo en tanto que es parte de *nuestro* hacer algo. Los ejemplos típicos son los juegos en grupo (fútbol, básquet,

etcétera), o la ejecución de un instrumento en una orquesta; así, yo juego al fútbol o toco el violín como un integrante de nuestro equipo, de nuestra orquesta. Tomasello por su parte, y desde el punto de vista de la psicología cognitiva despliega tanto un análisis ontogenético como filogenético de nuestra especie; con el objetivo de abarcar una mejor comprensión del problema de la intencionalidad colectiva, desplegaremos algunos de sus argumentos principales. Searle vio el problema pero el modo en que lo explica nos resulta un tanto insatisfactorio porque decir que la “Nosotros-intencionalidad” existe porque está dentro de *nuestras cabezas*, nos resulta, como poco, un tanto vago.

En *¿Por qué Cooperamos?*, Tomasello, inspirado tanto en el propio Searle, como en Michael Bratman (1992), Margaret Gilbert (1989) y Raimo Tuomela (2007), sostiene que con el concepto *Intencionalidad compartida o del nosotros* se hace referencia a ciertos fenómenos psicológicos que posibilitan ciertas formas de cooperación; en palabras de Tomasello, “Básicamente, la intencionalidad compartida comprende la capacidad de generar con otros intenciones y compromisos conjuntos para las empresas cooperativas” (2010: 15). Podemos comprometernos e

intentar hacer actividades con otros por medio de procesos de *atención conjunta* y *conocimiento mutuo*, los cuales, a su vez, son posibles gracias a las motivaciones cooperativas de ayudar a otros y compartir cosas con ellos. Según su planteo, y a diferencia de Searle, la capacidad de cooperación es *exclusivamente humana*; recordemos que al comienzo del presente apartado citábamos a Searle cuando afirmaba que la intencionalidad colectiva era *común a muchas especies animales*. Tomasello (2007, 2010 y 2010a) no está de acuerdo con ese planteo. Nosotros tampoco. Sostenemos que las formas de vida de otras especies animales (a ello se lo denomina *cultura*) se basan exclusivamente en la imitación y otros procesos de aprovechamiento, pero la cultura humana tiene un *plus*: la cooperación. La intencionalidad colectiva (el cooperativismo) es, tanto para Searle como para Tomasello, el fundamento de todas las actividades sociales. Y ello es así porque,

Los *Homo sapiens* están adaptados para actuar y pensar cooperativamente en grupos culturales hasta un grado desconocido en otras especies. De hecho, las hazañas cognitivas más formidables de nuestra especie, sin excepción, no son producto de individuos que

obraron solos sino de individuos que interactuaban entre sí... (Tomasello, 2010: 17).

Nuestra especie cuenta con habilidades exclusivas para colaborar, comunicarnos y aprender socialmente; ese tipo especial de inteligencia cultural los niños la van desarrollando a medida que crecen. Paulatinamente se va construyendo la capacidad humana de participar en lo que Tomasello (2007, 2010) denomina el *pensar grupal cooperativo*. Ello sólo fue posible gracias a la enorme capacidad de adaptación a distintas formas culturales que poseen los seres humanos.

Con el objetivo de echar luz sobre los orígenes de la cognición humana, Tomasello desarrolla una serie de comparaciones entre los niños y sus parientes más próximos dentro de los primates: los chimpancés. Sus conclusiones no sólo contemplan los aspectos ontogenéticos, sino también —al desplegar una historia evolutiva de la especie humana—, los filogenéticos. Una de las tesis centrales de Tomasello es la siguiente,

...a partir del primer año de vida —cuando empiezan a caminar y a hablar y se van transformando en seres culturales—, los niños ya muestran inclinación a cooperar y hacerse útiles en muchas

situaciones, aunque no en todas. Además, no aprenden esa actitud de los adultos: es algo que *les nace* (2010: 24. El destacado es propio).

Tomasello deja en claro que el cooperativismo en los infantes no se adquiere, no se aprende sino que a los niños *les nace*, es decir, es producto del desarrollo ontogenético de los seres humanos. Los niños tienen una predisposición prácticamente indiscriminada por cooperar que, con el paso de los años se va viendo afectada por el juicio de otros niños y por la preocupación por la opinión de otros miembros del grupo. Paulatinamente los niños comienzan a internalizar normas sociales y reglas de conducta que van prefigurando qué hacer y cómo dirigirse en la vida con otros⁶.

Lo que Tomasello pretende demostrar es que si los chimpancés, que son nuestros parientes más cercanos, tienen actitudes de colaboración similares a las nuestras es porque, "...el comportamiento altruista de los seres humanos no es producto del ambiente cultural que nos caracteriza" (Tomasello, 2010: 32). La vida humana es tanto cultural como biológica y todo estudio que no

contemple alguno de los dos aspectos estará incompleto. Ciertos estudios (Tomasello, 2010: 32, 33) demostraron que los niños no necesitan incentivos externos para ayudar, sino que tienen un interés por el otro. Un interés que, como decíamos más arriba, les nace. Tomasello concluye que,

...Creemos que la temprana inclinación por ayudar que muestran los niños no es producto de la cultura ni de las prácticas de socialización paternas. Por el contrario, es una *inclinación natural* por comprender la situación de otros cuando están en dificultades (Tomasello 2010: 33-34. El destacado me pertenece).

Esta inclinación temprana por ayudar que muestran los infantes de nuestra especie también es compartida por nuestros parientes más cercanos pero, sin embargo, hay una forma específica de ayudar que sólo los niños humanos practican: brindar *información* que es necesaria para otro (Tomasello, 2010: 34). Esto lo hacen los niños antes de la revolución de los dieciocho meses, es decir, antes de haber adquirido el lenguaje proposicional. A los doce meses

⁶ Esto no significa que no haya lugar para el egoísmo (también en los niños). La preocupación por la propia supervivencia es necesaria para dejar descendencia y que el grupo no se extinga. Tanto la cooperación como el afán por ser útiles a otros miembros, descansan sobre una base de necesario egoísmo.

de edad los seres humanos brindan información pre-lingüística *señalando*. Lo significativo es que ni los chimpancés ni otros grandes simios señalan cosas para brindar información a otro ni para llamar la atención de sus compañeros, no utilizan ningún medio de comunicación para ofrecer datos que le puedan llegar a servir a otros. Se trata de una práctica, como vemos, es específicamente humana y se desarrolla a temprana edad ⁷.

Los estudios de Tomasello confirman empíricamente que los seres humanos intentan ayudar brindando información que es pertinente para sus interlocutores y no para sí mismos; esto es la confirmación científica del *principio de cooperación* enunciado por Paul Grice (1957) ⁸. En el mundo de los simios, no existe nada parecido a la cooperación griceana. Cuando los simios descubren alimento o a un predador lanzan gritos, esos gritos no tienen por finalidad informales al resto una situación determinada porque esos gritos se lanzan aún cuando el resto de los integrantes del grupo se encuentran presentes. El objetivo de esas situaciones, evidentemente, no es

brindar información puesto que el resto de los individuos ya están enterados de la situación. Lo que hacen, lo hacen en beneficio propio o de sus parientes. Los infantes de nuestra especie, muy por el contrario, brindan información con la intención de brindar ayuda e interpretan con exactitud las intenciones informativas de aquellos que los rodean. Por supuesto, también a una temprana edad los niños aprenden a mentir. La mentira sólo puede aparecer, sin embargo, *luego y porque* ya existe previamente la confianza y la cooperación. Si los seres humanos no fuéramos proclives a confiar, la mentira no tendría asidero. Mentimos porque tendemos a creer en lo que hacen y dicen los otros.

Si bien los animales humanos son proclives al altruismo, no ocurre lo mismo con el resto de los monos antropoideos; éstos se muestran muy poco altruistas cuando se trata de compartir recursos escasos como los alimentos. También es cierto que la generosidad de los seres humanos depende de la situación (si por ejemplo, yo me encontrara en el desierto con una botella de gaseosa sería muy poco

⁷ Este elemento podría ser algo así como el requisito para adquirir, posteriormente, el lenguaje proposicional.

⁸ Consideramos que siempre es necesaria una contrastación empírica; la última palabra no la tiene la filosofía sino la ciencia.

generoso y difícilmente la compartiría); los distintos estudios llevados a cabo por Tomasello y su equipo demuestran que, "...los niños son más generosos que sus parientes antropoides con los alimentos y los objetos que valoran" (Tomasello, 2010: 44). Esta generosidad humana también se observa en el modo en que comparten el alimento las madres con sus crías. Ciertos estudios citados por Tomasello demuestran que la mayoría de las madres chimpancé no colaboran en la obtención de alimento de sus crías; ellos deben arreglárselas solos. Las pocas veces que las madres les brindaban alimentos a sus crías, se trataba de las porciones menos apetitosas, cáscaras de frutos, desperdicios o cortezas. Ceder alimentos demuestra que está presente en los simios cierto instinto maternal. La diferencia entre ellos y nosotros los humanos es únicamente de grado. Los humanos hambrientos tampoco comparten su alimento; los chimpancés actúan como humanos *siempre hambrientos*.

Para finalizar, quisiéramos retomar el problema del lenguaje desde el punto de vista del naturalismo. Ello resulta especialmente interesante porque gran parte de los teóricos provenientes de disciplinas tales como la antropología, la filosofía, la sociología y también la

economía, tienden a realizar una marcada separación entre el mundo natural y el mundo que construimos los seres humanos. Sería conveniente quizás, rever esta demarcación *tajante*. La gran complejidad de nuestro mundo social, cultural, institucional, no tiene igual en otras especies animales de nivel superior que también poseen un complejo nivel organizacional.

LENGUAJE Y NATURALISMO

Por más evolucionada que sea la vida de los chimpancés, las hormigas o los delfines, ellos son incapaces de construir Estados, dinero, universidades, matrimonios y libros de filosofía —entre otras cosas. Ello se debe en primer lugar pero no únicamente, a que carecen de lenguaje; al menos, carecen de un lenguaje como el nuestro, guiado por *convenciones lingüísticas*.

Searle lleva a cabo un análisis lógico, conceptual; se rehúsa a desarrollar un análisis empírico. Pero el naturalismo ha sufrido un extenso tratamiento dentro de la filosofía occidental. Por ejemplo, John Dupré, en *El legado de Darwin* (2006), toma al naturalismo como una interpretación anti-natural. Su posición naturalista coincide con la adoptada por Searle. Más allá de su discusión contra la teología (que aquí no nos resulta

relevante), nos interesa el modo en que establece la demarcación entre los seres humanos y el resto de los animales. Como buen darwinista, Dupré rechaza de plano una distinción *absoluta* entre unos y otros.

Si bien Descartes (2004) sostenía que aquello que nos separa del resto de los animales es que, mientras éstos son meros mecanismos, los seres humanos poseen una mente inmaterial, Dupré realiza una homologación entre la mente inmaterial cartesiana y el alma de la tradición cristiana; en ambos casos los seres humanos tenemos un *plus*, tenemos algo que el resto de los animales no poseen. Pero no conforme con esta explicación, Dupré sostiene que,

Sean cuales fueren los rasgos únicos de los humanos, hay dominios enteros de la conducta en los que las semejanzas entre nosotros y nuestros parientes cercanos son demasiado grandes como para que resulte creíble que en un caso esa conducta es el reflejo de un alma o de una mente, en tanto en el otro no existe algo semejante y se trata tan sólo del funcionamiento de una maquinaria neural (Dupré, 2006: 100- 101).

En la obra citada, Dupré sostiene que cada especie animal posee sus rasgos distintivos; el castor es el único mamífero

que es capaz de digerir madera, la ballena azul es el animal más grande y los seres humanos poseemos un lenguaje. Nada de ello contraría al pensamiento evolutivo. Nuestro filósofo evolucionista tampoco niega (al igual por ejemplo, que Apel) que el resto de los animales posean un lenguaje. Dupré sostiene que el resto de los animales poseen una ineptitud lingüística; pero agrega que un perro, a diferencia de nosotros los humanos, puede detectar el olor de un conejo que acaba de morir (Dupré, 2006: 110). Sin desdeñar el rol fundamental del lenguaje humano, Dupré señala que,

Hasta el momento, el punto (...) es que no hay ninguna buena razón para negar la continuidad evolutiva entre nosotros y otras criaturas. Pero (...) a pesar de esa continuidad, la novedad evolutiva del lenguaje ha ejercido profundos efectos incluso sobre el estatus biológico de la especie a la que pertenece (2006: 111).

El lenguaje, junto con el cooperativismo, crea las condiciones necesarias para la formación de un mundo cultural. Esa es la tesis central del presente trabajo. Tanto un análisis filosófico de los seres humanos como un análisis sociológico, debe elaborarse a partir de un análisis antropológico. La filosofía primera (si es

que tiene caso una pretensión tal) debiera ser la *antropología*.⁹

CONCLUSIONES

Por el momento, sólo basta decir que gracias al lenguaje se crean instituciones humanas (los matrimonios, los Estados, las guerras, el dinero), la división del trabajo, de roles o estatus. El lenguaje facilita la diversificación de la especie de dos maneras: gracias a los procesos de *aprendizaje* y por medio de la *cooperación* entre los agentes que cumplen diversos roles. En nuestra especie, y ello resulta evidente, un individuo desarrolla las habilidades, el rol social y el estatus de un panadero, mientras otro se convierte en arquitecto por medio de diferencias de entrenamiento y educación. Las sociedades también cuentan con restricciones económicas y de clase o casta pero, en *principio*, nada impide a un individuo en condiciones biológicas normales realizar una u otra actividad. Es difícil imaginar que exista un sistema de transmisión y entrenamiento de las distintas actividades y capacidades humanas que no requiera el uso del lenguaje. Sin dudas, la vida de una hormiga soldado requiere que se

establezcan relaciones de cooperación con otras hormigas a la hora, por ejemplo, de abastecerse de alimentos; la realización de este tipo de actividades requiere algún tipo de comunicación, pero vivir en una sociedad humana como docente, ingeniero o electricista requiere un grado de comunicación considerablemente *mayor*. Por eso mismo hemos reafirmado la posición del *linguistic turn* frente a los análisis desplegados desde el punto de vista de la filosofía de la conciencia, como ha propuesto Searle II a partir de su obra *Intentionality*, considerando que todo análisis sobre el mundo social e institucional debe comenzar por un análisis del lenguaje humano. Tomar el problema del lenguaje como un problema fundamental no implica que se trate del único problema ni de una temática excluyente (aunque explica mucho, el lenguaje no lo explica todo). Por el contrario, y debido a la enorme complejidad del mundo social, es preciso tomar análisis y puntos de vista provenientes de otras disciplinas; la psicología evolutiva desarrollada por Michael Tomasello nos ha ofrecido ciertos elementos naturalistas (que Searle también ha tematizado) que nos han permitido complejizar nuestro

⁹ Ver al respecto, Tugendhat (2007).

estudio desde una óptica más certera. Analizar implica descomponer. Sólo se puede desagregar aquello que se encuentra unido. Y los seres humanos, junto con el mundo que construimos, somos una integridad o, para expresarlo en términos hegelianos, una totalidad. Por eso mismo hemos analizado las nociones de “sociedad” en conjunto con la de “naturaleza”. Ambas se implican, la una no puede ser pensada sin la otra. Nuestro mundo social es creado gracias al lenguaje y al cooperativismo (o intencionalidad colectiva), elementos éstos, distintivos y exclusivos de nuestra especie animal –al contrario de lo que Searle sostiene. El desarrollo de esos elementos, sin embargo, no puede contemplarse por fuera de la interacción con otros seres humanos. Nuestro mundo se edifica a partir de la intersubjetividad, y es en ese ámbito donde confluye lo que hemos adquirido mediante la carga genética y aquello que hemos aprehendido viviendo con otros

seres de nuestra misma especie. Resulta evidente que los seres humanos formamos parte del mundo de la naturaleza –junto con los ríos, los mares, el resto de los animales de nivel superior–; pero lo que no resulta evidente son las características exclusivas de nuestra especie que posibilitan hacer aquello que el resto de los animales no puede. Los delfines, las hormigas, los chimpancés, generan descendencia, procuran alimento y se resguardan en un hogar que ellos mismos construyen. Pero ninguna de las especies enumeradas es capaz de hacer lo que nosotros hacemos: no pueden casarse, ni ir de shopping, ni construir edificios. ¿Por qué no pueden? Responder a esta pregunta ha sido la motivación principal de este trabajo. La ausencia o no de lenguaje y cooperación resulta ser la clave para comprender la existencia (o no) de un mundo social e institucional.

BIBLIOGRAFÍA

- Apel, Karl-Otto (1994), *Semiótica filosófica*, Bs. As: Almagesto.
- Apel, Karl-Otto (2002), *Semiótica trascendental y filosofía primera*, Madrid: Síntesis.
- Bratman, Michael (1992), "Shared co-operative activity", *Philosophical Review*.
- Davidson, Donald (1984), *Inquiries into Truth and Interpretation*, Oxford: Oxford University Press.
- Descartes, René (2004), *Discurso del método*, Madrid: Alianza.
- Dummett, Michael (1993), *Origins of Analytical Philosophy*, Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- Dupré, John (2006), *El legado de Darwin. Qué significa hoy la evolución*, Bs. As: Katz.
- Gilbert, Margaret (1989), *On Social Facts*, London: Routledge.
- Grice, Paul (1957), *Meaning*, en "The Philosophical Review", Vol. 66, N. 3, Cornell University.
- Habermas, Jürgen (1990), *Pensamiento postmetafísico*, Madrid: Taurus.
- Habermas, Jürgen (1999), *Teoría de la acción comunicativa. Vol. II*, España: Taurus.
- Habermas, Jürgen (2002), *Teoría de la acción comunicativa. Vol. I*, México: Taurus.
- Habermas, Jürgen (2008), *El discurso filosófico de la modernidad*, Bs. As: Katz.
- Searle, John (1969), *Speech Acts. An Essay in the philosophy of Language*, Cambridge, Mass: Cambridge University Press.
- Searle, John (1983), *Intentionality. An Essay in the Philosophy of Mind*, Cambridge, Mass: Cambridge University Press.
- Searle, John (1997), *La construcción de la realidad social*, Barcelona: Paidós.
- Searle, John (2004), *Mente, Lenguaje y Sociedad. La filosofía en el mundo real*, Madrid: Alianza.
- Searle, John (2010), *Making the Social World. The Structure of Human Civilization*, Oxford: Oxford University Press.
- Searle, John, (2015), *Seeing things as they are: A Theory of Perception*, Oxford: Oxford University Press.
- Tsohatzidis, Savas (2007), *Intentional acts and institutional facts. Essays on John Searle's Social Ontology*, The Netherlands: Springer.
- Tomasello, Michael (1999), *The cultural origins of human cognition*, Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- Tomasello, Michael (2007), *Los orígenes culturales de la cognición humana*, Bs. As: Amorrortu.
- Tomasello, Michael (2010), *¿Por qué cooperamos?*, Bs. As: Katz.

Tomasello, Michael (2010^a), *Origins of Human Communication*, Cambridge, Mass: The MIT Press.

Tugendhat, Ernst (2007), *Antropología en vez de metafísica*, Barcelona: Gedisa.

Tuomela, Raimo (2007), *The philosophy of the sociality: The shared point of view*, Oxford: Oxford University Press.

SOBRE EL AUTOR

ARIEL O. DOTTORI

arieldottori@hotmail.com

Ariel Dottori es Técnico Universitario en Servicio Social (UNLaM), Licenciado en Sociología (UBA), y Doctor en Filosofía (UNLP). Ha elaborado su tesis doctoral sobre la ontología social en la obra de John Searle (que fue aprobada con la máxima calificación y será publicada por la Editorial Prometeo próximamente) bajo la dirección del Dr. Alberto Moretti. Ha obtenido tres Becas CONICET, Tipo I de Iniciación de Doctorado, Tipo II, y Posdoctoral. Así también, ha publicado artículos en Revistas Internacionales con referato, en Actas de Congresos y en Libros. Ha formado parte de innumerables proyectos UBACyT; actualmente se desempeña en el proyecto “Lógica y Filosofía” bajo la dirección del Dr. Alberto Moretti en SADAF, institución de que es miembro asociado.



IMÁGENES



RODRIGO ABD

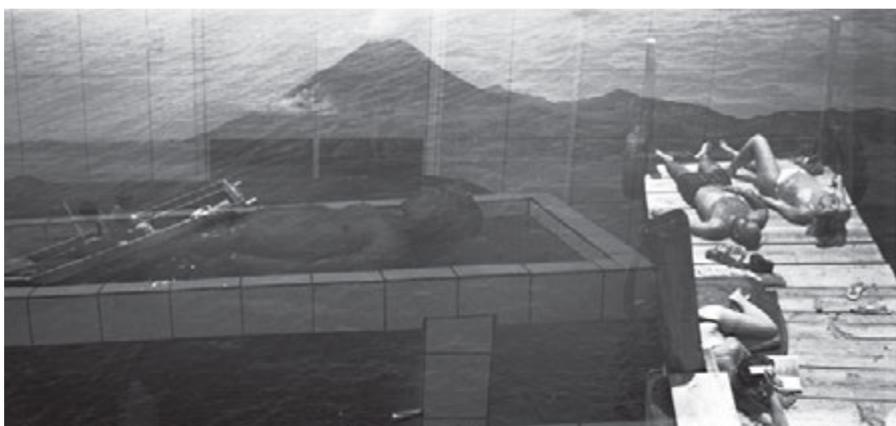
1976, Buenos Aires, Fotógrafo

"Trato de ponerme en la piel del otro. Y me gusta investigar ahí donde hay prejuicios. Humanizar personajes estigmatizados. La realidad siempre es mucho más compleja de lo que creemos"

Serie Palimpsestos
Fotografías realizadas con cámara
analógica entre el 2009-2011













RESEÑAS



MÁS ALLÁ DEL CÓDIGO.

RESEÑA DE DELEUZE, G. (2017).
DERRAMES II: APARATOS DE ESTADO
Y AXIOMÁTICA CAPITALISTA.
BUENOS AIRES: CACTUS.

MARTÍN PASZTETNIK

martinpasz@gmail.com

Artículo

Recibido: 02/02/2018

Aceptado: 07/04/2018

Donde el Estado acaba, allí comienza el hombre que no es superfluo: allí comienza la canción de quiénes son necesarios, la melodía única e insustituible.

Friedrich Nietzsche
Así habló Zarathustra

La pregunta por el origen y desarrollo del Estado fue siempre una temática de interés central en la historia de las ciencias sociales, humanas y filosóficas. Han emergido sobre la cuestión un sinfín de elaboraciones teóricas que, poniendo el acento en diferentes elementos y puntos de apoyo, no dejan de remitir en la importancia que éste tiene en la constitución del orden político y su compleja relación con el capitalismo. Estos cursos dictados por Gilles Deleuze presentados en la Universidad de Vincennes entre 1979 y 1980, no escapan de dicha problemática.

Integrando en la lectura novedosos y originales conceptos que ya aparecen reflejados en la serie de *Capitalismo y Esquizofrenia*¹, la propuesta² que ensaya y desarrolla Deleuze en sus trece clases tiene dos momentos. En un primer lugar, se trata en pensar la “megamáquina” del

Estado como un complejo aparato de sobrecodificación de flujos de deseo porque, como ya se había anticipado previamente, sobre el cuerpo de la sociedad pasan “flujos, siempre flujos”. (Deleuze, 2005: 19) Este movimiento supone una nueva forma de inscripción que se apoya sobre elementos primitivos, forzandolos a alinearse a una nueva alianza entre un déspota y el pueblo, y más aún, entre la filiación directa del déspota y la deidad. Como menciona el mismo Deleuze: “Digo que hay sobrecodificación cuando los códigos subsisten, pero son remitidos por otra parte y al mismo tiempo a una unidad formal superior que entonces, literalmente, va a sobrecodificarlos.” (Deleuze, 2017: 57) No se trata de destruir las filiaciones y las alianzas de la máquina territorial primitiva, sino de redistribuirlas a partir de la nueva unidad trascendente, el Estado, que se las ha apropiado. En segundo lugar, Deleuze propone articular la noción de Estado con el capitalismo que, como máquina social, se define por la *descodificación generalizada de flujos* cuyo funcionamiento se da a través de la realización de una axiomática inmanente,

1 Serie comprendida por *El Anti Edipo* (1972) y *Mil Mesetas* (1980). Ambos escritos conjuntamente por Gilles Deleuze y Felix Guattari.

2 La dirección que sigue esta reseña pretende esbozar de forma generalizada algunos de los lineamientos principales desarrollados en el curso, obviando de forma amplia y premeditada, una innumerable cantidad de ejemplificaciones que no cesan de dar cuerpo a las diversas formulaciones teóricas.

de la cual su característica principal es la de determinar relaciones funcionales entre elementos cualesquiera en cuanto tales, o dicho de otra manera, elementos no cualificados. Ya no se trata de un esquema de formalización (Estado) que se va acoplando según variados tipos de proposiciones o conjunciones tópicas, sino que la axiomática “asegura una especie de puesta en contacto de relaciones universales en cuanto tales entre elementos cualesquiera, relaciones universales con campos, con dominios de realización de lo más heterogéneos.” (Deleuze, 2017: 293)

Sobre estos temas el autor no cesa de plantear diversos interrogantes. *¿Cuáles fueron las condiciones de posibilidad de formación de los Estados? ¿Sobre qué superficies se inscriben? ¿A qué se oponen estas formaciones? ¿Qué tipos de Estados persisten? ¿Cómo pudo surgir la propiedad privada? ¿Cuál es la articulación entre Estado y capitalismo?* El despliegue conceptual que desarrolla Deleuze, gira en torno a tratar de formular diversas ficciones, experimentos e hipótesis con el fin de esclarecer, y algunas veces no tanto, esta multiplicidad de cuestionamientos. Porque de eso se tratan sus clases, ensayar, experimentar, dramatizar, postular y probar qué elementos pueden dialogar con sus formulaciones y cuáles

no. Y para ello no cesa de integrar en sus planteos una gran diversidad de áreas de conocimiento: desde antropología, filosofía, literatura, economía, historia, física, matemática, música, biología, y la lista continúa.

Uno de los puntos de partida sobre el cual Deleuze inscribe el problema, consiste en establecer la forma general de Estado como un aparato de captura que mantiene una oposición abstracta con la *máquina de guerra*. Brevemente, la *máquina de guerra* remite a la invención de la organización nómada, cuya composición no territorial se extiende en un espacio de ubicuidad frente a la organización y composición territorial de la máquina de Estado, la cual desterritorializa y reinscribe a la tierra, deviniendo en un límite, como objeto de producción y circulación codificada de flujos. Ahora bien, la formulación de Deleuze no consiste en pensar la derivación del Estado, y por lo tanto su devenir, por la máquina de guerra. Más bien, el Estado debe hacer todo lo posible para apropiarsela, por territorializarla, concediendo tierras o estableciendo colonias, de lo contrario, correría con el riesgo de su disolución. Inmediatamente, Deleuze descarta tres tipos de tesis sobre la conformación del Estado, ya que las considera tautológicas, esto es, presuponen el

objeto que identifican o quieren explicar. Las primeras de índole exógenas tratan de dar cuenta del advenimiento del Estado a través de la guerra, a través de la máquina de guerra. El problema es que la condición para que esto suceda es que previamente exista uno, una máquina de guerra solo puede devenir en una forma Estado siempre y cuando haya existido uno. Las tesis endógenas invocan fenómenos interiores al desarrollo económico y político para dar cuenta de la formación de un aparato de Estado, esta inclinación es conocida dentro de las tesis marxistas y sobre todo, porque es invocada por Engels³. El desarrollo de la propiedad privada y la economía monetaria mercantil habría derivado en la formación de los aparatos de Estado. El problema, según Deleuze, radica en suponer que la propiedad privada pudo fundarse consecuentemente sobre la comuna primitiva. La privatización de la propiedad implica, como marco que la vuelve posible, la propiedad pública del imperio arcaico. Y aún en este tipo de conformación, la propiedad privada no encuentra posibilidad de existencia. No se desprende necesariamente la aparición de lo privado ya que todas las propiedades territoriales y funciones

públicas son comunales, remitiendo a la figura del déspota. El tercer tipo de tesis invoca factores específicos, como la emergencia progresiva de funciones públicas seguidas del desarrollo de cierto nivel de tecnología en agricultura y la moneda. Nuevamente, esto presupone un aparato de Estado, ya que éste cuenta con tres polos, aparato de captura de tres cabezas: la renta, la ganancia y el impuesto. ¿Qué quiere decir esto? En primer lugar, que la unidad despótica será propietaria del suelo, y por lo tanto podrá usufructuar a la comunidad a través de la renta. En segundo lugar, será el amo de los grandes trabajos, tendrá la propiedad del sobretrabajo, por la cual articulará a la sociedad a través del trabajo y, finalmente, será el propietario de los tributos, es decir, tendrá el monopolio del impuesto. El Estado arcaico realiza la unidad de los tres elementos, es el propietario, el empresario y el banquero. La finalidad de Deleuze, frente a estas tesis, es manifestar un quiebre en cierto tipo de concepción evolucionista sobre el Estado.

Si la hipótesis consiste en elaborar una nueva forma de pensar la emergencia del Estado, tendrá que ser bajo lo que el autor denomina un campo de

3 Engels, F. (1997) *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Fundamentos, Madrid.

coexistencia, en el cual todo se da a la misma vez desde el punto de vista de las formaciones sociales, donde las sociedades primitivas, los aparatos de Estado de los imperios arcaicos, las máquinas de guerra, el campo, la ciudad, preexisten y coexisten conformando una tipología social. Sobre este aspecto, Deleuze sostiene: “mi manera de llegar a definir un campo de coexistencia de todas las formaciones sociales depende si puedo definir las formaciones sociales ya no de una manera evolucionista, sino a través de especies de procesos, que podríamos llamar “procesos maquínicos”, que les corresponden. (...) Podrá decirse que hay formaciones sociales que están construidas, no exclusivamente, pero eminentemente, sobre mecanismos de anticipación-conjuración”. (Deleuze, 2017: 94) Aparecen de esta manera, todas las formaciones sociales a la vez, despojando de sentido a las manifestaciones que remiten a la Historia como una sucesiva etapa de evoluciones o progresos por la que se jerarquizan diferentes formaciones sociales en series consecuentes y lógicas. Los mecanismos de conjuración de las sociedades primitivas no niegan al Estado, sino que por el contrario, descansan sobre este y anticipan de forma colectiva lo que es conjurado.

Una de las cuestiones que se pone en evidencia cuando se trata de articular la noción de Estado con la de capitalismo es su contradicción inmanente. Sobre este tópico Deleuze no cesa de preguntarse “¿Cómo es que sucedió que el desarrollo del capitalismo pase por el polo-Estado, cuando hay en el capitalismo tantas cosas que van en contra del Estado, que marchan incluso en función de una abolición de los Estados? ¿Cómo es que sucedió que el capitalismo triunfe por intermedio de los aparatos de Estado?” (Deleuze, 2014: 33) Al respecto, también la cuestión puede plantearse aún en relación con lo que se supone en otra escala respecto al Estado, la conformación del polo-ciudad. Sobre estas cuestiones, Deleuze va a sostener que el capitalismo surge, efectivamente, cuando flujos descodificados son reunidos en un nuevo sistema económico y social que produce una conjunción de flujos desterritorializados. ¿Qué clase de flujos descodificados pudieron producir tal cosa? El sistema que sobrecodifica flujos del campo social, es decir, que en lugar de codificar territorios, sobrecodifica conjuntos, va a hacer nacer flujos descodificados que ella misma va a provocar en ciertos puntos. Flujos descodificados que escapan a los códigos primitivos y al mismo tiempo a la

sobrecodificación imperial, a la sobrecodificación de Estado. “Es el acto mismo de la sobrecodificación de flujos lo que va a hacer correr en el campo social flujos que están ellos mismos descodificados, que tienden por ende a escapársele, puesto que una vez más, para nosotros “descodificados” no quiere decir “cuyo código es comprendido”, quiere decir flujos que escapan a los códigos, a sus códigos.” (Deleuze: 2017: 212) Se trata, siguiendo muy de cerca el despliegue que realiza Marx en *El Capital*, de la conjugación de dos flujos muy particulares descodificados al máximo. “Al nivel de la conjugación generalizada es preciso que el flujo del trabajo desborde todas las conjugaciones tópicas para desembocar en esta especie de monstruo: el trabajador desnudo; y es preciso que la riqueza, el flujo de la riqueza, desborde todas las conjunciones tópicas para llegar a la formación de esta especie de monstruo: el capital.” (Deleuze, 2017: 262) Ni el trabajador libre asalariado y ni el capital privado, tomados separadamente, pudieron haber dado nacimiento al capitalismo, es su conjunción en una realización diferencial la que permite la concretización permanente de éste.

El origen de la propiedad privada tiene un recorrido lógicamente similar. Cuando la

propiedad pública del déspota llega a sobrecodificar la posesión comunitaria o territorial, van a formarse por todas partes, de forma incontrolada, flujos de propiedad privada. Se manifiesta una tendencia de escape de los códigos y sobrecodificación del Estado, pero al tiempo, éste debe transformarse para volver a capturarlos, para bloquearlos, para inhibirlos, para impedirlos o para controlarlos. La figura mítica que inaugura el origen de la propiedad privada, según Deleuze, es el liberto, un ex esclavo. Sucede una cuestión de índole muy curiosa al respecto, el liberto como esclavo liberado está en situación particular de descodificación, mientras que el esclavo todavía está sobrecodificado (por el Estado) o codificado (por la comuna primitiva). El esclavo liberado es un excluido, pero un excluido del adentro. Al no tener ningún tipo de estatuto, no tiene derecho público, ya no tiene derechos públicos. Ya no es esclavo, ya no es funcionario, ya no es nada, está completamente excluido, deviniendo en un acontecimiento excepcional, pequeño dueño apto para el ejercicio de la propiedad privada.

Volviendo a la cuestión del capitalismo, Deleuze sostiene que el mismo funciona a través de un modelo de realización al cual denomina axiomática, y que ésta ya

no opera por sobrecodificación de flujos o conjunciones tópicas, sino que más bien, por la conjugación generalizada de flujos descodificados. El problema siguiente que se desprende de esto, es dar cuenta de cuál es la necesidad de que exista un Estado si el capitalismo funciona a través de un modelo axiomático que de alguna forma se le opone. Deleuze va a plantear que el Estado, como se mencionó previamente, se transforma, muta y se adapta a nuevos fines dentro de la axiomática capitalista, deviniendo mayormente como aparato de regulación. Éste, constantemente reterritorializa los flujos, ligándolos, para impedir que se desprendan en los bordes de la axiomática social. Cada nueva crisis provoca una respuesta que puede adoptar la forma de adición de nuevos axiomas o la eliminación de existentes, de esta manera, el Estado se vuelve inseparable de la axiomática, puesto que codifica las condiciones bajo las cuales ésta puede operar y regular los flujos de capital. Se trata, en todos los casos, de favorecer la expansión del capitalismo, recreando sin cesar las condiciones de su emergencia. Al respecto, Deleuze nos dice que:

Hay que impedir que los flujos se descodifiquen al infinito (...) El Estado es el mecanismo regulador

fundamental, (...) va a operar las reterritorializaciones necesarias para impedir que los flujos de capital se descodifiquen demasiado rápido o demasiado radicalmente. (...) Se ve bien aquí la necesidad de una forma-Estado. (Deleuze, 2017: 270).

Promediando sus clases, Deleuze postula que se puede distinguir una primer gran bipolaridad del sistema capitalista, siendo estos dos polos, en primer lugar, una tendencia a agregar axiomas a la axiomática del capital, y por otro lado, una tendencia contraria a retirar y a operar con un mínimo de axiomas. Esta doble marca de la axiomática capitalista será representada por el autor a través de dos modelos de Estado. Si los Estados durante el capitalismo se ven obligados a sufrir mutaciones, es decir, a abandonar su impronta como modelo de integración o como aparato de captura que sobrecodifica flujos de deseo y, a quedar subsumidos por el modelo de realización respecto a una axiomática, entonces se pueden producir en un nivel de tendencia de forma típica e ideal, un polo totalitario y otro socialdemócrata. El polo totalitario se efectúa cuando la axiomática del capital se proyecta en un modelo de realización que sólo tiene un mínimo de axiomas. No se desenvuelve como un

Estado “máximo” sino por su contrario, operando de forma mínima. Traducido, en la dimensión de la la estructura económica-política, la impronta de un Estado totalitario será organizar el colapso del mercado interno. Ambas concepciones -Estado totalitario y Estado socialdemócrata- se fundan sobre la relación entre mercado interno y mercado externo. Como sostiene Deleuze, “un Estado totalitario es un Estado que sólo retiene, al nivel de los axiomas, aquellos necesarios para la participación del mercado externo. Por ende organiza la liquidación o el derrumbe del mercado interno, bajo una forma radical o bajo una forma atenuada”. (Deleuze, 2017: 321) Este tipo de Estado opera por promoción exclusiva del sector externo, con el desarrollo de una industria destinada a la exportación. Por otro lado, la tendencia socialdemócrata tiende a afirmarse, a prevalecer, cuando se trata de constituir un mercado interno y de ponerlo en relación con un mercado externo. Hay una regularidad de procesos de adjunción, de invención de axiomas en relación con dominios vinculados a la inversión y fuentes de beneficios locales. Se trata de un problema específico de cómo se controlan los flujos, particularmente, de cómo multiplicando axiomas se controlan los flujos que

circulan sobre el cuerpo social. Se puede pensar que la función de este tipo de Estados es de la incluir la mayor cantidad de espacios marginales y minorías posibles al modelo de la axiomática para continuar con el desarrollo del capital de forma mucho más atenuada. No podemos decir que haya certezas al respecto.

Finalmente, si el capitalismo opera sobre un modelo de realización de axiomática. ¿Cuál será entonces su límite? ¿En qué punto se encontrará saturada? Sobre esta observación, Deleuze considera que una axiomática se satura en el momento que no se permiten adicionar nuevos axiomas sin que el conjunto de la axiomática se vuelva contradictorio. En este punto, siguiendo nuevamente a Marx y sus desarrollos sobre la articulación entre capital variable -capital invertido en el trabajo humano- y capital constante -conjunto de materias primas y medios de producción-, el capitalismo encontraría su límite por intermedio del desenvolvimiento de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, en el sentido que la plusvalía, proveniente del trabajo humano, tendería a reflejar una contradicción cada vez mayor y una impronta cada vez menor dentro de un sistema que no cesa de devenir globalizado. Si efectivamente se sucede una baja tendencial, se podría decir que,

al tiempo, también se produce una tendencia a la saturación del sistema, tendencia del capital constante a adquirir cada vez más una proporción diferencialmente mayor frente al capital variable. Como dice Deleuze: “La parte del capital constante se vuelve cada vez más esencial en el capitalismo moderno, no siendo el proceso de trabajo más que un proceso -como dice Marx- adyacente a la máquina”. (Deleuze, 2017: 330) Pero es el mismo Marx quien plantea como característica la inmanencia del límite del capital. ¿Qué quiere decir esto? La novedad del planteo radica en que, a diferencia del funcionamiento de la axiomática en relación con los aparatos de Estado, cuya función forma parte de una naturaleza distinta sobre los elementos que sobrecodifica, y que por lo tanto supone como fundamento una posición de relativa exterioridad, un límite por fuera de sí, el capital encuentra sus propios límites dentro de su lógica. Según Deleuze, el capital-dinero se vuelve estrictamente inmanente al campo social. De esta manera, las relaciones económicas pueden aparecer por sí mismas, puesto que ya no existen códigos que puedan contener los nuevos flujos descodificados que parecen provenir del capital, no encuentran otros límites que los producidos dentro del capital mismo, por el capital mismo, un

“producir por producir”, cuyas barreras no desembocan en fundamentos que los trascienden o que mantienen una relación de exterioridad con ellos. El capital no supone ninguna finalidad, ninguna meta, sus agentes son guiados de forma involuntaria por la máquina social capitalista. En palabras de Deleuze:

Se trata de un límite muy especial, puesto que la plusvalía y el capital variable aumentan en términos absolutos con el desarrollo del capitalismo pero al mismo tiempo, en la suma total del capital, representan una parte cada vez más pequeña. Lo cual quiere decir que el capitalismo se aproxima constantemente a un límite y que este límite retrocede, no cesa de retroceder a medida que el capitalismo se aproxima a él. (Deleuze, 2017: 336).

Sobre el final del libro, el filósofo francés trata de indagar sobre las posibilidades de lo que se escapa a los aparatos de captura y a la axiomática capitalista. Al respecto, sostiene que el sistema no cesa de engendrar “proposiciones indecibles”, proposiciones que pertenecen a otro sistema completamente distinto, y que por lo tanto, efectúan procesos diferenciales respecto la axiomática del capital. Ésta

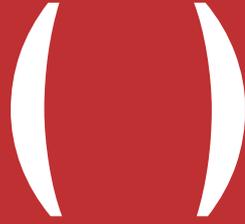
podrá siempre intentar tratarlas, ya sea integrando nuevos axiomas o llevándolas al exterminio, aplicando una potencia de destrucción para que cesen de existir y sin embargo, nunca lo conseguirá. Las

proposiciones aberrantes se encuentran en un perpetuo estado de fuga cuyas conexiones revolucionarias habilitarían la producción de movimientos minoritarios, la aparición de un devenir intenso.

BIBLIOGRAFÍA

Deleuze, G. (2005) *Derrames: Entre el capitalismo y la esquizofrenia*. Buenos Aires, Cactus.

----- (2017), *Derrames II: Aparatos de Estado y axiomática capitalista*. Buenos Aires, Cactus.



DESHILVANANDO NUDOS (ESPACIO-TEMPORALES).

**RESEÑA DE COLOMBO, P. (2017)
ESPACIOS DE DESAPARICIÓN.
VIVIR E IMAGINAR LOS LUGARES
DE LA VIOLENCIA ESTATAL
(TUCUMÁN, 1975-1983).
BUENOS AIRES: MIÑO Y DÁVILA**

MAXIMILIANO ARES HAURET

maximiliano.hauret@gmail.com

Artículo

Recibido: 15/03/2018

Aceptado: 30/04/2018

El “giro espacial” en las ciencias sociales ha ido acumulando cada vez más páginas de libros y artículos dentro del ámbito académico: el de la “desaparecidología” (2017: 16) –en términos de Gabriel Gatti– también. Pamela Colombo, aunque esté íntimamente ligada a ambos campos, propone algo novedoso en *“Espacios de desaparición. Vivir e imaginar los lugares de la violencia estatal (Tucumán, 1975-1983)”*. Apoyándose en ellos, utilizando su fuerza y potencialidad, pero sin quedar “entrampada” en sus limitaciones, procede a recalibrar las herramientas que le brindan para enmarañarlas bajo una nueva luz.

Gracias a un extenso trabajo de campo etnográfico –que cuenta con alrededor de 50 entrevistas en profundidad a familiares de desaparecidos, sobreviviente de la experiencia concentracionaria y militantes de organizaciones de izquierda– y sin caer en fórmulas teórico-metodológicas gastadas, la autora se permite indagar en la re-construcción de la vida subjetiva y social luego del arrasamiento producido por la última dictadura militar en ámbitos rurales y semi-rurales del norte argentino.

La elección del lugar no es azarosa: hacer pie en Tucumán en relación con la violencia estatal nos permite poder

indagar en los modos diferenciales en que se desplegó el aniquilamiento y la tecnología desaparecedora.

Sabemos que, hacia 1975 y en el marco del “Operativo Independencia”, la “desaparición forzada de personas” se convirtió en una práctica sistemática que luego se extendería al resto del país. Sin embargo, por sus características geográficas e histórico-sociales, el territorio tucumano fue blanco de toda una serie de tácticas y estrategias contrainsurgentes puestas en marcha por las Fuerzas Armadas que le darán un perfil distinto al de otras regiones: hay centros clandestinos de detención, ingenios “vaciados” o intervenidos y establecimiento de bases militares; hay secuestros y “patotas” pero también enfrentamientos armados abiertos con la “Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez” del PRT-ERP; hay rastrellajes intensivos y censos poblacionales a la par que discurren los desplazamientos forzados y la creación de nuevos pueblos.

Y es para poder pensar en esta relación compleja entre el “espacio” y la “desaparición”, que Colombo dislocará los usos corrientes de algunas nociones sociológicas tradicionales como “tiempo”, “sujeto”, “acción” y “sentido”, para hendirlas y vincularlas a otras como las de “violencia extrema”,

“representaciones” e “imaginario”.

LA TEORÍA CRÍTICA DEL ESPACIO Y LA VIOLENCIA ESTATAL: INTERSECCIONES DE LA MEMORIA

En los últimos años, la producción del espacio pasó a ser una dimensión importante a la hora de dar cuenta de las dinámicas de la vida social: éste ya no puede ser pensado como algo preexistente, “externo” e inmóvil, esperando a “ser llenado”.

Siguiendo a Henri Lefebvre, Colombo sostiene que el espacio es “un todo conflictivo en donde la dimensión material, simbólica e imaginaria se retroalimentan” (2017: 35): es un proceso en constante devenir. Y, centrándose en una de las patas de su tríada dialéctica¹, la autora pone el foco en el modo en que los sujetos viven el espacio, es decir, el espacio vivido. Reflexionar en torno al modo en que los familiares de desaparecidos, sobrevivientes y militantes imaginan y viven los espacios de violencia se vuelve condición necesaria para entender cómo,

a la vez, éstos continúan construyéndose en el tiempo.

Para volver este proceso inteligible retomará, por un lado, el concepto de espacio relacional trabajado por David Harvey y Doreen Massey, entendiéndolo como el resultado de lo que cada uno de los actores involucrados en su producción y construcción experimentan y piensan sobre él, estando siempre abierto a nuevas reconfiguraciones.

Y, por el otro, Colombo traerá los desarrollos de Walter Benjamin en torno a la memoria para subrayar la necesidad de pensar los recuerdos como parte integral de la construcción y re-imaginación de los espacios, para amalgamarlos con el “aquí y ahora”: “Cuando se hace memoria de la violencia es el sujeto el que —al relatar aquello que le sucedió— agita las marcas de la violencia en él infringidas y en su entorno, las agita en tanto que lo tocan y lo interpelan, y entonces las reaviva, las expone, las hace circular” (2017: p.41).

En ese entrecruzamiento espacio-temporal² —tamizado por la lucha entre las percepciones sociales e individuales;

¹ Para el teórico francés, el espacio percibido, el espacio concebido y el espacio vivido son los elementos que comprenden la producción social del espacio. Aunque se diferencian entre sí y no pueden reducirse unos a los otros, los tres están anudados todo el tiempo en tanto prácticas espaciales, representaciones del espacio y espacios de representación.

² Según Colombo, “el espacio es siempre espacio-tiempo: imposible pensar el espacio de manera disociada del tiempo” (2017: 38).

entre lo que se recuerda, lo que se vive y lo que se imagina— es en donde se juega la “apuesta” fuerte del libro.

CONSTELACIONES: DE LA PREEMINENCIA DEL CENTRO CLANDESTINO DE DETENCIÓN A LOS ESPACIOS DE DESAPARICIÓN

Si la modernidad instituyó las categorías de tiempo y espacio como centrales a la hora de “ordenar” la realidad social, la figura del “desaparecido” y sus efectos en el entramado social logró resquebrajarlas y ponerlas en suspenso: ¿cómo abordar esas experiencias que desbordan “los marcos espacio-temporales lógicos, fijos y preestablecidos” (2017:31)?

Este trabajo intenta brindar algunas herramientas para ser utilizadas en esa dirección. Teniendo en cuenta que los espacios ya no pueden inscribirse en esa temporalidad cronológica porque son indefectiblemente “espacios densos”, en constante producción y reconfiguración, rebasados de capas de sentido que se amontonan y superponen, actualizando pasado y presente, materialidad e imaginación; Colombo retomará el concepto benjaminiano de “konstellation” para referir a “los nudos espacio-temporales que se conforman a partir de la rememoración, y en

particular, a la facultad del discurso de memoria de unir momentos y espacios que en apariencia están separados” (2017: 43) y, así, explorar estas “topologías complejas cuyo espacio tiene la particularidad de ser no-lineal, lábil y cambiante” (2017:44).

A lo largo de los primeros cinco capítulos dará cuenta de la “constelación de espacios de desaparición” centrándose en cuatro de ellos: el espacio de confrontación (el monte), el espacio de secuestro (la casa), el espacio del traslado (el “entre”) y el espacio concentracionario (el centro clandestino de detención).

El suroeste tucumano y, fundamentalmente, el monte sirven como una especie de “llave” con la cual adentrarse en las particularidades que asumió la represión y las desapariciones en el territorio: aunque buena parte de los enfrentamientos, las detenciones y los secuestros se dieron en el llano; el monte funcionó en el imaginario social como un espacio de confrontación “real” que le permitió a las Fuerzas Armadas territorializar y visibilizar al “enemigo”, al mismo tiempo que habilitó la posterior desarticulación —material y simbólica— de ese “espacio en rebeldía”.

En este apartado —en el cual se destaca el análisis de la desaparición de cuatro pueblos rurales y el desplazamiento

forzado de su población hacia otros cuatro especialmente creados en una zona aledaña de “fácil acceso” bajo el programa de “pueblos estratégicos” – la autora muestra cómo toda una serie de técnicas desplegadas por los militares (censos, ocupación militar, requisas, retenes) les permitieron, por un lado, disciplinar la vida cotidiana, intervenir sus ritmos, “abrirlos” de par en par para escrudriñarla con violencia y reticularla, siempre en función de la diseminación del terror; y, por el otro, inclinar a su favor la lucha en torno a la reconfiguración de las significaciones y representaciones sociales asociadas a estos espacios, lo que les permitió establecer (nunca de forma acabada) lo que es dado “imaginar como posible” allí.

El capítulo sobre el espacio del secuestro pondrá el foco en la casa: si para la mayoría de los “sujetos habidos” es en este ámbito de la vida cotidiana y familiar en donde comienza su desaparición, inevitablemente este espacio también ha sufrido una conmoción a través de la irrupción de “lo siniestro” o “lo catastrófico”. Pero sobre la casa se

inscriben unas marcas que también atraviesan de par en par la experiencia de los familiares de desaparecidos: éstos son, generalmente, aquellos que deben seguir viviendo en el lugar y quienes tienen que lidiar con lo que sucedió, con la “muerte irresuelta”, cargando con el terror e, incluso, con el estigma.

El quiebre que se produce a partir del secuestro introduce una tensión irremediable entre las múltiples temporalidades que allí anidan³: la necesidad “pese a todo” de re-inscribir los ritmos del quehacer ordinario en el espacio, los movimientos/ usos que le son propios y que configuran una “nueva normalidad”, sumado a la presencia constante de lo ausente, de lo que falta. Este particular “modo de estar” es lo que la autora entiende como (des)habitar: las diferentes estrategias y maneras de ocupar “un espacio vaciado-marcado-modificado por una ausencia prolongada al infinito” (2017: 93).

El análisis en torno al espacio del secuestro da lugar al del espacio del traslado y éste es, sin lugar a dudas, uno

3 “La casa queda atravesada por múltiples temporalidades: la temporalidad propia de la vida cotidiana (temporalidad cronológica que sigue su curso), la temporalidad del secuestro (que mayormente aparece como asociada a una temporalidad suspendida), la temporalidad del crimen de la desaparición (como la repetición de instantes puntuales e iguales: el sujeto siempre desaparecido... Estas temporalidades existen en tanto hay un espacio y este espacio se transforma allí donde estas temporalidades emergen” (Colombo, 2017: 96).

de los puntos más interesantes y originales del libro de Colombo. Poco explorado en los estudios sobre el tema o directamente pasado por alto, el momento del traslado⁴ constituye una parte importante del proceso de desaparición forzada de personas.

El traslado es un espacio en sí mismo que se produce a través del movimiento y posee unas características particulares: funciona, por un lado, como un “entre”, como nexo entre la experiencia concentracionaria, clandestina, y la vida cotidiana de quienes están “por fuera” de ella; por el otro, permite dar cuenta de cómo, aun estando “tabicados”, inmovilizados y desorientados, los sujetos pueden, “pese a todo”, reconstruir para sí mismos esos recorridos a partir de sus cuerpos violentados, de sus percepciones, de los sentidos que no les fueron anulados.

El quinto capítulo del libro, referido a los espacios concentracionarios, intenta invertir el prisma con el que se suelen analizar los centros clandestinos de detención, especialmente desde el ámbito académico y judicial. En vez de describir solamente los modos en que las Fuerzas Armadas los planificaron y la

manera en que los utilizaron, la autora se propone hacer pie en el discurso de los sobrevivientes para dar cuenta de otros modos de vincularse, de percibir y de construir dichos espacios que, en muchos casos, desbordan y difieren de la intencionalidad que le dieron los perpetradores a la hora de su planificación.

Y, distanciándose de Giorgio Agamben en torno a los desarrollos del musulmán, la nuda vida y el campo, sostiene que hay una espacialidad propia de los sujetos que indefectiblemente escapa a este “dispositivo total”:

El sujeto que ha sido forzado a habitar dentro del campo de concentración claramente no desea el espacio en el que se encuentra, pero no tiene más opción que representárselo, que imaginárselo. En este proceso que lleva a representarse el espacio que lo circunda el espacio cambia, se le insertan otros elementos que el “poder absoluto” no había previsto (2017: 131).

Colombo repone aquí tres “figuras espaciales” que ayudan a los sobrevivientes a darle sentido a la

⁴ Resulta necesario aclarar que con este término la autora no hace alusión al “código” o eufemismo empleado por los miembros de las Fuerzas Armadas para referirse al asesinato de los secuestrados, sino a su “desplazamiento” de un lugar a otro.

experiencia concentracionaria. El espacio-tiempo elíptico refiere a cómo se producen representaciones espaciales de los centros clandestinos que están repletos de agujeros, faltas y ausencias que, a su vez, logran “decir” algo sobre ellos y reconfigurarlos. El espacio sinestésico tiene cierta relación con el momento del traslado: es esa percepción “pese a todo” que posibilita la re-construcción espacio-temporal, habilitando así modos de imaginarlo (y nuevas líneas de acción posible). Por último, el espacio-tiempo elástico apunta a entender cómo los sobrevivientes, echando mano a experiencias y sensaciones previas de su vida cotidiana, logran traducir la “novedad total” que emerge en el proceso desaparecedor.

MUERTE, CUERPO Y DESAPARICIÓN: LOS ESPACIOS DE INHUMACIÓN Y ENTREHUMACIÓN

Los últimos dos apartados del trabajo tienen como eje la muerte: ésta, pese a estar “aplazada” y “desfasada”, siempre es inscrita de alguna manera en el

espacio⁵.

Si en un principio Colombo nos habla de los espacios de inhumación “similares” a los que los militares utilizaron en otros puntos del país —como el enterramiento en cementerios (NN) y predios militares—, la “novedad” del suroeste tucumano vuelve a aparecer con los relatos de sobrevivientes, familiares y amigos y las referencias al ocultamiento de cuerpos en escuelas, gimnasios, establecimientos públicos y privados. Estas muertes “fuera de lugar” producen efectos en el imaginario social y logran, incluso, transfigurar “la materialidad del esqueleto arquitectónico” (2017: 157) de estos edificios: ya no hay ausencia de espacio, sino relaciones, alteraciones, circulaciones y yuxtaposiciones inesperadas. ¿Y cómo es posible abordar los cuerpos que no fueron enterrados, sino arrojados en el medio de la ciudad, en el monte o en las rutas, “desconectados” del lugar donde fueron asesinados? La noción de entrehumación sirve para dar cuenta de la tensión que atraviesa a estas muertes violentas y la continuidad del proceso de deshumanización que resulta de las trayectorias disímiles de los cadáveres

5 “Con la desaparición, la muerte ya no acontece en un instante sino más bien en un período en el que pareciera sucederse sin resolución. El espacio de muerte de los desaparecidos se diluye y es en múltiples espacios, y a su vez ninguno de los espacios que lo componen es el espacio de la muerte en sí mismo” (Colombo, 2017: 152).

que no sólo conlleva cambios postmortem en los cuerpos, sino también en los sujetos que interactúan con ellos.

DESHILVANANDO NUDOS, DESESTRUCTURANDO CAMPOS

En este libro por demás necesario, Pamela Colombo viene a montar en primer plano todo un entramado de tiempos, de espacios y de capas de sentido que se solapan y amontonan en el proceso de desaparición forzada de personas y que se encontraban obturadas detrás de la idea de un nudo espacio-temporal “fijo” y “lineal”, tensado por el tiempo cronológico y la

espacialidad euclidiana.

Si los procesos de violencia estatal, el imaginario y el espacio están tan íntimamente amarrados, si la experiencia vivida de los sujetos y el presente sobre el que se asientan están irremediablemente atravesados por éstos, habilitando o denegando a su vez determinadas líneas de acción y prácticas; su trabajo nos permitirá empezar a sistematizar y delinear aspectos centrales de la experiencia desaparecedora en la Argentina que hasta el momento no habían sido tomados en cuenta en su relación de conjunto y que, de alguna manera, tocan fibras que todavía nos constituyen.



**LAS RELACIONES DE PODER QUE
INVISIBILIZA EL MODELO AGRÍCOLA.
UN ABORDAJE DESDE LA ECOLOGÍA POLÍTICA
QUE INDAGA EN LAS BASES DE LA
CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL.**

**RESEÑA DE GIRALDO, O. F. (2018)
UNA ECOLOGÍA POLÍTICA DE LA AGRICULTURA.
AGROECOLOGÍA Y DESARROLLO.
SAN CRISTÓBAL DE LAS CASAS (CHIAPAS)
ED. EL COLEGIO DE LA FRONTERA**

NAZARET CASTRO

nazaretcastro@gmail.com

Artículo

Recibido: 28/03/2018

Aceptado: 04/04/2018

El objetivo de Omar Felipe Giraldo en este libro es brindar un marco teórico a la agroecología, entendida como un proyecto político que debe formar parte de la transición a un mundo post-capitalista. Para ello, el autor comienza por situar el problema de la agricultura como un juego de relaciones de poder: se trata, entonces, de entender cómo el sistema crea activamente cuerpos dóciles, diría Foucault, necesarios para sostener el entramado de saber-poder que legitima el agronegocio como única forma posible -la única *valiosa*, rentable- de trabajar la tierra. Y se trata, también, de comprender que esa forma de practicar la agricultura corresponde al pasaje a una cosmovisión, la de las sociedades modernas capitalistas, que considera a los seres humanos como algo separado de su entorno natural, de la vida no humana.

Para Giraldo, la que vivimos no es sólo una crisis ambiental, sino civilizatoria, y es “un síntoma de los símbolos dicotómicos modernos, que incluyen la separación sujeto y objeto, naturaleza y sociedad, individuo y sociedad, mente y cuerpo” (p. 13). El autor va a los mismos orígenes de la civilización que, a falta de una palabra mejor, llamamos occidental; y encuentra el momento de quiebre en el salto argumentativo que da Parménides

con respecto a Heráclito. Recuerda Giraldo (2018) que nuestros contemporáneos no entienden el apelativo de *El Oscuro* que se suele asignar al filósofo que decretó el movimiento como la esencia de la vida: Heráclito entendía que “a la naturaleza le gusta ocultarse” -esto es, permanecer en la oscuridad-, porque la vida requiere de descanso para su regeneración. Parménides, sin embargo, privilegia la presencia por encima de esa aparente ausencia que es el tiempo de descanso, y entiende que la esencia de las cosas es estática; una esencia que, dirá Platón, sólo puede percibirse a través de las ideas, de la mente racional. Este giro filosófico de inmensas consecuencias se condensa en el mito platónico de la caverna, según el cual el mundo de las ideas es superior al mundo de la materialidad, así como la mente es superior al cuerpo. Es en esta escisión entre mente y cuerpo donde se ubica la raíz de nuestra crisis ambiental y civilizatoria; y he aquí una clave del pensamiento ambiental latinoamericano, que encabezan autores como el colombiano Augusto Ángel Maya y el mexicano Enrique Leff. Superar esa crisis civilizatoria pasa por volver al cuerpo -y al territorio-, como pediría Baruch Spinoza. Destejer el entramado de sentidos de un pensamiento metafísico,

dice Giraldo, que nos permitió concebir un “más allá” que es superior al “más acá” de la materia, de la Vida.

El agronegocio, como cualquier otra manifestación del modelo extractivista que avanza aceleradamente en toda América Latina -minería, megarrepresas, hidrocarburos; etc.- es heredero de esa “pulsión por extraer lo oculto de la naturaleza” (p. 14), reducida a recurso a partir del cual producir y acumular valor. Y sin embargo, la vida es de una complejidad que el ser humano, y su reducida visión binaria del mundo, es incapaz de entender. Para captar esa complejidad, Giraldo recurre a la teoría de la evolución por deriva natural, la crítica de Maturana y Varela al neodarwinismo: no se trata de que una especie se adapte a un entorno estático, sino que se da un “acoplamiento estructural” de unas especies y otras; la cultura humana, lejos de ser algo externo a la naturaleza, se integra con ésta en un proceso coevolutivo.

Maturana y Varela definen la vida por una característica fundamental: la *autopoiesis*, o capacidad de los organismos vivos para organizarse autónomamente en un proceso no-lineal que les permite regenerarse. De sus tesis toma Giraldo otra idea fundamental: pasar de una *lógica prescriptiva* a una *lógica proscriptiva*. Es decir, que “todo

está permitido en la creatividad humana, salvo la única restricción que hace la naturaleza y que debe respetarse: que toda acción no impida la integridad del sustrato que necesita el agroecosistema para perdurar” (p. 17-18). En otras palabras: el único límite a la creatividad humana es que su intervención en el entorno no impida la reproducción de los ciclos que hacen posible la vida.

Ocurre que el capitalismo está basado precisamente en la premisa contraria: necesita acumular riqueza abstracta -valores traducidos, en una suerte de proceso alquímico que denunció Marx, al equivalente general: el dinero-; reproducirá los mismos problemas aquel discurso de la sostenibilidad que no se aleje de esa premisa -el discurso del desarrollo sostenible y, más recientemente, el paradigma de la economía verde-. El sujeto moderno cree superiores las ideas de la ciencia económica que las leyes de la termodinámica, las ideas que nos rigen se pueden cambiar, pero no pueden cambiarse las leyes que rigen los flujos de materia y energía. Como en la caverna platónica, las ideas son superiores a la realidad material que percibimos a través de los sentidos. Y, para llegar a ese punto, la vida no humana tuvo que ser denigrada, desvalorizada o, como dice Giraldo,

despoetizada, reducida a “cosa”, a recurso. Por eso, subraya Giraldo, es necesario hacer una ecología política de la agricultura, que evite caer en los cantos de sirena del “desarrollo rural” para convertirse en un proyecto político de transición hacia un mundo pluriversal, que diría Arturo Escobar, en el que el progreso y el desarrollo capitalista dejen de ser el único horizonte para los pueblos. La agroecología debe portar, en fin, una ruptura mucho más radical, y apostar por una convivencia armónica entre el bienestar humano y el sostenimiento de las bases que hacen posible la vida en la Tierra.

Para ello será necesario, entre otras muchas cosas, cuestionar qué entendemos por eficiencia. El sistema capitalista sólo entiende de eficiencia en términos de ganancia: el agronegocio es rentable, luego es legitimado como la forma hegemónica de trabajar la tierra. Sin embargo, la trama de la vida es extremadamente eficiente en términos entrópicos, mientras que la lógica extractiva del agronegocio lleva a una acelerada degradación de los suelos. Giraldo menciona, como botón de muestra, el caso de la soja: para producir una tonelada, “se requiere extraer 16 kg de calcio, 9 de magnesio, 7 de azufre, 8 de fósforo, 33 de potasio y 80 de nitrógeno” que no son retribuidos al

suelo y minan así las bases requeridas por la vida para su reproducción (p. 26). El agronegocio, como cualquier otra actividad extractiva, pretende des-ocultar lo que la naturaleza oculta, volverlo *presencia*; pero la naturaleza, como sabía Heráclito, se oculta para poder regenerarse. La actividad extractiva supone un quiebre de la ciclicidad de los procesos de la vida que llevan inexorablemente a una “sociedad de desechos” (Angel-Maya, 2002). Las islas de plástico -la mayor de ellas, que flota sobre el océano Pacífico, suma ya una superficie mayor que la de Alemania, Francia y España juntas- es un ilustrativo ejemplo de ello. Es lo que ocurre cuando nos olvidamos de que, como productores, extraemos algo que no somos capaces de crear -y producimos desechos que no somos capaces de eliminar, cabría añadir-, luego debemos mantener la prudencia de su uso, como recuerda Giraldo citando a Porto Gonçalves (2006).

ACAPARAMIENTO TERRITORIAL

Como supo entender Marx, la operación fundamental que da paso a las relaciones capitalistas de producción es la separación del productor y sus medios de producción. Pero para lograrlo no es necesario arrebatarle la propiedad: de

hecho, avanzan en todo el mundo nuevos modelos para la “tercerización” de la propiedad de la tierra, como sucede con el modelo de las alianzas productivas, gracias al cual se expanden las plantaciones de palma aceitera en Colombia (Castro, 2016). Giraldo insiste en que, aunque se siguen dando a día de hoy -intensamente en toda América Latina- procesos muy violentos, esa dinámica de despojo -los procesos de *acumulación por desposesión* de los que habla Harvey (2004)- convive con formas de control territorial mucho más silenciosas y eficaces, que logran el consentimiento del conjunto de la población: como diría Deleuze (2006), pasamos del modelo de la fábrica al modelo de la empresa. Los campesinos pasan a ser “empresarios de sí mismos”, disciplinados por el régimen de la deuda que imponen esos modelos de control. Por eso propone Giraldo hablar no ya de acaparamiento de tierras (land grabbing), sino de *acaparamiento territorial*. “El capitalismo crea a su Otro en dos fases: primero, destrritorializando las formas de habitar existentes, para luego reterritorializar según su propia racionalidad. La separación de los medios de producción -dirían Deleuze y Guattari- tienen como condición primaria la destrucción de territorialidades previas para luego incorporarlas como parte del

sistema” (p. 83-84). Esos “cuerpos dóciles” de los que hablaba Foucault (2009) se construyen activamente a partir de una biopolítica del desarrollo de modo que “las personas tengan una percepción de sí mismos, distanciados unos de otros, desamarrados de la tierra” (p. 16).

El agronegocio supone “disciplinar la biodiversidad, seleccionando lo útil para el valor de cambio y eliminando lo inútil para la acumulación del capital” (p. 33). Y la estética de ese paisaje tiene consecuencias importantes en las subjetividades, enfatiza Giraldo. De ahí la relevancia de resignificar el binomio campo/ciudad, en tanto un pilar de la modernidad radica en esa concepción del espacio dividido, en la que la ciudad extrae recursos del campo. La apuesta de Giraldo, y de la agroecología como proyecto político, pasa por armonizar la vida humana y la sostenibilidad de la vida. Concebir que comunidades humanas puedan convivir armónicamente con animales y cultivos implica una propuesta antagónica a las políticas “conservacionistas” que deciden, en ordenamientos territoriales, qué territorios “conservar” y cuáles sacrificar al altar del progreso. Dice Giraldo que tales políticas “conservacionistas” son consecuencia del pensamiento metafísico y binarista

que nos ha llevado a la crisis civilizatoria y ambiental actual, en tanto que considera que el ser humano no puede convivir armónicamente con la tierra, sino sólo “conservarla”. Es así que la biopolítica se transforma en *tanatopolítica* (Agamben, 1998), en tanto que se decide qué ecosistemas deben ser mantenidos, vaciados de comunidades humanas, y qué territorios deben ser sacrificados ante el avance de las fronteras de extracción del capital. Esta obra es, en definitiva, de un libro imprescindible para cualquier investigador ligado a los campos de la agricultura, la ruralidad, la geografía crítica, la Ecología Política o la Economía Ecológica; pero, también, para los estudiosos del valor y cualquier lector interesado en profundizar en la trama de

sentidos de la modernidad capitalista. Sólo echamos en falta una mayor profundización en la imbricación entre el patriarcado y una modernidad basada en la abstracción y el despojo, pues, como han puesto de manifiesto las autoras ecofeministas -valga citar a la india Vandana Shiva (2014) y a la española Yayo Herrero (2014)-, los mismos supuestos están por detrás de la desvalorización de la naturaleza y de las mujeres. Como afirma Rita Segato (2016), el patriarcado es la primera forma de dominación que inventó la humanidad, y sirvió de modelo para las demás formas de dominación, incluyendo una visión del entorno natural no humano como un recurso del cual extraer valor.

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, Giorgio (1998) *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida I*. Valencia, Pre-Textos.
- Ángel Maya, Augusto (2002) *El retorno de Ícaro. La razón de la vida. Muerte y vida de la filosofía: una propuesta ambiental*. Bogotá, PNUD.
- Castro, Nazaret (2016) “No la llames africana. La violenta expansión de la palma de aceite en Colombia”. *Carro de Combate*. Disponible en:
<https://www.carrodecombate.com/2016/10/18/no-la-llames-africana-la-violenta-expansion-de-la-palma-de-aceite-en-colombia/>
- Foucault, M. (2009) *El orden de discurso*. México D.F.: Tusquets Ed.
- Giraldo, O. F. (2018). *Una ecología política de la agricultura. Agroecología y desarrollo*. San Cristóbal de las Casas (Chiapas): Ed. El Colegio de la frontera.
- Herrero, Y. (2014). “Ecofeminismo, más necesario que nunca”, en Shiva y Mies (2014) *Ecofeminismo*. Barcelona: Ed. Icaria.
- Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.
- Maturana, Humberto y Francisco Varela (2003). *El árbol del conocimiento: las bases biológicas del entendimiento humano*. Buenos Aires: Ed. Lumen.
- Porto Gonçalves, C. W. (2008). *El desafío ambiental*. México D. F.: PNUMA.
- Segato, R. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Shiva, V. y M. Mies (2014). *Ecofeminismo*. Barcelona: Ed. Icaria.



NO INVENTADO
TOSA EN



DIFERENCIA(S)

revista de teoría social contemporánea

EDITADA POR:



**GRUPO DE ESTUDIO SOBRE ESTRUCTURALISMO
Y POSTESTRUCTURALISMO**

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES GINO GERMANI
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

PUBLICADA POR:

